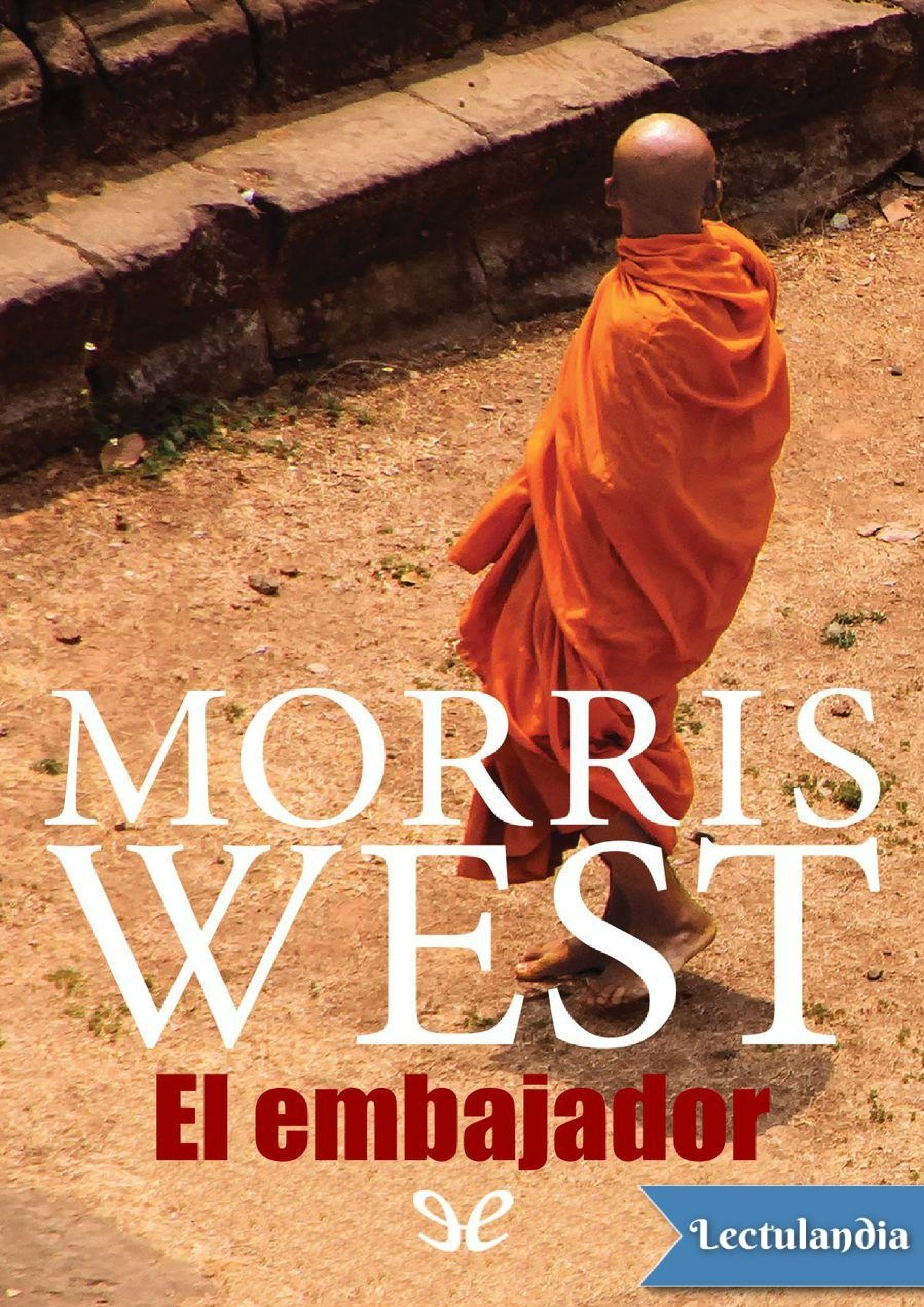

MORRIS
WEST
El embajador
Lectulandia

Corren los turbulentos años sesenta. El embajador estadounidense Maxwell Gordon Amberley es enviado a Vietnam para intentar modificar el rumbo que el presidente Phun Van Cung le esta imprimiendo a la política interna y externa del conflictivo país. De no lograrlo, deberá pactar con los militares su derrocamiento y tratar de salvar, de ser posible, la cabeza del mandatario. El embajador es un hombre atribulado. La reciente muerte de su esposa le ha provocado una profunda depresión, y debe reunir todas sus fuerzas para cumplir una misión en medio de una realidad convulsionada. Su falta de comprensión de una cultura que le es totalmente ajena lo llevara a cometer un error tras otro, mientras el clima político y social del país se va enrareciendo. A pesar de haber sido enviado, supuestamente, a restablecer la justicia y defender la libertad de un pueblo, descree de la justicia que representa y de su propia libertad. La incomprensión y la arrogancia contribuirán al dramático desenlace de esta novela que años después de su publicación, cuando los hechos dieron nuevamente la razón a Morris West, conmociono al mundo. Al margen de la época en que se desarrollan, las novelas del recordado autor de *Las sandalias del pescador* mantienen su vigencia dado que, en el fondo, la cuestión vital es siempre la misma: la conciencia del hombre y su compromiso consigo mismo y con sus semejantes. *El embajador*, un hombre elegido para mediar en el caos de la guerra de Vietnam. Aunque no crea en la justicia y la libertad que representa.

Lectulandia

Morris West

El embajador

ePub r1.0

diegoan 09.07.2019

Título original: *The Ambassador*
Morris West, 1965
Traducción: Carlos Vega

Editor digital: diegoan
ePub base r2.1

Índice de contenido

A MICHAEL JOHN
El inocente heredero

Esta es una obra de ficción, construida por el antiguo y recurrido método literario de poblar una situación histórica con personajes extraídos de la imaginación del autor. Aquellos que intenten identificar a los actores de este drama con personajes reales, vivos o muertos, se encontrarán debatiéndose en medio de anomalías. Aquellos que acepten la ficción, descubrirán, así lo espero, que la obra es fiel a sus propios términos de referencia.

M. L. W.

El cielo, la tierra y yo tenemos la misma raíz.
Las diez mil cosas y yo somos de la misma sustancia.

Atribuido a Sojo, el Monje erudito.

«Todas las cosas traicionarán a aquel que Me traicione».

Francis Thompson,
The Hound of Heaven

La sombra contiene los lados no revelados de nuestra personalidad, las posibilidades inconscientes, las habilidades y las intenciones de nuestra alma. Esta sombra ha sido conocida, con frecuencia, como el hermano oculto.

Ernst Aeppli,
Psychologie des Bewusstens und Unbewusstens

Capítulo I

Como diplomático tengo una buena hoja de servicio. El presidente, en su carta de despedida, la llamó «una carrera distinguida y meritoria, cuyos servicios, en conjunto, representan un gran beneficio para los Estados Unidos de América». Pude aceptar el cumplido con cierta ironía, pero, al menos, con la confianza de haberlo merecido.

He servido al Departamento durante treinta y cinco años y he sido embajador durante diez de ellos. He tenido mi cuota de cargos difíciles y también de asuntos lo suficientemente candentes como para quemarse las manos. Incluso mis enemigos admitirán que mis errores no han sido demasiado resonantes y que he obtenido uno o dos éxitos conspicuos.

Algunos de mis amigos me dicen que esta decisión de abandonar el servicio en mitad de carrera constituye mi golpe más magistral. Señalan que, por una parte, el presidente me tiene en alta consideración y puede reclamarme como negociador especial y que, por otra, quedo en libertad para proseguir con mis propias ambiciones políticas.

Por cierto, mis amigos dan como un hecho que poseo ambiciones políticas y me duele que me acrediten con tanto cálculo. ¿Y por qué habría de sentirme herido? Siempre he sido reconocido como un negociador frío, y en una reputación de implacabilidad existe cierto valor diplomático. Si he cambiado, mis amigos no han tenido ni tiempo ni ocasión de notarlo. ¿Cómo demonios podrían conocer la conciencia privada de Maxwell Gordon Amberley cuando él mismo ha tardado tanto en llegar a descubrirla?

Hasta el momento he observado todas las convenciones del Servicio y he dispuesto mi salida con una decencia bíblica. Después de la muerte de Phung Van Cung esperé exactamente doce meses en mi oficina; más que suficiente para absolver a la Administración de cualquier culpa en su muerte o de alguna responsabilidad en sus consecuencias. Entonces llegué a Washington para efectuar la visita del caso, estrechar las manos de las personas indicadas y discutir una nueva misión. A continuación me interné en un hospital de Nueva

York para una revisión general. Tres semanas después pude anunciar mi retiro del Servicio por razones de salud.

¿La verdadera razón? Por eso estoy aquí, para descubrirla, en el antiguo Templo Zen de Tenryu-ji, el Templo del Dragón Celestial, cerca de Kioto, en Japón.

Transcurre el otoño y los arces sagrados de la entrada hacen resaltar su color rojo de fuego contra las formas oscuras de los pinos. El cielo es perlado y las hojas caídas yacen silenciosas en los estanques, sobre los senderos de arena rastrillada, en las rocas y sobre el verde intenso de los prados.

En algunas ocasiones camino por el jardín y observo a los monjes que cuidan de las plantas, inmutables, ensimismados, «haciendo un Buda dorado de cada brizna de hierba». Otras veces me siento con las piernas cruzadas sobre una esterilla de paja, en la casa de Musó Soseki y bebo del té que él me ha preparado ceremoniosamente y le sigo a través de ese método meditativo de diálogo que se llama *mondó*.

—¿Por qué vienes aquí?

—A buscar la luz.

—¿Por qué no la has encontrado?

—Porque la busco.

—¿Cómo la encontrarás?

—Al no buscarla.

—¿Dónde la encontrarás?

—En ninguna parte.

—¿Cuándo la encontrarás?

—Nunca.

La pauta del diálogo es como el diseño del templo, de la casa y del jardín. Todo es reservado, alusivo, ordenado, infinitamente extenso, como si la esterilla sobre la cual estamos sentados se prolongara hacia fuera y se mezclara a la arena de los senderos y a las ondulaciones de las aguas de los estanques hechas por las carpas.

Musó Soseki es un monje del culto zen. También es poeta, jardinero, maestro de caligrafía y del arte de imprimir en bloques de madera. Toscamente podría decirse que su nombre significa Viento Que Surge en un Sueño. Tiene setenta y cinco años y es bronceado, fuerte y curtido como una piedra milenaria. Su rostro presenta la calma de la benevolencia y el brillo del humor. Me ha aceptado como su alumno y, por medio de los métodos del zen, se ha dispuesto a lanzarme, enviarme, impulsarme hacia el momento de la intuición y de la iluminación que se llama *satori*.

Tengo necesidad de la luz…, tengo mucha necesidad de ella. Solo siento que no haya esperado a encontrarla tres años antes, cuando, después de la muerte de mi esposa, George Groton me trajo aquí por primera vez.

Entonces era embajador…, un personaje brillante en el cuerpo diplomático.

Jamás he sostenido una creencia firme de orden espiritual y, al ser bendecido por el amor de una mujer, nunca sentí verdadera necesidad de obtenerla. Tenía sentimientos religiosos. La asistencia a los servicios religiosos no me causaba aversión. Incluso me las ingeniaba para entretenerme en ellos cuando los deberes oficiales exigían mi presencia. En cuanto al resto, me contentaba con el confort de mis dioses hogareños…, y de la sacerdotisa que los administraba y que me administraba.

Al marcharse, fue como si todos mis templos se derrumbaran de un golpe y tuve que enterrarles apartados de la luz. Rechacé toda compasión. Me transformé en un ser brusco, enérgico, meticuloso. Mi personal me encontró insoportable y mis colegas se apartaron de mí. Solo el japonés, un pueblo esquizofrénico, pareció dispuesto a aceptar mi necesidad de un período de locura curativa.

De mis compatriotas, solo George Groton, el joven Tercer Secretario, tuvo la penetración suficiente para darse cuenta de lo que me sucedía. No se desconcertaba con mi ira ni se apartaba ante mi arrogancia. Era diligente, de buen humor y bastante imperturbable. Era un muchacho alto, de miembros largos, llevaba gafas, los hombros un poco caídos y un mechón de pelo canoso. Sin embargo, en los raros momentos de debilidad, me descubrí deseando haber tenido un hijo como George Groton.

Cierta noche que tenía el turno en la oficina, me tuvo que despertar a causa de unos cables recién llegados. Yo había bebido demasiado antes de acostarme y estaba de un humor de perros. Fui intolerablemente rudo con él. Inspiró profundamente, se plantó ante mí y me dijo:

—Señor, se está destruyendo y está destruyendo la armonía de la Embajada. Si no desea que nadie le ayude, entonces, al menos, permítanos hacer nuestro trabajo lo mejor posible.

Abrí la boca asombrado, sin poder articular palabra. Se encogió de hombros y sonrió en forma apaciguadora.

—Puede enviarme de vuelta a nuestro país si así lo desea, señor…, pero alguien tenía que decirlo.

—¿Por qué usted, Groton?

—La señora Amberley fue siempre muy amable conmigo. Antes de morir me hizo prometer que le cuidaría.

Me sentí tan avergonzado que no pude decir nada. Cogí los cables, me encerré en mi habitación y lloré como un niño. A la mañana siguiente escribí a Groton una tercera nota de disculpa y agradecimiento. Una semana después me invitó para que me uniera a una fiesta del personal que iría a Kurama a presenciar el festival anual del fuego. Al estar Kurama a muy poca distancia de Kioto, fue la cosa más natural del mundo que visitáramos el Templo del Dragón Celestial y que conociera a Musó Soseki.

Si Groton hubiera vivido habría sido un gran diplomático. Era un hombre sencillo que llegaba rápidamente al fondo de un problema; sin embargo, tenía la delicadeza y el buen humor suficientes como para adaptarse a los intrincados procesos de otras mentalidades. Lloré otra vez cuando le vi morir violentamente en Saigón. Y desde entonces no he vuelto a derramar una lágrima por otro hombre u otra mujer.

Musó Soseki me recibió con la cortesía fácil de un hombre que está de acuerdo consigo mismo, con su historia y con su mundo. Me condujo por el jardín del templo interpretándomelo a la manera zen, no como una asociación casual de bellezas, sino como un lugar de sutil invención, de asociaciones armoniosas y de contrastes reveladores; un ambiente diseñado para los acontecimientos espirituales; un instrumento de iluminación más potente que los libros o las discusiones.

No me dio una conferencia sobre estos temas, pero habló de ellos como un hombre que se refiere a su vida íntima, con amor y profunda preocupación. Cuando tocó el tema del *satori*, tuvo grandes dificultades para aclararme las nociones. Recuerdo claramente dos de sus frases:

—Señor Amberley, la raíz de la desgracia humana es su enajenamiento del orden natural del universo. El efecto del *satori* es la iluminación de la mente para que así se aclare finalmente la naturaleza del ser y del universo y para que se restaure el sentido de la verdadera relación o singularidad.

Mi propia desgracia era tan reciente y vívida que me aferré a las palabras y le rogué que continuara explicándose. Se negó a ello, sonriendo, y me dijo:

—Vuelva otra vez y beberemos té y conversaremos en silencio.

Volví a Tokio como un hombre que continúa caminando en un sueño de paz y maravilla. Escribí a Musó Soseki agradeciéndole sus atenciones y pidiéndole que nos viésemos nuevamente. Su carta de respuesta me llegó a los diez días; una pequeña obra maestra de hermosa caligrafía en papel fabricado a mano. El anciano me ofrecía su casa, su amistad y lo que él llamó los

«frutos insignificantes e indignos de mi cosecha invernal». Podría visitarle cuando quisiera y quedarme como su huésped.

Fui a ver a Musó con tanta frecuencia como fue posible, algunas veces solo, otras con Groton, quien había entablado relaciones similares con otro monje. Groton avanzaba con mayor rapidez que yo, quizá porque era más joven o porque, por naturaleza, era más humilde, más flexible y apto para las disciplinas del método zen.

Lo extraño del caso es que, entonces, no pensaba someterme a un ejercicio religioso, en el sentido más extenso de la palabra. La práctica del zen como me fue presentada por Musó, pertenecía al orden puramente natural y de hecho era una preparación del organismo humano para un estado superior de conciencia. Podía aceptarla en estos términos sin verme envuelto de lleno en ella. Incluso podía esperar de esta práctica un remedio para la debilidad que el dolor y la pérdida habían revelado en mi personalidad.

Aun cuando él me había presentado a mi maestro, fue una medida de la sabiduría de Groton el negarse a entrar en discusiones conmigo sobre nuestro cometido mutuo. Simplemente señaló que en Tokio estábamos separados por los formalismos del Servicio y que en Kioto estábamos separados por la privacidad de una experiencia incomunicable. Cuando le expresé mis agradecimientos por lo que había hecho por mí, los aceptó con una sonrisa y un típico comentario zen:

—Cuando estamos en silencio somos uno. Cuando hablamos somos dos.

Esto también lo recordaría mucho más tarde, cuando discutimos tan amargamente el curso de los acontecimientos a los cuales me apliqué en Saigón.

Por mi parte, estaba contento de estar en silencio y retirado, durante uno o dos días, de la Prensa y de la complejidad de mi trabajo. Gozaba del jardín y de la conversación fluida y suave del anciano. También creo que hice mejor mi trabajo por esta causa. Comprendía mejor el refinamiento evasivo del pensamiento japonés, la sombra emocional que acecha a la afirmación más directa. Comencé a comprender que esta aproximación intuitiva a la luz no era necesariamente un rechazo de la razón, sino una exploración de los procesos más secretos de la razón a nivel del subconsciente. Por su parte, Musó Soseki no me impulsó a ninguna de las disciplinas. A veces, simplemente bebíamos té y charlábamos de temas variados como dos amigos de cualquier parte del mundo. En otras ocasiones me conducía a través de un diálogo *mondó*. Había oportunidades en que desplegaba ante mí, a modo de

meditación, una de esas proposiciones aparentemente sin significado llamadas *koan*.

Una de las que me propuso y a la cual volvía con insistencia y humildad era la siguiente:

—¿Qué hará cuando ellos le pidan que mate al cuclillo?

Mi primera réplica fue emplazar a Musó para que definiera los términos de la proposición. Por ejemplo, ¿quiénes eran ellos? ¿Qué era el cuclillo y por qué se me pediría que le matara?

Musó sonrió y se negó a aceptar el desafío.

—Es usted, Amberley, es *usted* quien debe decirme a *mí* lo que quiero decir.

A pesar de mí mismo, la pregunta comenzó a perseguirme, a irritarme, a distraerme de mi lógica formal y a menudo formidable de la diplomacia práctica. Me inquietaba como una pintura surrealista; cada uno de sus símbolos estaban claros para mí, pero su todo era una jerigonza hasta que no se me diera la clave.

Sin embargo, lentamente, comencé a vislumbrar cómo y dónde se me conducía: hacia un estado de autodesconfianza, hacia un descontento ante lo obvio, dentro de una esfera de comunicación sin palabras. Incluso al comprenderlo, pude darme cuenta de la distancia que me separaba de cualquier meta final.

Entonces, sin previo aviso, se interrumpió todo el proceso de reeducación y, sin recurso alguno, me vi lanzado de vuelta en medio de las realidades (¿o eran ilusiones?) del Servicio. Festhammer llegó desde Washington con una petición formal del secretario de Estado, apoyada por una nota amistosa del presidente. ¿Podría dejar el cargo en Tokio y aceptar la labor especial de embajador en Vietnam del Sur?

Nadie más diferente de un adepto al zen que Raoul Festhammer. Es un pragmático perfecto. En sus manos, un hecho es tan formidable como un estoque. Algunos le llaman el perfecto oportunista, pero yo le respeto demasiado como para condenarle en forma tan ligera. Es un calculador frío. Sus resúmenes de situación son verdaderos modelos de lógica táctica. Bebe muy poco, no fuma y posee un apetito frenético por las mujeres hermosas. Es un amigo incierto y un enemigo peligroso; pero en su trabajo es tan preciso como un banquero. Su vida privada no me satisface, pero apostaría mi carrera en favor de uno de sus informes…, que era exactamente lo que ahora se me estaba pidiendo.

«Max, es un lío. Es un maldito lío sin promesa de satisfacciones personales. La llamamos guerra subversiva, pero en el fondo es una guerra civil. Hijo contra padre, familia contra familia. Estamos envueltos en ella porque deseamos mantener una base militar en Asia sudoriental y negar a China un acceso a los arrozales del Sur y a las rutas marítimas de África. Si perdemos Vietnam del Sur, Tailandia queda flanqueada y Singapur amenazado. Hemos invertido treinta mil hombres y Dios sabe cuántos millones de dólares y aún seguimos siendo (consejeros sin derecho a voto en la conducción de las operaciones).

»Respaldamos a Phung Van Cung y a su familia porque eran los administradores más fuertes y mejores disponibles. Creo que aún están allí, pero fuera de control. Ya no escuchan razones. Actúan como hombres en comunicación directa con el Espíritu Santo. Constituyen una minoría de católicos en un país de budistas. En vez de buscar la amistad de los budistas, les presionan por todas partes. Arrestan estudiantes (de ambos sexos) y los encierran en campos de trabajos forzados. Han apartado el capital y están perdiendo el control de las zonas rurales. El comando militar está dividido y a pesar de las diez mil aldeas fortificadas y una vasta superioridad en armas y equipo, el Vietcong aún gana todos los *rounds* por puntos… McNally se desempeñó bien como embajador, pero le dimos las instrucciones que no venían al caso. Le dijimos que buscara la amistad de Phung Van Cung, que trabajara usando la persuasión y la simpatía. Ahora la simpatía ya se ha agotado.

»No podemos seguir trabajando en la misma forma. Tenemos que jugar duro y fuerte y hacer que la Administración quede bajo nuestro campo de acción mediante sanciones económicas. Tengo una montaña de papeles que deseo que leas y entonces te darás cuenta de que necesitamos un hombre fuerte para esta misión, Max. No se da un Oscar como premio. Se gane, se pierda o se prolongue sigue siendo un maldito lío y todo lo que se obtiene es un fuerte dolor en la nuca… En los Estados Unidos, todos esperan que aceptes».

Tardé cuarenta y ocho horas en leer los documentos que me entregó y entonces acepté. Más tarde, cuando llegué a ponderar las culpabilidades que había asumido, me pregunté cuántas se ocasionaron en realidad en aquel momento.

Estaba involucrado el orgullo…, y quién no se siente orgulloso al decir: «Estoy aquí en representación de un gran pueblo. He sido elegido porque soy hábil y fuerte y será peligroso provocarme». Bajo el orgullo había un

temor…, porque la muerte de Gabrielle me había demostrado mi falta de energía, y Musó Soseki había comenzado a desafiar mi sabiduría, y George Groton me había hecho sentirme avergonzado de mis rabietas. Y bajo el orgullo y el temor había algo más: un impulso que me llevaba a apartar la contemplación en favor de la acción, a aplazar una decisión propia al asumir el derecho de tomar decisiones en nombre de millones de seres desconocidos.

Sin embargo, había jurado desempeñar esta clase de servicio. Toda mi vida estaba dedicada a ellos. Se me pedía que aceptara el cargo por orden directa del Jefe del Ejecutivo. No tenía derecho a anteponer mis problemas privados a los negocios del bien común. Tenía que comprender que llevaba dos existencias bajo un mismo cuerpo. Las dos eran separadas, discordes. El ser que yo conocía en el jardín de Tenryu-ji era diferente del ser que jugaba con tanta confianza los gambitos del poder. Así, al parecer, debía aceptar siempre una vida en dos niveles de existencia, rechazando cualquier impulso a igualar una con la otra.

Sin embargo, todavía estaba consciente de la intranquilidad y los presagios. ¿Quién podría pronosticar la duración de este equilibrio precario de existencias y su sobrevivencia ante los choques de un medio ambiente hostil? Musó Soseki me había ayudado a respetar mi existencia secreta, pero no había una Gabrielle que me amara y que me mantuviera en armonía con el mundo interior y exterior.

Por lo tanto recurrí a George Groton. Le pregunté si estaría dispuesto a acompañarme a Saigón como asistente especial. Sonrió en su forma infantil, me agradeció la confianza que en él depositaba y aceptó. Entonces, con mucha inocencia, me preguntó si tenía pensado visitar a Musó Soseki antes de marcharme de Japón. En medio de las discusiones con Festhammer y las conversaciones con Washington no había pensado en este asunto. Groton me señaló que había en todo esto una cortesía muy especial: la cortesía existente entre el hijo y el padre. Una vez más tuve que avergonzarme ante mi falta de ocurrencia y prometí que en cuanto se terminaran las despedidas protocolares, pasaría al menos un día con Musó Soseki en el Templo del Dragón Celestial.

Ya se sentía en la atmósfera el frío invernal. El fuego ya no iluminaba en los arcos sagrados de la entrada. Las hojas yacían desparramadas, las rocas estaban yermas y el agua de los estanques se presentaba grisácea y prohibida. Musó Soseki me recibió en su casa y cerró los tabiques de manera que nos sentíamos apartados del resto del mundo en una pequeña isla de luz y calor. Cuando le di la noticia de mi traslado, asintió gravemente y dijo:

—Cada hombre usa zapatos diferentes. Tiene que caminar por donde le llevan los zapatos. Sin embargo, creo que es un gran riesgo aceptar una misión de tal envergadura en este período de su vida.

Me reí y le dije que el riesgo era algo normal en la carrera diplomática. Frunció el ceño y sacudió la cabeza negativamente.

—No pensaba en su carrera, sino en usted. Ha comprendido la imperfección en su propia vida. Puede verse tentado a tratar de imponer una perfección imposible a la situación que vaya a enfrentar. Se le envía para que produzca resultados. ¿Qué resultados espera producir? ¿Poner fin a la guerra civil? ¿Poner fin al comunismo en el Vietnam del Sur? ¿Poner fin al régimen? —Alzó una mano pequeña y esbelta para detener mi respuesta—. ¡No! ¡No responda! Usted es mi alumno en el camino de la luz. En el camino del mundo es usted el embajador americano. No debe discutir los asuntos de Estado conmigo… Pero el problema de la política es solo una multiplicación del problema del individuo, y tratamos de solucionarlo en la misma forma: proponiéndonos a nosotros mismos un fin limitado que una vez alcanzado significará el «éxito». Así, entonces, un general dice:

«Si gano la guerra obtendré (¡Y seré!) un éxito». Ignora el hecho de que la guerra, es una violencia destructiva que no conoce fronteras y que después es necesario un nuevo acto de creación para extraer el orden del caos y la risa de los lamentos. ¿Comprende, amigo mío, lo que quiero decir?

—Lo comprendo. Pero no arroja luz sobre nada. Conozco muy bien mi situación como diplomático profesional. No estoy en libertad de proponer los fines de mis actos…, pero actuar en la mejor forma posible para cumplir con los fines que se me han propuesto.

Musó Soseki sonrió y meneó la cabeza.

—Eso es verdad solo en parte. Ha sido llamado para aconsejar y advertir, de manera que, de hecho, puede ayudar a proponer los fines que más tarde le serán propuestos a usted.

—Eso es verdad. Pero aconsejo bajo presión de los acontecimientos diarios: plagas, hambres, guerra y fluctuaciones en el mercado de la carne. Tengo que recordarme y recordar a aquellos con quienes trato que un cambio no es necesariamente un adelanto. Si no logro convencerles quizá se me ordene llevar a cabo un cambio del cual no estoy convencido. Por otra parte, el cambio que me convence quizá sea el causante de otras plagas y guerras.

—¿Y está contento con esta situación que de hecho es toda su vida profesional?

—La acepto como un hecho…, un hecho necesario de la existencia. En este sentido, tengo que contentarme con ella.

—¿Es necesario porque sí…, o porque usted lo desea?

—Me gustaría saber la respuesta.

—Desear no es suficiente. Uno debe ponerse en la actitud de un ser que busca la respuesta.

Había sido reprobado y lo sabía. Tuve que aceptar la reprobación porque este hombre era el maestro y yo el alumno. Pero era difícil de digerir porque, en otro plano, yo era el gran hombre llamado por el presidente de una gran nación para cambiar, si podía, el curso de la Historia. Mi orgullo gritaba para que se le dejara en libertad de esta cárcel constituida por una mística ancestral. Otra voz gritaba: «¡Quédate! Si no estás con él llegarás a tu total destrucción».

Musó Soseki permaneció en silencio largos minutos. Sus ojos estaban fijos en el jardín invisible desde aquí. Su arrugado rostro expresaba el reposo de la contemplación. Me encontré también dispuesto a las actitudes físicas y mentales de la meditación. Mi atención se fijó en las pequeñas emanaciones de aire caliente sobre el brasero de carbón. Mi mente se separó de la lógica de la conversación previa y comenzó a volar libremente por impulso de asociación. Entonces, abruptamente, el anciano monje volvió a hablar:

—Siento mucho que aún no haya respondido a la pregunta del cuclillo.

—He pensado en ello durante mucho tiempo, pero aún no logro comprenderlo.

—¿Incluso ahora no puede comprenderlo?

—Incluso ahora.

—Entonces, busquemos una vez más la respuesta. Dígame. ¿Por qué viene a visitarme?

—Para escuchar el silencio.

—¿Ha escuchado el silencio?

—Algunas veces.

—¿Ha escuchado al cuclillo?

—¿Cómo podría escucharle? El cuclillo deja de trinar cuando llega el invierno.

—Pero usted vino a escuchar el silencio. ¿Por qué no se escucha el silencio del cuclillo?

—Nunca he tenido la oportunidad de preguntárselo.

—Pero ¿espera todo el año para escuchar su canto?

—Sí.

—Y cuando lo escucha, ¿comprende que ha llegado la primavera?

—Sí.

—Entonces, ¿comprende al cuclillo?

—Sí.

—¿Teme que él no le comprenda a usted?

—Sé que no me comprenderá.

—¿Lo sabe o no se atreve a averiguarlo?

—No me atrevo a averiguarlo.

—¿Por qué?

—Porque nunca he confiado en el cuclillo.

—¿Cree que el cuclillo le va a perdonar?

—Espero que pueda hacerlo.

—¿Qué hará entonces cuando ellos le pidan que mate al cuclillo?

—¿Por qué tendría que pedirme alguien que matara al cuclillo?

—Porque no desea cantar en el invierno.

Y allí estaba yo, aún un neófito, de vuelta en la reja por donde antes había entrado. El anciano había comprendido mi estado porque abandonó el tono formal del *mondó* y me recordó gentilmente:

—Recuerde que lo que usted busca *es* un «estado interior». Le ofrecerá las respuestas precisas para su «estado exterior» en el cual está envuelto. No le mostrará el camino del éxito como embajador o cómo «resolver» un problema al cambiarlo por otro. Le demostrará que la vida secreta y la sobrevivencia y el mejoramiento es llevado a cabo por el individuo y no por la masa. De manera, entonces, que cualquier cosa que se haga para el mejoramiento en su trabajo, o en el trabajo de otros, debe hacerse por y a través del estado interior del individuo… —Se interrumpió bruscamente y me ofreció una de sus escasas sonrisas—. No debo confundirle. La sabiduría crece como una flor que se abre cuando no se la observa. Por favor, escríbame. Estaré preocupado por usted. Y cuando vuelva, venga a visitarme.

—Volveré…, y gracias.

La pregunta todavía no encontraba respuesta. No había luz, solo una sensación más profunda de insatisfacción y de presagios. Algo sí comprendí: que esta relación establecida con Musó Soseki era muy real; que él, el maestro, estaba tan profundamente involucrado en mi vida como yo en la suya. A partir de entonces, se consideraría responsable, en parte, por mi bienestar y mi rectitud. Y yo debía honrarle y preocuparme de su salud y confort y de la dignidad de su muerte.

Ha corrido mucha agua (y mucha sangre) bajo el puente desde esta conversación invernal con Musó Soseki. Ahora, estoy de vuelta en el jardín de Tenryu-ji, tratando de encontrar algún sentido en mis triunfos públicos y en mis traiciones privadas. Hay algo que me extraña bastante y es que la curiosa pregunta del cuclillo me inquietara tanto y tan poco las últimas palabras de Festhammer antes de trasladarme a Saigón.

—Max, a partir de ahora, cualquier día, alguien va a destronar a Phung Van Cung y a su familia y establecerá un nuevo Gobierno. Antes de que den el golpe, te preguntarán cuál es tu opinión y hasta dónde estás preparado a respaldarles en el nombre de los Estados Unidos… Y lo difícil del caso, Max, es que tendrás que darles una respuesta…, y luego justificarla ante el Departamento y el presidente… Buena suerte. ¡Que tengas feliz viaje!

A cien millas de la costa vietnamita nos salió al encuentro una escolta de cazabombarderos que volaron en estrecha formación con nosotros durante el resto del viaje. Nuestra primera etapa fue el delta gigante del río Mekong, que se abre en abanico a lo largo de cien millas de arrozales y plantaciones tropicales y entre aldeas, diques y canales, hasta los bajíos de los bancos Astrolabe.

Me trajeron por esta ruta para que efectuara mi primera revisión a la situación militar. El país del delta era el escenario de algunas de las batallas más cruentas de toda la guerra. El río Mekong era la ruta de abastecimiento por la cual se trasladaban las armas y el equipo militar a los guerrilleros desde Laos y Camboya. Venían ocultos bajo bolsas de arroz y racimos de plátanos. Las embarcaciones eran impulsadas a remo por mujeres y niños y abuelos tribales y khmers de la frontera. Los guerrilleros iban y venían por la misma ruta… por el río, por los arroyos y contra la corriente. Eran tan libres como los animales en su elemento natural. Porque, ¿quién podía leer en el corazón de un hombrecillo moreno que plantaba arroz o tejía fibras de palma o vendía caña de azúcar en el mercado de la aldea? En la íntima vida familiar de las aldeas de techo de paja, la tragedia amarga de una guerra civil era comprendida en sus consecuencias más simples y brutales. Durante la noche los aldeanos se retiraban tras una empalizada de bambú junto con su ganado. Cada familia proporciona una lámpara para iluminar los muros y un centinela para cuidarles contra el Vietcong, que, llegaba arrastrándose por los arrozales y los matorrales de bambú para llevar a cabo sus ataques. Pero el hombre en el muro y el hombre en el pantano eran hermano y hermano, o primo y primo. Entonces, algunas veces, se apagaba una lámpara y una mano, estirada desde la empalizada, ayudaba a los atacantes. A veces se entregaba arroz o

medicamentos para los heridos. En otras ocasiones se producía un armisticio o la simple inactividad, de manera que los guerrilleros podían hacer una pausa y descansar en un bosque de plataneros mientras los aldeanos dormían apaciblemente dentro de sus empalizadas.

Para el comando militar esto constituía una pesadilla. Para los habitantes de las chozas era una acomodación natural a las circunstancias, porque, ¿qué le quedaba a un habitante del delta si le destruían su milenaria estructura familiar?

Con la seguridad que deparan los quince mil pies de altura, volamos en círculos sobre la animada zona. Un mayor de la Fuerza Aérea señaló un pequeño pueblo que llamó Travinh. Me mostró los helicópteros que lo sobrevolaban como aves desmañadas. Captamos el rastro de los cohetes y el débil resplandor de los cañones y vimos que el humo surgía en columnas desde tres conglomerados liliputienses. Pero no vimos a ningún hombre, solo unas salidas de hormigas. No escuchamos ningún ruido fuera del gemido de nuestros reactores. Éramos como dioses en el empíreo, observando hacia abajo el desarrollo inconsecuente de las hostilidades humanas, que mañana estarían lavadas por el río lodoso o hundidas en los arrozales o engullidas por la selva. Esperamos quizás unos diez minutos y luego enfilamos hacia el Norte y comenzamos a descender hacia Saigón. Al aproximarnos al aeropuerto nuestra escolta se apartó y nos zambullimos, demasiado abruptamente para mi tranquilidad, hacia la pista. El mayor de la Fuerza Aérea dio una cruda explicación: los del Vietcong actuaban incluso en las afueras de la ciudad y ocasionalmente un avión era alcanzado por fuego de fusilería al aproximarse para aterrizar.

Cuando nos detuvimos y se abrieron las puertas, nos encontramos en medio de un aeropuerto armado. Los helicópteros y cazabombarderos estaban aparcados en torno al perímetro del campo. Había una guardia de honor de los Estados Unidos y un desfile de paracaidistas vietnamitas con uniformes camuflados y boinas. El ministro de Asuntos Exteriores tenía generales a ambos lados, vestidos con sus uniformes de gala. Nuestros empleados de la Embajada rivalizaban con un contingente del personal de servicio, encabezado por un comandante en jefe, el general Tolliver.

George Groton comentó en un susurro, mientras descendíamos por la escalerilla:

—Le han recibido como a un general y no como a un embajador. Me gustaría saber quién ha organizado todo esto.

Yo intuía aquí la mano de Raoul Festhammer. Siempre había desplegado un gran talento para todo el teatro diplomático. Pero no tuve tiempo de recrearme en esta idea. El jefe de protocolo estaba junto a mí y me conducía rápidamente a lo largo de las presentaciones. Las cortesías fueron muy cordiales, pero toda la ceremonia fue breve, casi brusca. Presentí una tensión, un deseo inexpresado de sacarme lo antes posible del aeropuerto y tenerme instalado sano y salvo en la Embajada. Dondequiera que me moviera me enfrentaba a un hombre armado. El general Tolliver se sentó a mi lado en el coche y cuando salimos del aeropuerto y entramos en la amplia avenida que conducía a la ciudad, mi coche iba precedido, flanqueado y seguido por vehículos armados.

Después de la sumisa ceremoniosidad de mi vida en Japón esto fue un golpe rudo y me encontré reaccionando contra ello de forma muy curiosa. Me invadió la excitación; una excitación extraña, casi sexual, como si esta demostración de poder, esta atmósfera de riesgos y de amenaza física, fuera un desafío a mi propia virilidad. Me alegré de ser recibido como un militar y no con la urbanidad de la política. Estaba aquí para actuar, para poner fuerzas en movimiento y luego conducirlas a un fin favorable. Debía inspirar confianza y valor y llevar mi cargo como un símbolo de poder. Fue un momento vertiginoso y exaltado. Las tropas de Tolliver me tenían encerrado como en una presencia sacramental, pero yo deseaba ponerme de pie y mostrarme al pueblo como un enviado que les libraría de su esclavitud.

Entonces dirigí mi mirada hacia el pueblo y de inmediato sentí la necesidad de tranquilizarme. No tenían ojos para mí, ni para mi siniestra procesión. No se acumulaban en grupos para ondear banderas y gritar vivas al nuevo libertador. Miraban una sola vez y luego desviaban los ojos. Sus rostros pequeños e inteligentes podrían haber estado esculpidos en madera.

Los coolíes pasaban trotando con cestas equilibradas en varas de bambú sobre sus hombres esqueléticos. Un monje totalmente rapado y vestido con una túnica color azafrán, extendió una escudilla a una mujer, quien le ofreció una tarta de arroz y un poco de fruta. Una anciana criada china caminaba arrastrando sus pantuflas por la acera, llevando de la mano a unos niños limpios y hermosos como muñecos. Los policías, en los cruces de calles, eran eficientes y presentaban rostros inmutables. Las muchachas, vestidas con llamativas faldas de seda o pantalones, montaban en bicicletas o motocicletas conducidas por estudiantes. Las dueñas de casa estaban sentadas como antiguas y elegantes princesas en el portal, con sus rostros en calma, casi desdeñosos, bajo sus sombreros de palma trenzada.

No eran hostiles. Eran cautelosos, desenvueltos, indiferentes hacia aquellos que tan poco podían hacer para alterar los patrones fundamentales de sus vidas. Tantos hidalguillos habían llegado y partido en sus recuerdos históricos: los chinos, los mogoles, los portugueses, los holandeses, los ingleses, los franceses, los japoneses y finalmente los americanos… Y no se podía decir finalmente, porque no existe finalidad en Asia. La vasta y compleja configuración del continente lo prohibía. Las corrientes tribales se mantenían constantemente en movimiento por la presión de barreras montañosas, por el temor de los desiertos inhóspitos, por el atractivo de los arrozales del delta, por el tráfico de poderosas rutas acuáticas, por la seducción de las islas llenas de especias y sus playas sembradas de joyas.

Siempre existiría un mañana en Asia porque el hombre se sentía orgulloso de ser potente y la mujer honrada de ser prolífica y, a pesar de las hambres, del cólera, de la disentería y de la viruela, las tribus se multiplicaban y el Reino del Medio siempre oprimía las fronteras y extendía unos tentáculos hambrientos hacia los arrozales y los caminos que conducían al mar de las Islas del Sur. A la sombra de estos mañanas, la ciudad de Saigón, con sus avenidas sombrías, con sus villas confortables, con su atmósfera de elegancia gala, me pareció de pronto tan impermanente y tan impertinente como yo mismo.

Mi atención se vio desviada bruscamente por un resplandor de color y de movimiento. A unos cincuenta metros más adelante vi las tejas azul brillantes, los aleros terminados en punta y el dorado de las maderas de una pagoda. En su entrada había tres monjes: dos jóvenes que conducían a uno muy anciano. Le llevaron hasta el borde del sendero, donde extendieron una pequeña alfombra y le ayudaron a sentarse sobre ella. Uno de los monjes jóvenes depositó un cacharro de barro al alcance de la mano. Se inclinaron respetuosamente y se retiraron en dirección a la pagoda, de manera que el anciano quedó allí sentado, solitario e inmóvil, único observador de nuestro paso.

Aún no habíamos llegado frente a él cuando vi que levantaba el cacharro de barro y derramaba el contenido sobre su cabeza, como si estuviera efectuando una ablución ritual. El líquido le corrió por el rostro y los hombros, manchando su túnica amarilla y la alfombra sobre la cual estaba sentado. Entonces, muy deliberadamente, dejó el recipiente a su lado, hurgó en su túnica y extrajo un mechero. Al encenderlo se escuchó una explosión ahogada y todo su cuerpo floreció en llamas.

Ahora estábamos frente a él. Pude sentir el calor y el olor a carne chamuscada. Vi que algunas personas corrían y gritaban y unos policías que les detenían a bastonazos y a golpes con la culata de sus fusiles. Sentí que mi coche daba un salto hacia delante cuando el conductor pisó el acelerador a fondo. Pero en ese último instante suspendido alcancé a ver el rostro del anciano. Estaba cubierto y coronado de llamas; pero sus ojos estaban cerrados, sus labios entreabiertos con la sonrisa de Buda y estaba sentado inmóvil y en silencio, esperando que el fuego le consumiera.

Capítulo II

Fui testigo de un sacrificio…, y no me gustó la experiencia. En el espectáculo de un cuerpo humano inmolado por el fuego había un impacto de horror. En el estallido de violencia desatado en torno al sacrificio había una excitación de pesadilla. En el éxtasis del monje y en el dominio de su voluntad sobre los nervios y músculos atormentados había una espiritualidad sobrenatural. De pronto sentí náuseas al comprender que este suicidio ritual había sido montado para mí y que, debido a la negligencia o a la ignorancia o a los cálculos políticos, yo había sido un cómplice del acto.

Aún no cumplía una hora en el país. Aún no había llegado a mi Embajada, sin embargo, ya estaba envuelto pública e irrevocablemente en los feudos religiosos de Vietnam del Sur. Incluso antes de que presentara mis credenciales en el Palacio Presidencial, podría ser desafiado por la Prensa mundial para que declarara sobre un mártir budista y una administración católica.

También se me desafiaba en otra forma. Yo era un estudiante, si no un adepto, en la óctuple senda del compasivo Buda. Había aceptado caminar por el sendero del zen y no estaba preparado para las actitudes más primitivas de los Mahayana vietnamitas. Musó Soseki me había enseñado que se llegaba al camino de la luz por una serie de pequeñas muertes infligidas al espíritu autocentrado. Pero que un hombre debía intentar alcanzarla por un acto definitivo de extinción física, para mí fue un choque brutal. El choque me hizo sentirme furioso y me dirigí rudamente al general Tolliver.

—Por el amor de Dios, general, ¿quién diablos me metió en esto? ¿Quién es el responsable de las medidas de seguridad?

Tolliver respondió sin rodeos y con el mismo mal humor:

—La Embajada, la CIA y el Palacio. Yo debía proporcionar los coches y los guardias. Así lo hice. La seguridad corría a cargo de los viets en unión con la CIA. La CIA aprobó sus disposiciones.

—¡Pero, maldita sea, hombre! Los budistas han estado amenazando con esta clase de demostraciones durante semanas. La Prensa no ha hecho otra cosa que divulgarlo. También lo han hecho los informes de la Embajada. Con toda seguridad que alguien ha elegido el día de hoy como una fecha magnífica para comenzar la función.

—Estaban todos prevenidos —dijo Tolliver amargamente—. La. Prensa lo sabía. El Palacio lo sabía. La CIA lo sabía. Se discutió abiertamente en la última reunión. Pero Harry Yaffa dijo que él garantizaría las disposiciones. Es el jefe máximo en la CIA, ¿cómo se le puede discutir? Además, yo tengo mi propia guerra que luchar… y ya estoy en demasiados frentes.

—¿Y quién, especialmente, deseaba verme envuelto en un sacrificio budista?

—Todos —dijo Tolliver sin inmutarse—. Los budistas, porque desean poner en escena un drama público de sus propios males. El Palacio, porque esperan que le causará verdadera repulsión esta demostración de un fanatismo primitivo. La Prensa, porque se les acusa de dramatizar la guerra desde el bar «Caravelle» y podrán utilizar un reportaje realmente sustancioso como este. La CIA, porque desean cambiar la Administración y esta clase de crisis es la mejor forma de poder venderle a usted su idea.

—¿Y el Ejército, general? Me refiero a su ejército. ¿Dónde está usted?

—Hundido hasta la rodilla en el pantano del delta —dijo Tolliver con abrupta vehemencia—. Luchando una guerra que no podemos ganar y que no nos atrevemos a perder. No tenemos autoridad en las operaciones. Estamos aquí como asesores y almaceneros. En teoría ni siquiera podemos disparar un fusil hasta que nuestro personal no sea amenazado directamente. Si tomamos el control de las operaciones, eso nos transforma en colonizadores capitalistas como los franceses. Si montamos un ataque a toda escala contra el Vietnam del Norte, se nos trata de ladrones con escalamiento y violación de la propiedad y posiblemente una confrontación militar con China. Si ganamos en nuestro propio terreno, somos victoriosos en un vacío político y social. Si nos marchamos y dejamos que los viets luchen su propia guerra, hemos perdido dignidad, pie y todas las penínsulas del sur de Asia… Sí, su budista es importante para mí. Es el símbolo de una desunión y de un total desapego hacia su propia tierra. Pero yo no fui quien montó y organizó su martirio. Tengo demasiados mártires propios…

Me disculpé y él lo aceptó con un encogimiento de hombros y una sonrisa cansada.

—Aquí, cada uno tiene su propia versión de la verdad. Pero si desea toda la verdad, tendrá que buscarla en los pantanos del delta. Y ahora hay allí bastante fango.

—Y sangre también, según me han dicho.

—Sangre también. Espero que lo vea por sí mismo, alguna vez.

Y entonces entramos por la puerta de reja de la Embajada donde me vería instalado como un sátrapa tras las bayonetas de los guardias.

George Groton resumió mi recepción en una sola frase:

—… Un grupo de empresarios de pompas fúnebres que le toman las medidas a su nuevo cliente para su mortaja.

Yo también sentí un escalofrío mortuorio, pero estaba más preparado para ello que Groton. En el Servicio siempre se sospecha de los reformadores y de aquellos que van a causar revuelo, sobre todo si vienen llamados especialmente y con distinciones. Además, McNally, mi antecesor, había sido un hombre amistoso, estimado por su personal. Yo siempre había sido conocido como un superior frío y últimamente se me estimaba como exigente. Por lo tanto, era natural que se me temiera.

Pero estaba comprometido más, mucho más que el buen o mal humor de un embajador. Este era un puesto difícil de llevar: un lugar de riesgos y peligro diario para mi gente y sus dependientes. En las calles se sucedían las escaramuzas. Las bombas explotaban en los bares, en los cines y en los mercados públicos. Una bicicleta apoyada contra el bordillo de una acera podría estar llena de plástico explosivo. Los niños eran llevados a los colegios por rutas determinadas y acompañados de guardias armados. Las rejas y puertas se cerraban de noche y el padre de familia dormía con una pistola cargada bajo la almohada. Un paseo de cinco millas fuera de la ciudad en un día de domingo podría conducir a una emboscada de los guerrilleros del Vietcong. Un vendedor de tartas de arroz podría ser un contrabandista de armas o un emisario de los guerrilleros. Entonces, había que estar alerta ante cualquier recién llegado que esperara cambiar la faz de Asia con un gesto audaz y una nueva y hábil política ordenada desde Washington.

Todo el personal estaba bajo la censura de una política que había fallado; pero tendrían que aceptar las consecuencias de la nueva política, en la misma forma que habían soportado los peligros de la antigua. Por lo tanto tenían derecho a ponerme a prueba y yo debía justificarme ante ellos antes de que pudiera entrar a gobernar su lealtad. Me sentí extrañamente desnudo al

sentarme a la cabecera de la mesa de conferencias y esperé a que mis colegas se acomodaran en sus sitios. Estos eran hombres que habían estado luchando una guerra de avanzada mientras yo me sentaba contemplativamente en el jardín de Musó Soseki. Les hablaría con la voz del Jefe del Ejecutivo, pero muy bien podrían considerar que salía de la boca de un asno bíblico.

En medio de los últimos instantes de bullicio y preparativos, George Groton me alcanzó una nota escrita en caracteres Kanji: «Harry Yaffa, CIA, es hombre fuerte. Fricción entre él y Mel Adams, Primer Secretario. Otra opinión dividida». Hice una bola con la hoja y la introduje en un bolsillo.

Melville Adams se sentó a mi derecha; un tipo enjuto, frío, casi en los cincuenta años. Estaba en el Servicio desde hacía bastante tiempo y se había ganado el respeto por la impersonalidad estudiada de sus actitudes y por el obstinado valor de sus convicciones. Algunos le creían un individuo demasiado seco para misiones de primera línea, pero yo le había visto trabajar en Helsinki y en Argentina y siempre le había tenido en alta estimación y respeto.

Más distante, en mitad de la mesa, estaba Harry Yaffa, quien parecía más un cirujano de moda que el jefe de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) para Vietnam del Sur, Laos y Camboya. Era un individuo bajo, rechoncho, vivaracho y de aspecto benigno. Sus manos eran suaves y cuidadosamente atendidas. Su camisa de seda era de corte elegante con un monograma bordado en hilo azul al lado izquierdo del pecho. Su voz era suave. Sus gestos eran llenos de encanto y de deprecación. Tenía reputación de ser tortuoso, despiadado y carente de escrúpulos morales de cualquier clase. Si debía controlarle, ante todo necesitaba conocerle mejor, pero sospeché que no sería de mi agrado llegar a un conocimiento más íntimo del individuo.

Observé al resto de los asistentes. Todos estudiaban diligentemente los informes dactilografiados que tenían frente a sí. Había llegado el momento de dirigir las primeras palabras.

—… Señores, me gustaría hacer caso omiso de las formalidades… Han llevado este asunto durante mucho tiempo. Recurriré asiduamente a sus informaciones, consejos y ayuda. Espero que sean francos conmigo como yo lo seré con ustedes…

Sus ojos permanecieron velados y sus rostros inmutables. Todos eran profesionales en la materia. Este era solo un preámbulo y no creían una palabra de lo que había dicho. Esperan escuchar el verdadero texto de mis instrucciones desde Washington. Se las recité directamente:

—Estoy aquí como instrumento de una nueva política para el régimen existente en Vietnam del Sur. He sido instruido por el Departamento de Estado para efectuar las siguientes peticiones específicas: la cesación de la persecución a los budistas y de las medidas represivas contra los estudiantes. Phung Van Cung deberá hacer las concesiones necesarias para restaurar la unidad política y militar dentro de su propia Administración. Él y los miembros de su Administración deben abstenerse de todo ataque público futuro a las medidas de los Estados Unidos. Si no está dispuesto a aceptarlo, estoy autorizado para amenazarle con sanciones inmediatas: término de los fondos de ayuda procedentes de los Estados Unidos y el retiro paulatino de nuestro personal militar.

En torno a la mesa hubo un súbito movimiento de interés. El general Tolliver preguntó bruscamente:

—¿Y si Cung no hace lo que se le ordena, las sanciones serán aplicadas?

—General, puede tener mi palabra que así se hará. Dentro de los próximos días recibirá instrucciones detalladas procedentes del Pentágono sobre el método a utilizar en cualquier retiro de nuestro personal militar.

Tolliver me dio las gracias y luego se replegó en el silencio. Era un soldado demasiado astuto como para jugar a la política con los profesionales. Ya había desempeñado su parte en la obra. El resto podría esperar hasta que yo comprendiera mi necesidad de los hombres armados. La próxima pregunta fue hecha por Mel Adams.

—¿Estas demandas serán hechas públicas, señor?

—Eso dependerá de los resultados de mis primeras conversaciones con Phung Van Cung, mañana.

—Entretanto, ¿qué informaciones se propone ofrecer a la Prensa?

—Ninguna, hasta después que haya presentado mis credenciales en el Palacio Presidencial. He notado que ha dispuesto una conferencia de Prensa para las cinco de esta tarde. Me gustaría que se cancelara.

—¿Ofrecemos algunas explicaciones?

—Sí. Que quede muy claro que está comprometida la cortesía diplomática. Dígales que estaré a su disposición para una conferencia a las dos de la tarde de mañana… Y hablando de la Prensa, señores, espero que su primera pregunta será referente a un comentario sobre el suicidio del monje budista esta mañana. Ahora, en estos momentos, no sé cuáles podrían ser mis comentarios públicos. Sin embargo, para todos ustedes, tengo una opinión privada que darles. Creo que señala un lamentable error por parte de nuestras medidas de seguridad. Me gustaría saber quién es el responsable.

Siguió a continuación un silencio breve e inquieto y entonces Harry Yaffa me respondió, blando como la mantequilla:

—Ya he investigado el asunto, señor. En mi opinión estimo que la responsabilidad recae directamente sobre los hombros de los viets. Sabíamos que sucedería algo así. La ciudad se ha visto llena de rumores durante las últimas dos semanas. Discutimos las medidas de seguridad detalladamente con el Palacio. Quedamos de acuerdo en que pondrían una guardia armada de cuatro hombres en la entrada de la pagoda. Yo puse a dos de mis agentes al otro lado de la calle… Cinco minutos antes de la llegada de su coche, la guardia fue retirada. Uno de mis agentes abandonó su puesto de inmediato para encontrar al comandante de la guardia. Aún seguía discutiendo con él cuando sacaron al monje… Después de esto, ya no se podía hacer nada. Todo sucedió con demasiada rapidez.

—¿Y su segundo agente, señor Yaffa?

—Es un hombre encubierto, sin ninguna autoridad policial o militar. Si hubiera tratado de intervenir, quizá los disturbios podrían haber sido mayores…

—Así entonces el embajador perdió dignidad en la mañana misma de su llegada y el Palacio se ha afirmado en su actitud agresiva respecto de los budistas. ¿Es esa la posición?

Yaffa pareció sonreír ante mi simpleza.

—En realidad, señor, es algo más complicada. Los budistas se han anotado una victoria. —Hurgó entre sus papeles y escogió un documento dactilografiado que pasó de mano en mano hasta mí—. Esa es una traducción de la última carta escrita por nuestro mártir. Ya está circulando por las pagodas y entre los budistas laicos.

Leí el documento en silencio mientras mi audiencia esperaba. En todo caso era un escrito notable: el testamento último de un hombre en víspera de su voluntaria desaparición del mundo. Me hizo recordar la visión de un anciano asceta, sonriente y silencioso, inmóvil, incluso mientras le devoraban las llamas. A pesar de mí mismo, me sentí emocionado por el simple fervor de sus palabras finales… «Antes de cerrar mis ojos a Buda, tengo el honor de presentar mis últimas palabras al presidente Cung pidiéndole bondad y tolerancia para con su pueblo y que le garantice en la verdad una igualdad religiosa…».

Dejé el papel sobre la mesa y me encaré nuevamente a Yaffa.

—Ese es un documento incendiario, señor Yaffa.

—Estoy de acuerdo, señor. —Su tono era estudiadamente formal, pero capté la ironía en el fondo de sus palabras—. También hace surgir una pregunta que tendrá que hacerse tarde o temprano en esta conferencia. ¿Hasta qué punto ha calculado Washington los efectos de su ultimátum al presidente Cung?

Ya estaba sobre el tapete, como una navaja desnuda; un desafío que debía responderse. Me pregunté si este hombrecillo regordete era el único que tenía el valor (o el cálculo) suficiente para hacerlo. ¿Algunos de mis colegas habían conspirado para transformarle a él en su altavoz? ¿O les estaba desafiando a ellos también basado en un poder secreto? Me sentí como un hombre que se le arranca de tierra firme y se le deposita sobre pantanos y arenas movedizas. Decidí retirarme uno o dos pasos y luchar esta pequeña escaramuza en mi propio terreno.

—Washington ha efectuado ciertos cálculos, señor Yaffa. Sin embargo, el secretario de Estado me ha pedido que los pruebe contra las opiniones de los hombres destacados en el lugar. Por tanto, permítame hacerle a cada uno por turno la misma pregunta: ¿Qué creen que sucederá cuando entregue las peticiones al Palacio?

Una vez terminada la conferencia me sentí súbitamente aislado e incapaz. Fue una sensación aterrorizadora, como si de un solo paso hubiera alcanzado los límites de mis poderes mentales y físicos. Estaba cansado y viejo; mi juicio estaba nublado; mi voluntad debilitada. Estaba resentido con Raoul Festhammer por haberme lanzado tan fácilmente a este lugar de enjuiciamiento. Me remordía el recuerdo de Musó Soseki y su advertencia de mi propia incapacidad. Estaba resentido con mis colegas, quienes cavilaban sobre las disensiones entre los viets y, sin embargo, presentaban tan poca unidad entre ellos mismos. No deseaba más que abandonar toda responsabilidad y retirarme de este lugar de tensiones e intrigas.

Después de la excitación rápida y viril de mi llegada, era como la tristeza que sobreviene después del acto de amor. Era como ella, sin embargo, diferente, porque bajo la tristeza adivinaba un terror y un peligro…, una desesperación que algún día podría lanzarme a la acción para finalizar esta lamentable comedia y comenzar nuevamente. A pesar de vislumbrar la forma del peligro, lo aparté de mí porque debía sonreír y agradecer a mis colegas y cerrar la sesión con cortesía y despliegue de confianza.

Solo faltaban un par de horas para la cena, de manera que pedí que se me llevara a casa. Groton esperaría en la Embajada hasta que se escribiera a máquina la transcripción de la reunión y luego me la traería de inmediato. Mel Adams cenaría con nosotros para ponerme al corriente de las actividades de la Embajada.

Fue entonces cuando Yaffa se me acercó y me pidió un par de minutos en privado. Tenía un obsequio para mí: una pistola automática en una sobaquera de piel negra. Me pidió que la llevara a todas partes donde fuera, que la mantuviera en el cajón de mi escritorio durante el día y que durmiera con ella bajo la almohada. También me ofreció un consejo: que me mantuviera apartado de las ventanas abiertas y que siempre me trasladara acompañado de los guardias que él dispondría para mí. Estudié su rostro suave en busca de algún síntoma de burla, pero no encontré ninguno. Sus palabras finales fueron sobrias y respetuosas:

—En esto debe confiar en mí, señor. La seguridad es mi trabajo. Su seguridad es mi responsabilidad personal. Esta es una ciudad de asesinos. Le ruego que siga los consejos que le he dado.

Le di las gracias y le prometí cooperar. Luego me pidió permiso para acompañarme a casa y así mostrarme ciertas precauciones que había tomado para mi propia seguridad. No podía negarme sin dejar de mostrarme desagradecido; además, estaba intrigado por el brusco cambio de su personalidad. En la conferencia había sido irónico, sutilmente defensivo, un instigador de controversias. En mi compañía, solo, era educado y deferente. Su afectación había desaparecido como una máscara y entonces vi lo que Groton había captado: el hombre fuerte que hacía surgir emociones de respeto o de desconfianza. Mientras íbamos en el coche hacia casa, bajo un anochecer cálido y húmedo, Yaffa me ofreció una descripción breve pero punzante de la ciudad de Saigón.

—… Tiene un encanto especial, ¿verdad? Un teatro provincial francés con actores orientales. Pero el drama es netamente asiático. Nada significa lo que parece. Observe esta calle. Hay tres policías y cuatro milicianos, pero eso no es todo. El tipo que va empujando el carro de mano es uno de los muchachos de la Secreta de Cung. Hay otro en la esquina más apartada. La mujer que está allí, apoyada en la ventana, trabaja para mí… Esta ciudad está tan vigilada que no se puede beber un trago o comer sin que uno se tropiece con un policía secreto. Parece todo en calma, ¿verdad? Pero en el fondo está hirviendo. El hombre que va en bicicleta puede ser uno del Vietcong. El conductor del taxi puede llevar una granada bajo su asiento… En una forma u otra, estos seres

han estado en guerra continua desde hace dos mil años. Son una raza muy sofisticada… y muy dura también. Laca china sobre bambú vietnamita, y los franceses agregaron un revestimiento propio. En esa dirección está Cholón, el barrio chino. Comercian y tienen hijos y prestan dinero y tienen más hijos y esperan en silencio la hora en que puedan ser enterrados cerca de las tumbas de sus antepasados. Allí hay un hombre que debiera conocer algún día…; el chino Número Uno. Es un hombre importante, pero se le ve en raras ocasiones y su nombre jamás es pronunciado. Mantiene a su gente callada y paciente y escucha al viento. —Sin cambiar de tono, agregó—: Eso es lo que desearía que hiciera, señor. Escuchar al viento de vez en cuando. Habla en un idioma diferente del que escuchó en la mesa de conferencias. —Antes de que me diera tiempo a responderle, continuó—: El suicidio del budista fue solo el comienzo. Se está tramando algo grande y no estoy seguro de lo que pueda ser. Puede suceder esta noche. Y si no esta noche, entonces en un par de días más. Lo sabré con una media hora de anticipación, y entonces le avisaré.

Cuando le presioné para que se ampliara más en detalles, se excusó con palabras vagas. Yo estaba irritado y él lo sabía. Dijo con firmeza:

—Seamos francos, señor. Comprendamos claramente cuáles son nuestras funciones. Usted es el representante oficial de los Estados Unidos. Yo debo servir de otra forma…, como oportunista político. Hay cosas que debo hacer que usted jamás aprobaría, de manera que es mejor que las ignore. Debo matar hombres y sobornar mujeres. Debo fomentar un complot para asegurar el éxito de otro. Debo tomar precauciones contra su éxito y sus posibles errores. Si desea salvaguardar su conciencia haciendo que yo le mienta, también puedo hacerlo. Soy realmente hábil en ello, pero preferiría no mentir cuando no es necesario. Espero que me haya explicado con suficiente claridad.

—Muy claro, señor Yaffa, excepto en un detalle. ¿Qué sucede con su propia conciencia?

—Es un lujo, señor. Hace mucho tiempo que me di cuenta que no podía costear ese gasto.

Y allí, con fuerza, terminó nuestra conversación. Ya estábamos en mi casa: una villa inmensa, estucada, rodeada por un alto muro terminado en una alambrada y vidrios rotos. Dos *marines* estaban de guardia en la entrada. Otros dos patrullaban los muros. En el interior, al pasar la verja, había una pequeña caseta de guardia. Cuando el conductor hizo sonar la bocina, otro *marine* abrió la puerta de reja y saludó militarmente mientras penetrábamos en el parque.

Era un estallido de colores tropicales y la atmósfera olía pesadamente a franchípanos; pero después del orden sobrio y calculado de mi jardín japonés, este lugar parecía lujurioso y descuidado, como una mujer bella que ha envejecido en él no encontré ni una bienvenida ni descanso para la vista y el espíritu. Aquí sería siempre un ser de paso. Nada había que me obligara a entregar ese yo interno que era mi última y verdadera posesión.

Yaffa ya se había lanzado en un último y rápido resumen.

—La mitad de sus sirvientes son americanos. Anne Beldon es su secretaria privada; Humphrey es su mayordomo…, es de Virginia y sabe su oficio a la perfección. La señora Brendan es su ama de llaves. Conocerá el resto a su debido tiempo. Los cocineros y ayudantes, los encargados del aseo y los jardineros son todos vietnamitas, miembros de tres familias que viven en una construcción en el fondo de la residencia. De esta manera podemos mantenerles bajo vigilancia y apartados de las amenazas o la seducción. Sus habitaciones privadas dan al río. Hemos investigado el campo de tiro desde allí y sus posibilidades de que logren herirle son muy escasas. Pero le ruego que no se olvide de que siempre existe esa posibilidad. Todo el edificio está dotado de alarmas contra robos y los guardias están entrenados en una forma especial que ahora no necesito explicarle. Su guardaespalda personal es Bill Slavich. Es un as con las armas de fuego y experto en judo. Vive en base a estas premisas. ¡Si ahora quiere entrar, señor…!

Me condujo tranquilamente a lo largo de las ceremonias de bienvenida y noté con cierta satisfacción que Anne Beldon parecía tener buena presencia y buen humor, y que mi guardaespalda era más como un graduado de West Point que el luchador que yo había temido. Quizá sea un esnob en estas materias, pero me disgustan rápidamente las personas ostentosas y habría sido una ofensa a mi orgullo personal el haber sido cuidado por un hombre que tuviera el aspecto de un matón.

Luego, finalmente, estuve solo, en un dormitorio espacioso, ventilado, que daba al río y desde el cual se podía ver la llanura verde y extendida del delta. Con la última luz del atardecer se presentaba extrañamente calmado y hermoso…, irreal, también, como el telón de fondo de un *ballet*. Era difícil creer que solo a diez millas de distancia, dentro del campo de mi visión, se había llevado a cabo una batalla cruenta la semana anterior…, una batalla en la que participaron casi mil hombres: del Vietcong, tropas del ejército del presidente Cung y miembros de nuestras propias fuerzas americanas. Aún era más difícil creer que esta misma noche, cuando la rápida oscuridad tropical se cernía nuevamente sobre la tierra, los hombres del Vietcong se estaban

poniendo en movimiento una vez más, asaltando esta o aquella aldea junto a los canales, cobrando tributo en arroz, gallinas o municiones, comprando o atemorizando a una u otra familia para hacerlos sus aliados.

Se me había dicho que en algún lugar de este delta se llevaba a un oficial americano de una aldea a otra, desnudo, con los ojos vendados, enjaulado como una bestia, como objeto de burla y escarnio. Con la llegada del alba se podría encontrar a un campesino recalcitrante flotando en un canal con el cuello abierto; otro podría estar empalado, amordazado y gimiente, en las estacas de una cerca de bambú. Y antes de que el sol estuviera alto, antes de que salieran los helicópteros en sus vuelos de observación, los guerrilleros del Vietcong se habrían desvanecido en la espesura de la selva o mezclados a los compradores en un mercado aldeano.

Incluso mientras observaba, cayó la noche y las primeras y débiles estrellas asomaron entre los bancos de nubes. Para mí esta era la hora de la tristeza, la hora de la inactividad, de duda, de desconfianza y de temor ante la noche solitaria que se avecinaba. Lo confieso francamente: siempre he sido un hombre necesitado de una mujer y si hasta ahora mi vida había parecido regular y disciplinada era porque mi matrimonio con Gabrielle estaba bien organizado y compenetrado. Después de su muerte pude salvarme un tiempo en honor a su recuerdo y por cierta vanidad fastidiosa que me impedía verme mezclado en asuntos sórdidos o temporales. Ahora me daba cuenta con toda claridad que estas defensas se habían ido agotando lentamente y me preguntaba, con verdadera ansiedad, cómo podría soportar, solo, las tensiones y desgastes de esta nueva misión.

Había encontrado una fortaleza pasajera en las disciplinas ascéticas de Musó Soseki, pero incluso este descanso me estaba vedado. Ya no podría pasear por el místico jardín de Tenryu-ji; en cambio, debía entrar en un laberinto peligroso, tan cansado con mis propias pasiones como la traición de un conspirador y las balas de un asesino.

Mientras me desnudaba y me bañaba, ponderé la conferencia de la tarde, cogiendo los enredados hilos de la discusión para descubrir el que podría conducirme a través del laberinto y hacia el monstruo (si existía un monstruo) que habitaba en su centro. Pero cada hilo que seguí me condujo a un callejón sin salida y luego se cortó, de manera que tuve que retroceder sobre mis propios pasos y comenzar de nuevo.

Por ejemplo, el general Tolliver tenía una visión simple y precisa de la situación. Esta era una guerra que él debía luchar, pero que no podía ganar. Saldría de ella con otra estrella en el pecho y devolvería a nuestro Gobierno

un grupo de hombres probados como veteranos en cien batallas. Las pérdidas americanas eran reducidas y podrían estar razonablemente equilibradas, con el provecho de la adquisición de una experiencia de campaña. El Alto Comando estaba dividido por intrigas políticas. Sus oficiales estaban pésimamente mal entrenados. Las tropas estaban desilusionadas y desmoralizadas. Toda la campaña era una pérdida ulcerosa de material, de hombres y de espíritu de lucha.

Mel Adams era igualmente pesimista. La situación política era una confusión lamentable. La Administración Cung era una dictadura desvencijada fundada en la ética de los mandarines, de las intrigas feudales, de la Policía secreta y del anticuado catolicismo galo. El propio Cung era un político capaz, pero había perdido la estima de los habitantes de la ciudad y le faltaba personalidad para gobernar a los campesinos. Se había retirado a un aislamiento total y se rodeaba de parásitos que justificaban sus más extremas extravagancias. Era un católico en alianza con Dios. Había cometido un disparate con los budistas, pero no podía admitirlo sin perder dignidad. Entonces se había embarcado en un curso peligroso de represión y de tácticas divisorias. Mi ultimátum le sorprendería. Si confiaba en mí, quizá le ayudaría a cambiar. Si no podía cambiar, se le depondría y expulsaría de inmediato.

Y allí, a la espera, estaba Harry Yaffa con el instrumento de remoción siempre a punto de ser utilizado. Los generales estaban dispuestos para la revolución. Solo esperaban la menor señal de apoyo por parte de los Estados Unidos y derribarían a Cung de la noche a la mañana. Trabajando en equipo, los generales podrían proporcionar un gobierno estable respaldado por la fuerza militar. Podrían reorganizar toda la dirección de la guerra… Por lo tanto, mi ultimátum debía hacerse público al minuto de ser entregado al presidente. Debía redactarse en tal forma que los generales vieran en él una aprobación de sus planes…

De manera que, después de todo, existía un monstruo en medio del laberinto. Su nombre era Cung, y todo lo que yo debía hacer para libertar al país y ganar la guerra era permitir que los generales le cortaran la cabeza. Todo era de una simplicidad asombrosa y atractiva como un cuento de hadas. Y como el cuento de hadas creaba su propio ambiente de realidad. Pero ¿y la verdad? Tolliver me había dicho que la buscara en los pantanos del delta. Musó Soseki me había insistido que la persiguiera en el estado interior de las cosas.

—¿Qué hará? —había preguntado—. ¿Qué hará cuando ellos le pidan que mate al cuclillo?

Ahora veía con claridad el fondo de la pregunta, pero no vislumbraba aún la forma de responderla. Apagué la luz, me acerqué a la ventana y una vez más observé las oscuras tierras del delta. Allí, en las chozas de las aldeas y en los vivaques de la selva, se entregaría el veredicto de mis actos.

Existía tanto la simplicidad exterior como la complejidad interior de las cosas. Allí el jefe de la aldea era un príncipe, primado y ministro de Justicia. Allí el *truang toc*, el jefe del clan, mantenía el culto a los antepasados y la limpieza de los altares. Cuidaba de las tumbas, escribía la historia del clan y era el depositario de su propiedad inalienable. Allí vivía la familia de tres generaciones bajo un mismo techo y todos contribuían al bienestar y a la escudilla de arroz. Estaban agrupados y arraigados a la tierra por una raíz común como el bambú…, y, como el bambú, se inclinaban y ondulaban y sobrevivían las peores tormentas.

Era un pueblo acomodaticio, esclavo de una antigua educación. Llegaran sacerdotes católicos o monjes budistas o escolásticos de Confucio o magos de Tao, escucharían un poco y aprenderían otro poco y ofrecerían una parte de sus tartas de arroz. Y después se retirarían a su mundo de espíritus, con sus almas en pena y sus guardianes de los árboles, de las rocas y de las lagunas cubiertas de nenúfares.

Para ellos no existía un monstruo en medio del laberinto…, solo un mandarín que vivía en un lugar distante en Saigón y publicaba edictos que eran recibidos y olvidados educadamente antes de que se ocultara el sol. O quizá nosotros éramos los monstruos, los bárbaros altos y blancos…, los de las narices largas, los de ojos azules, que nada sabían de espíritus, pero vendían pólvora y pociones para purgar gusanos y armas para matarse entre primos.

Escuché unos golpes de nudillos en mi puerta y entró George Groton con las transcripciones de la conferencia. Venía sonrojado y excitado como un escolar, y después de mi sombría soledad fue un alivio escuchar sus palabras ansiosas:

—… Es como las novelas que se solían escribir, pero que ya nadie cree en ellas y por eso ya no se escriben. Mientras esperaba las transcripciones fui al «Caravelle» a tomar un trago. Casi esperé a ver a Papá Hemingway encaramado en un taburete combatiendo la fatiga. Los corresponsales se susurraban en los rincones y hacían secretas llamadas telefónicas en mal francés. Alguien dejó caer un sifón en el pasillo y dos viets en su rincón se llevaron la mano a las armas. Entonces todo el mundo rio y se mostraron como inocentes ovejitas…

»Parece que se está tramando algo importante en la ciudad, pero nadie está preparado para decir de qué se trata. El ayudante de Harry Yaffa entró en el bar tras de mí y trató de sonsacarme acerca de usted y de sus ideas. Le dije que yo solo era un mensajero. Encontré a su secretaria abajo, señor. Es muy hermosa. —Se sonrojó y él mismo tomó el aspecto de una inocente ovejita—. Lo siento, señor. Estaba parloteando, ¿verdad? Pero esta es la forma como uno reacciona ante este lugar…, como una inyección de bencedrina.

Ambos reímos y yo le pregunté:

—¿El ayudante de Yaffa también le entregó una pistola?

—No, señor. Pero me dio los nombres de los mejores bares. Y dijo que *si* quería dormir con las muchachas locales debía usar una americana de lentejuelas.

—Un verdadero conocedor.

—Eso lo dejó muy en claro. Somos las escobas nuevas. Se espera que limpiemos toda la basura anterior y que dejemos un establo limpio para todo el mundo —dijo Groton secamente—. Si el embajador juega limpio con la CIA no tendremos ningún problema… A propósito, Mel Manas me entregó un mensaje para usted. Le gustaría traer un Invitado a cenar: el delegado apostólico. Ha sido llamado a Roma para que informe sobre la situación al Secretariado de Estado del Vaticano. Parte mañana por la mañana. Adams dice que una conversación con él podría ser una buena preparación para su reunión con Cung… Me gusta Adams. Parece un hombre que juega limpio y que no cede fácilmente al pánico…

Charlamos en esta forma deshilada mientras terminaba de vestirme, y una vez más me impresionó el contraste entre su ansiedad infantil y su intuición rápida y tajante. También poseía un sentido natural de la armonía de las cosas. No presumía de la intimidad de nuestros cambios privados de impresiones, pero cuando estábamos con otros siempre se sabía conducir con modestia y deferencia. Yo necesitaba de su lealtad más de lo que podía expresar. Esperaba poder entregarle a cambio un legado de experiencia y conocimientos en el Servicio. Cuando bajamos a cenar, encontramos a Mel Adams y a un italiano bajito y de rostro reluciente vestido de clérigo. Adams lo presentó como el Muy Reverendo Monseñor Angelo Visconti, Delegado Apostólico en la República de Vietnam del Sur.

Probó ser un invitado ideal, ingenioso y exóticamente elegante en el idioma inglés. Era el perfecto diplomático curial, seguro en el conocimiento de que la prisa no es el remedio para los problemas urgentes y que las conversaciones más inteligentes se llevan a cabo sobre las peras y los quesos.

Tenía un verdadero almacén de anécdotas de una media docena de países y nos representó una comedia que en realidad fue un gran alivio después de las tensiones del día. Luego, bruscamente, se puso a mi disposición para el interrogatorio. Mis preguntas fueron muy directas y él las respondió con precisión teológica. Anoté el diálogo en mis diarios referentes a este período:

—Excelencia, ¿hasta qué punto se puede hacer responsable a la Iglesia católica en Vietnam del Sur por los actos de represión y crueldad que se han cometido contra los budistas que constituyen el ochenta por ciento de la población del país?

—El arzobispo de Hué y el presidente, quienes están unidos estrechamente, pueden, ser los responsables directos. El arzobispo cometió una increíble extravagancia al obligar al Gobierno a que prohibiera el despliegue de banderas para el aniversario de Gautama Buda. Hubo escaramuzas. Nueve personas murieron en manos de la Policía. Tanto el arzobispo como el presidente tomaron una posición intransigente. Se sucedieron los desórdenes y los arrestos. Y ahora tenemos mártires budistas… Sin embargo, el Vaticano y el grueso de la Iglesia en Vietnam del Sur se han disociado claramente de las medidas de represión. La disociación se hizo pública en una carta pastoral del arzobispo de Saigón y también en una carta escrita directamente por el Papa Pablo VI. Dejando a un lado ciertas actitudes regionales y provinciales de algunos miembros clericales de la zona rural, puedo asegurar claramente que la gran mayoría de los católicos están sorprendidos y son hostiles a las medidas represivas del régimen. Y, sin embargo —agregó rápidamente—, tampoco los budistas son todos santos. Existe una corriente oculta de violencia entre ellos que puede conducir más tarde a otros problemas.

—¿Cómo describiría usted el estado de la Iglesia católica en Vietnam del Sur?

—En el pueblo existe una fe profunda, arraigada y viva. Sin embargo, la educación clerical se encuentra en un estado bajísimo y necesita ser reformada. La autoridad pastoral ha sufrido un rudo golpe con la actitud intransigente del arzobispo de Hué respecto de la autoridad apostólica del Padre Santo.

—Sin embargo, Cung se dice ser un buen católico y basa sus medidas en la llamada doctrina del personalismo, que en la práctica corta de raíz la libertad personal mientras clama a todos los vientos que se desarrolla en base a las normas cristianas.

Rio amargamente ante estas palabras e hizo un gesto muy romano de resignación.

—La mejor consigna de los franceses fue «Libertad, igualdad y fraternidad». ¡Y esa fue una mentira magnífica! Pero tratar de unir a un país en torno a una proposición filosófica (y bastante confusa, por otra parte) es una estupidez. Puse un juego de palabras en mi último informe:

«¡Maritain y el Mandarinismo!». Me temo que el Secretariado de Estado no lo aprobó. La verdad es que Cung es un católico de la Edad Media. Su actitud es la de un antiguo mandarín. Su práctica es autoritaria y totalitaria. En el fondo es ciento por ciento marxista. Como está organizado este país hasta ahora, podría transformarse en marxista de la noche a la mañana solo cambiando la bandera.

—¿Cómo podría el país hacerse marxista de la noche a la mañana?

—Porque toda la maquinaria del control político total ya está en movimiento. Por ejemplo, la zona rural está organizada en villorrios estratégicos que actualmente poseen una función militar, pero que también tienen una función política. Cada residente en cada hogar de cada villorrio está registrado por su nombre, edad, profesión y descripción. Todo el país, pero especialmente las ciudades, están bajo vigilancia constante de la Policía secreta. La organización es similar a la del Nezi Gau, o al sistema de «células» del marxismo. Puede utilizarla en la dirección que mejor desee.

Su respuesta me trajo a la memoria con toda claridad a Harry Yaffa, el oportunista, según propia confesión. Cualquiera que fuera el sistema o la circunstancia, él también podría utilizarla para una variedad de propósitos contradictorios. No me sentí dispuesto a comentar la organización celular de los villorrios, ya que los americanos también teníamos una parte en ella, de manera que hice una pregunta menos política:

—Según su opinión, ¿cuál es el mayor peligro para el catolicismo en este país?

—Veo un peligro progresivo para toda la población…, católicos y budistas por igual. En primer lugar, existe la apatía que aflige a aquellos que viven bajo la represión y sin poder alzar una protesta libre en contra de su desgracia. Luego viene el resentimiento pasivo. Después pueden verse forzados a entrar en un dilema desesperado, pensando que hay muy poco para elegir entre un régimen de la extrema derecha y otro de la extrema izquierda.

—¿Qué propone la Iglesia que debe hacerse en esta situación?

—Nos estamos empeñando en una campaña para profundizar la vida espiritual de nuestro pueblo, reformar la educación clerical y disociar a la

Iglesia de los bloques políticos, dejando en libertad a los individuos para que efectúen una elección política legítima. Debemos dar al pueblo los medios de subsistencia como entidad espiritual, suceda lo que suceda en el aspecto militar o político.

Aun siendo un hombre sin creencia establecida, comprendí su punto de vista, y estaba dispuesto a revisarlo con cierto cinismo. No confiaba en que las minorías cristianas pudieran sobrevivir en Asia sudoriental más de lo que habían sobrevivido en China, bajo un régimen hostil. No obstante, estaba ansioso de saber cómo podría juzgar el resultado un romano de criterio amplio.

—¿Tendrán tiempo para llevar a cabo las reformas en la Iglesia y profundizar la vida espiritual del pueblo como desean hacerlo? ¿Pueden, en efecto, mantener este último baluarte de la Iglesia en Asia sudoriental?

—Es difícil decirlo, desde un punto de vista humano. Esto es Asia, no Europa. Existe mucha ignorancia, analfabetismo y neta superstición. La educación *es* el privilegio de unos pocos, y ellos, generalmente, la malgastan. En el fondo, debemos confiar en la Divina Providencia y en la ayuda del Espíritu Santo.

Su rostro se ensombreció y agregó un comentario oscuro:

—He pasado por un período de, desesperación. No hago ningún secreto de ello. Pero, últimamente, he visto un pequeño milagro que comienza a tomar cuerpo en la Iglesia: la sobrevivencia de una fe sabia y vívida en la gente común y corriente que trasciende los errores de aquellos que les gobiernan.

Tuve la tentación de comentar que los milagros de esta naturaleza eran con frecuencia ilusiones creadas para el alivio de los desesperados. Por otra parte, Angelo Visconti tenía lo que yo buscaba desde hacía mucho tiempo: una firme creencia en lo sobrenatural. ¿Y quién era yo para contradecir lo que no podría desaprobar? Podría ser más interesante ver cómo su fe se traducía en acción. Le interrogué nuevamente:

—¿Se está haciendo algo en la Iglesia para restaurar y desarrollar las relaciones con los budistas en el espíritu de la caridad cristiana y del movimiento ecuménico?

—Disponemos de algunos sacerdotes que mantienen relaciones con los budistas en estos momentos y que tratan de hacer lo que usted sugiere… Debe comprender que, aun cuando las acciones de algunos de estos miembros parezcan con frecuencia comprometer a la Iglesia, la Iglesia es esencia y en sí misma no puede comprometerse. Nuestra última afirmación es siempre una afirmación de fraternidad y caridad cristiana.

Mi próxima pregunta quizá fue injusta, pero era importante para mí saber cómo esta afirmación de fe era escuchada por el presidente católico.

—La ciudad está llena de rumores sobre un cierto número de estudiantes en prisión y que tanto hombres como mujeres están siendo sometidos a torturas. ¿Cree en esos rumores?

—Desgraciadamente estoy obligado a creer que algunos rumores son verdad. También creo que muy pronto se llevarán a cabo nuevos arrestos.

—¿Ha enviado alguna comunicación al Palacio referente a este asunto?

—He enviado muchas, pero es imposible cambiar su forma de pensar. —En este punto se interrumpió. Recuerdo que sorbió de su vaso de vino y pareció estar pensando sus próximas palabras con mucho cuidado. Luego sonrió y gesticuló, implorante—: Lo que ahora tengo que decir quizá parezca una contradicción a todo. Ya se lo he dicho antes, pero es importante que lo sepa. Para hacer justicia a Cung, debo decir que si se me pidiera juzgarle en el foro privado de su propia conciencia, tendría que admitir que probablemente está actuando de buena fe. ¡Está enceguecido, sí!

¡Obstinado y perdido, sí! Pero surgió como el salvador del país cuando este estaba hundido en la desilusión y corrompido. Creo que ahora está justificando sus errores actuales con sus triunfos pasados. Pero este es un error en el cual todos podemos caer y, con frecuencia, con la mejor fe. Quizás esto sea una paradoja, pero, sin embargo, es la verdad como yo la veo. También me gustaría agregar algo…

Jamás supe lo que iba a agregar. En esos momentos se me llamó por teléfono. Harry Yaffa tenía un mensaje que transmitirme.

—Ha sucedido. Las tropas de Cung se han movilizado para hacer una incursión en las pagodas.

Desearía que viniera a la Embajada cuanto antes.

Consulté mi reloj. Eran las doce y quince minutos de la noche. Mientras ponía el auricular sobre la horquilla escuché, a la distancia pero con claridad, el batir de un gong de bronce.

Capítulo III

Aún resonaba el gong mientras avanzábamos, con la banderola ondeando al viento, a través de la ciudad envuelta en su manto nocturno. Entonces, de pronto, el silencio se rompió y escuchamos el ruido distante de disparos. Mel Adams señaló los piquetes militares a lo largo de la calle y los camiones aparcados en cada intersección.

—Cung es un buen táctico. Toda la ciudad debe estar rodeada en esta forma.

Harry Yaffa nos esperaba en la entrada de la Embajada. Saltó dentro del coche y cerró la puerta con violencia. Tenía un aspecto tenso y desgreñado.

—Están irrumpiendo en la pagoda de Xa Loi y en tres o cuatro más de la ciudad. Acabo de recibir llamadas de Hué, Dalat y Da Nang. Está sucediendo lo mismo allí. Debiera presenciarlo, señor.

—De acuerdo.

—¡Yo no estoy de acuerdo, señor! —Por primera vez desde mi llegada Mel Adams parecía un ser vivo.

Habló con rudeza y abruptamente.

—Creo que no es una buena medida diplomática. No le deja espacio para moverse. Si usted es testigo presencial tendrá que efectuar declaraciones públicas sin reservas diplomáticas. La Prensa estará allí. Le fotografiarán inevitablemente y será fotografiado como un espectador pasivo de la violencia de la Policía. Creo que eso no está bien.

—¿Es peor —preguntó Harry Yaffa fríamente— que llegar al Palacio mañana con informaciones de segunda mano? Cung arregló esta pequeña escena precisamente en beneficio del embajador.

¡Vamos, Mel, aparta las telas de araña! Esto no es una diplomacia de niños. Es la guerra.

—He dejado mi punto de vista muy claro —dijo Adams tercamente—. Incluso en la guerra se necesita espacio para desplegar las fuerzas. En esta forma no se tiene espacio.

Había llegado el momento de intervenir. Debía salvaguardar la dignidad de ambos hombres.

—Es un riesgo, Mel, y tiene razón en señalarlo. La decisión queda en mis manos. Vamos.

Antes de que las palabras salieran de mi boca, Bill Slavich pisó a fondo el acelerador, tomó una curva con dos ruedas y se dirigió a toda velocidad hacia la pagoda. Al aproximarnos ya no escuchamos disparos, pero sí los gritos y chillidos y el murmullo iracundo de una muchedumbre cada vez más numerosa. Las vías de acceso a la pagoda estaban cerradas por barricadas de madera y guardadas por policías armados de fusiles automáticos y lanzadores de gases.

Se estaba acumulando una multitud en las barreras, y las tropas la rechazaban a golpes con las culatas de sus fusiles. Cuando nos detuvimos, dos policías se nos acercaron a la carrera. Entonces vieron la banderola y se apartaron. Yaffa y yo trepamos sobre la cubierta del motor para observar por encima de las cabezas de la muchedumbre.

Las puertas de la pagoda estaban abiertas de par en par y había unos coches de la Policía estacionados en la entrada. Mientras observábamos, vimos a los policías que arrastraban a un grupo de monjes hacia los coches. Estaban maltrechos y magullados, y uno de ellos sangraba profusamente de una herida en la cabeza. Tras ellos, una monja gritaba y se debatía en los brazos de un suboficial. Escuchamos un grito procedente de uno de los pisos más altos y al mirar hacia arriba vimos a un hombre vestido con túnica amarilla caer desde una de las ventanas hacia el patio inferior. Desde el interior de la pagoda se escucharon más disparos y las explosiones sordas de las bombas de gas. La multitud maldecía a los guardias. Los corresponsales surgieron de la aglomeración y se nos acercaron rápidamente. Uno de ellos alzó una cámara y tomó una fotografía con *flash* de Yaffa y yo encaramados sobre el coche. Su compañero se presentó:

—Me llamo Cavanna, de la «Associated Press». Usted es el señor Amberley, ¿verdad?

—Así es.

—¿Tiene algún comentario sobre las medidas tomadas esta noche?

—Sí. He presenciado violencia y brutalidad, Lo deploro, como representante de los Estados Unidos de América. No tengo otros comentarios hasta que haya discutido el asunto con el presidente Cung.

—Esta mañana, un monje budista se quemó en su presencia. Esta noche ha sucedido esto. Este es su primer día como embajador en Vietnam del Sur.

¿Algún comentario, señor?

—Mis comentarios serán escuchados en la conferencia de Prensa de mañana a las dos de la tarde. En las barricadas estalló una nueva oleada de violencia. Primero se lanzó una botella y luego cayó una lluvia de palos y piedras. La Policía salió de las barricadas e hizo retroceder a la muchedumbre. Su eficacia era brutal. Hubo más cabezas rotas y una muchacha fue derribada y pisoteada por la multitud que se retiraba. La Policía la recogió y también la introdujo en uno de los camiones. La muchedumbre retrocedía y venía directamente hacia nuestro coche.

Yaffa gritó:

—Vámonos de aquí. Sé dónde debemos ir.

Nos introdujo nuevamente en el coche en cinco segundos y giramos por la próxima esquina para entrar en el recinto de la Misión de Ayuda de los Estados Unidos, junto a la propiedad de la pagoda. El personal residente estaba todo afuera en pijamas y camisones. Una muchacha estaba atendiendo las heridas de un monje, cuyo rostro estaba abierto por una bayoneta. Otro monje estaba sentado apoyado contra el muro del jardín, gimiendo y curándose una mandíbula rota. Se acercó uno del personal de la Misión, furioso y afectado.

—Allí se están cometiendo asesinatos, señor. ¡Eso es puro asesinato! ¿No se puede hacer nada para detenerles?

Harry Yaffa le respondió bruscamente:

—¡No, no podemos hacer nada! ¡Cálmese! Haga entrar a esos monjes. Instruya a los guardias para que si alguien trata de entrar disparen primero y pregunten después. Llame al general Tolliver. Dígale lo que ha sucedido y que envíe un médico y otro destacamento de guardias. —Luego se volvió hacia mí—. Si ya ha visto suficiente, señor, creo que debemos volver a la Embajada.

Ya había visto suficiente. La violencia sin sentido de la escena me chocaba profundamente.

Estaba furioso. Me volví hacia Mel Adams.

—Mel, quédese aquí. Recoja toda la información posible sobre este asunto y preséntese en la Embajada a primera hora de la mañana. Los dos monjes están bajo protección del Gobierno de los Estados Unidos. Toda indagación deberá informarse de inmediato a la Embajada.

Adams asintió y agregó:

—Señor, quizá sería mejor que las otras Embajadas supieran lo sucedido.

—Yo me encargaré de eso, señor —dijo George Groton—. ¿Desea a alguien más para que se presente en la Embajada?

—Sí, por favor. Llame a la señorita Beldon y a los secretarios. Estaremos ocupados durante las próximas horas.

—¿Y usted, señor Yaffa?

—Tengo trabajo que hacer —dijo Yaffa ceñudamente—. Bill Slavich le llevará de vuelta. Me presentaré en la Embajada lo antes que pueda.

Mientras volvíamos en el coche por las calles cuidadas por piquetes de policías, traté de sobreponerme a mi ira y hacer un resumen calmado de los acontecimientos de las últimas doce horas. No dudaba que habían sido preparados y dispuestos para desacreditarme y debilitar mi autoridad en las negociaciones con el presidente. Había vivido el tiempo suficiente en Oriente como para comprender la importancia de la «dignidad», que es otro nombre que se da a ese despliegue de poder público que fortalece el crédito personal. Mi nombramiento era un desafío al crédito personal del presidente Cung. Por lo tanto, como verdadero oriental, debía reducirme para ostentar su propia estatura. Pero estaba comprometido más, mucho más que mi propio crédito, y no debía caer en la tentación de tomar una decisión apresurada.

El presidente Cung era un político demasiado hábil para hacer una demostración de violencia que le favoreciera solo a él. Sus acciones siempre serían consistentes con lo que él era: el hombre que había tomado el control del país luego del desastre de Dien Bien Fu; el hombre que había recuperado casi un millón de refugiados del Norte, que había hecho revivir la economía nacional y que había quebrantado el poder del Binh Xuyen: los piratas fluviales que habían controlado cinco mil hombres armados y a toda la fuerza policial de Saigón. Había sobrevivido a una docena de atentados y tenía bajo su mando a toda una colección de sectarios armados, señores feudales y conspiradores militares. Fue él quien llamó a los Estados Unidos para que entrenara y unificara el Ejército y proporcionara el equipo militar necesario para conducir una guerra contra los guerrilleros de Ho Chi Minh. Era un filósofo tanto como un estratega político, y no haría nada por una razón trivial.

Ningún hombre en posesión de todas sus facultades y sentidos intentaría ganar una guerra lanzando una persecución religiosa contra el ochenta por ciento de su propia población. Por lo tanto, Cung debía tener al menos una razón *prima facie* para llevar a cabo esta acción contra los monjes, quienes constituían la élite de la fe budista. Recordé un documento que había estudiado junto con otros papeles que Festhammer me entregara en Tokio. Se

trataba de un informe de la CIA sobre la infiltración de agentes comunistas en el *Sangha*, el sistema monástico budista.

El informe cubría actividades en Tailandia, Laos, Camboya y Vietnam del Sur. Señalaba que en Tailandia podía controlarse la infiltración comunista, donde se practicaba el Camino Menor y donde el *Sangha* estaba centralizado bajo el patronato de la. Familia Real. En los sistemas más difusos y extendidos del Mahayana, el control era muy difícil. Los monjes jóvenes y agresivos comenzaban a usurpar la autoridad de los más ancianos y contemplativos. La túnica amarilla era una pantalla segura y simple para la subversión dentro de las pagodas y entre el pueblo.

Este era el caso de Cung y podía defenderlo enérgicamente en cualquier juicio. Después de los desórdenes en Hué, donde murieron nueve personas en manos de las tropas del Gobierno, los monjes budistas habían organizado reuniones abiertas y pronunciaron discursos violentos de condena al Gobierno. En un país en guerra estas demostraciones públicas difícilmente podían ser toleradas. Aquí, nuevamente, la evidencia parecería justificar las enérgicas medidas de seguridad. Pero la violencia que yo había presenciado en la pagoda Xa Loi era una extravagancia política intolerable, y como embajador de los Estados Unidos debía apartarme y disociar a mi país de ella.

Cuando llegamos a la Embajada me esperaba otra sorpresa: un monje anciano que había escapado de la pagoda Xa Loi y que había buscado asilo en la Embajada. Había logrado llegar con solo unos pocos metros de ventaja, y los *marines* de guardia habían detenido a los policías perseguidores amenazándoles con sus armas. Hablaba francés, pero nada de inglés, y charlé con él durante casi una hora, mientras Anne Beldon tomaba nota de su narración.

Descubrí que no tenía una figura impresionante. Era delgado, vulgar y enfermizo. Me dio una descripción detallada de la invasión del templo, pero cuando llegué a interrogarle sobre la naturaleza del budismo vietnamita, solo me ofreció lugares comunes mezclados con ciertas invectivas escurridizas en contra de la familia Cung. No lo pude imaginar en el papel de mártir, pero muy bien como un agitador. No podía evitar el comparar y contrastar su amargo odio con la monumental autodisciplina de Musó Soseki. Sin embargo, me dio dos hechos importantes. Los policías invasores habían llegado provistos de una lista de nombres. Cualquier monje cuyo nombre estuviera en esa lista era culpado de conspirador comunista. La Policía también se había apoderado de las cenizas del monje suicida de la mañana, pero el corazón

carbonizado, preservado en un recipiente, había desaparecido. Cung, el cristiano reconocido, no deseaba mártires en su puerta.

Entonces comenzaron a llegar las llamadas telefónicas de otras zonas. En Hué los soldados habían entrado en una pagoda y robado el tesoro del templo. Se libró una pequeña batalla en el puente que conducía a otra pagoda. Treinta personas habían muerto y varios centenares resultaron heridas. Se estimaba que un millar de personas habían sido detenidas en las diversas partes del país. Redacté un largo informe a Washington y para otros representantes de los Estados Unidos en Laos, Camboya y Tailandia. A las seis de la madrugada continuábamos trabajando y escuchamos al propio presidente Cung en una transmisión de Radio Saigón. Proclamó el estado de sitio y la ley marcial en todo el país. Otorgó al Ejército plenos poderes para buscar y arrestar a todo sospechoso. Se impuso un toque de queda y la censura total de las comunicaciones internas y externas.

Antes que terminara de hablar, entró Harry Yaffa y anunció que Saigón estaba cercada por tropas de primera línea y que todas las salidas de la ciudad estaban cerradas. Las comunicaciones telefónicas se habían interrumpido en, todo el país. Nuestro propio sistema de comunicaciones estaba abierto, pero, oficialmente, Vietnam del Sur estaba aislado del resto del mundo.

Todo se efectuó con tanta rapidez y prolijidad que debía haber estado calculado y premeditado desde mucho antes de mi llegada. Por lo tanto, debía considerarlo como un movimiento destinado a rechazar una amenaza contra el Gobierno. Solo podía adivinar cuáles serían sus consecuencias. Ahora debía actuar. Anne Beldon me trajo un desayuno de café cargado y galletas. Me afeité rápidamente con una máquina prestada y partí en dirección al Palacio con Mel Adams y mi oficial protocolar. Todas las vías de acceso estaban controladas por una red de puestos de guardia y barricadas. Pasaron quince minutos antes de que pudiéramos cruzar los primeros piquetes.

Sin embargo, en el interior del Palacio aún reinaba una atmósfera de tranquilidad y formalidad. Un secretario vietnamita explicó que habíamos llegado con una hora de adelanto a nuestra cita con el presidente, y que este, debido a la urgencia del trabajo por efectuar, nos haría esperar un poco. Mel Adams explicó fríamente que, como los Estados Unidos estaban comprendidos en este estado de emergencia nacional, la temprana llegada del embajador era una cortesía especial que se le deparada al presidente. El secretario nos aseguró que el presidente comprendía esto y que estaría dispuesto a recibirnos lo antes que le fuera posible.

Se nos ofreció té verde y cigarrillos, y nos sentamos a esperar. En esta hora de espera también se hallaba comprometida la dignidad, y me fijé un límite mental de diez minutos, después del cual estaba dispuesto a marcharme. Ocho minutos y quince segundos después fue introducido ante la presencia de Phung Van Cung.

Era un hombre pequeño, moreno; al menos, una cabeza más bajo que yo; inmaculadamente vestido en un traje de tusor, con una corbata verde de seda y un prendedor de diamantes. Su piel era tersa, sus ojos brillantes y sonrientes, parecía que acababa de salir del baño…, lo que probablemente era verdad. Me recibió formalmente en el pesado acento francés del Vietnam. Apareció un sirviente con el inevitable té verde. Mientras bebíamos, preguntó por mi estado de salud y expresó sus esperanzas de que hubiera tenido un buen viaje. Sonreía mientras hablaba y sus ojos brillantes y penetrantes estudiaban mi rostro en busca de cualquier señal de emoción. Habló con afecto de mis predecesores y me rogó que les enviara sus saludos y buenos deseos. Me felicitó por mis trabajos en Japón y me ofreció sus condolencias por la muerte de mi esposa.

Se interesó especialmente, así me lo dijo, en el hecho de que fuera un estudiante del zen budista. Estaba seguro de que me ayudaría en la mejor comprensión de la difícil situación del Vietnam del Sur. El golpe surtió su efecto. No me esperaba que estuviera tan informado. No dio ninguna señal de triunfo y siguió hablando suavemente hasta terminar con su preámbulo. Confiaba que estaría contento con mi nuevo nombramiento, y si tenía necesidad de cualquier servicio personal no debía vacilar en recurrir a él o a cualquier miembro de su personal. Lamentó que no hubiera llegado en un día más propicio, pero estaba seguro de que yo comprendía el estado de emergencia en el cual se encontraba el país.

Le dije que en realidad no estaba totalmente seguro de comprenderlo. Al contrario, que contaba con su persona para que me iluminara al respecto. Con esto se terminaron las cortesías y llegamos a las negociaciones propias de nuestra entrevista. Cung se echó hacia atrás en su silla, entrelazó las manos sobre el pecho y se extendió en una elocuente exposición.

—Señor embajador, usted ha venido de un país en paz a una nación en guerra. Esto no es una ceremonia japonesa para beber té. Está en juego nuestra sobrevivencia misma. Se nos amenaza desde el exterior y estamos minados interiormente. Estimamos que dentro de nuestras fronteras están

actuando treinta mil hombres, perfectamente entrenados, del Vietcong. Son asistidos por unos sesenta mil hombres, entre tropas regulares y agentes subversivos. Estos agentes son entrenados para utilizar cualquiera y todos los medios para infiltrarse en nuestras filas y extender el desorden y la deslealtad. Ciertos monasterios budistas se han transformado en centros de control de espionaje y subversión. ¿Qué haría usted en mi posición? ¿Permitirles que se multipliquen sin control alguno?

¿Dejarles que hagan el trabajo de Ho Chi Minh bajo el disfraz de una túnica amarilla? ¿Dejarles llevar pistolas y municiones y mensajes con informaciones secretas en sus escudillas de mendigos? Vamos, señor embajador, usted no es tan ingenuo como todo eso… Sé que en la Prensa extranjera se me representa como fomentador de la persecución. Esto no es verdad. Sería un estúpido al aumentar las diferencias religiosas en un país en guerra. También sé que algunos de mis oficiales y colegas han cometido errores. La primera violencia en Hué fue uno de estos errores. Lo admito francamente. Estaba dispuesto a repararlo. Estaba dispuesto a entrar en negociaciones amistosas con la Asamblea General de budistas. Les pedí que me enumeraran sus reclamaciones y lo que consideraban que eran sus legítimos derechos. ¡Pero considere lo que sucedió! En primer lugar, me exigieron una humillante confesión de responsabilidad personal, cuyo único propósito era desacreditarme. Me negué a aceptarla, pero todavía estaba dispuesto a discutir sus problemas. Incluso cuando se estaban llevando a cabo las negociaciones, ciertos monjes extremistas y turbulentos se dirigían al público y pedían la deposición del Gobierno… Ningún país permite tales atropellos, ni siquiera en tiempo de paz. ¿Lo permitieron ustedes en Little Rock, en Birmingham y en Washington? ¡Por cierto que no! ¿Espera, entonces, que lo permita en un país que sangra debido a una guerra subversiva? No sería fiel a mi cargo si así lo hiciera.

Era el caso que esperaba que me iba a presentar, y en las palabras que lo expresó era bastante aceptable. Con toda la calma que me fue posible, traté de demostrarle la otra cara de la medalla.

—Señor presidente, en términos generales, estoy de acuerdo con su planteamiento. Un país en guerra no puede tolerar desórdenes civiles. Pero anoche estuve presente en la incursión a la pagoda Xa Loi.

—Lo sé, señor embajador. Lo supe al cabo de media hora. Debo decirle que su presencia fue una indiscreción diplomática.

—¡Por el contrario, señor presidente! Estoy aquí como representante de mi Gobierno, que es su aliado en esta guerra. Es mi deber informarme lo más

posible. Anoche presencié la brutalidad en su último grado…, calculada e innecesaria. ¡Y esa, señor presidente, si puedo decirlo, fue una indiscreción diplomática! En las últimas diez horas se ha multiplicado por todo el país. Solo Dios sabe cuáles serán las reacciones en el resto del mundo.

—¡El resto del mundo! ¡Señor embajador, el resto mundo es tan remoto para nosotros como la luna! Somos una península en el sudoriente de Asia. Somos un pueblo dividido. La sombra de China se ha cernido sobre nosotros durante siglos. Nos ha ocupado antes y desea hacerlo nuevamente. Nuestro mundo, señor embajador, está limitado por el mar y por China, y hacia Occidente podemos ver quizás hasta Birmania… ¿Se lamenta nuestra situación en Sidney, o en París, o en Londres?

—Los americanos lamentamos su situación, señor presidente —le respondí amargamente—. Sudan para pagar sus cuentas. ¡Mueren por usted aquí, en su propia tierra! ¡Usted les insulta a ellos y a mí cuando habla en este tono!

Le había tocado y avergonzado también. Era demasiado inteligente para no admitirlo. Dijo en voz callada:

—Lo siento. He dicho más de la cuenta… Reconozco nuestra deuda de gratitud con los Estados Unidos. Pero cuando nos ayudan no deben exigir un derecho de propiedad sobre nosotros, ni tampoco juzgarnos por sus propios patrones.

—Señor presidente, porque somos amigos el mundo nos juzga en conjunto. Incluso su propio pueblo nos culpará por los sangrientos acontecimientos de la última noche.

Se mostró súbitamente furioso. Cogió una carpeta llena de fotografías y la tiró sobre el escritorio, frente a mí.

—Señor embajador, ¿le tiene miedo a la sangre? ¿Le revuelve su delicado estómago? ¡Mire esto! Son demostraciones de otros acontecimientos sangrientos… ¡Lo que sucede cuando una bomba comunista estalla en un mercado público! ¡Cómo los del Vietcong desollaron a una familia aldeana que se les oponía! ¡Qué aspecto tiene una mujer embarazada cuando es abierta por una bayoneta! ¿Debo mostrarme benévolo con aquellos que planean tales cosas y que luego se refugian hipócritamente en Buda, en el Dama y en el *Sangha*…? ¡Esto es Asia, no es Génova o Manhattan! Aquí el hombre que ostenta el poder es el hombre fuerte armado…, el hombre que paga sangre por sangre. Soy cristiano. Esto me gusta tan poco como a usted. Pero conozco a mi pueblo mejor que usted.

Las fotografías me revolvieron el estómago. Cerré la carpeta y se la devolví. Habría sido muy difícil estar de acuerdo con él, pero no me atreví. Debía apartarle, costara lo que costara, de esta senda peligrosísima.

—Señor presidente, precisamente porque es cristiano no puede fomentar la brutalidad sin sentido que presencié anoche. ¿No comprende? Es otra arma en manos de los del Vietcong. La fe minoritaria que persigue a la mayoritaria. ¿Quiere sostener una guerra santa con cada budista de Asia? ¡La conseguiría, se lo prometo! Y la Prensa del mundo le condenará como un fanático intransigente.

—¡La Prensa miente con frecuencia, señor embajador! ¡E incluso cuando dicen la verdad se ciegan ante sus consecuencias!

—¡No mentirán sobre los procedimientos empleados anoche, señor presidente! Y tampoco puedo mentir yo. Cuando sea interrogado por la Prensa esta tarde, tendré que decir la verdad…, y la verdad condenará a la Administración a usted. Aún más, levantará una ola de protestas en América. Los americanos se preguntarán para qué pagan por las armas que se le envían y por qué le ayudan con sus hijos que vienen aquí a luchar por su causa. ¿Qué podré responderles? ¿Qué podré decirle a mi Departamento de Estado y a mi presidente?

—¡Dígales el resto de la verdad! ¡Que publiquen las fotografías de esa carpeta! Dígales que la mitad de los nombres de los agentes subversivos en los monasterios fueron proporcionados por su propia Agencia de Inteligencia. Suba a uno de sus helicópteros y observe la verdadera guerra que se está combatiendo…, en las aldeas y en los villorrios fortificados, entre los montañeses del Norte y los habitantes del delta en el Sur. ¡Ignore las ciudades, donde la gente está perdida, intoxicada por ideas ilegítimas dejadas por los franceses o pedidas prestadas a la Prensa americana! Saigón, Hué y Dalat podrían perderse de la noche a la mañana, pero continuaríamos luchando. ¡No se desilusione! Aún estoy en el control de la situación y no tengo miedo. Sobreviviremos a nuestro mal a pesar de la Prensa mundial. Reconstruiré este país como hice con Dien Bien Fu. ¡Seguiré reconstruyéndolo con o sin su ayuda!

A pesar de mí mismo, me impresionó el obstinado valor de este hombre. Estaba sentado sobre un barril de pólvora. Tenía bayonetas en la espalda y en el pecho y aún estaba dispuesto a seguir luchando. Pero tenía que hacerle una advertencia. Se la ofrecí clara y precisamente.

—Señor presidente, le ruego que evitemos los presagios. Estoy encargado de transmitirle un mensaje del Gobierno de mi país. ¡Si no está dispuesto a

terminar con la división entre cristianos y budistas, entre sus propios generales y administradores, quizá tenga que luchar solo…, sin dinero, sin armas y sin tropas americanas!

Para sorpresa mía recibió la noticia con mucha calma. Sus labios se entreabrieron en una débil sonrisa. Preguntó lisa y llanamente:

—Señor embajador, ¿en realidad está dispuesto a llegar tan lejos? ¿Está, en realidad, dispuesto a retirarse de aquí y dejar que Camboya, Laos y Tailandia se derrumben como un castillo de naipes? Este es su último baluarte en Asia. ¿Lo abandonará porque no puedo prometerle lo imposible?

¡Usted exige unidad…, poner fin a las divisiones! ¡Dios mío, señor embajador! ¿Cómo puede ser tan ingenuo? Como nación somos más antiguos en un milenio que los Estados Unidos… ¡Y aún no logramos la unidad! Toda la estructura de nuestra sociedad tiende a la desunión, a la división, a los pequeños núcleos de poder. ¡Como los italianos antes de Garibaldi, todavía no tenemos desarrollado el sentido de la identidad nacional! Somos catorce millones de habitantes…, viets, tai, muong, yao, mino, chinos, khmers y chams. ¿Espera un milagro de mí? ¿Está dispuesto a vender a mi pueblo solo porque no logra comprenderlo?

—Mis instrucciones son las de informarle que estamos dispuestos a hacerlo, señor presidente.

—Bien, al menos sabemos dónde nos encontramos. Puede informar a su Gobierno que consideraré detenidamente el mensaje que usted me ha transmitido. Puede informarle también que no acepto lo que, en efecto, es un ultimátum político. Le dirá también que estoy al tanto de que su Agencia Central de Inteligencia establece contacto diario con ciertos elementos disidentes que desean derrocar el Gobierno legítimo de este país y establecer una junta militar. Puede igualmente decirle que exijo que se me informe oficialmente sobre quién es el verdadero representante legal del Gobierno de los Estados Unidos, el embajador o la Agencia Central de Inteligencia.

Fue un golpe muy hábil que me cogió totalmente por sorpresa. ¡Lo contrarresté rápidamente!

—Señor presidente, esa respuesta puedo dársela de inmediato. Yo y solo yo soy el representante oficial de mi Gobierno.

—Me alegra saberlo. Quizás entonces le gustaría estudiar un informe que le enviaré sobre las actividades de la Agencia Central de Inteligencia.

—Estaré gustoso de estudiarlo, señor presidente, y le garantizo que enviaré de inmediato una copia a mis superiores en Washington.

—Bien. Me interesará conocer esos comentarios y los suyos… Hay otra cosa, señor embajador. Se me ha dicho que tres monjes de la pagoda Xa Loi buscaron asilo donde los americanos. Me gustaría saber qué se propone hacer con ellos.

—Nos proponemos mantenerles bajo nuestra protección hasta que se nos garantice oficialmente que no serán dañados en ninguna forma después que abandonen nuestro asilo.

—Pensaré en ello, señor embajador. Quizá decida dejarles con ustedes. Al final, su presencia podría causarles muchas molestias. Una última pregunta. Esta tarde ha dispuesto una conferencia de Prensa para las dos. ¿Se propone revelar entonces los términos de su ultimátum?

—No, ahora no. Preferiríamos no tener que revelarlos nunca. Sin duda querrá considerar estos términos con más tranquilidad. Estaré a su disposición en cualquier momento que desee llamarme.

—Gracias, señor embajador. —Se puso de pie y extendió la mano—. Permítame agregar solo que estoy encantado de haberle conocido y que espero que esta entrevista haya sido el comienzo de un mejor entendimiento entre su país y el mío.

—Así lo espero yo también, señor presidente. Lo espero de todo corazón.

Abandoné el Palacio en un estado de profunda perturbación. Necesitaba tiempo y buenos consejos para ordenar la confusión causada por la entrevista sostenida con Cung. Decidí entonces pasar por la Embajada y llevar a Mel Adams a mi casa para sostener una conversación confidencial. Ambos estábamos fatigados por el trabajo de la noche anterior, por lo tanto nos duchamos previamente. Le presté a Mel Adams una camisa limpia y luego nos sentamos en mi estudio y revisamos los puntos principales de la entrevista con Cung.

Descubrí que Adams era un consejero hábil y sobrio. No trató de ocultar sus propias incertidumbres y sopesó cada tema con admirable objetividad.

Tengo que apoyar a Cung en un punto, señor. Estamos exigiendo un milagro si esperamos que unifique este país de la noche a la mañana. Podrá verlo usted mismo cuando visite las aldeas, la estrechez y exclusividad de la estructura familiar y tribal. Históricamente se desconfía de los extranjeros, sean estos generales, administradores o diplomáticos como nosotros. El propio budismo puede ser una influencia divisoria porque se acomoda, pero no unifica las opiniones y prácticas. En Occidente la consideramos una

religión de contemplación y silencio, pero en ella también existen violentas tensiones. Siempre ha tenido sectas militantes y la militancia florece de vez en cuando en extrañas manifestaciones. Usted ya sabe lo que está sucediendo con el Soka Gakkai en Japón… Debo aceptar la evidencia de que existe subversión hasta cierto punto en las pagodas. Pero la palabra subversión es engañosa. Para muchos viets, Ho Chi Minh es el tío Ho…, un patriota noble y un revolucionario magnífico, mientras que Phung Van Cung es un reaccionario respaldado por la América capitalista…

»Nosotros también contribuimos al problema de la desunión. Somos demasiado pragmáticos. Exigimos resultados a corto plazo y con frecuencia somos demasiado impacientes y deseamos explorar de inmediato sus últimas consecuencias. Nos gusta definir las cosas en términos precisos y la definición nos traiciona y nos conduce a posiciones fijas de las cuales no podemos retirarnos. Es como Quemoy y Matsú y la leyenda de las dos Chinas. Es solo una leyenda, pero nosotros la creamos y ahora no podemos quitárnosla de encima. Por eso no me agrada Harry Yaffa. Es un agente de primer orden. Pero siempre está demasiado dispuesto a actuar; no tiene ningún sentido de la Historia, de la continuidad o de la consecuencia. Si le ofrece cualquier situación no dudará en tratar de cambiársela. Está organizado para hacerlo así. Si una acción no le resulta, al día siguiente tendrá otra nueva montada.

»¡Acción! ¡Acción! Somos un pueblo educado para la acción. “¡Ponte de pie y márchate! ¡Al Oeste, muchacho! ¡Hay oro en esos malditos cerros!”. Usted conoce el Oriente, señor. Usted sabe lo engañosas que pueden ser estas tentaciones. ¿Y qué significa la acción para el campesino del arrozal? El comunismo también se presenta con una filosofía… pero ¿qué les prometemos después que se hayan silenciado los cañones? ¿Democracia? ¿Autodeterminación? Son sus antepasados los que gobiernan las tribus, ¿cómo les vamos a dar el voto?…

»Muchas veces me he preguntado cuál sería mi forma de actuar al estar en el lugar de Cung. Confieso que no estoy seguro. ¿Cómo se puede quebrantar esta mentalidad feudal que existe entre los generales? Si se les da un trozo extra de tarta de arroz, creen que tienen derecho a otro trozo más grande. No se salva la dignidad con la distribución igualitaria del poder y la influencia. Todavía se tiene que probar que uno es más importante que el vecino. En términos políticos, el método de Cung es el más adecuado: dividir para gobernar. Por cierto, en términos militares, conduce al problema que tenemos ahora.

»Aténgase a la cuestión budista. Creo que Cung desea negociar con ellos. Pero teme que al estirar la mano quieran cogerle todo el brazo. Los monjes de las pagodas no están librando la guerra; su profesión se lo impide. Entonces, según Cung, no tienen derecho a fomentar el desorden público en detrimento del hombre batallador que está obteniendo su difícil parte en el delta… Nuevamente, es un punto de vista razonable. —Sonrió sin alegría y se sirvió otra taza de café—. Mi conversación no ha sido muy constructiva, señor, pero creo que debemos estudiar la situación cuidadosamente antes de lanzarnos a un cambio. Usted ya ha entregado el ultimátum. ¿Qué sucederá ahora?

—Cung lo pensará; luego se pondrá en comunicación conmigo.

—¿Qué cree usted que va a hacer?

—Yo diría que ahora debe hacer un gesto claro y público de invitación a los budistas para entrar en negociaciones amistosas y reparar cualesquiera que sean sus verdaderas ofensas. Creo que tendrá que dejar en libertad a los estudiantes y monjes en prisión. Después de eso, estará en posición de imponer la ley y el orden.

—No creo que pueda hacerlo, señor. En todo caso, una parte.

—¿Por qué no?

—Porque aún no se ha terminado la violencia. En Palacio me dijeron que esperaban otros desórdenes.

—¿Por parte de quién? ¿Los budistas?

—No, de los estudiantes. Antes de terminar el día comenzarán con sus propias demostraciones y ese será otro asunto sangriento: más golpes, más balas, más arrestos. ¿Y entonces, qué?

—Los Estados Unidos harán otra protesta pública.

—Y entonces los oficiales de Tolliver tendrán que conducir a la acción a las tropas vietnamitas…, tanto budistas como católicos… mientras sus hijos e hijas están en la cárcel. Hermoso panorama, ¿verdad?

—Entonces, revisemos el proyecto de Yaffa, Mel. Respaldamos un golpe de Estado. Cung se marcha. ¿Quién se hace cargo del país?

—Una junta de generales.

—¿Nuevamente los señores feudales?

—Las juntas son notoriamente inestables.

—De acuerdo. Yaffa cree que los generales estarán más unidos si Cung no está en el trono.

—¿Y usted, Mel?

—Lo dudo.

—¿Podrían unificar el Ejército?

—También lo pongo en duda.

—¿Beneficiar la moral?

—Es difícil de decir.

—¿Podrían gobernar el país?

—Quizá puedan regular mejor el Ejército. Pero no sé si puedan gobernarlo, inspirarlo, sacarlo de su desilusión y cinismo. Dudo que cualquiera de ellos, o todos en conjunto, podrían hacer lo que Cung hizo después de Dien Bien Fu. Dudo que cualquiera de ellos sea tan hábil como Cung, o en forma bastante extraña, que tenga el sentido moral que Cung tiene. Este es el punto fuerte del tío Ho en el Norte. Es un líder revolucionario con una filosofía marxista totalmente desarrollada. Cung también es un filósofo; pero la doctrina del personalismo que ha copiado de los franceses no tiene un atractivo popular. Es una sutileza de los galos. No creo que tenga sentido para la masa de la población. Si Cung fuera un político de arraigue que tuviera talento y magnetismo personal para ser seguido por el pueblo, podría venderles Kant, Hegel, Aquino y al Gran Panjandrum, porque el pueblo conocería sus intenciones y las respetaría. Pero no posee esta clase de atractivo. Es un solitario, un célibe, un autócrata… y un cristiano, lo que tampoco es una ayuda.

—Entonces, le pido su elección, Mel: ¿Cung o la junta de generales? ¿Cuál sería su voto?

—No lo sé, señor —dijo Mel Adams en voz callada—. Me gustaría saberlo. Quizás he estado aquí demasiado tiempo. Quizá, como los mismos viets, he sucumbido ante una especie de desesperación creciente. Quizá Yaffa está en lo cierto cuando me acusa de vacilación y falta de acción. Usted comprenderá, no es que esté atemorizado, es que todas nuestras acciones nos obligan a seguir un sendero que no lleva a ninguna parte…

Se detuvo y permaneció sentado un tiempo en silencio, estudiando el dorso de sus manos esbeltas y nerviosas. Sentí lástima por él porque su dilema era tan similar al mío. También sentí respeto por él, porque estaba dispuesto a aceptar la responsabilidad de su propia incertidumbre. Finalmente, alzó la cabeza y me miró con ojos velados.

—Quiero decirle algo, señor. Después que lo haya dicho, quizá quiera mi cabeza. Se la entregaré gustoso en una bandeja de plata. Tolliver es el único americano en este país que posee una idea clara y honesta de la situación. Se le ha ordenado librar una guerra que no puede ser ganada, pero nadie espera que la gane. Para él y para el Pentágono, es una acción de suspenso. Si los viets están divididos, lucha con un ejército dividido; si están unidos, lucha

con un ejército unido; y la responsabilidad final no recae sobre sus hombros, sino sobre el Alto Comando vietnamita. Con nosotros es diferente. Washington nos pide que intervengamos directamente en el gobierno de este país. Usted ha llegado aquí con un ultimátum que, de hecho, dice: «Haga esto y esto otro o le dejaremos en bancarrota y retiraremos nuestra ayuda militar». En otro nivel, la CIA también interviene. Todo esto lo hacemos en el nombre de la democracia y de la autodeterminación. Pero en el fondo es un movimiento político y militar para contener a China y limitar la propagación de las revoluciones indígenas…, revoluciones que tienen sus raíces en la explotación colonial, en la tiranía de los señores feudales y en la administración corrompida.

»Se lo digo lisa y llanamente, señor. Los únicos que en este país saben por qué están luchando son los católicos. Si este país cae en el comunismo, saben que su Iglesia será barrida en media generación, mientras el budismo se va a acomodar como ya lo ha hecho en China. Por eso comprendo y simpatizo con Cung…, incluso al saber los errores que está cometiendo. Por eso creo que nosotros también estarnos cometiendo un error. Estamos buscando un hombre nuevo y una política nueva…, pero no sabemos lo que deseamos. Estamos respaldando al jinete y no al caballo. Y como actuamos con demasiada rapidez obtenemos el jinete que no es apropiado. En esto consiste mi desacuerdo con la política y trato de ser un servidor eficaz y honrado, pero ya no creo en ella.

Fue una confesión rigurosa en un hombre que había trabajado tanto tiempo para el Servido. Consideré como un cumplido el hecho de que me hubiera elegido para escuchar su confesión. Le hice otra pregunta con la mayor gentileza posible.

—Mel, si se le pidiera trazar una política, ¿qué haría?

—Me transformaría en neutral. Sería neutral mientras tuviéramos las fuerzas suficientes para negociar y regatear. Entonces, me retiraría y dejaría que el país determinara su propio futuro.

—¿Y permitir que el tío Ho se apoderara de él en uno o dos años?

—Ya lo está haciendo —dijo Mel Adams, amargamente—. Se está apoderando del país porque el hombre que realmente desea conducirlo carece de talento para ello; porque estamos en bancarrota de todo menos de armas, hombres y dinero; porque al ponerse el sol el campesino de los arrozales no ve ninguna antorcha, solo la oscuridad de su propia desilusión… Ahora, señor, si desea mi renuncia, se la presentaré.

—¿Usted desea renunciar, Mel?

—No.

—¿Qué quiere hacer?

—Creo que aún puedo, servir en algo aquí, aunque solo sea como voz opositora. Creo que usted tiene una posibilidad…, quizá muy escasa…, de cambiar a Cung y preservar las ganancias que él ya ha obtenido. Pero no será fácil porque los sabuesos estarán junto a usted para organizar un golpe de Estado y comenzar una nueva dinastía. Me gustaría seguir a mi conciencia un tiempo. Me gustaría revisar las historias que le ofrecerán y poder señalarle dónde se oculta la verdad.

—Es un papel ingrato, Mel. Incluso yo no puedo garantizarle mi gratitud.

—No es cuestión de gratitud, señor. Es cuestión de respeto hacia mí mismo. Si Cung cae, le matarán y prefiero seguir mi conciencia que a un político asesino.

Capítulo IV

Asesinato es una palabra horrible, pero en la atmósfera de Saigón esa mañana, sonaba como un, lugar común. La ciudad parecía un campo en armas. En cada esquina había un piquete y constantemente pasaban *jeeps* y camiones patrulleros. Muy pocos ciudadanos estaban en las calles y sus movimientos eran furtivos y temerosos, Las tiendas estaban vacías. Los bares estaban desiertos y las muchachas miraban a través de las cortinas de hierro como aves cautivas. Tuve la momentánea ilusión de que esta ciudad provincial y anticuada se había transformado súbitamente en una selva donde todas las bestias se habían ocultado y los cazadores las buscaban nerviosamente, atemorizados por el silencio y la soledad. Se olía la tormenta en la atmósfera y cuando un coche emitía una explosión en su tubo de escape, sonaba como un disparo.

En la Embajada me dieron los primeros informes sobre los desórdenes provocados por los estudiantes. La Universidad estaba revolucionada. Los estudiantes habían abandonado las clases y sostenían reuniones de protesta. Un profesor había sido apedreado por sus alumnos. Los carteles gubernamentales que anunciaban la ley marcial fueron depuestos y destruidos. Grupos de muchachos subían a los muros y gritaban a las tropas al pasar, desafiándoles a que lucharan contra el Vietcong y no contra su propio pueblo. Muchos insurgentes habían sido arrestados y llevados a los campos de detención cerca de los suburbios de la ciudad. Al mediodía se transmitió otro boletín radiado por el cual se cerraban los colegios hasta nuevo aviso. Los estudiantes americanos fueron escoltados de vuelta a sus hogares por nuestro propio personal militar. En torno al Palacio Presidencial se apostaron nuevos cuerpos de guardias y dentro del recinto del Palacio se instalaban baterías antiaéreas.

Sobre mi escritorio había un conciso cable de Festhammer desde Washington:

TODOS AQUÍ PROFUNDAMENTE PREOCUPADOS POR NUEVAS VIOLENCIAS CONTRA BUDISTAS. SE TE ORDENA PROTESTAR EN TÉRMINOS ENÉRGICOS CONTRA ABUSOS DEL GOBIERNO DESPUÉS DE REPETIDAS PROMESAS DE RECONCILIACIÓN. NUESTRA PROTESTA DEBE SER ANUNCIADA INEQUÍVOCAMENTE A LA PRENSA. POR FAVOR INFORMA TOTAL Y URGENTEMENTE DE TODOS LOS ACONTECIMIENTOS.

Yo ya había presentado mi protesta al Palacio. Dentro de una hora la publicaría ante la Prensa reunida. No había nada útil que pudiera informar sobre la situación hasta que no hubiera comprendido algo de todo esto, de manera que aparté el cable y llamé al general Tolliver para que me resumiera la situación militar. Me la ofreció en breves y precisas palabras:

—Hasta el momento la ciudad está tranquila. Cung ha traído tres batallones bajo el mando de un general católico que se sabe es leal al Gobierno. Como precaución adicional se cambian las disposiciones de las tropas cada cuatro horas. Hué también está bien vigilada. El resto del país permanece en tranquilidad. Anoche recibimos una noticia de algunos encuentros entre tropas católicas y budistas en Travín, pero el comandante local los apaciguó rápidamente. Aparte de esto, no hay señales de franca revuelta en el Ejército ni de ningún movimiento de tropas ordenado por generales disidentes. Las operaciones contra el Vietcong se desarrollaron normalmente, pero la moral ha descendido mucho entre las unidades de combate. He doblado la guardia en todas las oficinas e instalaciones militares de los Estados Unidos. Tengo a algunas pequeñas patrullas móviles para que se encarguen de la seguridad de las familias americanas. Eso es prácticamente todo por el momento, señor. Si ocurriera algún cambio le notificaré de inmediato.

Al parecer, hasta el momento, podía confiar en la versión de Cung de su propia situación. Tenía el control de la situación. Otro asunto diferente era el tiempo que podría mantenerse en el control. Esas baterías antiaéreas en los jardines del palacio indicaban una duda saludable sobre la lealtad de las tropas. Hice llamar a Harry Yaffa y le pedí que me diera su versión de los acontecimientos. Para sorpresa mía, estaba de acuerdo con el general Tolliver.

—… En estos instantes no cabe duda de que Cung es el amo del país y nadie está lo suficientemente organizado como para derribarle. La ciudad bulle de descontento, pero Cung ha asegurado la tapa de la olla de manera que no se pueden ver las burbujas. He estado observando y he recibido informes

cada hora de mis agentes. No se puede poner en duda que Cung ha planeado este movimiento con todo detalle.

—Quisiera hacerle una pregunta muy directa, señor Yaffa. Si en este momento diera mi consentimiento a un golpe de Estado, ¿podrían llevarlo a cabo sus generales?

—No, señor. —Lo dijo con énfasis—. Si lo intentaran ahora serían aplastados en medio día.

—Después de todo, quizás es a Cung a quien necesitamos…, el hombre fuerte y armado que puede mantener el reino.

—No lo creo. Ya ha visto la ciudad esta mañana. Está en una condición de espanto y asombro. Todo el mundo está oculto. El primero que asome la cabeza recibirá un balazo. Pero no se puede bloquear una ciudad indefinidamente. La población tiene que comer, beber y descansar los nervios; las tropas también necesitan descansar. De manera que dándole una semana o diez días, Cung se sentirá lo suficientemente seguro como para destapar la olla. Y entonces se podrá ver el hervidero.

—Continuemos con su idea, entonces, señor Yaffa. Se revoca la ley marcial. Las tropas se retiran de Saigón. ¿Estarán entonces dispuestos sus generales a dar el golpe?

—Si la guarnición se ha dispersado, sí. Pero quiero dejar un punto en claro, señor embajador, porque los generales me lo han dejado muy en claro a mí. Ninguno de ellos está dispuesto a hacer el menor movimiento sin el respaldo tácito de los Estados Unidos. Son demasiado vulnerables, ¿comprende? Deben contar con nuestra protección.

—¿Y si no se la damos?

—Entonces está obligado a aceptar a Cung, a un dictador que gobierna en el vacío. Si el Vietcong efectúa un movimiento mayor de tropas, puede que la moral y la disciplina se derrumben totalmente.

Siguió un silencio breve e incómodo. Luego Yaffa hizo una pregunta de su propia cosecha:

—¿Cuál es su posición, señor? Se entrevistó con Cung. Ha escuchado las opiniones de su personal. Yo he sido tan franco con usted como me ha sido posible. ¿Cuál es la solución que usted vislumbra?

—Por el momento no veo ninguna. También estoy siendo honesto con usted, señor Yaffa. He estado en el país poco más de veinticuatro horas. Vengo con órdenes del jefe del Ejecutivo para tratar con el presidente Cung y ver si puedo hacerle razonar. Si no puedo, entonces tendré que recomendar otra solución. Pero aún no estoy preparado para hacerlo. No estoy en posesión

de suficientes hechos y de información de primera mano. En cierto sentido, la actitud actual de Cung me favorece. Y me otorga más tiempo para informarme.

—Comprendo —dijo Yaffa, calladamente—. Ahora me gustaría que estudiara mi posición. Debo continuar preparándome para ese momento de crisis en el cual Cung quizá deba ser derrocado. Debo estar preparado para ofrecer otros cursos de acción. Ese es todo el significado de mi trabajo. Permítame preguntarle entonces, ¿hasta qué punto está dispuesto a confiar en mí?

—Señor Yaffa, estoy dispuesto a confiar en usted hasta el punto y hasta el momento en que usted esté dispuesto a ser franco conmigo. Cuando nos encontramos la primera vez, usted me dijo que era un magnífico mentiroso. Pero yo no puedo hacer ninguna recomendación a nuestro Gobierno en base a una mentira…, aun cuando esta sea profesional. Estoy seguro de que comprende esto.

Para sorpresa mía se echó hacia atrás en la silla y rio. Sus manos cortas y suaves hicieron unos movimientos circulares en el aire.

—¡Vaya qué círculo vicioso! Muy bien, señor. Comprendo su punto de vista. Lo acepto. Ahora, seamos específicos. ¿Qué desea en primer lugar?

—En primer lugar, deseo conocer a esos generales que están, o que pueden estar envueltos en un movimiento para derribar la Administración de Cung.

Frunció el entrecejo al escucharme y se restregó la barbilla.

—Eso es algo difícil. Si se les pone a todos juntos en una habitación el más estúpido de los agentes podrá darse cuenta del tamaño del complot. Hay una forma en la cual puede arreglarse… Los australianos y los italianos y una o dos Embajadas más me han ayudado en ciertas ocasiones. Se las arreglarán para ofrecer una cena o un cóctel y agregarán todos los nombres que yo les indique a su lista de invitados.

—Hagamos eso entonces. ¿Cuánto tardarán?

—Tres o cuatro días para la primera reunión.

—¡Magnífico…! Bien, ahora hay otro asunto. Esta mañana Cung me puso al tanto de que conocía todo acerca de sus operaciones. Me prometió enviarme un informe completo de ellas. Le he prometido estudiarlo y enviar una copia a Washington.

Yaffa rio nuevamente.

—Me gustaría ver ese informe también, señor.

—¿Puede comprometerle, señor Yaffa?

—Estoy seguro que puede comprometerme. Embajador, existe una cosa muy extraña sobre este país. La seguridad nada significa. Solo valen las cartas que se tienen y la forma de jugarlas. Así es como trabajan las alianzas familiares; cómo se conducen los hilos financieros. Por cierto, Cung conoce a quienes están trabajando en contra suya. Pero, como mandarín anticuado, acepta la conspiración como parte de una atmósfera normal. En tanto no capte la forma del complot final, cree que podrá comprar a este y asustar a ese otro y exilar al de más allá enviándole de embajador en El Cairo. Por lo tanto, en realidad no me preocupa este informe. Estoy más interesado en persuadirle a usted y proporcionarle los medios de hacer lo oportuno en el momento conveniente.

—¿Lo oportuno, señor Yaffa?

No pude resistir a la tentación de aguijonearle, pero Yaffa no se inmutó. Su respuesta fue rápida y definitiva:

—Sí, señor. No existe el bien o el mal en política. Solo existe lo oportuno y lo posible.

—Señor Yaffa, en las Escrituras hay una frase que dice: «Era oportuno que un hombre muriera por su pueblo». ¿Ha pensado en esto con respecto a Cung? Si los generales le deponen, ¿le matarán también?

La pregunta le cogió desprevenido y me miró con aire de sorpresa y fastidio.

—¿Matarle, señor? Ni siquiera se ha discutido la pregunta.

—¡Entonces quiero discutirla con usted, señor Yaffa! ¡Quiero estar seguro de que los Estados Unidos no van a servir de válvula de escape para una ejecución oportuna!

Fue entonces cuando vi al verdadero hombre tras esa máscara blanda y afeminada. No esquivó la proposición ni tampoco me esquivó a mí. Se plantó frente a mí y dejó caer la respuesta como una moneda sobre el tapete.

—¡Embajador, garantías puede tener! ¡Se venden a bajo precio! Las ofrezco y las recibo cada día. ¡Pero promesas, no! ¿Quién puede prometer algo cuando las armas no cesan de disparar? ¡Yo no! Soy un agente…, un conspirador profesional. ¿Desea un nuevo Gobierno? Le daré uno, como una tortilla para el desayuno. ¿Quiere una servilleta para que nos limpiemos la boca? También se la proporcionaré. Pero no me pida que haga una tortilla sin romper los huevos. No puedo hacerlo.

¡Nadie puede!

Cuando se marchó sentí un frío súbito, como si un ganso hubiera caminado sobre mi tumba.

Anne Beldon me trajo café y un plato de bocadillos que tuvo que convencerme para que los comiera. Era la primera vez que le prestaba atención desde mi llegada y me sentí obligado a disculparme debido a mis preocupaciones. Lo aceptó con sencillez y nos desviamos hacia una de esas conversaciones inconexas que son un alivio para la tensión de los asuntos de primera importancia. Me dijo que era viuda. Su esposo, un piloto naval, había muerto en Corea. Ella había entrado en el Servicio en Japón y trabajó un tiempo en Tokio, Taiwán y Bangkok. Hablaba francés con buen acento y estaba estudiando vietnamita con un profesor retirado de la Universidad de Saigón. Se expresaba y se movía con facilidad y al sonreír, sus ojos se encendían de humor y reflejaban un dejo de travesura. Calculé su edad en unos treinta y cinco años.

Encuentro que el Servicio hace extrañas cosas a las mujeres de cierta edad y estado. Se les exige eficiencia; algunas terminan por transformarse en seres secos y posesivos. Viven en una comunidad masculina, de los cuales la mitad son casados y el resto está acostumbrado a los asuntos amorosos efímeros y en ocasiones exóticos. Sin embargo, las convenciones de la vida diplomática las ponen en desventaja; en puestos difíciles y tensos como este, con frecuencia están condenadas a una especie de *purdah*, de manera que algunas se dejan llevar por la histeria y unas pocas por la inversión. Según mi experiencia, era difícil encontrar una secretaria de importancia que mantuviera un equilibrio emocional y una feminidad profunda. Anne Beldon era así y me sentí agradecido de su compañía antes de los inevitables desagrados de la conferencia de Prensa.

Era demasiado inteligente como para ser arrastrada a una conversación sobre las personalidades de las Embajadas, pero me ofreció un comentario penetrante sobre la vida común entre los vietnamitas.

—… No se puede imaginar el cansancio y la desilusión que realmente siente este pueblo. Les visito, como con ellos y hablo con sus mujeres. Antes de que las cosas se pusieran tan malas, solía ir ocasionalmente a Dalat en los fines de semanas, con la hija de mi profesor. Parece que nadie recuerda que este país ha estado en guerra continua durante veintidós años…, desde que los japoneses llegaron y Ho Chi Minh hizo surgir sus primeros guerrilleros. Creo que se debe ser mujer para comprender lo que eso significa. Los sabios brahmanes llegan y se van. Se escuchan todas las promesas…, y de pronto su hijo se transforma en un hombre que lleva un arma como su padre.

—¿Cómo se nos considera, Anne?

—Sus sentimientos están muy mezclados. Nos ven como símbolos de una libertad y una prosperidad que no poseen. Nos tienen afecto. Nos agradecen lo que intentamos hacer. Pero creen que somos muy simples…, demasiado simples para la antigua complejidad de Asia. No les gustan los franceses, pero les respetan más que a nosotros en una forma muy extraña. Hacen notar que los franceses aún gobiernan el país: sus Bancos, los cines, el comercio del caucho y las líneas aéreas. Mientras que los ameri canos luchan para permitirles continuar en sus negocios. ¡Y además es verdad!

—¿Y qué es lo que desean realmente, Anne? ¿Le dicen eso?

—Paz. Paz a cualquier precio, me temo. Y no puedo culparles por ello.

Lo había escuchado, por primera vez, de boca del monseñor romano; nuevamente de Mel Adams; y ahora, la tercera vez, me lo decía una mujer. El pueblo estaba cansado. Habían perdido la fe. Solo deseaban dormir tranquilos de noche. ¿Qué traía yo que pudiera restaurar la égida desvanecida? El café me supo amargo y tibio en la boca. Lo aparté y le pedí a Anne Beldon que me trajera mis notas para la conferencia de Prensa. Al ponerlas sobre el escritorio me preguntó:

—¿Puedo decir algo, señor embajador?

—Por cierto, Anne. ¿De qué se trata?

—Tenga cuidado con la Prensa de aquí. La mayoría de los periodistas son muy jóvenes. Están envueltos profundamente en la situación; corren muchos riesgos y han presenciado cosas horribles. Se les ha acusado de escribir sus informaciones desde el bar «Caravelle», y están furiosos por la simple razón que es una mentira. Se les ha ofrecido mucha palabrería y le perseguirán sin piedad.

—Gracias, Anne. Mi abuelo peleó contra los indios. Haré lo posible por no perder la cabellera.

Al ponerse de pie, mi mano rozó la suya y me sorprendió su frialdad y suavidad. Recordé que hacía mucho tiempo que no tocaba la piel de una mujer.

Mel Adams y el encargado de Prensa de la Embajada habían hecho entrar a los corresponsales dentro de la Sala de Conferencias. ¡Yo había pedido una reunión en toda escala y me la estaban dando más allá de mis cálculos! Había cámaras fotográficas, cintas grabadoras y todo un pelotón de reporteros de una docena de países. Tal como me lo había advertido Anne Beldon, la mayoría eran jóvenes y todos presentaban el aspecto tenso de quien vive en el riesgo de un medio hostil; algunos no llevaban americana; dos o tres tenían los trajes manchados como si acabasen de llegar de una operación militar.

Uno o dos estaban sin afeitar. Otros tenían el color amarillento de la malaria o de largas horas sin dormir. Su decano era un hombre joven, delgado, de Brooklyn y que representaba a un servicio de cables internacional. El encargado de Prensa de la Embajada me presentó a él y luego a todo el resto sin cometer la menor falta. Me senté. Las cámaras entraron en acción. Las grabadoras comenzaron a girar. La Conferencia (¿o se trataba de un juicio?) estaba en sesión. La entrevista estaba bien planeada. Las preguntas llegaron de todas partes de la habitación, pero seguían un ritmo cuidadoso de inquisición.

—Señor embajador…, ¿su nombramiento significa un cambio de la política de los Estados Unidos respecto del régimen de Cung o de la dirección de la guerra?

—¿Un cambio de política? No. Estamos aquí para ayudar a la República del Vietnam del Sur a que prosiga la guerra contra el Vietcong y evitar la propagación del comunismo en el sudeste de Asia. Jamás nos hemos apartado de ese propósito.

—¿Un cambio de actitud, entonces?

—No. Vinimos como aliados, como asesores militares y para proporcionar equipo estratégico.

Aún continuamos en esa actitud.

—¿Siempre se han aceptado sus consejos?

—Desgraciadamente he sido rechazado en algunos asuntos de importancia vital. El Gobierno de los Estados Unidos ha insistido enérgicamente al Gobierno de Vietnam del Sur para que tome las medidas necesarias para que finalicen los ataques a la comunidad budista y para que se les aplique la libertad total de culto como lo garantiza la Constitución. Esto no se ha cumplido. En cambio, se han llevado a cabo nuevos actos de represión y violencia. Mi Gobierno deplora estos actos y se disocia de ellos en los términos más claros.

—¿Usted mismo fue testigo presencial de ciertos actos de violencia en la pagoda Xa Loi?

—Lo fui. Inmediatamente después presenté una enérgica protesta oficial al presidente Cung.

—¿Puede decirnos cuáles fueron los términos de esa protesta?

—Les aseguro que fueron los más enérgicos posibles.

—¿Se mencionó sanciones por falta de cumplimiento? Por ejemplo, ¿la suspensión de los fondos de ayuda? ¿O el retiro de la ayuda militar?

—Por ahora no habrá comentarios.

—Pero el presidente Cung ya ha formulado unos comentarios. A las once de esta mañana declaró que los Estados Unidos estaban interviniendo en los asuntos internos de Vietnam del Sur mediante una brutal amenaza de sanciones económicas.

—Esos son los comentarios del presidente. No son los míos.

—Se refirió también a que los agentes americanos estaban incitando al desorden y a la revuelta entre los elementos disidentes del Ejército y de la Administración.

—Tal como ya se lo sugerí al presidente Cung, creo que la represión y la brutalidad incitará mucho más rápidamente a la revuelta que lo que puedan hacer los americanos por su cuenta.

—Señor embajador, ¿niega usted que la CIA o cualquier otra agencia americana esté conspirando en contra del Gobierno?

—He estado aquí solo unas veinticuatro horas. He oído mencionar complots entre los budistas, entre los católicos y por parte del Vietcong. ¡Pero hasta el momento no he descubierto ningún complot en el recinto de mi Embajada!

Se rieron con estas palabras; pero fue un sonido hueco, como la risa en una plaza de toros después de un pase cómico hecho por el matador. La danza de la muerte aún continuaba y todavía nos quedaba mucho para el momento de la verdad. Un individuo descarnado, de ojos penetrantes y notorio acento australiano, me puso un micrófono bajo las narices y dio comienzo a una serie de preguntas diferentes.

—Señor embajador, ¿estamos ganando la guerra?

—Mis informaciones me dicen que así es.

—Hace un mes atrás, el general Tolliver declaró que la guerra podría ser ganada en 1965. ¿Está de acuerdo?

—Soy diplomático, no un militar. No puedo responder a esa pregunta.

—Señor embajador, ¿podría ganarse la guerra si los Estados Unidos tomaran el control de la situación militar y lanzaran una ofensiva en toda escala?

—Podría ganarse en un sentido militar, pero sería una victoria en el vacío. Nos dejaría en la misma posición que los franceses, como tropas coloniales en una zona políticamente desafecta. También conduciría casi inevitablemente a un «escalamiento»…, una confrontación directa entre América y China. Nadie está preparado para ello hasta el momento.

—¿Qué le preocupa de la situación militar, si le preocupa algo?

—La división del Alto Mando vietnamita y la falta de un cuerpo de oficiales totalmente entrenado e integrado.

—¿La represión a los budistas ha introducido una discordia mayor en el Ejército de Vietnam del Sur? —Hasta el momento, no. Pero ha contribuido a un debilitamiento general de la moral, cuya causa real son las tácticas divisorias del régimen. Esto es algo que no puede cambiarse excepto en un nivel político. Desde un punto de vista militar, debemos actuar en la mejor forma posible bajo la situación existente.

—¿Y qué se está haciendo en un nivel político, señor embajador?

—Como ya les he dicho, ya hemos presentado enérgicas protestas al presidente Cung. Continuaremos haciendo lo mismo y tomaremos las medidas necesarias que indiquen las circunstancias.

—¿Puede ser más específico referente a esas medidas?

—Más tarde, quizá, pero ahora, no. Supongamos que el régimen de Cung se comprueba inaceptable por parte de la mayoría del pueblo. ¿Qué harán entonces los Estados Unidos? Esta es una pregunta hipotética. Actualmente no tiene respuesta.

Me martillaron a preguntas durante casi una hora, hasta que intervino Mel Adams y dio por terminada la conferencia. Tenía la boca seca. Mis ropas estaban empapadas de sudor y la cabeza me zumbaba. Mientras subíamos hacia mi despacho, Mel Adams me ofreció su veredicto:

—Le hicieron pasar un mal rato, señor. Estaban bien informados y ansiosos.

—¿Cómo salimos, Mel?

—Dando un juicio equilibrado, diría que les llevamos un tanto de ventaja. Su protesta fue bien recibida. Captaron el mensaje sobre las sanciones. Usted expresó un discreto disgusto por la situación militar. Ahora esperaremos y veremos cuál será su versión en la Prensa. Pero yo me prepararía para recibir algunos golpes en el cuerpo. Saben…, y perdóneme, señor…, saben que les estamos vendiendo humo en vez de una verdadera solución… Como medida de seguridad hice que grabaran toda la conferencia en cinta. La escribiremos a máquina y se enviará a Washington. Sería una buena idea enviar una copia al Palacio…, solo para que se archive.

—Buena idea…, Mel, en ciertas ocasiones, me gustaría volver a los viejos tiempos de la diplomacia secreta. Todos los caballeros reunidos… ¡Y que los campesinos lavaran la sangre!

—Me sucede lo mismo —dijo Mel Adams con énfasis—. ¿Cómo diablos se puede negociar bajo las cámaras de Televisión? ¿Cómo se puede tratar con

Cung mientras ambos son escuchados como en una discusión pública? Siempre sale al paso el obstáculo de las declaraciones que se hicieron la semana pasada. Al reencontrarlas, parecen estar grabadas en la roca como el Decálogo.

—Mel, ahí es donde los marxistas ganan cada vez. Siempre pueden volver a escribir sus palabras. Me gustaría poder volver a escribir algunas de las nuestras… ¿Quiere beber algo?

Dos tragos con Mel Adams, dos horas en mi escritorio con informes, despachos y cables y de pronto, súbitamente, me invadió un cansancio mortal. Me ardían los ojos; me dolía el cuerpo como si me hubieran apaleado; las letras impresas bailaban y se borraban ante mis ojos. Recordé con cierta sorpresa que había estado trabajando continuamente durante casi treinta y seis horas. Era suficiente y más que suficiente. Me iría a casa a dormir aunque toda Asia se levantara en armas, con banderas, elefantes y toques de trompetas.

El sueño tardaría bastante en llegar. Mi cuerpo estaba fláccido e intoxicado por la fatiga, pero mi mente giraba en un torbellino de especulaciones, como un motor que súbitamente se deja en punto muerto. Y el eje en torno al cual giraba era siempre la misma pregunta: ¿por qué este país azotado por la guerra, sin embargo, impulsado por una enorme ayuda, aún no encontraba la energía, la inspiración o los hombres para reunir sus fuerzas y completar la revolución que había comenzado veintidós años antes?

Una docena de personas me habían dado otras tantas respuestas…, pero ninguna era la adecuada para explicar la desintegración masiva que estaba sucediendo ante mis ojos. ¿Un dictador recluso? No era suficiente: otros dictadores más rígidos que este habían producido, al menos por un tiempo, un sentido de propósito y un impulso hacia la unidad. ¿Divisiones entre los generales y administradores? Todavía no era suficiente: nadie podría ganar nada del colapso nacional.

¿Cansancio y desilusión del pueblo? Estos eran los síntomas y no la enfermedad en sí. ¿Feudos religiosos? En las sociedades mejor ordenadas existían temporalmente. ¿Brutalidad policial? Asia era un continente brutal. La Naturaleza misma infligía mayor crueldad que el hombre; y el pueblo, durante milenios, se había conformado pasivamente a través de plagas, hambres, viruela, lombrices intestinales y el azote de los esbirros del príncipe.

¿Qué faltaba entonces? De hecho, ¿cuál era la base para toda unidad? ¿Cuál era la última tabla de salvación a la que se aferraba el hombre para mantenerse precariamente en la existencia? Yo era un hombre como cualquier

otro. Ahora estaba desnudo y sudando en una noche tropical sobre una cama solitaria. ¿Cómo mantenía o podía mantener mi integridad? Mis pensamientos enloquecidos me condujeron de un salto al jardín de Tenryu-ji, donde Musó Soseki me había dado la primera lección en el sendero de la luz.

—Señor Amberley, la raíz de la desgracia humana es una enajenación del orden natural del Universo. El efecto del *satori* es la iluminación de la mente para que así se aclare finalmente la naturaleza del ser y del Universo y para que se restaure el sentido de la verdadera relación o singularidad.

¡Identidad! ¡Esa era la clave para todo el problema humano! A no ser que un hombre comprendiera, aun cuando fuera en forma vaga, lo que era y cómo estaba unido con sus semejantes y con el cosmos, no podría sobrevivir. Si se le pone en una celda aislada, sin poder ver, ni escuchar, ni tocar el mundo, al cabo de poco tiempo se le reduciría a la locura y al desorden físico. Este era el verdadero significado del antiguo animismo de Asia: a no ser que fueran aplacados los espíritus de la roca, del río y de los árboles, la relación necesaria entre ellos y el hombre estaría rota y el Universo se disolvería en el caos.

Sin saberlo, Mel Adams había expresado la misma idea en palabras diferentes.

—Los únicos que en este país saben realmente por qué están luchando son los católicos.

El catolicismo era una religión fundada y arraigada en una definición de la identidad humana. El hombre era una persona creada por un Dios personal. Por lo tanto, se mantenía en una relación familiar con cualquier otro hombre. El universo físico era un ambiente proporcionado para su desarrollo, sobrevivencia y continuidad. Su estado quedaba afirmado por la doctrina de la Encarnación, según la cual el propio Creador tomó la forma humana y le dio una dignidad irrevocable.

El comunismo, en su propio evangelio, era igualmente específico. La identidad del hombre quedaba afirmada y se mantenía solo por su actividad colectiva: Era una criatura dependiente producida en abundancia a partir del caos y destinada a la extinción. Solo, estaba condenado durante toda su vida a un desierto yermo, presa de la injusticia y de la explotación. Por lo tanto, su identidad era contingente respecto de su calidad de miembro servicial en la masa. Pero sí tenía una identidad y, sujeto a su conformidad, la masa se la garantizaría y la protegería.

Por extraña paradoja, el budismo afirmaba la identidad al predicar que la perfección residía en su extinción última dentro del Ser-total, de la

iluminación pura… Pero esta era una doctrina esotérica, accesible solo al adepto; así entonces, el individuo común la había corrompido y adulterado para hacerla más conforme a sus necesidades.

Al lado de estas afirmaciones profundas, y quizá divergentes, el evangelio americano, del cual yo era el nuevo profeta en Vietnam del Sur, aparecía extrañamente vacío y poco satisfactorio.

¡Democracia! ¡Autodeterminación! ¡Libertad, igualdad, fraternidad! ¿Qué podían significar para un hombre que se sentaba bajo un baobab y escuchaba a través de sus hojas temblorosas el susurro de un espíritu ultrajado? ¿Cómo podía identificarse con nosotros…, los bárbaros de ojos azules que poseían tanto y comprendían tan poco?

Cung era un filósofo. También debía haber pensado en estas cosas. Era un habitante de Asia. En su propio corazón debía haber escuchado las palabras ancestrales que pedían con sus voces antiquísimas la identidad, la continuidad y la comunidad. Si lograra hacérselas escuchar nuevamente, quizá podría hacer que las proclamara en el idioma común y así su pueblo las escucharía sobre la palabrería de los políticos y los propagandistas. Quizá no era demasiado tarde para un último viaje a las fronteras, una última llamada a las trompetas…

Pero era ya demasiado tarde para mí. La oscuridad y el silencio me envolvieron y dormí durante doce horas seguidas.

Cuando bajé a desayunar, George Groton aún estaba bebiendo su última taza de café. Tenía los ojos enrojecidos y estaba fatigado y cuando le interrogué sobre su estado me respondió que había estudiado hasta muy tarde los documentos de la Embajada sobre la situación budista. En su opinión, estaban peligrosamente incompletos. Le pregunté por qué.

—Porque, señor, se refieren a la situación actual solo desde el punto de vista de los observadores políticos y los agentes de la inteligencia. Son muy vagos en relación a puntos esenciales. Por ejemplo, la mayoría de los vietnamitas siguen el Mahayana…, el Gran Camino; pero hay una cantidad de pagodas donde se practican los Caminos Menores y estas tienen estrecha relación con el Hinayana de Laos y Camboya. También tienen una conexión histórica con el Cao Dai y el Hoa Hoa; y estas son sectas político-religiosas cuyos ejércitos privados fueron disueltos por el presidente Cung. ¿Cuáles son estas conexiones? ¿Se les está utilizando con fines políticos o militares? Los informes no lo señalan. Por lo tanto, no tenemos forma de saber cuál puede

ser el efecto de la represión de Cung sobre la actividad budista en la frontera. Otra cosa. Las pagodas del Mahayana son instituciones autónomas. El abad es la cabeza titular de su propia comunidad. Pero existen toda clase de afiliaciones sueltas y asociaciones entre los templos. Los documentos también son vagos al respecto. Los chinos tienen sus propias pagodas y sus propios monjes budistas. No tenemos ninguna información precisa en cuanto a esto. Y, sin embargo, toda la crisis actual comenzó con los budistas. ¿Fue maquinada totalmente por Cung? ¿O es parte de algo más grande…? ¿De una sección izquierdista panbudista procedente de Ceilán y Birmania, pasando por encima de los monarquistas en Tailandia y mostrando aquí su verdadero rostro? No es una idea tan extravagante como parece. Referente a los desórdenes en las pagodas, Tailandia lo ha lamentado pero no ha pronunciado ninguna protesta mayor. Sin embargo, los de Ceilán han disparado cohete tras cohete. Al menos es significativo. Creo que se debiera hacer algo al respecto, señor.

—Por ejemplo, ¿qué cosa, George?

—Tengo una sugerencia. Me gustaría exponérsela, señor.

—Adelante.

—Ayer pasé gran parte de mi tiempo con el monje en la Embajada y los otros dos de la Misión de Ayuda. Les dije que, aun cuando yo seguía la senda del zen, era un budista y, por lo tanto, simpatizaba con sus puntos de vista y problemas. Les dije que usted también estaba estudiando la senda del zen, pero que no alcanzaba aún el grado de creyente. Eso les impresionó. El monje de la Embajada tuvo la penetración suficiente para proponer el siguiente paso. ¿Por qué no hacía yo una investigación y le informaba a usted personalmente? Me prometió darme algunas cartas para sus amigos y con estas podría circular libremente por las pagodas… Yo también pensé que era una buena idea, señor. Es obvio que tratarían de utilizarme porque tengo el aspecto (y a veces lo soy) de un hombre simple. Pero al menos obtendré información de primera mano que ahora no tenemos. Si es necesario, podría afeitarme la cabeza y ponerme una túnica amarilla. —Sonrió en su forma infantil acostumbrada y agregó—: Lo he llevado antes, señor. No es tan incómodo. Por cierto, no hablo el idioma, pero el francés es moneda común entre los monjes más educados.

—¿Ha pensado en los riesgos, George? ¿Qué sucedería si le cogieran en una incursión como la de anoche?

—Sería algo embarazoso para Cung y para usted.

—También podrían romperle la cabeza de un culatazo… Hay algo más, que quizá no ha pensado en ello.

—¿Qué es, señor?

—El Ejército posee un servicio de espionaje, la Embajada otro y Harry Yaffa conduce una intrincada operación propia. Eso le convertiría en el Llanero Solitario, sin estado y sin protección… Podría ser muy molesto…, para usted y para mí.

Sonrió nuevamente y dijo con sencillez.

—Por otra parte, señor, la Constitución de los Estados Unidos garantiza libertad religiosa para todos. Yo soy budista y deseo mantener mis prácticas religiosas… Además, me trajo aquí como asistente especial. Este es un servicio que puedo hacer y que nadie más puede ofrecerle.

Era un servicio tentador, también…, un agente privado y práctico investigando el nuevo fenómeno de Asia…, un budismo de mártires públicos, Prensas secretas y propaganda global. Revisamos el proyecto durante otra media hora y lo acepté, sujeto a ciertas condiciones.

—… Haga un ensayo de unos diez días, George, y veremos dónde le conduce. Tráigame informes cada tres días. No quiero riesgos ni gestos heroicos. Si existe la menor posibilidad de líos, quiero saberlo. Discutiremos esto en diez días más. ¿Está claro?

—Muy claro, señor. Y gracias. ¿Cuándo puedo comenzar?

—Ahora, si quiere.

Se marchó contento como un gaitero, mientras yo terminaba mi desayuno y trataba de comprender algo de los clamorosos informes de los periódicos de Saigón. No sabía (¿y cómo podría saberlo?) que acababa de firmar una sentencia de muerte.

Recuerdo el día que siguió con especial amargura, porque ahora me parece el comienzo de todas las traiciones en las cuales me vi envuelto. La diplomacia, en el mejor de los casos, es un negocio dividido, ya que exige una separación total entre lo accidental y lo absoluto, entre lo justo y lo oportuno, entre la difícil verdad y el razonamiento hábil y falso. Nadie puede evitar esta dicotomía; todos cambian debido a ella; algunos son destruidos. Con demasiada frecuencia se termina por aceptar la opinión que uno ha llegado a cambiar o por cometer el acto que se está encargado de condenar.

En cierta oportunidad, en Argentina, un colega agradable, aunque incapaz, me dio una definición muy latina de un diplomático:

—En efecto, es como un adivino anticuado que augura el futuro estudiando las entrañas de un pájaro. La extravagancia reside en que debe matar el pájaro antes de estudiar sus intestinos.

Repetí la historia a un inglés, quien con la admirable ironía del Foreign Office me ofreció otra versión:

—En realidad, amigo mío, no se trata de nada parecido. Más bien es como la caza del guaco. Hay que espantar el pájaro antes de dispararle. Si tiene mala suerte y falla el tiro, el pájaro, en cambio, mata al batidor.

Esa mañana yo parecía el batidor con el escopetazo destinado al pájaro en los pantalones. Llegué a la Embajada con la cabeza despejada y descansado. Las reflexiones de la noche anterior aún las tenía patentes en el recuerdo y vislumbré (o creí vislumbrar) el comienzo de un diálogo constructivo con el presidente Cung. Por cierto, habría una escaramuza preliminar. Las palabras duras habían sido pronunciadas por ambas partes, y ya se estaban gritando por todo el mundo; pero, al menos, yo estaba dispuesto a ofrecer la primera ramita de olivo, aun cuando me hiciera ver un poco de costado, como la paloma de Picasso. Ya estaba redactando una nota para que fuera enviada al Palacio cuando entró Anne Beldon y dejó ante mí un cable de Festhammer:

> FUERTE Y HOSTIL REACCIÓN MUNDIAL ANTE ÚLTIMOS INFORMES SAIGÓN. ASUNTO BUDISTAS SERÁ DEBATIDO EN ASAMBLEA GENERAL NACIONES UNIDAS. ARGELIA, CEILÁN, INDONESIA Y MONGOLIA EXTERIOR PROPUGNAN UNA MOCIÓN PARA EL NOMBRAMIENTO DE UNA COMISIÓN INVESTIGADORA DE LAS N. U. SOBRE LA VIOLACIÓN DE LOS DERECHOS HUMANOS EN VIETNAM DEL SUR. NUESTRA OPOSICIÓN A MEDIDAS REPRESIVAS YA HA SIDO EXPRESADA EN WASHINGTON Y SE HA ACLARADO DOBLEMENTE POR TUS DECLARACIONES DE PRENSA EN SAIGÓN. POR LO TANTO, NOS VEREMOS OBLIGADOS A VOTAR EN FAVOR DE LA MOCIÓN…

Así quedaba demolido, de un solo golpe, mi plan e reconciliación. ¿Cómo podría hablar de filosofía con Cung una vez que mi Gobierno se apartara de en el foro de las Naciones Unidas? Me invadió la ira; una ira amarga. Esto era jugar con el poder, o era diplomacia. Lo mismo habría dado que huera mandado empapelar los muros de Saigón con amenazas de sanciones… Los batidores habían hecho volar el pájaro, pero no tenía adónde volar. Tanto Cung como yo estábamos en una jaula, picoteándonos y aleteando frenéticos contra el alambre.

Me paseé por el despacho furiosamente durante diez minutos, tratando de darle algún sentido a la situación. Entonces sonó el teléfono y el embajador australiano, Arnold Manson, se puso al aparato. Me dio la bienvenida en pocas y concisas palabras, y luego pidió que le recibiera inmediatamente en una entrevista. Le expliqué que estaba cubierto de trabajo, pero fue imposible que lo comprendiera. El asunto era urgente, dijo, y si yo no podía verle tendría que verse obligado a tomar una decisión independiente. Entonces acepté, de mala gana.

A los diez minutos llegó a mi despacho; era un hombre sorprendentemente joven, de abundantes cabellos ondulados y una sonrisa de buen humor…, y una cartera muy bien aprovisionada. El debate en las Naciones Unidas sobre Vietnam del Sur era un asunto de gran preocupación para su Gobierno. Australia, como Estados Unidos, no aprobaba las medidas represivas contra los budistas, pero igualmente desaprobaba la moción de una Comisión Investigadora. La única comisión de las Naciones Unidas que podría reclamar un derecho legal de intervención en un Estada soberano, era una Comisión de Seguridad Internacional. Aceptara o no Cung a la Comisión de Derechos Humanos, seguiría siendo una violación de la Carta de las Naciones Unidas y un precedente peligroso para Australia como Administradora de los Territorios Fiduciarios. Claramente, no deseaba ver a mezcla de argelinos, paquistaníes y mongoles emitiendo juicios sobre las vidas de los primitivos en Nueva Guinea.

Estuve de acuerdo con él. Le expliqué el efecto del debate de las Naciones Unidas en mis relaciones con el Palacio. Le dije que me proponía enviar de inmediato un cable a Washington estableciendo mi rechazo personal a la moción. También le dije que veía pocas esperanzas de alterar el curso de los acontecimientos en Washington y Nueva York. Para ellos, Cung era totalmente intransigente y debía ser subyugado…, con un garrote si era necesario. A pesar de su juventud tan aparente, Manson era un buey diplomático que se preocupaba de su propio trabajo. Me presentó una solución bastante plausible.

—Hay una forma de sacar a todos del anzuelo.

—¿Y cuál es, señor Manson?

—Si el presidente Cung invitara a la Asamblea General a enviar un grupo de observadores para estudiar el asunto budista. Podría anticiparse a los patrocinadores de la moción. También evitaría un debate prolongado y amargo y no habría cuestión de una comisión formal con todas sus molestas consecuencias.

—¿Cree que Cung aceptaría tal proposición?

—Creo que podría aceptarla.

—¿Y quién será el que le proponga la idea?

—Yo estoy dispuesto a hacerlo, si usted está de acuerdo. Aun cuando sería un movimiento muy útil si partiera de usted.

La posibilidad era atractiva y pensé en ella unos segundos; luego me vi obligado a rechazarla.

—Hace surgir demasiados problemas. En primer lugar, me hace hablar en tono diferente al de Washington, y no puedo hacer eso; en segundo lugar, proporciona a Cung un fuerte argumento: que decimos una cosa en público y otra diferente en privado. Por otra parte, Australia es una nación pequeña y, en este asunto, sus intereses y los del Vietnam son idénticos. Usted le está proporcionando a Cung una idea para usarla en beneficio mutuo. Señor Manson, quizá le sea posible lograrlo.

—¿Y cómo reaccionará Washington?

—Creo que también les complacerá sacarse el anzuelo, después que reciban mi cable. Pero no puedo prometer nada.

—Comprendo. Me alegro de que usted y yo estemos de acuerdo, por lo menos.

—Yo también me alegro, señor Manson. Es un débil rayo de sol en un día horriblemente gris.

¿Me hará conocer el resultado de su entrevista con Cung?

—Le llamaré en cuanto termine de hablar con él. —Vaciló un momento y luego preguntó deliberadamente—: ¿Podemos hablar diez minutos en forma no oficial?

Tenía la prisa y el recargo de trabajo suficientes como para irritarme la frase que usó. Le recordé con cierta brusquedad que en la diplomacia, tarde o temprano, todo era oficial. Me irrité aún más cuando se negó a aceptar mi sugerencia. Sonrió simplemente y dijo con calma:

—Lo siento. Solo se trata de un idioma diferente. Francamente, no me importa si se hace oficial o no, tomando en cuenta que se establezca como mi opinión privada y no necesariamente como la opinión de mi Gobierno.

Todo el mundo en Saigón deseaba hacerme tragar su opinión personal…, y yo aún llevaba muy poco tiempo en el país como para haberme formado una opinión propia. Así, pues, le interrogué con terquedad:

—¿Su opinión sobre qué, señor Manson?

—Sobre la cuestión de las sanciones.

—Señor Manson, por cuanto yo sé hasta el momento, no se han aplicado sanciones de ninguna especie.

—Pero se ha amenazado.

—Permítame que le corrija, señor Manson. La cuestión de las sanciones fue puesta en circulación por la Prensa, no por mí.

—Lo sé, señor Amberley, pero está muy claro que una noticia, o una amenaza, ha sido entregada en el Palacio.

—¿Y cómo puede estar eso tan claro?

—Esta mañana recibí una llamada telefónica, del ministro de Comercio, pidiéndome que me esforzara por obtener de Australia un embarque inmediato de trigo, arroz y otros alimentos y, en caso de ser posible, que arreglara los términos crediticios más favorables con mi Gobierno. Se trataba de una petición formal y nos pone en una situación muy molesta, ya que estamos proporcionando trigo a crédito a China comunista. Si nos negamos, nos pueden acusar de dejar morir de hambre a nuestros aliados mientras alimentamos al enemigo. —Esto me sorprendió y él lo supo, pero continuó hablando con la misma calma—. Me tomé la molestia de averiguar la presente situación financiera de la Administración Cung. En realidad, sus créditos en dólares alcanzan la cifra de treinta y cinco millones, y el sistema bancario francés está dispuesto a ofrecer otro tanto. Con el ritmo actual de gastos, por lo tanto, Cung podría mantener a su Gobierno en funciones durante unos seis meses, aun cuando se aplicaran las sanciones. Si usted impone también las sanciones militares comenzará de inmediato con un retiro total del personal administrativo. Eso no afectaría la marcha de las operaciones militares. Según mi opinión, serviría solo para desmoralizar aún más a la nación, cuya moral ya está bastante baja.

Este golpe dio demasiado cerca del hueso como para quedarme tranquilo. Vi claramente por qué había preferido expresar un punto de vista personal y no uno oficial. Tenía que recurrir al lenguaje oculto de las negociaciones, pero podía hablar tan directamente como quisiera.

—¿Puedo preguntarle dónde obtuvo la información, señor Manson?

—La diplomacia americana es muy pública, señor Amberley. Demasiado pública, me temo, para la tranquilidad de todos. Parte de la información procede de fuentes en Saigón y el resto de Washington vía Camberra. Los australianos nos encontramos en una extraña posición. Somos una nación pequeña y poco defendida. Nuestro futuro está ligado estrechamente a los acontecimientos del sudeste de Asia. Se nos acaba de conducir limpiamente a apoyar a los británicos en Malasia…, lo que, según mi opinión, se

comprobará como un error histórico. También estamos atados a los Estados Unidos por obligaciones de tratados que tratamos de honrar pública y privadamente. Debido a estas obligaciones, debo ser franco con usted e insistirle enérgicamente para que reconsidere toda la cuestión de las sanciones y sus relaciones personales con el presidente Cung.

En realidad, esta era una conversación bastante fuerte, partiendo de un miembro menor de la Organización del Tratado del Sudeste Asiático. No dejaba de tener sentido, pero no me daba tiempo a sacar conclusiones, así que me refugié en el oficialismo.

—Gracias, por todo lo que ha dicho, señor Manson. Le aseguro que lo consideraré seriamente.

—Hay otro punto, señor Amberley.

—¿Cuál es?

—El monje budista que se ha refugiado en su Embajada. Puede resultar una molestia para usted y sus amigos. Como usted sabe, es la cabeza titular de un cuerpo de formación reciente llamado la Unión Nacional para la Preservación del Budismo. Ha sido dado a entender, por ciertas personas que este fue el hombre que incitó los suicidios budistas. Por la ciudad se ha hecho correr la noticia de que él es el guardián del corazón del mártir, que desapareció de la pagoda Xa Loi la noche de la incursión. Puede ser verdad, como puede no serlo; pero para los ignorantes, eso significa que la reliquia está bajo la protección de los Estados Unidos… Creo que más importante aún es el hecho de que este hombre es conocido por tener conexiones con las organizaciones militantes budistas en Birmania y Ceilán, y con ciertos agitadores recientemente expulsados del *Sangha* y tenidos en prisión por los thais en Bangkok. He escrito a nuestros representantes en Tailandia pidiéndoles más información al respecto. Cuando la obtenga estaré encantado de ofrecérsela de inmediato.

—Me agradará disponer de ella. Le agradezco su franqueza, señor Manson. Espero que lograremos encontrar una solución a nuestros problemas comunes.

—Estoy seguro de que la lograremos. —Con su buen humor habitual, se puso de pie y me extendió la mano—. Gracias por haberme recibido, señor embajador… ¡Y buena suerte!

Y así finalizó nuestra conversación con esta nota inconclusa. Tenía la desagradable sensación de que mi joven colega se había comportado mucho mejor que yo, quien tenía dos veces su experiencia y diez veces su autoridad. El cultivar informantes amigos y precisos es una regla cardinal en la

diplomacia. En cambio, había sido abominablemente rudo con un hombre que me había hecho un favor profesional. Si no podía contar con mi autocontrol en una discusión con un aliado bien dispuesto, ¿cómo podría garantizarlo en las negociaciones críticas que se avecinaban?

Una vez más me amonestó la voz crítica de Musó Soseki:

—¡Creo que es un riesgo grave aceptar este nombramiento en esta fase de su vida!

Lo extraño del caso es que yo me sabía viviendo un riesgo. Estaba solo y por lo tanto vulnerable a las expresiones de amistad. Me encontraba situado en una posición de poder y, por lo tanto, dispuesto a desconfiar rápidamente de aquellos que desafiaban mis opiniones o autoridad. Estaba encargado de hacer un cambio, pero a la luz de la opinión pública podría estar tentado de hacerlo como un ilusionista que saca conejos de un sombrero. Pero en el alma de Maxwell Gordon Amberley había brechas, grietas y fisuras aún más profundas. Y estas todavía no estaba dispuesto a explorarlas, por temor a que en la panoplia del tetrarca pudiera descubrir un hombre vacío…, no un oráculo, sino una calabaza llena de guijarros. Además, era fácil absolverme de un examen interior cuando a cada instante me desafiaba la acción, y cada acción me obligaba a una nueva cadena de consecuencias.

Mel Adams entró con noticias bastante intranquilizadoras cuando aún estaba trabajando en los despachos de la mañana. El presidente Cung había decidido aparecer en la Asamblea Nacional esa misma tarde. Pronunciaría una declaración pública de la situación militar y de la crisis budista. El Palacio había trabajado a toda velocidad para informar a todos los miembros de los cuerpos diplomáticos y a la Prensa internacional que se distribuiría una traducción en francés del discurso poco antes de que el presidente comenzara a hablar.

El significado del movimiento era bastante claro. Cung intentaba ser escuchado en el foro público después de ser desafiado en las Naciones Unidas y amenazado públicamente por los Estados Unidos. Como cabeza de un Estado soberano estaba en su pleno derecho de dirigirse a sus propios legisladores. Como líder de una nación en guerra, era su deber proclamar al pueblo su situación. Como yo era un diplomático aliado, no podía culparle, y como defensor de los procedimientos democráticos, debía aplaudirle. Sin embargo, de hecho, la espada del verdugo estaba en mis manos y sobre su cabeza, y si decía una palabra que me disgustase, podría cortarle en dos con ella:

Mel Adams leyó mis pensamientos y me preguntó sobriamente:

—¿Asistirá a la Asamblea, señor?

—Debo asistir, Mel.

—El discurso podría ser bastante explosivo.

—Puedo abandonar la sala.

—Con todo respeto, señor, creo que debiera advertirle del peligro al presidente Cung. Tal como están las cosas, ambos están siendo impulsados hacia una colisión de frente. Me parece que debiera evitarla a toda costa.

—Trataré de hablarle, Mel.

El que lo hiciera era un asunto oficial. Llamé al Palacio mientras Mel Adams aún estaba dentro de mi despacho. Pedí hablar con el presidente. Con la infaltable educación vietnamita, se me informó que el presidente sostenía una conferencia y que había dejado órdenes estrictas de no ser molestado por ninguna causa. Sin duda, me telefonearía en cuanto finalizara la conferencia. Hice entrar a Anne Beldon y dicté una carta clara y amistosa. Un empleado de la Embajada la llevó personalmente al Palacio, y la firma de recibo en su libreta decía que había sido entregada veinte minutos antes del mediodía.

Llegó el mediodía, la una, las dos, y aún no tenía noticias del Palacio. A las tres de la tarde estaba sentado con Mel Adams en las butacas diplomáticas de la Asamblea Nacional, y esperaba el testamento del presidente Phung Van Cung.

Se veía muy pequeño e insignificante al adelantarse para hablar. Se le recibió con aplausos adecuados, pero escasamente afectuosos. Existen algunos hombres cuya sola presencia despierta profundas emociones, como si fueran recipientes de poder; por cierto, con frecuencia son charlatanes, actores dotados de un truco de presencia o un exceso de virilidad que crea una ilusión de potencia espiritual. Phung Van Cung no pertenecía a esta clase. Sus gestos eran desprendidos y académicos. Leyó el discurso y su entonación careció de pasión. Incluso en la actitud había un toque de desprecio, como si estuviera diciendo: «Les conozco muy bien a todos y hay muy pocos a quienes respeto. A algunos les he comprado, a otros los he formado y otros ya están en vías de traicionarme. No serviré a ninguno para ganar sus favores ni tampoco les representaré un drama por haberse separado de mí. Esto es lo que tengo que decir. ¡Tómenlo o déjenlo…!».

Pronunció el discurso en vietnamita y los tonos altos y acentuados del idioma lo hicieron duro y monótono. Pero al seguir página a página la traducción en francés, tuve que admitir que se trataba de un hermoso fragmento de dialéctica política. Comenzó con una revisión rápida pero precisa de la situación militar:

—Somos una nación en estado de sitio. Hacia el Norte, China y los ejércitos de Ho Chi Minh esclavizan a nuestros hermanos. Hacia el Oeste están Camboya y Laos, que, bajo la protección de una neutralidad ilegítima, ofrecen ayuda y cobijan a nuestros enemigos. Hacia el Este y hacia el Sur está el mar donde, a cubierto de la oscuridad, los juncos y barcos de pesca arman a los traidores que anidan entre nosotros…

»Incluso mientras les hablo, se libra una batalla en toda escala en Tanan, a treinta kilómetros al sur de esta ciudad. También se lucha arduamente en Bentre, en el delta, en Da Nang, cerca de la frontera con Laos. Nuestros enemigos, implacables y despiadados, están operando dentro de nuestras fronteras a media hora en coche de nuestra capital. ¡Sí, les estamos combatiendo! Pero no todos estamos luchando. Existen aquellos que forman fracciones, que dividen y causan desórdenes que benefician al enemigo.

»¡No podemos tolerar tales cosas! ¡Frente a un adversario brutal cualquier actividad fraccionaria que dañe a la unidad nacional es un acto de traición!

»¡Sí, estamos luchando por nuestra libertad! ¡Sí, por la libertad religiosa, política y económica! Estas libertades son garantizadas por la Constitución de la República de la cual yo soy su guardián. Pero la libertad no es un estado ilimitado. No es una licencia para la traición y la violencia en nuestras ciudades. Hemos construido ocho mil seiscientos villorrios fortificados y dentro de ellos hemos agrupado a casi diez millones de habitantes para mantenerles a salvo de los guerrilleros del Vietcong. ¿Debemos poner en peligro nuevamente a estos diez millones de seres solo porque un grupo de turbulentos fanáticos (que no llevan ni llevarán armas) exigen una libertad para incitar a la revuelta a la gente buena y religiosa…?

Hasta este punto yo no tenía objeción alguna. Desconfiaba lo suficiente de mí mismo como para estar alerta de los peligros de la libertad mal utilizada y de la limitación necesaria de la libertad personal en momentos de crisis social. Era lo suficientemente escéptico como para repartir justamente la culpa entre los budistas políticos, los católicos políticos y los políticos cínicos que veían un beneficio en el desorden. Entonces este monótono discurso cambió y se escuchó una nota de amarga ironía.

—… Aquí, en nuestra tierra, se derrama sangre cada día para detener los movimientos agresivos y expansionistas de China comunista. Sin embargo, en Nueva York, una ciudad en paz, en la Asamblea de las Naciones Unidas, nuestros amigos (¡o aquellos que se dicen nuestros amigos!), cometen otro tipo de traición contra nosotros. Están dispuestos a votar en favor de una violación de nuestros derechos nacionales y de la Carta de las Naciones

Unidas al nombrar una Comisión de Investigación sobre una cuestión de Derechos Humanos. No tememos a esta comisión, pero, desgraciadamente, estamos obligados a temer a nuestros amigos. Así, pues, nuestro observador destacado en las Naciones Unidas ha recibido instrucciones de redactar una invitación pública a la Asamblea General para que nombre un grupo de observadores que estudien e informen sobre la cuestión budista en Vietnam del Sur. Recuerden, les hemos invitado; no tememos a una investigación libre. Nada tenemos que ocultar…, pero parece que nuestros amigos sí tienen algo que ocultar, porque trabajan en secreto y no en la honestidad del debate público…

Estas palabras eran duras, y una mirada a las páginas siguientes del texto me bastó para comprobar que aún se harían más duras. Los otros diplomáticos me observaban a mí y no a quien pronunciaba el discurso. Mel Adams garrapateó una nota: «¿Desea abandonar la sala?». Yo escribí una respuesta: «¡No, nos quedaremos hasta el final!». Phung Van Cung continuaba hablando en el mismo tono irónico:

—… Para mí es extraño y triste que nuestros amigos vayan a lograr lo que nuestros enemigos no pudieron hacer. Nosotros, el último bastión contra la expansión comunista en el sudeste de Asia, hemos sido amenazados con el retiro de la ayuda militar y económica… ¿Qué clase de locura es esta? ¿Qué deben pensar los propios americanos de ello… los hombres que están luchando con nuestras tropas en el delta; los hombres que trabajaban con nuestro pueblo en los villorrios para enseñarles mejores formas de cultivo y cómo exterminar las enfermedades que nos han diezmado durante siglos? A estos no les culpamos… son verdaderos amigos. Pero ¿el resto, los que hablan con dos voces, los que proclaman una amistad pública y, sin embargo, toman parte secretamente en las conspiraciones contra un Gobierno legítimo? ¡Si están cansados de luchar, que se marchen! ¡Que nos dejen el dinero y las armas y lucharemos solos! ¡Comenzamos nuestra revolución sin ellos y estamos dispuestos a terminarla sin ellos, seguros de la rectitud de nuestros fines y con la esperanza de una victoria final!

Al descender de la tarima los aplausos fueron estruendosos; pero no puedo decir si sus amigos aclamaban su valor o si sus enemigos aplaudían su locura. Mel Adams dijo tristemente:

—¡Realmente, ha tirado el tocino al fuego! Vámonos, embajador.

Salimos. Afuera, la atmósfera estaba cálida y pesada y las nubes tormentosas se acumulaban sobre la intranquila ciudad.

Capítulo V

En el frente militar, este había sido un día desastroso.

La batalla de Tanan había resultado mal. Unos trescientos hombres del Vietcong se habían enfrentado a una formación mixta de unos cuatrocientos vietnamitas del Sur: infantería, morteros y ametralladoras. La lucha había sido sangrienta en una extensión de unas seis millas cuadradas de arrozales y plantaciones de frutales. Los del Vietcong habían dejado treinta y cinco muertos y una docena de heridos demasiado graves como para escapar. Las tropas republicanas tuvieron cuarenta y ocho muertos y unos sesenta heridos graves. También habían perdido tres ametralladoras, un mortero y unas ocho armas pequeñas de fabricación americana. El número de armas capturadas a los hombres del Vietcong era considerablemente menor y las armas en sí eran en su mayoría de fabricación barata de China o Checoslovaquia. El total de la acción se sumaba a una notable victoria de los guerrilleros, de quienes ya sé afirmaba que se estaban reagrupando mucho más cerca de Saigón.

Cerca de la frontera laosiana la tragedia había sido más espectacular. Un cazabombardero «T-28», con un piloto americano y tripulación vietnamita, se había estrellado en tierra de guerrilleros. Desde Da Nang había partido de inmediato un grupo de rescate de doce hombres en dos helicópteros de la Marina. Mientras volaban a baja altura por el valle del río, ambos aparatos fueron cogidos por fuego desde tierra procedente de ambos lados del valle. Uno de los helicópteros se estrelló en el lecho del río y el otro logró sobrepasar una colina para caer en la selva.

Se envió una segunda partida de rescate compuesta de *marines* de los Estados Unidos como pilotos de seis helicópteros y tripulación vietnamita a cargo de los cañones. Llegaron al sitio de la escena y también cayeron bajo fuego pesado y perdieron dos hombres heridos y uno muerto; pero lograron dispersar a los guerrilleros con proyectiles dirigidos, bombas incendiarias y fuego de ametralladoras. Cuando aterrizaron cerca de los helicópteros destrozados, encontraron a los doce hombres muertos. Llevaron los cadáveres

de vuelta a Da Nang, desde donde se les trasladaría a Saigón para ser enterrados.

El propio general Tolliver me trajo las noticias. Su rostro enjuto y avejentado estaba tenso de ira y maldijo la sangrienta futilidad de toda la situación.

—… De manera que mientras ese pigmeo del presidente se ponía de pie en la asamblea para gritar traición, y mientras Washington discute sobre sanciones y retiradas, mis muchachos son derribados y esos pobres viets sangran como cerdos degollados en los arrozales. ¡Señor embajador, esto no me gusta! ¡No me gusta nada! ¡Se lo comunicaré a Washington! ¡Se lo comunicaré a esos grandes del Pentágono… y se lo diré al presidente Cung y a todo este maldito mundo! ¡Mañana, cuando traigan a mis muchachos muertos, les daré un entierro militar que le asombrará! ¡Va a estar allí cada corresponsal de Saigón, cada fotógrafo, aun cuando tenga que llevarles a la fuerza! ¡De alguna forma…, de todas maneras…, voy a comunicar lo que significa esta maldita guerra hija de perra para los que luchan en ella…! Señor embajador, quiero que usted asista. Usted es el representante de nuestro presidente. Le necesito.

—Estaré allí, general.

—¿Y Phung Van Cung? ¡También son sus muertos!

—No puedo hablar por él. Ni siquiera estoy seguro de poder hablar con él en estos momentos…

Y entonces, de pronto, vislumbré (fría y cínicamente) una forma de sacar provecho de los muertos y resolver el dilema diplomático que había creado el discurso de Cung en la Asamblea. No quería discutirlo con nadie por temor a que nuevamente se me confundiera con opiniones contradictorias. Ahora estaba pensando con toda claridad y pude ver una manera rápida y muy posible de terminar con todas las bravatas políticas. Fui directamente a mi despacho y pedí comunicación personal con el presidente Cung.

Esta vez no hubo retardo. Estuvo pronto, educado y amistoso, como un hombre que hubiera borrado una afrenta a su dignidad y que ahora se podía dar el lujo de ser magnánimo. No mencioné para nada su discurso en la Asamblea, sino que resumí brevemente los informes recibidos por boca del general Tolliver. Me dijo que acababa de recibir las mismas noticias por parte de su personal militar. Expresó sus condolencias oficiales y me pidió que transmitiera las suyas personales a los familiares de los muertos. Quedaba claro que estaba profundamente impresionado. Le pregunté si podría concederme una entrevista, a pesar de la hora tan avanzada. Para sorpresa

mía, accedió de inmediato y sugirió que cenáramos juntos en el Palacio. Estaríamos solos, dijo, y le placería tener la oportunidad de conocerme en forma más íntima.

Era más de lo que yo esperaba. Debo admitir también que el gesto lo había hecho con mucha gracia y, a pesar de mi escepticismo, no podía creer que todo estuviera calculado. Comencé a sentirme alegre nuevamente a pesar de las tragedias del día. Mi carrera diplomática era lo suficientemente larga como para saber que, con frecuencia, la mejor forma de solucionar un problema es crear una crisis que entonces precipite su propia solución, como el trueno que envía la lluvia para limpiar la atmósfera tensa. Todas las conversaciones públicas ya se habían llevado a cabo: el mal humor había limpiado ambas partes. Se había derramado sangre en las montañas y en los pantanos. Quizás al recordar la muerte ambos podríamos descubrir la calma y la sobriedad para servir a los vivos.

Entró Anne Beldon para anunciarme que la Prensa esperaba un comentario sobre el discurso de Cung en la Asamblea Nacional. Le dicté un comunicado diciendo que ahora me encontraba estudiando el texto del discurso y que deseaba reservarme mi opinión hasta que el estudio estuviera completo.

Sobre mi escritorio había una nota de Harry Yaffa. Estaría ausente hasta las seis de la tarde, pero deseaba hablarme con urgencia. Le dejé dicho en la Embajada que le esperaría en mi casa entre las once y la medianoche. Me alegraba de no tener que hablarle ahora. Ya tenía suficientes muertos a quienes recordar y Yaffa se parecía cada vez más a un elegante empresario de pompas fúnebres.

Finalmente llegó Mel Adams con un resumen del discurso de Cung para ser incluido en mi informe cifrado a Washington. Le dije que lo enviara como documento separado, agregando solo la noticia de que había arreglado una conferencia inmediata con el presidente Cung. Si había algo urgente que enviar, lo haría cifrar y transmitir por el personal nocturno; de otra manera, muy bien podría esperar doce horas.

—Buena idea, señor —dijo Adams secamente—. Creo que todos hemos tenido un recargo de «reacciones rápidas» y «agudas protestas». Necesitamos tiempo para sentarnos y ordenar nuestras plumas. ¡Este asunto ha sido tratado como una riña de gallos durante demasiado tiempo!

Nada tenía para capear esas palabras de reproche, de manera que cerré la tienda por el resto del día y volví a casa a bañarme y afeitarme para la cena.

Aún faltaba una hora para el toque de queda, mientras atravesábamos la ciudad en dirección al Palacio. Las calles estaban todavía vigiladas por piquetes, pero se veía más animación en las aceras. Los bares y restaurantes estaban abiertos y las pequeñas rameras patrullaban nuevamente en sus taxis y cochecitos tirados por coolíes. En Saigón la virtud era un asunto regulado por el Gobierno. Uno podía beber con una chica en un bar, pero no podía cogerle la mano. Bailar en público era una ofensa procesable. Las canciones de amor estaban prohibidas como una incitación a los crímenes contra la moral. Las casas de prostitución estaban cerradas; ahora el antiguo comercio se efectuaba por medio de tratos privados y los administradores de burdeles habían cambiado de negocio.

Las vías de acceso al Palacio estaban aún cerradas por guardias y los cañones de las baterías antiaéreas seguían apuntando cuidadosamente al cielo nocturno. Sin embargo, esta vez no se nos hizo esperar; los guardias nos hicieron señas de avanzar sin vacilar y en las gradas del Palacio el asistente del presidente me esperaba para saludarme con efusiva cortesía.

Cung me recibió en su escritorio privado: una cámara espaciosa y elegante de paneles de teca y amueblada con el frío estilo sueco y piezas de la artesanía vietnamita. Los cuadros también eran buenos…, un maravilloso Rousseau, un Gauguin de las islas, un Cristo de Rouault y un tríptico grande y magnífico de la Natividad esculpido por un artesano local. Le felicité por su gusto y lo aceptó con una sonrisa y una broma árida:

—Los franceses son magníficos artistas, señor embajador…; pero sus éxitos son menores como gobernadores de colonias.

Un sirviente nos trajo de beber: *whisky* para mí y un vaso de jugo de fruta para Cung. Charlamos en forma inconexa algunos instantes y fue evidente que, en tanto se esforzaba por aparecer agradable, por naturaleza era una persona que no gustaba de las relaciones sociales. Si la cena debía ser un éxito, yo debía tomar la iniciativa. Le dije que tenía que pedirle un servicio personal.

—¿De qué se trata, señor embajador?

—Es bastante simple. Ambos hemos tenido un día de arduo trabajo. Me gustaría que primero cenáramos y no hablásemos de negocios hasta después del café.

Su rostro se iluminó de inmediato y por primera vez en su tono se reflejó verdadera cordialidad.

—A mí también me gustaría. En esta profesión nuestra es difícil y a veces peligroso descansar. Además, es natural en mí estar solitario, y jamás he

podido aprender el truco de la conversación fácil.

—¡Vamos, señor presidente! Nunca me atrevería a decir que usted carece de elocuencia.

Se rio con mis palabras y se rompió el hielo. Primero comenzó a hablar con cierta vacilación, pero luego se refirió libre y espontáneamente a sus días de estudiante en París, a su exilio en los Estados Unidos y a su vida infantil dentro de una familia de mandarín. No le faltaba humor, pero era caprichoso y a veces agudo: el humor de un hombre que encuentra más malicia que locura en la comedia humana y menos dignidad que degradación en la tragedia de la condición del hombre. Carecía de la tibieza para ser visionario, pero era un observador penetrante de los hombres y un estudiante bien informado de los negocios. Se declaró absolutamente ignorante respecto de las mujeres y pude darme cuenta de que las temía. Desaprobaba el exceso sexual, como todo solterón, y era fácil comprender que esta actitud no le ganaría el afecto del pueblo asiático, siempre tolerante en las relaciones sexuales y para quien la potencia sexual del príncipe es un motivo de orgullo cívico.

La cena fue excelente; los vinos delicados; pero noté que comía muy poco y que no bebía nada. Sin embargo, lo que más llamó mi atención fue el hecho de que se persignó y ofreció una acción de gracias antes de comenzar a cenar. Me interesaba la inclinación religiosa de su carácter y traté de hacerle hablar refiriéndome a mi propia experiencia en la senda del zen. Me interrogó con profundidad y reveló un amplio y preciso conocimiento del fenómeno iluminativo, tanto en las religiones orientales como occidentales. Agregó, pienso que con cierta amargura, que jamás se había sentido arrastrado a buscar tales experiencias. Luego dijo algo que me interesó muchísimo:

—… En esto está comprometido el temperamento, señor embajador, y el grado de insatisfacción que el individuo siente consigo mismo, o con el ambiente social al cual pertenece. Por ejemplo, el indio posee un temperamento más febril que el chino. Está sujeto a un sistema rígido y arbitrario de castas, mientras que la sociedad china depende de la continuidad natural de la familia. Así, pues, en la India surge una religión mística y metafísica que culmina en el refinamiento extremo del budismo original. En China, el punto más alto lo constituye la pureza pragmática de la ética de Confucio. En Japón, el sistema social es más rígido y complejo y las presiones sobre el individuo son más intensas. De manera que nuevamente se encuentra un refinamiento extremo del sentimiento, tanto artístico como religioso. Nosotros, los vietnamitas, somos más parecidos a los chinos; pues, con nosotros, el budismo puro ha degenerado en una mezcla de religión

popular y ritual Mahayana, mientras nuestro catolicismo tiende a un formalismo demasiado latino. Yo mismo simpatizo menos de lo que debiera con las simplicidades intuitivas del Evangelio. Por naturaleza soy un fariseo y un jansenista e incluso la disciplina de la razón y la experiencia no me ha hecho cambiar demasiado… Se me llama el Gran Inquisidor, como usted sabe…, pero para eso se necesita crueldad y yo no soy cruel.

—Señor presidente, ¿encuentra difícil ser tolerante?

—No…, no exactamente. Como católico, en particular, estoy muy dispuesto a dejar que cada hombre se condene en la forma que prefiera. Pero en mi vida pública, especialmente en la vida pública asiática, solo existe el respeto por el más fuerte.

—Entonces, con toda seguridad, ¿el más fuerte debe hacerse amar también? Caviló la pregunta unos instantes y luego la respondió con cierta vacilación:

—Para mí, este es un problema personal… Siempre he tenido conciencia de él. A mí, particularmente, no me gusta emocionarme, y la idea de acariciar cabecitas de niños en las aldeas y abrazar a las madres y abuelas está muy distante para mí… Debiera hacerlo. Pero al no tener talento para ello, sé que lo haría mal.

En esos momentos distaba mucho de ser un fanático, y solo pude sentir respeto por la honradez con que se había revelado. Tampoco era un tonto, aun cuando su punto de vista galo de la razón podría traicionarle, como había traicionado a los propios galos, y arrastrarle hacia estupideces monumentales.

Una vez terminada la cena, me condujo a una terraza desde la cual se dominaba un jardín cerrado por altos muros. Los muros terminaban en una alambrada y en cada ángulo había una caseta de guardia, donde un centinela armado se destacaba oscuro y siniestro contra el cielo. La atmósfera estaba caliente y aún olía a jazmín. Trajeron café y un coñac para mí. Cung encendió un cigarro, el primer lujo que le notara. Luego se echó hacia atrás en su silla y me observó entre las espirales de humo. Sus ojos estaban ahora velados y su rostro parecía una máscara de príncipe erudito; su voz tomó los tonos formales e irónicos de un mandarín.

—Bien, nuestras vacaciones han terminado, señor embajador. Han sido breves. Volvemos a los negocios. ¿Dónde nos encontramos ahora?

—¡En peligro…, ambos!

—¿Y…?

—Entonces, señor presidente, le diré la verdad tal como yo la veo. Mañana, como embajador de los Estados Unidos, le enviaré una nota formal

de protesta contra las acusaciones injustas e infundadas que usted hizo contra mi país en la Asamblea Nacional. Esta noche, privadamente, le digo que no estoy en favor de las sanciones…, aun cuando pueda imponerlas si así se me dirige u obliga. Le digo también que no favorezco esta moción en las Naciones Unidas, y creo que ha hecho bien en contrarrestarla al invitar a una investigación abierta… Una vez dicho esto, debo agregar también que esta tarde llegó demasiado lejos. Dijo cosas que le será muy difícil retractar. Es posible que nuestras relaciones se hayan dañado hasta tal punto que no puedan ser reparadas. ¡Y yo quiero que se reparen, puede creerme! Estoy dispuesto a cooperar con usted hasta el fin. Pero debe ayudarme.

—¿Y cómo propone que le ayude, señor embajador?

—Creo que estará de acuerdo en que se requiere de un gesto…, un gesto de unidad y público que salve la dignidad de su Gobierno y del mío.

—Los gestos son peligrosos, señor embajador. Un gesto es un símbolo y los símbolos significan diferentes cosas para los distintos pueblos. En América, un beso es una situación normal. En Japón, país que usted conoce muy bien, es una obscenidad pública.

—Hay ciertos gestos que nos son comunes a todos. El respeto a los muertos, por ejemplo.

—De acuerdo. ¿Y cuál es el gesto que usted, propone?

—Mañana serán trasladados de Da Nang a Saigón los cadáveres de nuestros *marines* y sus camaradas vietnamitas. En el aeropuerto se les recibirá con todos los honores militares y luego su entierro se efectuará según los ritos religiosos de cada hombre. Me gustaría que me acompañara al aeropuerto y a los servicios. De esta forma, ambos podríamos enterrar públicamente nuestras diferencias.

Sonrió débilmente y asintió a modo de aprobación.

—Usted es un buen diplomático, señor embajador. Le tengo gran respeto.

—Entonces, ¿está de acuerdo?

—No he dicho eso. Creo que debemos revisar cuidadosamente el significado de tal acto público y también sus posibles consecuencias. En primer lugar, esta ceremonia será arreglada y conducida por el mando militar americano, ¿verdad?

—Es verdad.

—Pero esta es nuestra guerra, ¿verdad? Las tropas americanas están aquí como asesores y no como combatientes.

—Pero mueren, cualquiera que sea su calidad.

—Pero ¿no debiéramos ser nosotros quienes ofreciéramos las cortesías militares en vez de los americanos?

—Si está dispuesto a ofrecerlas, señor presidente, creo que podría decir que las aceptaríamos.

—Supongamos que las ofrezco, ¿entonces, qué?

—Será interpretado como un gesto magnánimo y una afirmación de la continuidad de nuestra amistad.

—Quizás en América, donde el pueblo es sentimental y dramático. Pero aquí, ¿sabe usted lo que sucedería?

—¿Qué sucedería, señor presidente?

—En las aldeas y en los mercados de la ciudad sacarían el ábaco. ¡Sacarían sus cuentas, haciendo entrechocar las bolitas de madera y también chasqueando la lengua! Dirían: «En Da Nang murieron diez americanos y dos viets. Entonces el presidente ofrece una gran ceremonia y llora en el funeral. En Tanan murieron cuarenta y ocho viets y ni siquiera les ha quemado un palillo de incienso… ¡Observad! El presidente es cristiano, es una tenaza de cangrejo que nos mantiene en sujeción a los extranjeros».

—¿Cree realmente que eso es lo que sucedería?

—Lo sé. Algunos de mis generales se encargarían de que así fuese. Las túnicas amarillas lo susurrarían de casa en casa mientras piden el arroz diario de limosna. El Vietcong lo imprimiría en los libelos que reparten de noche en los villorrios.

—¡Pero usted podría responderles!

—¿Cómo?

—Completando el gesto. Acompáñeme en una gira por el país. Vuele en helicóptero de villorrio en villorrio. Muéstrese a su pueblo. Permítales que escuchen su voz y sientan su presencia. ¡Podría ahogar los susurros y avergonzar a los conspiradores!

Por unos instantes creí que le había convencido. Se sentó, con los ojos velados, la cabeza hundida en el pecho y la vista clavada en el resplandor de su cigarro. Luego, lentamente, alzó la cabeza y me miró. Su voz fue gentil y con un cierto dejo de lástima.

—¡Aún no comprende! ¡La tenaza del cangrejo! ¿Sabe lo que eso significa en este país, señor embajador? Es el símbolo del explotador forastero y del títere que sirve sus intereses. El recuerdo del gobierno colonial está clavado profundamente, como una espina, en la carne de mi pueblo. No puedo pasearme con usted en un helicóptero americano. Ahora bien, si el helicóptero fuera mío y usted mi invitado…, ¿comprende la diferencia?

Cualquier ayuda que acepte siempre debo mostrarme independiente, aun cuando para usted parezca obstinado y descuide la opinión extranjera. ¡No existe otra forma para preservar la esperanza de libertad, paz e independencia en esta nación!

—Entonces, señor presidente, por el amor del Cielo, salga usted con su propio personal.

¡Muéstrese en las aldeas! ¡Proclámese como su líder! ¡Pero al menos anúncienos como sus amigos y no como sus enemigos! ¡No puede continuar como un ermitaño que se aprovecha de aquellos que le llevan pan mientras sus adversarios hacen correr leyendas burlonas sobre él!

—No puedo abandonar este lugar, señor embajador… ¡Y usted lo sabe!

—En el nombre de Dios, ¿por qué no?

—Porque este es el sitio del Gobierno, y si lo abandono de la noche a la mañana caerá en manos de los traidores y conspiradores. —Señaló con una mano pequeña los centinelas y las formas oscuras de las garitas—. No están allí como adornos, ¿sabe? Han sido numerosos los atentados contra mi vida y muchos los esfuerzos para derrocarme. Incluso, mientras estamos aquí sentados, algunos hombres en altos cargos que me han jurado lealtad están reunidos para conspirar en mi contra. Usted debiera saber eso porque los complots se proyectan en su propia Embajada.

—No tiene ningún derecho a decir eso, señor presidente.

—¿Por qué no? Ya lo he dicho oficialmente. —Se irguió en la silla y me apuntó al pecho con su cigarro—. ¡Muy bien, entonces! ¡Llegaré a un acuerdo con usted! Asistiré mañana a los funerales. Haré una gira por el país en su compañía y anunciaré que hemos arreglado nuestras diferencias. Dejaré en libertad a los agitadores budistas y a los estudiantes… ¡Bajo una condición!

—¿Y esa es?

—Que el señor Harry Yaffa abandone el país en las próximas cuarenta y ocho horas.

—Es una condición imposible.

—¿Por qué?

—Porque constituiría una afirmación pública de que los Estados Unidos están conspirando contra la Administración. Si usted no hubiera planteado ese cargo hoy en la Asamblea Nacional, quizá podría haber logrado el traslado de Yaffa. ¡Pero ahora lo ha hecho imposible! Lo siento, lo siento mucho.

—Yo también lo siento, señor embajador, por usted.

—¿Por qué por mí?

—Porque por mucho que usted me agrade y por mucho que respete su experiencia, le encuentro un hombre indeciso. Creo que también es un ser desgraciado. Conoce la verdad, pero no admite sus consecuencias. No importa que no las admita ante mí, eso es un asunto de tacto diplomático. Esta noche he intentado mostrarme a usted en la forma más honrada posible; le he expuesto mis defectos y mi fuerza. Creo que lo ha comprendido. Pero no está dispuesto a aceptarlos…, y mucho menos a arriesgarse por ellos. Le comprendo muy bien, señor Amberley. Usted es un hombre inteligente y cultivado. Se ha sentido atraído hacia mí porque ve en mi persona a alguien que comete errores y que es lo suficientemente honrado como para reconocerlos… Sin embargo, a pesar de todo esto, no está dispuesto a dar una señal de confianza ni a confiar en mí personalmente. Sospecha que pueda estar en lo cierto, pero desea quedar absuelto en caso de que yo esté en un error. Usted es como el jugador de ruleta que desea apostar a todos los números a la vez. Usted exige una perfección imposible. Desea una solución simple para un problema antiquísimo y complejo. No puede obtener estas cosas a este lado de la eternidad. ¿Quiere, tener un títere que baile al compás de su música? Con el tiempo puede formar uno. Pero descubrirá que, como el pequeño Pinocho, mentirá y engañará y su nariz le crecerá un palmo cada día. Usted me dice qué soy un monje y un ermitaño. Quizás es lo que soy. Pero tengo una conciencia, aunque no sea como la suya, aun cuando no sea tan flexible como la del señor Harry Yaffa…

—¿Puedo decir algo ahora, señor presidente?

—Es mi invitado. Es su privilegio hablar libremente.

—Entonces quisiera decirle algo respecto de Harry Yaffa. A mí tampoco me gusta. No me gusta su comercio, pero es un comercio al cual todos recurrimos porque lo necesitamos. En términos personales, encuentro que Yaffa me es poco simpático. Pero sea lo que usted o yo pensemos de él, ha hecho una buena labor en este país. Sin su ayuda no tendría tan avanzado su programa de villorrios. No dispondría de los Grupos Especiales de Operación entre los tungs, ni las patrullas de juncos en la costa oriental. Sin sus agentes en Camboya y Laos, no podría controlar en absoluto el contrabando de armas por el río Mekong… Otra cosa, señor presidente. Si hay complots en su contra (y no dudo de que existan), estos son efectuados por su propia gente. Si usted es depuesto, ¿quién va a gobernar desde el Palacio Gia Long? ¡Por cierto, no será Harry Yaffa! Usted dice que yo exijo una perfección imposible en nuestras relaciones. ¿No está usted exigiendo otra igualmente imposible? Está siendo alimentado, armado y defendido por los Estados Unidos, un país cuyas

medidas son las más sensibles en el mundo de la opinión pública. Y, sin embargo, nos provoca y nos insulta y nos acusa públicamente de traición. ¡Y al instante siguiente les pide a nuestros pagadores de impuestos más dinero y más armas! ¡Usted es el hombre razonable, señor presidente!

¡Pero esto es una locura! Ni siquiera el Congreso puede controlar a ciento ochenta millones de habitantes. ¡Y, sin embargo, usted (usted, quien tanto les necesita) les provoca como hoy lo hizo!

—Señor embajador, ¿debiera hacerles reverencias? ¿Debiera aproximarme como un mendigo, con el sombrero en la mano, porque estoy manteniendo el frente de América en Asia? ¡Tengo a setecientos millones de chinos junto a mi puerta de atrás! ¡También les provoco, pero aún sigo en pie y luchando! No se olvide de la historia de todo este asunto, señor embajador. Fueron ustedes, los americanos, quienes pronunciaron la primera negativa pública a una situación de la cual solo estaban medio informados. Fueron ustedes quienes hicieron la primera amenaza de sanciones. Y ese fue su gran error. ¿Cómo pueden amenazar a alguien que tiene tratos con la muerte?

—Entonces, señor presidente, ¿debo comprender que mañana no estará presente en el aeropuerto?

—No estaré. No puedo. Pero estaré representado por mi ministro de Relaciones Exteriores y por los miembros del Gobierno.

—¿Y tampoco hará una gira por el país en mi compañía?

—¡No…, mientras Yaffa esté en el país!

—¿Se comprometerá a dejar en libertad a esos monjes budistas y a los estudiantes que actualmente están en prisión?

—Cada caso será revisado cuidadosamente cuando las investigaciones se hayan terminado y completado.

—Con la seguridad dé mi buena voluntad personal y mis deseos de interpretarle en su favor ante Washington y la Prensa mundial, ¿considerará o manifestará algún gesto para reparar este daño?

—¿Tiene alguna sugerencia?

—Creo que tendría que partir de usted, señor presidente.

—En estos momentos, no tengo nada que ofrecer.

—Entonces, ¿hemos vuelto a las tablas?

—Es usted quien lo dice, no yo.

—Entonces, señor presidente, permítame retirarme. Gracias por la agradable cena.

—Buenas noches, señor embajador.

—Buenas noches, señor presidente.

Al salir del Palacio y adentrarme en la oscuridad cerrada y nubosa de la noche, me aplastó toda la monstruosa ironía de la situación: que dos hombres, aplacados por el desastre, pudieran terminar en una dialéctica fútil que podría costar la vida a un millón de seres y cambiar la historia de las penínsulas asiáticas.

Me invadió una ira ciega y amarga. Mientras más lo pensaba, más me parecía que el juicio de Cung era un insulto calculado. Podría aceptarlo de Musó Soseki porque era mi maestro en el camino de la luz, pero de este hombre era una presunción intolerable y no la soportaría. Llegué a la Embajada con este negro humor y dicté el crucial cable a Festhammer:

> ESTA NOCHE CENÉ CON PRESIDENTE CUNG Y PROTESTÉ VERBAL Y VIGOROSAMENTE CONTRA EL DISCURSO DE LA ASAMBLEA. SUGERÍ COMO PRIMER GESTO DE RECONCILIACIÓN QUE ESTUVIERA PRESENTE MAÑANA EN LOS FUNERALES DE TRIPULACIÓN DE HELICÓPTEROS DE LOS ESTADOS UNIDOS Y QUE LUEGO ME ACOMPAÑARA EN UNA GIRA POR LOS CAMPOS DE BATALLA. OFRECÍ MI TOTAL COOPERACIÓN PARA RESTABLECER BUENAS RELACIONES E INCLUSO SALVAR SU DIGNIDAD ANTE LA PRENSA. SE NEGÓ ANTE ESTOS Y OTROS PUNTOS. POR LO TANTO PROPONGO USO DE MIS PODERES DISCRECIONALES Y CORTAR TODA FUTURA AYUDA A PARTIR DE LAS 12:00 HORAS DEL MIÉRCOLES 9. INSTRUIRÉ A TOLLIVER PARA QUE PREPARE PRIMEROS RETIROS DE PERSONAL MILITAR. ENVIARÉ INFORME COMPLETO. AMBERLEY.

Llamé al general Tolliver y le referí las noticias. Gruñó tristemente y me dio otras informaciones para completar este día: los miembros de una pequeña misión militar australiana en las montañas del Norte habían identificado dos nuevos batallones de hombres del Vietcong y otro había sido positivamente identificado en el interrogatorio de unos prisioneros cerca de Tanan. El tío Ho y su cerebro militar, el general Giap, se estaban aprovechando al máximo de los desórdenes en el Sur y se podía esperar que, muy pronto, en todos los sectores, se llevaran a cabo acciones en toda escala por parte del Vietcong. Le comuniqué a Tolliver que deseaba efectuar de inmediato una gira por los campos de batalla. Eso le entristeció aún más y durante diez minutos me explicó todos los riesgos que correría. Le escuché pacientemente y luego le dije que necesitaba ir, aunque solo fuera para que Cung se tragara su medicina y meditara un cambio de opinión.

Después volví a casa donde encontré a Anne Beldon, entreteniendo a Harry Yaffa con una cena tardía de café y buñuelos. Sentí una fuerte oleada

de celos ante esta escena doméstica y fui lo suficientemente débil como para pedirle a Anne que se quedara con nosotros para tomar ciertas notas de nuestra discusión.

Yaffa tenía su propia cosecha de problemas. Los conspiradores estaban aterrorizados por el tono desafiante del discurso de Cung en la Asamblea Nacional. Consideraban que era una señal de que había ganado su batalla diplomática con los Estados Unidos y que se sentía con las fuerzas necesarias como para mantenerse solo. En sus filas tenían ciertas filtraciones y también traición. Varios oficiales de alta graduación estaban ahora bajo vigilancia abierta de la Policía de seguridad. Dos generales habían sido transferidos desde los puestos de mando del campo de batalla a cargos administrativos en Saigón, donde podría tenérseles inmóviles y fuera de contacto con sus unidades. Para que el movimiento de oposición no desapareciera de inmediato, los conspiradores necesitaban de una señal clara y definitiva de nuestro apoyo.

Por extraño que pareciera, la confianza de Yaffa se había desvanecido. Se sentía inquieto e incómodo como si le hubiera fallado toda su cuidadosa aritmética. Sintió un cierto alivio cuando le comuniqué que las sanciones comenzarían a aplicarse dentro de veinticuatro horas. Cuando le dije que Cung me había pedido su traslado fuera del país y que yo me había negado, casi se puso de buen humor y me respondió que mi aprobación personal era de gran importancia para él. Mi opinión privada era que no valía un plato de judías, pero estaba dispuesto a aceptar esta fantasía en tanto estuviera de acuerdo con mis propósitos.

Entonces, debido a que aún estaba furioso conmigo mismo y con Cung, tomé una segunda decisión impulsiva.

—Ahora voy a decirle algo, señor Yaffa, y la señorita Beldon lo va a anotar. Cada uno de nosotros guardará una copia y enviaré otra a Washington. Si no logro dejar en claro mi punto de vista, desearía que me lo dijera y revisaría nuevamente el texto, pero una vez que esté registrado oficialmente es mi intención que usted trabaje estrictamente dentro de los límites de la misión. Si se sale de ellos, le haré personalmente responsable. ¿Está claro?

—Muy claro, señor embajador.

—¡Bien! Anne, comenzamos a partir de este momento. «Hasta ahora está claro que el presidente Cung no tiene intenciones de cambiar su actitud frente a los budistas. También es evidente que no se retractará en ninguna de las declaraciones tendenciosas y dañinas que pronunció ante la Asamblea Nacional. Solo queda ver si cambiará estas actitudes después de que se

impongan las sanciones. Si no cambia, quizá sea necesario considerar la posibilidad de transferir nuestro apoyo a otro Gobierno más capacitado para unificar y proseguir la guerra…». ¿Correcto, señor Yaffa?

—Correcto —dijo Harry Yaffa.

—«Como embajador de los Estados Unidos, estoy por lo tanto dispuesto a autorizar el contacto con aquellas personas que puedan mostrarse inclinadas y capacitadas para formar otro Gobierno cuando y en el momento que se estime necesario. Sin embargo, no estoy dispuesto a ofrecer apoyo tácito ni formal a cualquier movimiento qué deponga al actual régimen hasta no tener la información necesaria acerca de las personas involucradas y sus métodos, y hasta que no haya recibido aprobación de Washington…».

—Correcto, nuevamente —dijo Harry Yaffa.

—«Encargo al señor Harry Yaffa que deje bien en claro a sus contactos que no podemos, bajo ninguna circunstancia, prestar nuestro apoyo a un asesinato político. También le encargo de exigir garantías para que, en caso de un golpe al cual demos aprobación tácita, las personas del presidente Cung y su Gabinete sean respetadas y protegidas… El señor Yaffa me ha dicho que aun cuando se dieran estas garantías no podía asegurar personalmente de que fueran cumplidas. Este es un punto de vista razonable, pero no le absuelve de esforzarse al máximo para realizar nuestra política en este asunto…». ¿Es justo, señor Yaffa?

—Yo no lo llamaría justo, señor embajador. Pero lo aceptaré.

—«Finalmente, nuestra aprobación a cualquier movimiento subversivo será dada por una palabra eh clave, elegida de antemano por el señor Yaffa y yo. Hasta que esta palabra en clave no sea pronunciada, los Estados Unidos no pueden ser considerados como cómplices en ninguna forma de un apoyo al nuevo régimen…». Anne, este es un documento clasificado y su distribución queda limitada a mí, al señor Yaffa y a Washington.

—Gracias, señor embajador —dijo Harry Yaffa a modo de simple aprobación—. Es un movimiento en la dirección adecuada…, y, al menos, ya no estoy trabajando solo. Cuando esté dispuesto a hablar con los generales, hágamelo saber y arreglaré la forma de reunirlos.

—Me propongo salir de Saigón durante algunos días para echar un vistazo a la situación militar. Si hay alguna persona a quien desee que vea en mi viaje, dígamelo.

—Señor, mañana puede ver a una, si así lo desea. Su nombre es general Tran Hung Dao. Representará al Ejército en el funeral de mañana. Probablemente, el general Tolliver le invitará al cuartel general a tomar un

aperitivo después de la ceremonia. Actualmente es el segundo jefe del Estado Mayor, lo que no significa nada, en la forma que Cung lleva las cosas.

—¿Se puede confiar en él, señor Yaffa?

—Pongámoslo en esta forma, señor. Su posición en el Gobierno es muy insegura. Espera un cambio. Cree que nosotros somos quienes le podemos ofrecer la mejor moneda. Después de eso hay que tocar de oído, como en una flauta de latón.

Una vez que se hubo marchado, compuesto y confiado nuevamente, Anne Beldon se ofreció para prepararme café, pero me serví un *whisky* y luego comencé a dictar un resumen de mi diálogo con Cung. La prolongada práctica en el Servicio me había dado una buena memoria verbal y un oído sensible al ritmo y a la cadencia de las palabras habladas. Así entonces, mientras reconstruía la conversación para que fuera registrada, me encontré obligado a llegar a una conclusión muy diferente de la que me había apresurado a enviar en el cable a Festhammer y en mi peligroso comentario con Harry Yaffa.

Por cierto, podía justificar ambas cosas, y nadie se atrevería a dudar de mi palabra. Yo era El Hombre…, el hombre de experiencia e integridad, el negociador intachable que jamás permitía que su temperamento dominara su juicio. Pero en esta última hora de un día desastroso supe que me había decepcionado a mí mismo. Había llegado a una interpretación que salvaba mi vanidad y me condenaba como tramposo. Cung no me había insultado; en realidad yo era un hombre indeciso; el hombre que no apostaría a la verdad que veía, sino que trataba de escaparla con oportunismo casuístico.

Phung Van Cung había sido franco conmigo. Me había mostrado sus defectos personales y sus dilemas públicos. Me había pedido que confiara en él, pero yo había insistido en una retractación inmediata y pública: un auto de fe que habría destruido totalmente su prestigio de cabeza de Estado. No me había pedido que justificara sus imperfecciones sino que solo las soportara por temor a otras mayores. ¿Y yo? Me había negado a ser paciente; había exigido acción y un cambio rápido. Había tratado de dar un golpe propio. ¡Eh, pronto! ¡Soy un forastero en el pueblo, sin embargo miren lo que saco del aire! ¡Un conejo blanco, dos palomas vivas, un pañuelo rojo, un racimo de uva, una doncella y un milagro…, un dictador reformado más sabio que el Espíritu Santo!

Antes de que hubiera terminado el dictado, las palabras eran como lumbre en mi lengua y bebí dos *whiskys* más para quitarme el mal sabor. Pero mi cabeza estaba llena de algodón y me temblaban las manos. Estaba mareado por el licor y por el impacto de otro pensamiento. Había exigido que Cung

retractara sus declaraciones en la Asamblea. Pero ahora, ¿podía yo retractar las sutiles falsedades que había enviado a Washington?

Finalmente Anne Beldon cerró su cuaderno de notas y dijo calladamente:

—Debiera irse a la cama, señor embajador. Ha tenido un día muy atareado y mañana será lo mismo.

—¿Para qué acostarse y cortejar a las pesadillas?

—Si lo desea, le daré una píldora para dormir.

—Nunca las tomo. Una vez lo hice y descubrí en ellas una tentación letal. Me gustaría dar un paseo. Ella sonrió indulgente y meneó la cabeza.

—No se puede ir a ninguna parte. La ciudad está en toque de queda. Le matarían antes de que caminara cien metros.

—Está el jardín.

—Pondría en funcionamiento el sistema de alarma.

—Ese es un pensamiento interesante. «Un jardín es un lugar encantador. ¡Dios sea loado!». Especialmente cuando está sembrado de cables y ojos eléctricos… ¿Cree que podrá haber un cuclillo en el jardín?

—¿Un cuclillo?

—Es un acertijo, Anne. Esta noche he encontrado la respuesta… Siento haberla entretenido hasta tan tarde.

Tropecé al pie de la escalera y ella extendió una mano para ayudarme. Tuve mucho cuidado de no tocarla porque al día siguiente debía ser embajador nuevamente.

El funeral de la tripulación de los helicópteros fue, en todo sentido, una interesante obra teatral. Yo era un actor dentro de ella y solo tengo palabras de alabanzas para la escenografía preparada por el general Tolliver. A las diez y treinta exactas yo debía salir de la Embajada con mis asistentes y el agregado militar. Llegaría al aeropuerto a las diez y cincuenta y pasaría revista a la guardia. A las once aterrizaría el transporte y serían descargados los cadáveres. Un capellán militar leería un responso. Yo pronunciaría un breve discurso en nombre del presidente de los Estados Unidos y luego seguiría al cortejo fúnebre junto con el general Tolliver hasta el cementerio.

Sin embargo, como sucede con demasiada frecuencia en el teatro, el drama de fondo era más significativo que el ofrecido bajo los reflectores. A las nueve y treinta, Mel Adams llegó con las noticias de que el ministro de Relaciones Exteriores vietnamita no estaría presente en la ceremonia del aeropuerto. Se había enfermado durante la noche y el médico le había

recomendado reposo absoluto. Enviaba sus más profundas condolencias. Como no se mencionaba a ningún sustituto, era evidente que todo el Ministerio de Asuntos Exteriores sufría de la misma dispepsia diplomática. A las nueve cuarenta y cinco, Tolliver me llamó para informarme de que el comandante local en Da Nang se había apoderado de los cadáveres de la tripulación de viets y que tenía órdenes de enterrarles en Da Nang con el mínimo de ceremonias. Y esto no era todo. La guardia de honor vietnamita para la recepción en el aeropuerto había sido retirada y los únicos representantes oficiales de la República serían el segundo jefe del Estado Mayor y sus asistentes personales.

Todo era muy oriental y muy muy efectivo. Estábamos aislados de un solo golpe: del pueblo, de la guerra, de nuestros camaradas de armas. Nuestro estado quedaba así más claramente definido que por medio de cualquier tratado. Éramos banqueros, proveedores de equipo y asesores militares. Nuestras pérdidas eran un incidente lamentable pero menor en la lucha a vida o muerte de una nación. Si deseábamos hacer todo un drama de nuestros muertos, ese era un asunto particular nuestro. Tolliver estaba furioso y con justa razón. En cuanto a mí, sentía una cierta satisfacción muy personal. Ahora se justificaba mi actitud política; pero no encontraba absolución real para mi intranquila conciencia. Sin embargo, cuando me subí a la tarima y presencié la llegada del inmenso transporte, me emocioné hasta las lágrimas con la brutal simplicidad del momento.

En total había diez ataúdes: largas cajas de madera de la selva hechas por carpinteros de las aldeas. Eran toscas, sin barnizar, desprovistas de todo adorno y en cada una iba el nombre y un número, marcado en la madera con un hierro al rojo. Fueron bajados del avión a hombros de muchachos jóvenes, de rostros sombríos y barbudos, como los héroes de una leyenda antigua y violenta.

Las tropas que esperaban para recibirles estaban limpias y en perfecta formación y sus armas lanzaban reflejos bajo el sol de la mañana. Pero los muchachos reflejaban la fatiga de la batalla y estaban equipados con sus correajes, con pistolas en la cadera y los largos cuchillos llevados muy altos en el pecho. Sus mejillas se veían enjutas, curtidas por el sol y manchadas por la fiebre de la selva; profundas ojeras rodeaban sus ojos hundidos. Caminaban lentamente y desafiantes, con animosidad hacia aquellos que venían a rendir un postrer homenaje a sus camaradas.

Entre la fila cerrada de guardias había diez cureñas, al lado de cada cual había un sargento de color. Los muchachos depositaron los ataúdes sobre las

cureñas y los sargentos de color los cubrieron con una bandera de los Estados Unidos. Los jóvenes se dispusieron luego de a cuatro tras cada féretro, como en un gesto de posesión sobre sus muertos. Se escuchó el zumbido de las cámaras de cine y los movimientos apresurados e insolentes de los fotógrafos cuando el capellán se adelantó para leer la despedida. No alcancé a oír las palabras que pronunciaba porque estaba tratando de ordenar las mías y, al mismo tiempo, luchando contra una punzante culpabilidad por mi propia hipocresía.

¡Unos hombres jóvenes habían muerto y serían enterrados en tierras lejanas y desconocidas al sonido de cañones y órdenes de mando! ¡Hombres jóvenes! No yo, ni Tolliver, ni Cung, ni Harry Yaffa, sino hombres jóvenes, herederos del pasado, fabricantes del futuro, que podrían haber tenido sus propios hijos, haber sembrado jardines, abierto nuevas puertas al conocimiento, ver visiones de alturas respecto de las cuales nosotros estábamos enceguecidos. Solo los gusanos surgirían de sus cuerpos y las flores tropicales se alimentarían de sus corazones… Les estábamos rindiendo un homenaje, pero, los oportunistas como yo, lo habíamos transformado en una burla.

Tengo mucha práctica en las ceremonias y había preparado una homilía simple y segura sobre el mérito de aquellos que morían por una causa noble. De pronto, me di cuenta de que no podría pronunciarla. Las palabras me ahogarían si lo intentaba. El capellán terminó la plegaria y me hizo señas para que me acercara al micrófono. Escuché una voz, que no era la mía, que pronunciaba un responso diferente, mientras las luces de los *flash* restallaban y los reporteros tomaban notas furiosamente.

—… Hoy estoy avergonzado. Estoy avergonzado de tener que enterrar a nuestros muertos solos, como enemigos, en una tierra a la cual llegamos invitados como amigos y aliados. Estoy avergonzado de que el dinero que hemos gastado, los aviones y las armas que hemos traído, sean considerados de mayor valor que los hombres que han luchado y caído tan lejos de sus hogares… Para mí es algo terrible y triste que en medio de esta lucha por la sobrevivencia existan disturbios civiles y feudos religiosos y brutalidad policial y campos de detención. Estas cosas son un insulto a nuestros muertos y a nuestros camaradas del Ejército de Vietnam del Sur, a quienes no se nos ha permitido honrar hoy… Ahora sus voces no pueden ser escuchadas; pero cuentan con nosotros para que hablemos por ellos. Sin embargo, nos perdimos en debates públicos y discusiones privadas y acusaciones calculadas para hacer efectos en los titulares de la Prensa diaria. Estoy avergonzado de mí,

que al ser enviado por nuestro presidente para traer paz y amistad, me haya visto envuelto en estas disputas sin sentido ni frutos. Ahora, en presencia de los muertos, me dispongo a borrar esta vergüenza en la forma que mejor pueda hacerlo. Imploro a aquellos que gobiernan este país a que se unan a mí en esta finalidad… ¡Que Dios nos ayude a todos!

Al retirarme del micrófono, el general Tolliver susurró:

—Estuvo magnífico, señor embajador. ¡Gracias a Dios que alguien tiene el valor suficiente para cantarles toda la verdad a estos bastardos!

No había captado nada de la intención; o más bien, yo me había negado a mostrarla, por un truco instintivo de autoconservación. Cung aún era el malo. Yo continuaba siendo el caballero blanco, más allá del temor y del reproche. Ahora ya era demasiado tarde para decir lo que sentía junto, a mi corazón: que a pesar de todas mis nobles palabras, a pesar de toda mi virtud ultrajada, yo también era uno de esos bastardos.

Capítulo VI

Después del funeral, el general Tolliver me condujo a su cuartel general para comer con su personal.

Me alegré de contar con una cierta diversión y también me sentí agradecido de este breve descanso en el mundo más simple del soldado profesional. En mi juventud había anidado durante mucho tiempo un cierto resquemor secreto por aquellos que se contentaban con vivir toda su vida bajo el patriarcado benevolente del sistema militar. Se absolvían con demasiada facilidad, a mi modo de ver, de la búsqueda de una filosofía y de la necesidad de expandir el juicio moral. Eran simples mercenarios dedicados a un arte brutal que, a fin de cuentas, tendría que ser deportado de la raza humana si esta deseaba sobrevivir. Como los policías, eran un recuerdo constante de la debilidad humana, de la ineptitud y de la tiranía. Eran instrumentos pasivos de la política, buena o mala, que ellos no contribuían a formar. Creaban una casta para ellos mismos con su propio cosmos y sus propias ilusiones de utilidad, santidad y heroísmo. Se dedicaban a lo nacional y no a lo universal. Eran como brujos reunidos en secreto alrededor de una alquimia peligrosa en espera del día en que se les necesitaría para lanzar la muerte y la destrucción en un mundo ignorante…

¡Ay de mi cinismo juvenil! Hoy, en mi oculta deshonra, les envidiaba. Envidiaba la inocencia de su propósito letal. Envidiaba la moralidad de su obediencia y la absolución implícita incluso en una orden equivocada de un superior. Su dignidad estaba fundada con mayor profundidad que la mía porque estaba arraigada en una noción de servicio y sus vidas estaban siempre dispuestas a afirmarla.

Tolliver era un buen anfitrión y era evidente que su personal le respetaba. La charla transcurría en torno a su mesa; se criticaba libremente; se recordaba el hogar se mezclaban las historias de las campañas y acantonamientos. Se notaba una atmósfera de camaradería, un orgullo familiar, que incluso el general vietnamita parecía compartir. Lo compartieron conmigo también,

porque yo era el representante de su Comandante en Jefe y no escatimaron la educada animosidad que sentían por la estéril e intrincada profesión en la cual estaba yo envuelto. Por unos instantes me sentí limpio, incluso mientras sabía que no era perdonado. Pero cuando se terminó la comida, volví nuevamente a las intrigas de mi negocio. El general Tolliver me condujo junto a Tran Hung Dao y luego nos llevó a una habitación privada. Nos sirvió café, nos ofreció cigarros y un buen coñac y luego nos abandonó. Era un soldado y no un diplomático. No deseaba tomar parte en nuestras empresas tortuosas.

Tran Hung Dao fue una sorpresa en más de un sentido. Para ser un vietnamita, era casi un gigante. Medía casi dos metros, bronceado y ancho de hombros; sus ojos eran brillantes, su sonrisa atractiva y su inglés casi perfecto. Más tenía el aspecto de ser de Sanghai que del Vietnam, y sus palabras claras y precisas, sin preámbulos, también fueron una sorpresa.

—Señor embajador, como usted bien sabe, ante los ojos de mi presidente, ahora soy un conspirador. Es decir, soy un general que cree que estamos perdiendo la guerra y un ciudadano que no está satisfecho con su Gobierno. Busco un camino para cambiar ambas situaciones. Según información del señor Harry Yaffa, tengo entendido que usted tiene ciertas opiniones al respecto.

—Las tengo, general. Pero esto no quiere decir que esté dispuesto a exponerlas.

Siempre me han sorprendido los asiáticos que adoptan la forma occidental, directa y rápida de aproximación a un tema. Me parece que abandonan un refinamiento precioso por algo vulgar y falto de sinceridad. De manera que fui cortante con este general musculoso. Se dio cuenta y también de la razón, y sus próximas palabras fueron mucho más medidas.

—Perdóneme, señor embajador, pero ya ha pronunciado ciertas afirmaciones drásticas. Quizá sería mucho más discreto decir que le complacería observar un cambio en la atmósfera política.

—En la atmósfera, sí. Pero no necesariamente un cambio de Gobierno.

—¿Cree que se puede tener uno sin lo otro?

—No estoy seguro, por ahora.

—Pero si los acontecimientos comprobaran que es necesario un cambio de Gobierno…, si, por ejemplo, sus protestas no fueran escuchadas…, si las sanciones que se propone aplicar no tuvieran los efectos esperados…, ¿qué sucedería entonces?

—Entonces debemos esperar que el propio pueblo vietnamita se pronuncie.

Alzó su copa de coñac, olfateó el contenido, sorbió un poco de licor y volvió a depositar la copa.

Su tono fue ligero e irónico:

—Señor embajador, veo que es usted un hombre muy preciso, de manera que debo ser preciso con usted. El pueblo vietnamita…, ¿quiénes son? ¿Los montañeses que llevan una vida primitiva en los cerros? ¿Los pescadores del delta que no saben leer ni escribir? ¿Los thais? ¿Los chams? ¿Los campesinos de los arrozales que no tienen derecho a voto y que si lo tuvieran no podrían usarlo porque no tenemos elecciones como los americanos? Si debe suceder un cambio, este debe ser llevado a cabo por aquellos que tienen la educación, la organización y los medios físicos para hacerlo. Una vez hecho el cambio aún queda gobernar el país, continuar la guerra, si ya no hemos caído en la confusión total y hemos terminado en el triste neutralismo de nuestros vecinos. Comprende esto, ¿verdad?

—Lo comprendo, sí. Pero hasta el momento, general, me ha demostrado lo que *debe* hacerse. Me interesa más conocer lo que *podría* hacerse y cómo. Estaba tan acostumbrado a los diálogos orientales que esperaba que dejara la pregunta sin respuesta, o que, al menos, eludiera el tema. No hizo ninguna de las dos cosas. Sonrió con amplitud, se echó hacia atrás en la silla confortablemente y me dijo:

—En primer lugar, ¿qué podría hacerse? Debiera proyectarse un golpe de Estado. Si mi definición es correcta, un golpe de Estado es un cambio de Gobierno efectuado de un solo movimiento. No es una revolución que, para nosotros, sería un asunto sangriento y trágico. Un golpe de Estado significa aplicar presión en un punto determinado, en un momento elegido, de manera que el Gobierno pierda el equilibrio y el Nuevo Gobierno se haga cargo del poder… Ahora bien, ¿quién puede aplicar esa presión? Solo el Ejército que dispone de la organización, de los hombres y de la amenaza de las armas.

—¿De modo que de buen o mal grado nos veríamos obligados a una junta militar?

—Señor embajador, ¿sería muy diferente a la dictadura militar que tenemos ahora?

—Podría ser menos estable.

—También podría ser más moderada porque las cuentas y balances internos operarían en contra de los extremistas.

—Sigue existiendo un gran imponderable.

—Siempre hay un imponderable, señor embajador. Sin duda recuerda la plegaria cristiana que dice: «Si muriera antes de despertar…». La muerte es la

única certeza que tenemos.

—De manera que se proyecta un golpe de Estado con el Ejército. ¿Cómo puede organizarse?

—Una pregunta muy práctica, señor embajador…

Frente a él, en el muro, había un gran mapa de campaña de Vietnam del Sur. Se puso de pie, cruzó la habitación y se detuvo ante el mapa, como un tutor que instruía a su pupilo adormecido. Continuaba irritándome con su fuerte confianza.

—El Ejército republicano está dividido en cuatro cuerpos. El Primer Cuerpo controla el sector nororiental del país, desde la frontera con Vietnam del Norte, a través de Tourane hasta la frontera occidental. El Segundo Cuerpo, con base en Pleiku, controla las provincias de las tierras altas centrales. El Tercer Cuerpo, controla el delta, y el Cuarto Cuerpo controla el sector especial de Saigón. Aparte de estas formaciones tenemos una pequeña Fuerza Naval, que tiene importancia para nuestras consideraciones, y una pequeña Fuerza Aérea…, que es muy muy importante. ¡Ahora bien…! —indicó el mapa con un dedo largo y decidido—. El sector especial de Saigón constituye un anillo protector en, torno a la capital y al asiento del Gobierno. Por el momento está bajo ley marcial y el comandante del cuerpo es un católico, rígidamente leal al régimen. Las tropas mismas, excepto la Guardia del Palacio, pueden ser convencidas hacia una u otra parte. Entonces, la estrategia de un golpe consta de cuatro fases. Primera: trasladamos dos batallones escogidos de las zonas Norte y Central. Traemos otro del Sur. Entonces disponemos de tres puntas de lanza dirigidas contra el corazón de la ciudad. Segunda: nos apoderamos del control del personal del cuartel general del Tercer Cuerpo, de manera que esta formación quede acéfala. Una vez logrado este paso los comandantes de unidades podrán ser persuadidos fácilmente para que se unan a nuestros tres batallones. Fase tercera: Las unidades de la Fuerza Aérea mantienen bajo amenaza de bombardeo al Palacio y a la ciudad. Formamos un Gobierno controlado por un comité de tres o cuatro generales. Lo administramos con personal civil que ya está trabajando en varios departamentos en forma normal.

Se detuvo en este punto y me encaró, confiado y sonriente, como si ya hubiera escrito C. Q. D. al término del teorema de Pitágoras. Pero yo no estaba dispuesto a aceptar sus demostraciones con la confianza que él les deparaba.

—Según puedo ver, general, podría efectuar este movimiento en cualquier momento y por propia iniciativa. ¿Qué espera entonces? ¿Por qué ha

recurrido a mí?

—Porque necesitamos (¿cómo le llaman?) un catalizador para comenzar la reacción química.

¡Mire! ¡Se lo demostraré! El comandante del Primer Cuerpo es un hombre fuerte, duro, un buen soldado. Y odia a nuestro presidente, de manera que está totalmente de nuestro lado. Pero para trasladar sus tropas hasta la capital debe pasar por la zona del Segundo Cuerpo cuyo comandante es una veleta. No le gusta el Gobierno, pero su base es una provincia cuyo gobernador le es hostil, de manera que desea asegurarse en su posición. El comandante en el delta está en la misma posición… Esta ha sido la inteligencia de nuestro presidente. Siempre ha tenido a su personal en conflicto, unos contra otros. Jamás pone a dos amigos juntos en la misma zona.

—¿Y cuál es su lugar en todo esto, general?

—Yo estoy aquí, en Saigón. Soy el responsable de los planes para apoderarnos del cuartel general del Tercer Cuerpo y convencer a los oficiales de que se nos unan.

—¿Y la Fuerza Aérea?

—La Fuerza Aérea está con nosotros hasta el último hombre. Pero la Fuerza Aérea depende de los Estados Unidos para su combustible y servicios, de manera que necesitan estar seguros de que no se les dejará en tierra por causa de sus propios aliados.

—En efecto, general, usted desea hacernos socios en la rebelión.

—No, señor embajador. Todo lo que pedimos es que nos suscriba la garantía de su país.

—¿Y cuáles serían los términos precisos de las medidas que desean que nosotros suscribamos?

—Son tres, señor embajador: nada de traición, nada de interferencias y la continuación del apoyo militar y económico una vez que tengamos establecido el Gobierno… ¡Oh! Hay un cuarto término que es muy importante. Necesitamos una señal clara de que respetarán las medidas en los términos que hemos indicado.

—Es un documento muy claro, general, aun cuando por ahora sea solo hipotético. Sin embargo, desde nuestro punto de vista, todavía está incompleto. Tendría que agregársele otra cláusula.

—¿Y cuál es esa, señor embajador?

—Que en el caso de un cambio de Gobierno no se ocasionará violencia en la persona del presidente Cung ni de ninguno de los miembros del Gabinete;

que serán llevados bajo custodia y luego se les dará un salvoconducto para salir del país.

Pensó en esta proposición durante largos instantes. Hundió las mejillas y las volvió a su lugar. Se acercó a la mesa y bebió el resto de coñac de un trago. Luego se sentó y fumó el cigarro meditativamente. Luego dijo:

—Señor embajador, si pudiéramos darle esa garantía, ¿nos apoyaría entonces en los términos que le he expuesto?

—Siempre que el Gobierno actual no pueda ejercer sus funciones en forma efectiva.

—Y, por cierto, señor embajador, eso quedaría bajo su consideración, ¿verdad?

—Bajo mi consideración y la del Gobierno en Washington… Por cierto, siempre queda libre de actuar independientemente a su propio riesgo.

—Es un pacto difícil de aceptar.

—No estoy pactando nada, general. Estoy discutiendo una circunstancia hipotética que preferiría no surgiera en absoluto.

Su rostro terso se oscureció; sus ojos tenían una mirada penetrante y cautelosa. Sin embargo, logró controlarse y continuó hablando con la misma tranquilidad.

—Es usted un excelente jugador de póquer, señor embajador. Pero no puede esperar toda su vida a tener cuatro ases. Se puede ganar con peores manos.

—Permítame que le explique algo; general. No podemos ganar nada porque estamos jugando contra la banca con una baraja arreglada. Por ejemplo, ayer, ¿cómo terminó el juego? Perdimos diez hombres y gastamos un millón y medio de dólares de nuestros contribuyentes. ¡Hoy, haciendo un cálculo aproximado, ya hemos gastado ochocientos mil dólares! ¿Y qué hemos obtenido hasta ahora? Una petición de que arriesguemos todo en un golpe militar organizado por tres veletas y un general decidido a todo que no puede garantizar sus líneas de comunicación… ¿Comprende la situación?

—Y entonces, ¿qué desea usted, señor embajador?… ¿Una subasta entre el diablo que usted conoce y el diablo que desconoce?

—No. Deseamos un Gobierno aliado que pueda mantener el orden con justicia y poner fin a esta guerra con lo que se garantizará la seguridad y la paz en el Vietnam del Sur.

—Si yo le hiciera esa promesa me consideraría un mentiroso.

—Entonces, general, ¿qué puede prometer?

—Amistad, sí. Unidad en el Ejército, sí. Paz con los budistas, sí. Y el fin de los desórdenes civiles, sí. El resto es un signo de interrogación, pero estoy seguro de que podemos hacerlo mejor que el actual Gobierno.

—Pero aún no están preparados.

—No.

—¿Cuándo podrían estarlo?

—En seis semanas…, siempre que tuviéramos una esperanza razonable en esas medidas de seguridad y apoyo.

—Si pueden organizar una rebelión armada, ¿por qué no pueden organizarse para llegar a un acuerdo razonable con el actual Gobierno? Es seguro que pueden negociar con el presidente Cung si cuentan con el apoyo de tres Cuerpos de Ejército y la Fuerza Aérea.

—¡Pero él no quiere negociar! Divide, subdivide, compra y amenaza hasta que nuestro poder de negociación desaparece. Este es su método. Es un maestro en ello. Nadie puede razonar con él. Usted ya lo sabe. Lo ha intentado. ¡No habla con nadie excepto con Dios…, e incluso entonces creo que Dios sale mal parado! —Dio un fuerte puñetazo en la mesa y su voz tomó un tono agudo y endurecido de furia—. ¡Dígame algo claro, señor embajador! ¡No somos niños! El Vietcong ha ganado tres batallones más desde la semana pasada. Nosotros nos debilitamos cada día más porque no se confía en nuestros líderes. ¿Qué me dice? ¿Sí, no, o quizá?

—Quizá.

—¡Muy bien! Una pregunta más: ¿Cómo sabremos cuándo ese quizá se transformará en sí?

—Lo sabrán. Eso es todo cuanto puedo decirle.

—¿Y cómo nos mantendremos en contacto?

—No nos mantendremos en contacto, general. A partir de este momento no podré continuar en contacto con usted o sus amigos respecto de esta materia. Como embajador, estoy acreditado ante el Gobierno legítimo de este país…, o lo que quiera que sea.

—¿Y cómo define usted un Gobierno legítimo, señor embajador?

—En un sistema donde no es posible una elección libre, debemos definirlo simplemente como aquel que está y que puede estar a cargo del Gobierno.

—De manera que mientras aún no constituyamos un Gobierno y solo presentemos una oposición, ¿a quién debemos dirigirnos si no es a usted?

—Al señor Harry Yaffa.

—¿Y cuál es su cargo?

—El señor Yaffa es un agente del Servicio de Inteligencia cuyas actividades pueden ser desconocidas y desacreditadas en cualquier momento por su Gobierno. Así es como se juega este juego. Usted lo conoce.

Me observó unos instantes, pensativo y muy serio. Luego su rostro se iluminó en una amplia sonrisa de aprobación; pero solo exterior.

—Hablando de póquer, señor embajador… Me gustaría saber quién fue el que en realidad arregló la baraja.

Después de marcharse Dao estuve más de una hora con el general Tolliver proyectando mi gira por las zonas de combate. Por una serie de razones, este proyecto era de gran importancia para mí. En primer lugar, era de vital importancia que tuviera un conocimiento directo del país, de las condiciones de vida y de los problemas muy especiales de una guerra subversiva en un país dividido y multilateral. Todavía sostenía la esperanza de que con un conocimiento y una experiencia más profunda del país podría entablar relaciones con Cung, quien (a pesar de su habilidad para irritarme) era un hombre mucho más merecedor de respeto que Dao. En segundo lugar, deseaba estar fuera de Saigón cuando se aplicaran las sanciones. No quería estar disponible para la Prensa, cuyos comentarios diarios podrían agravar la situación. Y el propio Cung podría revelarse más dócil en mi ausencia que ante mi acusadora presencia. Finalmente, yo mismo necesitaba el contacto rudo y curativo de la realidad. Después de estos pocos días de diálogo diplomático me sentía como un hombre que caminaba en una tierra de fantasía y hablaba en jerigonza. Tolliver repitió su advertencia de los riesgos del viaje, pero saltaba a la vista que estaba feliz de que lo hiciera. Él también estaba impaciente con las habladurías e intrigas y profundamente preocupado con la moral de sus tropas. Cuando le relaté mi conversación con el general Dao, gruñó impaciente y maldijo al hombre acusándole de mentiroso.

—¡Todo eso de movilizar un batallón de cada cuerpo es charlatanería! —Señaló su propio mapa de operaciones—. Tomemos el Primer Cuerpo, aquí en la frontera Norte… Su comandante es el general Tho. Es un magnífico soldado y sabe con toda seguridad que si se deshace de un batallón, el Vietcong se le abalanzará como un rayo. Además, esa es una zona montañosa. Todas las unidades de Tho están esparcidas en pequeñas formaciones porque simplemente no se pueden movilizar grandes concentraciones de tropas… ¡Y esa estupidez sobre el temor que nos tiene la Fuerza Aérea! Poseen sus

propias reservas de combustible, municiones y recambios. ¡Si desean volar de aquí a Hanoi sin hacer escala, no podríamos detenerles!

—Entonces, ¿por qué Dao me mintió en forma tan estúpida? ¡Debía suponer que comprobaría sus informes con usted!

Tolliver sonrió y se encogió de hombros en un gesto de cómica desesperación.

—Así es como se hace aquí. Simplemente, Dao le estaba diciendo que usted no confiaba en él y que él no confiaría en usted. ¡Oh, sí, ya lo creo que tiene planes! Y probablemente muy plausibles. Pero mientras usted no se baje del muro no los escuchará.

—Estoy perdido si le doy a él o a otro un cheque en blanco.

—¡Yo no le daría un centavo! —dijo Tolliver con énfasis—. Si va a haber un golpe de Estado, el hombre que lo dirija va a ser Khiet, en el delta. Es el mejor estratega que tienen y un luchador obstinado y duro. Por cierto, Dao formará parte de la junta; pero, desde nuestro punto de vista, es a quien menos necesitamos. Estará jugando a ambos lados desde el centro. No se olvide que aún es el segundo jefe de Estado Mayor de Cung.

—De manera que nosotros estamos en un extremo y Cung en el centro. ¿Quién le paga a Dao en el otro extremo?

—Si quiere mi opinión, embajador, creo que son los franceses. Todo este país está invadido de agentes gaullistas y hacen correr el dinero a manos llenas. Ofrecen subsidios a los plantadores de caucho y a los dueños de las fábricas para comprar a los del Vietcong y así poder seguir en sus negocios. Compran la opinión neutralista donde pueden, porque esto es lo que buscan últimamente…, otro Estado neutral como Laos y Camboya, con acceso libre de Francia a Hanoi y también hacia el Norte.

—¿Y el general Dao es neutralista?

—¡Un oportunista! —dijo Tolliver—. Como muchos de ellos. No me gusta Cung como tampoco le gusta a usted, señor embajador, pero es doblemente más hábil e inteligente que cualquiera de los que he conocido hasta ahora. ¡Quizá pueda ser vendido, pero jamás se logrará comprarle!

—¿Cree que debiéramos apoyarle incondicionalmente?

—No podemos —dijo Tolliver, amargamente—. Y eso es lo peor de nuestra situación desde Formosa a Bangkok. Somos como el tipo que tiene una amante que le hace chantaje. ¡No se casa con ella, no puede dejarla y, por cierto, le es imposible amarla!

El resto de la tarde la pasé en la Embajada componiendo un informe extenso y detallado para Raoul Festhammer en Washington. El texto del

resumen final está aún fresco en mi memoria porque representa mi mejor intento hacia la honestidad. Cuando me siento tentado, como me ocurre con frecuencia, de asumir toda la responsabilidad por lo que sucedió más tarde, lo recuerdo y logro entonces evitar el estado de total decepción de mí mismo.

«Así, pues, a pesar de sus peligrosos recursos, me encuentro obligado a inclinarme en favor del presidente Cung como el único hombre lo suficientemente fuerte e incorruptible para mantener el equilibrio del poder en este país. Sin embargo, no puedo ni me atrevo a confiar totalmente en él. Así, por medio de la CIA y el señor Harry Yaffa, debo mantenerme en contacto con elementos disidentes que actualmente conspiran para la caída del régimen y que algún día pueden lograrlo. Al hacer esto, es evidente que dificulto la tarea del presidente Cung para mantener la estabilidad, el orden y la lealtad. Sin embargo, no puedo permitir que quedemos desamparados ante un cambio de Gobierno o sin amigos en un nuevo régimen. Todo lo que puedo hacer es exponerte claramente el riesgo y dejar en claro las razones por las cuales lo he corrido. También existe otro riesgo, que debo exponerte clara y francamente. El riesgo es que yo mismo, por falta de conocimiento, de experiencia o de carácter, puedo verme forzado a tomar una decisión equivocada, que pueda costarnos muy caro. Por ejemplo, pienso que mi actuación no ha sido buena con Cung, porque él me encuentra demasiado preciso y no lo suficientemente sutil como para simpatizar con su propia y compleja situación. Contra esto, creo que es un hombre que se aprovecharía rápidamente de una demostración de debilidad. Sería fácil para mí abdicar a este riesgo personal expidiéndote los informes y pidiéndote que las directivas fueran enviadas desde Washington; pero no es esto lo que esperaban de mí, y habiéndote expuesto claramente el riesgo, solo me queda hacerlo mejor dentro de mis posibilidades… Ojalá fuera siempre posible estar seguro de la propia moralidad o carecer absolutamente de ella…».

Terminé el informe y se lo entregué a Mel Adams para que me diera su opinión. Una vez que terminó de leerlo, me lo devolvió y me miró en forma extraña y penetrante.

—Es un documento muy honesto. Merece todo mi respeto por él.

—Pero ¿no está de acuerdo con él?

—Creo que está inconcluso, señor.

—Ese es el punto, Mel. Debe estar inconcluso. ¡Aún no estoy preparado para llegar a una conclusión!

—En un sentido, eso es verdad, señor. En otro, no lo es. Usted ya *ha llegado* a una conclusión. Ha decidido continuar la división en la esperanza de

que uno u otro lado, por iniciativa propia, presente una solución aceptable. Eso está muy bien si desea jugar al neutralismo. Pero si desea mantenerse en el juego del poder debe elegir claramente. Y en ese documento no lo hace.

—No estoy preparado ni lo suficientemente informado para hacerlo. No me presione, Mel.

—No estoy presionando, señor. Solo quiero mantenerme dentro de lo oficial.

—Ya está en ello, Mel.

Me dio las gracias tercamente y salió. Redacté una nota formal al ministro de Relaciones Exteriores anunciándole la imposición de las sanciones. Se la entregaría mañana personalmente y así se entablaría una guerra abierta.

Luego tuve otra sesión de esgrima con la Prensa y una conversación breve por teléfono con el embajador británico. Presumía (con demasiada insistencia para que me gustara) que yo estaba demasiado preocupado como para haber llamado a todos mis colegas en la forma acostumbrada. Sin embargo, estaban todos muy ansiosos de conocerme y quizá, dentro de poco, ¿podría asistir a un cóctel? Algunos asiáticos estaban un poco resentidos y podrían creer que yo descuidaba mis asuntos si no me esforzaba por conocerles. Los británicos y los americanos debían mantenerse unidos, ¿verdad? Especialmente si nuestros amigos, los franceses, estaban jugando con cierta ventaja.

¿Mañana por la noche, entonces? Estaría encantado…

Todo lo cual significaba que tenía a los franceses a los talones y que deseaba amenazarles con el Pacto del Atlántico. No obstante, tenía razón en lo referente a los asiáticos y yo no podía disponer del tiempo necesario para ir de una Embajada a otra por todo Saigón. Era entonces un trato justo. Con cierto sentido de culpabilidad pensé que, con tantas personas a las cuales debía ver, tendría que enviar algunas invitaciones propias; pero, sobre todo, necesitaba tiempo para poner al día mi propio estudio. También necesitaba un mínimo de diversión, pero ¿dónde podría conseguirla en una ciudad aplastada por un toque de queda y en la cual yo, entre todos, era el hombre señalado para cometer un asesinato?… Recogí el resto de los papeles y me los llevé a casa para trabajar en ellos después de cenar.

¡Cócteles, conferencias y rimeros y rimeros de papeles! Una de las ironías de la diplomacia residía en que el auge y caída de las naciones y la vida y muerte de miles de desconocidos dependiera de cosas tan triviales.

Paseé por el jardín antes de cenar, porque si lo hacía después podría interponerme en el rayo de un ojo eléctrico y sonarían las alarmas y los guardias llegarían para proteger mi sagrada persona. Respiré el aire pesado y perfumado y toqué la superficie aterciopelada de las flores tropicales. Traté de hablar con el jardinero vietnamita, pero su francés era tan malo como mi vietnamita y me vi envuelto en un interminable intercambio de reverencias y gestos. Charlé unos instantes con los centinelas, pero se mostraron muy formales y constreñidos, sin saber aún que un embajador es un simple mortal, con frecuencia está solo y algunas veces lleno de problemas por el intrincado rompecabezas de la política en el que siempre faltan las piezas clave. Bill Slavich pasó por el jardín en su ronda de la noche, revisando los puestos de guardia y los sistemas de alarma y las familias que habitaban en el recinto. Nos paseamos unos minutos por el prado humedecido. Él también tenía sus problemas conmigo. Era el hombre de Harry Yaffa, miembro de ese curioso semimundo de los servidores públicos cuyo trabajo es secreto, violento o ignorado. Nuestra conversación fue banal y terminé pidiéndole que me buscara un masajista para que me librara de las tensiones durante una hora al día. Me prometió que lo haría y luego se marchó. Me descubrí preguntándome con interés lascivo cuáles serían las diversiones de un hombre como este, cuyo medio eran los pasillos del mundo subterráneo.

Lo que me llevó indirectamente a pensar en Harry Yaffa, el conspirador profesional, que yo mismo había nombrado como mi agente confidencial y mensajero en todas las negociaciones con los generales rebeldes. Había leído todos sus informes y había registrado todas nuestras conversaciones, y al revisarlos los encontraba hábilmente incompletos. ¿Los agentes franceses? Sus actividades estaban registradas y sus influencias señaladas. ¿Los conspiradores del Ejército? Había una biografía de cada uno e incluso un balance total de sus cuentas bancarias y de sus pertenencias reales. ¿Los agentes entre los budistas? ¿Los reaccionarios entre el clero católico? Había una carpeta sobre cada uno y un registro minucioso y al día de sus actividades. ¿Nuestros agentes en Vientián y Pnompenh, nuestros contactos entre los pilotos que recorrían las rutas del opio en Birmania y los capitanes que revisaban el comercio de las costas desde Bangkok hasta el golfo de Tonkín? Todos estaban allí. ¿Qué otra cosa podía pedir? Y si deseaba algo más, no tenía más que ordenarlo.

¿Por qué, entonces, desconfiaba de este hombre? No había querido mentirme. Incluso había admitido que existían ciertos secretos que yo no debía compartir, pero mi experiencia me decía que esta era la costumbre

normal y prudente de la profesión. ¿Qué había en este hombre que me inquietaba en tal forma que debía ser siempre formal con él y no usar jamás su nombre con mayor confianza? ¿Es que un hombre como él se transformaba en un avaro de secretos que los acumulaba para su gozo privado o para el ejercicio de una tiranía innoble? ¿Existía un vicio especial del cual eran víctimas los hombres que trabajaban en este semimundo? ¿Una ambición de gobernar desde un segundo plano o un impulso pervertido de destruir porque ellos mismos vivían diariamente en el peligro y en la destrucción?

Era un pensamiento oscuro que me persiguió mientras me paseaba de un lado a otro bajo la fragancia de los jazmines y franchipanes. Pero había otro pensamiento todavía más oscuro que me inquietaba aún más. Cada uno de los hombres con quienes había tratado en los últimos días observaba una desconfianza patente hacia mí. Para Cung yo era el hombre indeciso que deseaba tener todos los ases en la mano; para Yaffa, yo era un fracaso potencial contra cuyos defectos él debía estar preparado; para el general Dao, yo era un aliado dudoso; para Mel Adams, un informante honesto cuya honestidad no era suficiente. Tenía la experiencia necesaria como para saber que un hombre que ostenta autoridad siempre es sospechoso, incluso de su propio personal. En el pasado, Gabrielle había sido tanto mi conciencia como mi defensa. Sin ella era presa de las dudas y sentimientos de culpabilidad. Era como un monje perseguido por secretos sueños de lascivia, un sirviente del bien público tentado por tiranías injustas. Aun cuando no cedía a las tentaciones, sabía que estaban allí y su atracción me robaba la fe en mis más nobles propósitos… Hubiera deseado saber si mis dudas se reflejaban en mi rostro como los retortijones y muecas de un devoto escrupuloso…

Se levantó una ligera brisa nocturna que barrió las nubes sobre el delta. Luego comenzó a llover: una llovizna suave y mojadora que me hizo entrar para beber solo y cenar solo. Arme Beldon estaba cenando con un amigo de otra Embajada, y George Groton probablemente estaba en alguna pagoda discutiendo sobre el Dhamma con un hombre vestido de túnica amarilla.

Groton entró poco después de las diez, mientras me encontraba trabajando en un extenso documento sobre las condiciones económicas de Vietnam del Sur. Respiraba con dificultad y venía empapado hasta los huesos. Había estado en una pagoda en el extremo norte de la ciudad y había vuelto caminando a casa. Se había olvidado del toque de queda y durante una hora tuvo que evitar peligrosamente a los piquetes y patrullas móviles. Tenía hambre, también, porque como buen monje no había comido desde el mediodía. Le envié arriba para que se cambiara de ropa y le pedí al ama de

llaves que le preparara algo de cenar. Veinte minutos después me dio su primer y ansioso informe; mientras comía un pollo frío acompañado de una botella de vino.

—… En primer lugar, el monje asilado en la Embajada me dio una carta circular de presentación. Estaba escrita en francés y en términos bastante amistosos. Decía: «Este joven es estudiante de la Senda Óctuple y por lo tanto bien dispuesto para con nosotros. Cuenta con la confianza del embajador americano, quien comprende la senda zen. Ruego le den toda clase de facilidades y le expliquen nuestra posición…». Hasta entonces todo marchaba bien, pero al final escribió algo en vietnamita. Le pedí que lo tradujera y resultó ser uno de los artículos del *Nagarjuna* sobre el Examen de *Nirvana*. Decía, traducido aproximadamente: «Como todo es relativo, no sabemos lo que es finito y lo que es infinito. No sabemos lo que es finito e infinito a la vez. No sabemos lo que es una negación tanto de lo finito como de lo infinito…». Le pregunté cuál era su significado y me dijo que era una costumbre, en cualquier correspondencia, agregar el recuerdo de una verdad espiritual del Dhamma. Acepté su explicación (que aún no puedo probar) que recurría a la cita para indicar que no estaba seguro de mí… En todo caso, me dio la dirección de tres pequeñas pagodas en los alrededores de la ciudad, que hasta ahora se han librado de los desórdenes y de las incursiones de los piquetes policiales. También me dio los nombres de los abades y de otros monjes que comprendían y hablaban francés…

Se interrumpió, sorbió un poco de vino como si tratara de encontrar las palabras adecuadas para expresar sus impresiones. Luego continuó, un poco consciente de sí mismo:

—Creí que estaba preparado para esta misión, señor, pero no lo estaba. Cuando entré en la primera pagoda me sentí como un luterano que entra en una iglesia católica en Sicilia. Todo me era extraño, barroco, sobrecargado de imágenes, sedas e incienso y ofrendas de flores. Después de Japón, donde todo está estudiado y disciplinado, encontré esta atmósfera vulgar y de mal gusto. El primer monje con quien hablé era bastante joven. Pero había sido educado según la costumbre francesa y me dijo exactamente lo que deseaba saber. Había persecución y discriminación por parte del Gobierno. Los católicos podían reunirse cuando quisieran. Los budistas tenían que pedir un permiso oficial. Los budistas no eran aceptados en los cargos más altos del Gobierno. Las muertes en Hué fueron asesinatos calculados y no simplemente el resultado de escaramuzas y disturbios. Los budistas que no deseaban otra cosa que una vida de trabajo y contemplación, habían sido obligados a

organizarse para su propia protección… Varios cientos de monjes y monjas aún estaban en prisión y muchos habían sido golpeados y torturados para hacerles confesar una alianza con el comunismo. Debo decir que su defensa fue excelente, pero sonaba demasiado como un ruego especial. Carecía de la tolerancia y la comprensión que uno espera encontrar en los religiosos. Sin embargo, cuando se dio cuenta de que yo le seguía en su historia, me condujo a una de las habitaciones donde la comunidad imprimía folletos y cartas en una serie de máquinas de escribir y en una multicopista francesa. Trabajaban con gran eficiencia. Pedí entrevistarme con el abad, pero me dijo que era un hombre muy anciano que pasaba gran parte de su tiempo en contemplación. No obstante, le seguí presionando, y finalmente logré ver al abad. Era en realidad un hombre muy anciano y muy frágil, y hablaba casi en un susurro. El monje joven estuvo con nosotros todo el tiempo y todo lo, que pude sacar de la conversación era que el abad estaba muy adelantado en el *Nirvana* y que no deseaba ser distraído por el mundo…

»La entrevista duró solo cinco minutos, y luego me llevaron de vuelta a la sala de propaganda. Les pregunté si había algo de verdad en la acusación de que en el *Sangha* se estaban infiltrando agentes comunistas. Fue como si le hubiera dado un puntapié a una colmena. Se pusieron furiosos, se sintieron insultados y se horrorizaron…, y decidieron que yo no podría salir del lugar hasta no estar convencido de que todos eran leales vietnamitas oprimidos por un mandarín católico que gobernaba por mandato de un cielo cristiano. ¡Cuando finalmente me permitieron marchar, se aseguraron de que me acompañara otro monje que obviamente era el encargado de mantenerme libre de ideas contaminosas!

—Una pregunta. ¿Fueron hostiles a los americanos?

—No, señor. Aprobaron insistentemente lo que dieron en llamar nuestra acción enérgica contra la tiranía. Se refirieron a sus buenas relaciones con la Prensa americana y era evidente que estaban en comunicación constante con los corresponsales de mayor importancia en la ciudad. También quedó claro el hecho de que estaban organizando comunicaciones entre ellos y otras modas y que lo hacían con rapidez y eficacia.

—¿Se habló algo sobre el neutralismo de los franceses?

—En el primer monasterio, no. Pero en el segundo hablé con el abad e insistí en que nuestra entrevista fuera privada. Esta vez era un hombre mucho más joven. Yo diría que de unos cincuenta o cincuenta y cinco años. Era un hombre muy frío y educado. Bebimos té juntos y me interrogó largamente sobre mi propia experiencia en el camino de la luz. Estuvo muy dispuesto a

discutir la influencia de la expansión comunista en el futuro del budismo. Afirmaba que aquellos que aceptaban las Cuatro Nobles Verdades debían considerar al marxismo como un fenómeno transitorio, que primero sería absorbido y luego transformado por las enseñanzas de Buda. Estuvo dispuesto a aceptar la existencia de «monjes jóvenes y perturbados» en el sistema monástico. Pero, declaró, estos también cambiarían gradualmente por medio de la experiencia y la meditación. Cuando me referí a los suicidios, me corrigió. El suicidio era una noción repugnante para el budismo. Sin embargo, citó el Lotus Sutra, que llama a todos los budistas a sacrificarse si su religión es puesta en peligro. Le pregunté si existían mártires potenciales en su pagoda. Me respondió que había una monja muy anciana que estaba dispuesta a inmolarse, pero que él le había aconsejado que apartara esa idea. Luego le pregunté si encontraba que el neutralismo era deseable. Afirmó que era algo implícito en la enseñanza del Gautama, ya que todas las soluciones físicas a los males del hombre eran tan transitorias como el hombre mismo.

—¿Había máquinas de propaganda en esa pagoda?

—No se me mostró ninguna, señor. Tuve la impresión que el propio abad era un hombre fuerte que trataba de preservar su autonomía. Como verá, nuevamente me fue muy difícil llegar a una conclusión rígida. Finalmente, le pregunté si podría recomendarme un monasterio donde me fuera posible estar veinticuatro horas en ejercicios con los monjes y al menos tratar de sacar algún provecho espiritual de mi visita. Nombró uno y me dio una carta para el abad. Allí es donde pasé el resto del tiempo y donde creo que pisé en firme por primera vez… Allí había un francés que afirmaba haber luchado en Dien Bien Fu y que luego se había desilusionado de Occidente y de todas sus creencias. Según su historia, había abrazado el budismo por convicción espiritual y no se había movido de la misma pagoda durante nueve años.

—¿Cree que se trataba de un agente?

—Posiblemente, sí. Dormimos en la misma habitación. Me senté a su lado durante las lecturas de las Escrituras y él me las tradujo. Rezamos juntos y charlamos largamente, paseándonos por el jardín de la pagoda. Era un hombre muy práctico y conocedor. Me dio lo que parecía un relato presencial de los últimos días de Dien Bien Fu y su escapada después de tres meses de ser prisionero de guerra. No era un intelectual, pero ciertamente comprendía y respetaba las actitudes fundamentales del budismo. Habló de un renacimiento del budismo en Asia, pero cuando le sugerí que esto tenía una base política, rechazó la idea de plano. Afirmó que este renacimiento era un fenómeno espiritual basado en la necesidad de todos los hombres de encontrar la paz

manifiesta en la declaración del Pali Sutra: «Buda mismo ha alcanzado la paz y la predica a toda la Humanidad». Cuando le hablé de las demostraciones y los desórdenes los consideró como «demostraciones espontáneas de un pueblo aún imperfecto, pero que continuaba buscando la forma perfecta». ¡La acción del Gobierno era brutal, agresiva y estúpida más allá de lo imaginable! Me referí a la subversión en las pagodas y me sorprendió el hecho de que estuviera de acuerdo conmigo. Pero desatendió el asunto por carecer de importancia, ya que, finalmente, la perfección del camino borraría las imperfecciones de aquellos que caían fuera de él. Al presidente Cung le llamó «un descendiente de los antiguos militantes cristianos que llegaban con la cruz en una mano y una bolsa de oro en la otra».

—Es un punto de vista muy cómodo.

—Demasiado cómodo para un hombre que lo profesó, señor. —Se inclinó hacia delante con ansiedad e hizo unos gestos enfáticos, de manera que derramó el vino sobre la mesa y se vio obligado a enjugarlo mientras continuaba hablando—. Allí fue donde comenzó a hacerse escuchar la nota falsa. El hombre mismo (su nombre es Armand Leroux) era demasiado intenso, demasiado francés, si se quiere, para convencer como apóstol del silencio. Finalmente, traté de llevarle a respuestas específicas. ¿Los budistas se sentían legítimamente agraviados…? Sí. ¿Y cómo podrían ser compensados…? Solo por un Gobierno budista con una representación proporcional de la minoría católica. ¿Cómo podría llegar a instalarse tal Gobierno…? Deteniendo la guerra. Neutralizar Vietnam del Sur y llegar a un acuerdo de coexistencia pacífica con el Norte. ¿Cómo trabajaría el acuerdo? En base a intereses económicos mutuos…, y, por cierto, la influencia de fermento del budismo. Entonces, debido a que estaba demasiado lanzado para ser discreto, o quizá porque la indiscreción fue muy bien calculada, sacó el as que guardaba en la manga. Dijo… ¡No, espere un segundo, señor! Lo escribí porque me pareció de gran importancia. —Hurgó en sus bolsillos y finalmente extrajo un sobre arrugado del cual leyó el siguiente informe de las palabras del francés—. «… Lo que no logran comprender los americanos es que el Vietnam del Norte y del Sur tienen un interés común: un temor histórico y un odio hacia sus antiguos conquistadores los chinos. Aun cuando Ho Chi Minh sea armado y entrenado por ellos, no les tiene más afecto que Phun Van Cung. Esta es la razón por la cual no desencadena la guerra: porque entonces los chinos invadirían todo el Norte para utilizarlo como pasillo militar. Así, pues, aun cuando todo el Vietnam sea comunista, estarán siempre unidos contra China. Aquí es donde los americanos cometen una estupidez.

Gastan dólares y derraman sangre para establecer un baluarte contra China cuando pueden obtener uno gratis… si llegan a un arreglo con los comunistas y ganan la amistad de los budistas en Asia. Y este es el punto donde Cung es un reaccionario. Es un católico que desea preservar la Iglesia a costa de la nación. Pero si los americanos le presionan con las energías suficientes trataría de llegar a un acuerdo con Ho Chi Minh. Y entonces lograríamos el mismo resultado por un procedimiento un poco más largo…».

—¿Y eso fue todo, George?

—Eso fue todo, señor. Parece que se dio cuenta de que había dicho suficiente y deliberadamente volvió a la cuestión de la meditación como un cambio al *Nirvana*… Yo mismo medité largamente y luego decidí que debía volver a hablar con usted.

—Hay mucho en que pensar, George. ¿Puede redactarme un informe?

—Sí, señor. Pero tendrá que ser incompleto. Una vez lo haya terminado me gustaría volver a las pagadas a llenar algunos vacíos.

—Sí, es una buena idea. Ahora quiero que me resuma. En primer lugar, ¿hay subversión en el *Sangha*?

—Sí. Pero hasta ahora desconozco su extensión.

—Entonces el presidente Cung se anota un tanto. Segundo, ¿hay indicaciones de panbudismo?

—Indicaciones sí, pero no pruebas.

—¿Hay evidencia de una opinión neutralista fuerte?

—Evidencia clarísima.

—¡Otro tanto para Cung! ¿Diría también que existen la convicción de que el budismo puede llegar a un acuerdo con el marxismo y luego modificarlo?

—Yo diría que esa convicción es fuerte y difundida. Más aún, lo creo, por el hecho de que el Vietcong jamás ha atacado a las pagodas o a los monjes. Al contrario, con frecuencia rezan y hacen ofrendas en las aldeas.

—Y una última pregunta. ¿Cuál es su reacción personal ante el primer contacto con el Mahayana?

Su respuesta tardó en llegar, pero fue muy precisa.

—Siento confusión, disgusto y desconfianza Pero ello se debe a que me habitué a una variante refinada e intelectual. Por lo tanto, tengo que desconfiar de mí mismo, señor.

—Todos lo hacemos, George. El problema es que todo el mundo quiere que estemos seguros de nosotros mismos… ¡Como si lleváramos la piedra filosofal en el bolsillo!

Alzó la vista rápidamente y sus ojos jóvenes e inteligentes me estudiaron detenidamente. En ellos se reflejaba ansiedad y, quizás, un cierto temor.

—Habla como si hubiera tenido dificultades, Señor.

—Y muy grandes, George. Y se pondrán peores.

Le resumí brevemente los acontecimientos de las últimas cuarenta y ocho horas y mis propias y lamentables incertidumbres. Escuchó en silencio y cuando terminé estuvo sentado largo rato dibujando extrañas formas con el tenedor sobre el mantel manchado de vino. Finalmente dijo:

—Hay dos cosas que parecen muy claras, señor. Le costará mucho más ser fuerte en la paciencia que decidido en la acción. Existen tantos puntos de vista y tantas informaciones en conflicto que simplemente no puede dejar que se le apresure, por muy difícil que sea la crisis que surja… El segundo problema es nuestra propia política. Debido a que estamos limitados a una acción militar estamos también obligados a llegar a soluciones en breve plazo que históricamente no pueden ser las adecuadas. ¡Apoyar a Cung o proyectar un golpe de Estado para establecer otro régimen! Satisfacer a los budistas y al mismo tiempo contentar a los católicos. ¡Expulsar al Vietcong hasta más allá de la frontera norte y sellar las fronteras de Laos y Camboya! Pero aun cuando se logre todo esto, no habremos solucionado nada. No se pueden sellar las ideas como si se pusieran dentro de una botella. No se puede luchar contra el Vietcong e ignorar a China, el gigante milenario con una población rebosante y que por primera vez en la historia tiene una finalidad común. ¿Cómo podremos convivir con ella en los próximos cien años? ¿Cómo podrá vivir el resto de Asia con ella?

»¿Y los budistas? Subversión o no subversión, existen lo mismo que el Islam el catolicismo y el hinduismo. Aquí tampoco existen las soluciones a corto plazo… Se puede inhibir o abortar una revolución, pero no se puede detener el progreso evolutivo que la provoca… Desde un punto de vista, se les puede considerar lo suficientemente peligrosos como para darles un palo en la cabeza y meterles en la cárcel. ¡Pero existen! Existen como hombres, como sociedad y como síntoma de un cambio inevitable. Si decimos que deseamos modificar el cambio, entonces creo que tenemos una posibilidad de triunfar…, una posibilidad como China, Rusia u Ho Chi Minh. Pero si decimos, como a veces lo aparentamos, que deseamos determinar la naturaleza del cambio y garantizar su finalidad, entonces estamos fuera de toda posibilidad y expuestos a un fracaso muy costoso… Lo siento, señor. Estoy cansado y desequilibrado. Pero esto me preocupa. Y usted también, señor.

Le estaba agradecido y me emocionaba profundamente su juventud e idealismo. Pero ¿cómo podría revelarle la amarga verdad de que el cambio no solo era el resultado de un crecimiento natural, que era el resultado también de una lucha…, fuera esta definida por los cristianos como una batalla entre el bien y el mal, o que los comunistas la llamaran la dialéctica marxista, o que los budistas la consideraran como Gautama subyugando a Mara bajo la palma de su mano? ¿Cómo podría revelarle la extensión de mi propio compromiso con la acción y con las soluciones a corto plazo?

Le envié a la cama y me quedé hasta muy tarde trabajando en mis papeles. Aún seguía en ellos cuando llegó Anne Beldon de su fiesta; invadimos la cocina y nos preparamos café y charlamos de cosas banales hasta medianoche.

Capítulo VII

A la mañana siguiente se atentó contra mi vida. Fue concebido crudamente y ejecutado con torpeza…, pero estuvieron muy cerca de lograr su objetivo. La hora fue pocos minutos después de las nueve y Bill Slavich me conducía en el coche de la casa a la Embajada. Cuando giramos por la última esquina hacia Ham Nghi, alguien tiró frente al coche un objeto circular envuelto en periódicos. Slavich giró el volante bruscamente para evitarlo y al instante siguiente explotó. La explosión nos cogió de costado, destruyó los cristales del coche y nos impulsó a lo ancho de la calle, de manera que arrancamos de cuajo un poste de la luz y chocamos violentamente contra un camión aparcado.

Bill Slavich recibió un corte en el rostro y yo sufrí algunos rasguños en las manos y muñecas y un chichón en la sien del tamaño de un huevo de paloma. Se acumuló la muchedumbre de siempre, llegó la Policía, que me condujo a toda velocidad hasta la Embajada, y luego todo se terminó como si se cortara un programa de Televisión de suspense. Bill Slavich fue a conferenciar con la Policía y con Harry Yaffa mientras Anne Beldon se esforzaba por limpiarme y arreglarme para mi visita con el ministro de Asuntos Extranjeros.

No traté de ocultar nada. Estaba impresionado y tembloroso. Saltó a mi mente una frase de unas letanías que rezaba cuando niño: «De la muerte violenta, líbranos, Señor». La muerte había estado cerca y, de hecho, me había encontrado desprevenido. Bebí un par de *whiskies* en rápida sucesión y me sorprendí al darme cuenta que apenas lograba sostener el vaso. En el espejo del lavabo mi rostro apareció grisáceo y pastoso. Entonces comenzó rápidamente a funcionar la química de la reacción y me sentí enfurecido y triunfante a la vez; enfurecido con aquellos que exigían el riesgo de nuestras vidas, y, sin embargo, no lo agradecían; triunfante de poder presentarme ante el ministro llevando las cicatrices de un intento de asesinato.

Cuando estuve pronto a marcharme, la recepción de la Embajada estaba invadida de periodistas y fotógrafos. Este era un drama de primera plana para

ellos y yo estaba muy dispuesto a que así fuera y a sacar provecho personal al mismo tiempo. Harry Yaffa había agregado su propio golpe de escena al exigir protección de la Policía para ir y volver al Ministerio y que se reforzara la protección en mi casa y en las vías de acceso a la Embajada. ¡Así, pues, llevando mi propia bomba de tiempo en el bolsillo, fui conducido al Ministerio de Relaciones Exteriores acompañado de guardaespaldas y hombres armados!

La conferencia con el ministro fue brusca y tormentosa. Le entregué la carta y esperé a que la leyera. Con furia contenida me dijo que la aplicación de las sanciones era una interferencia en los asuntos internos de un Estado soberano. Lo que, por cierto, era verdad, aun cuando yo no pudiera admitirlo. Le recordé con cierta dureza que difícilmente podía esperarse que nos pusiéramos en contra de todo el mundo budista al financiar medidas de represión. Eso le enfureció aún más y afirmó que no podría haber hecho nada peor, fuera de haber entregado nuestro dinero directamente en manos del Vietcong. Era justamente lo que yo había estado esperando y me aproveché de ello indecentemente.

—Si eso es verdad, señor ministro, ¿entonces quizá no fue el Vietcong quien trató de asesinarme esta mañana?

La sugerencia le impresionó y se lanzó en una apasionada explicación.

—¡Es un pensamiento monstruoso, señor embajador! Un insulto personal contra mí y contra el presidente. ¡Sí, tenemos nuestras diferencias y dificultades! Pero en el fondo seguimos siendo aliados que luchan contra un enemigo común. Le ruego que aparte de su mente tales ideas. Le garantizo personalmente que se efectuará una investigación total llevada a cabo por nuestro servicio de seguridad y que no descansaremos hasta que los responsables sean llevados ante la justicia.

—Acepto encantado su garantía, señor ministro. Pero le recuerdo que es su Gobierno quien da pie para estas horribles sospechas. Por ejemplo, la acusación en la Asamblea Nacional, su conspicua ausencia de los funerales de nuestros *marines*, su propia sugerencia de que nuestras medidas favorecen al Vietcong…, ¿cómo debo interpretar estos hechos si no es como una declaración pública de hostilidad hacia mí y hacia mi país?

Fue la conversación espinosa usual entre diplomáticos descontentos y que, por cierto, nada hizo por cambiar la realidad de la situación. En nuestras manos estaba el garrote de mayor tamaño y con él le estábamos dando en la cabeza al Gobierno. Así, pues, a pesar de mi victoria verbal, me sentí menos

que orgulloso de mí mismo al volver hacia la Embajada en esa brillante mañana.

Las calles de la ciudad estaban llenas de gente. El sol brillaba intensamente después de una noche de lluvia y se notaba gran animación entre los habitantes, como si a pesar de sus labores, como si a pesar de todos los siniestros complots y subversiones estuvieran determinados a comer, beber y ser felices en lo posible bajo el Gobierno puritano de Phung Van Cung. Si yo hubiera muerto esta mañana, seguirían en sus negocios, inconmovibles e inmutables. Solo los cristianos habrían rezado por mí por causa de su creencia en nuestra fraternidad en la Comunión de los Santos. En cuanto al resto, mi recuerdo habría sido enterrado al cabo de una hora en la inmensa indiferencia de Asia. Era un pensamiento triste y de golpe me hizo recordar la consideración que George Groton me había propuesto la noche anterior: ¿Qué finalidad tenía todo nuestro gasto de dinero, nuestra diplomacia, trabajo y el derramamiento de sangre humana? Una vez más recordé la sentencia de Musó Soseki: «Está encargado de aconsejar y asesorar y así puede usted ayudar a proponer los fines que más tarde le serán propuestos a usted…». Esto ya había sucedido. Pero todo lo que yo había propuesto se había limitado a lo inmediato y a lo transitorio. Aún no me sentía preparado para examinar por mí mismo esos puntos de vista que estaban en conflicto con la política llevada comúnmente por los Estados Unidos. Sin embargo, esto estaba ciertamente implícito en mi misión, y si no me dedicaba a ello, la corriente rápida y violenta de los acontecimientos me encontraría desprevenido.

Cuando llegué a la Embajada encontré que el lugar parecía un hormiguero. El tablero de la central telefónica estaba totalmente ocupado por las llamadas de las otras Embajadas que pedían detalles del intento de asesinato. La Prensa aún exigía comentarios para agregar en sus despachos, y continuamente iban y venían sujetos extraños que conferenciaban con Harry Yaffa y sus esbirros. El drama se nos escapaba de la mano, de manera que di instrucciones para que se dieran por finalizadas las declaraciones lo antes posible y que se volviera al orden normal de trabajo. Cité a mis empleados superiores para las dos y luego comencé a trabajar en mis papeles diarios.

Las noticias de las Naciones Unidas eran interesantes. Había sido rechazada una moción rusa para enviar al Vietnam del Sur a la antigua Comisión Controladora Indochina. En cambio, el presidente de la Asamblea de las Naciones Unidas había nombrado a Afganistán, Brasil, Ceilán, Costa Rica, Dahomey, Marruecos y Nepal como los países que conducirían la

investigación del asunto budista. Los comisionados llegarían dentro de una semana. Descubrí cierto humor amargo en la idea de un señor de Dahomey tratando de sacar algún sentido de las sutilidades asiáticas y un hombre de Ceilán siendo imparcial frente a los males de sus correligionarios. Sin embargo, la Comisión era un problema de Cung y no mío y me sentía feliz de dejarle que la encarara solo.

El cable de Festhammer era breve, pero llevaba un aguijón en la cola:

> APROBADA ACCIÓN RESPECTO SANCIONES. APROBADO CONTACTO FUERA DE CANALES NORMALES DE LA DIPLOMACIA CON OPINIÓN DE OPOSICIÓN. SIN EMBARGO, COMO A FIN DE CUENTAS SANCIONES FINANCIERAS DEBILITAN ESFUERZO DE GUERRA, DEBEMOS CONSIDERAR UN TIEMPO LÍMITE ADECUADO DENTRO DEL CUAL SE LOGRE UNA RECONCILIACIÓN DE FINES CON EL RÉGIMEN DE CUNG O QUE SE RECOMIENDE UNA ACCIÓN ALTERNATIVA. OPINIÓN DEL SENADO Y CONGRESO GENERALMENTE A FAVOR DE LAS SANCIONES, PERO SENADOR GOLDING HA ELEVADO SU VOZ POR EL NEUTRALISMO. PUDO PROBAR PUNTO DE VISTA FUERTE PARA REDUCIR EL PRESUPUESTO DE AYUDA Y AISLACIONISMO DE OPINIÓN GENERAL. LA ADMINISTRACIÓN AGRADECERÍA CUALQUIER SEÑAL DE CONFIANZA QUE PUDIERAS INYECTAR EN LAS DECLARACIONES PÚBLICAS Y EN LOS DESPACHOS DE LA EMBAJADA.

Así era Festhammer, quien deseaba tener toda la tarta en sus manos, comérsela y luego que se le dieran píldoras para curarle la indigestión. Yo ya tenía suficientes problemas propios como para preocuparme de los dolores de barriga de un rollizo senador en Washington. Sin embargo, si eran muchos los senadores que alzaban la voz, podrían desencadenar la tormenta, con fuerza suficiente para agitar las palmeras y las aguas grises del río Mekong.

Y entonces descubrí otro aguijón, semioculto entre un resumen de situación y una petición de informaciones sobre la devolución de finanzas de la Misión de Operaciones de los Estados Unidos. Se trataba de una nota breve del despacho del secretario de Estado.

> El recorte adjunto nos fue enviado por nuestro embajador en París. El informe podría ser irreal, ya que no ha sido confirmado por ninguna de nuestras fuentes en Vietnam del Sur. Le ruego investigue y envíe comentario urgente.

El recorte era de un diario socialista y estaba fechado casi dos semanas antes. Llevaba la firma de Claude Gemelle y aseguraba ser el eco fiel de una entrevista privada y exclusiva con el presidente Cung. Las líneas significativas del texto estaban subrayadas en rojo.

> Finalmente el presidente me dijo con obvia amargura: «Los americanos afirman que estoy persiguiendo una política que en el fondo beneficia al Vietcong y al Partido Comunista en Vietnam del Norte. Por el contrario, les digo que son ellos quienes me empujan en brazos de Ho Chi Minh y me obligan a considerar medidas desesperadas para poner fin a la miseria de mi país…». Cuando le presioné para que se explicara con más detalle, se negó a hacerlo, diciendo que su significado era evidente para cualquiera que hubiera estudiado la situación de Vietnam del Sur. Y este fue el término de mi entrevista.

Se trataba de uno de esos crípticos fragmentos sobre los cuales un cierto tipo de periodistas construye una reputación de agudeza y profundidad y que obviamente había sido editado para cumplir con una doble finalidad. Por otra parte, era extrañamente similar al informe que Groton me había presentado de su conversación con Armand Leroux en la pagoda. Por lo tanto, podría ser un plan: parte de un cuidadoso proyecto de adoctrinamiento para preparar las mentes del público para un movimiento político. Solo por esa razón merecía la pena de ser estudiado. Aparté el recorte y anoté que debía discutirlo con Harry Yaffa y Mel Adams. Hice que Anne Beldon telefoneara a casa y le pidiera a George Groton que se nos uniera en la conferencia y que trajera consigo las notas básicas de sus conversaciones en las pagodas.

Una vez que hube terminado con los papeles más urgentes y redactado los cables del día, ya faltaban solo quince minutos para las dos, el tiempo justo para un bocadillo, una taza de café y una revisión rápida de los temas de la conferencia. Sabía lo que necesitaba en este momento: una detenida exploración de todas las posibilidades que se nos abrían y una discusión franca de sus soluciones; incluso aquellas que a primera vista parecieran ir en contra de nuestros intereses. Otro asunto diferente era si podría conseguir lo que deseaba. El Servicio es notoriamente ingrato con los hombres de mentes originales y convicciones fuertes, y es difícil pedirle a un hombre que arriesgue toda una carrera por una afirmación impopular. Tampoco estaba seguro de que alguno de los miembros de mi personal (con excepción de Groton) tuviera la suficiente confianza en mí como para arriesgarse a mi lado.

Por lo tanto, las primeras palabras eran las más críticas, y las preparé cuidadosamente:

—… Señores, esta tarde deseo comprometerles a todos en un ejercicio teórico. Deseo exponer ante ustedes algunos puntos y pedirles que exploren sus consecuencias en abierta discusión. La conferencia no será grabada y no se espera que nadie asuma responsabilidad personal por las opiniones que se expresen por muy extremas que sean. Si alguien desea pronunciar un elogio de Ho Chi Minh o de Chu en Lai, puede hacerlo con toda confianza. La finalidad de esta conferencia es aclarar mi propia mente y darme la oportunidad de obtener una visión lo más amplia posible de la situación en que ahora nos encontramos. Un punto final. No existirá un orden predispuesto de discurso, y si desean debatir todos a la vez, estaré dichoso de que así suceda… Ahora, la primera proposición: Los franceses proponen que Vietnam del Sur sea declarada zona neutral. Supongamos que estamos de acuerdo con esta proposición. ¿Podría hacerse? ¿Cómo podría llevarse a cabo? ¿Y cuáles serían sus consecuencias?

Siguió a continuación una pausa breve y embarazosa, mientras se observaban entre sí y esperaban a que alguien abriera la discusión. Finalmente fue George Groton quien habló.

—Soy el menor, de manera que si lo desean seré el primero en salir a la pista de baile. Vietnam del Sur podría declararse neutral mañana mismo por una simple afirmación y petición a las Naciones Unidas de una garantía de su neutralidad. Luego se nos pediría nuestro retiro. Se entra en negociaciones con Ho Chi Minh para finalizar la guerra y detener la infiltración de tropas y equipo militar. El Gobierno de Vietnam del Sur queda entonces libre para entrar en relaciones diplomáticas y económicas con Oriente y Occidente.

»Acto seguido —dijo el agregado militar—, Ho Chi Minh niega toda responsabilidad por lo que pueda acontecer en Vietnam del Sur mientras secretamente continúa fomentando la rebelión. El Vietcong se hunde bajo tierra momentáneamente y emerge de nuevo como protesta popular contra la tiranía local. Resultado, una guerra civil, como la que se tiene en Laos.

—Sigamos con la discusión —dijo Mel Adams calladamente—. Hay una rebelión. Cung es depuesto… lo que puede suceder de todas maneras. No está absolutamente claro que el próximo Gobierno sea marxista. Ciertamente no será prochino, porque el Vietnam no desea ser el títere regalón de China. Ambas mitades del país tendrían ejércitos entrenados que evidentemente se unirían en contra de una agresión militar china. Incluso con un gobierno marxista o casi marxista en Camboya y Laos y en el Vietnam, no existe

evidencia de medidas expansionistas, por ejemplo, contra Tailandia. Creo que el reverso sería más real. El pueblo está cansado de la guerra. Me parece que se dedicarían al mejoramiento económico bajo un sistema marxista.

—¡Y entonces se vende a tres millones de cristianos! —Esto partió del segundo secretario, un individuo severo, enérgico, de cabellos cortados militarmente y pesadas gafas—. ¿Se vende a los millones de refugiados que vinieron del Norte para establecerse después de la partición? ¿Se abandonan los programas de autoayuda y de educación en los villorrios y se permite que vuelva la confusión?

—No creo que se trate de vender a nadie —insistió Mel Adams obstinadamente—. Sí, habría confusión, pero al menos sería por una autodeterminación (o por lo que decimos que sea). Desde mi punto de vista, los elementos militares están bastante bien repartidos y hay bases profundas para una cooperación económica entre el Norte y el Sur.

—Creo que todo esto es pura teoría —dijo Harry Yaffa bruscamente—. Tomen dos elementos: un movimiento revolucionario local y la enorme presión exterior de China. Observen la tensión y fuerza de esa presión: desde el mar del Japón al golfo de Tonkín, desde Mongolia Exterior hasta los Himalayas y el desierto de Takla Maklán… ¿Creen que puede contenerse con una declaración de neutralidad y una mezcla de tropas de las Naciones Unidas en el paralelo diecisiete?

—¿Cree que puede ser contenida por veintidós mil consejeros militares en Vietnam del Sur?

—Por cierto que no. Ha sido contenida por los rusos en el Norte, por la Séptima Flota y la amenaza de la bomba atómica.

—Lo que continuaría existiendo.

—Sin la base que ahora tenemos en el territorio asiático.

El antagonismo entre los dos hombres estaba apareciendo nuevamente y amenazaba con arruinar la conferencia. Interpuse otra pregunta:

—¿Podríamos eliminar la presión china mediante su reconocimiento diplomático, el retiro del embargo comercial y el voto de su admisión en las Naciones Unidas? ¿Podríamos entonces considerar cualquier revolución local como brotes aislados y que fueran aceptados como tales a su, debido tiempo?

—¡No! —dijo Yaffa, tajante—. El marxismo es una filosofía expansionista.

—No se puede matar una filosofía.

—¿Y qué, señor? ¿Hay que aceptarla?

—Quizá se tenga que vivir con ella.

—¿Coexistencia pacífica? Esa es la posición de Krushchev. Pero China no la acepta. China proclama la antigua línea de Stalin…, guerra inevitable.

—Stalin ha muerto, Mao Tsé-tung y Chu en Lai son viejos.

—Pero China aún necesita las escudillas de arroz y desea tener una vía marítima hacia África.

—¿Y no pueden obtenerlas mediante el comercio libre con los países asiáticos neutrales?

—¿Puede garantizar que solo se contentará con eso?

—Al menos Hong Kong representa un acuerdo en vigencia y que ha dado resultados.

La discusión continuó girando en torno a la mesa por otros veinte minutos y era evidente que jamás se llegaría al final. Así, pues, propuse una pregunta más específica:

—Dada la posibilidad de que continuemos en Vietnam del Sur (¡y esa es una decisión que debe tomar Washington!); dados nuestros problemas con Cung y los budistas, ¿cuándo podríamos apoyar un cambio de Gobierno?

—Lo antes posible —dijo Yaffa lisa y llanamente—. A no ser que desee que los budistas comiencen su propia revolución. Ya se corre la noticia de una posible división en el Ejército y la formación de una tercera fuerza para luchar contra el Vietcong y contra el presidente a la vez. Por cierto, es un sueño, porque si lo hacen, la tercera fuerza no dispondría de dinero y municiones al cabo de un mes. Inevitablemente tendrían que unirse al Vietcong.

—Yo opino que no apoyemos a nadie —dijo Mel Adams—. Forcemos a la oposición a comprobar su propia cohesión. Y reservemos nuestro derecho de reconocer o no reconocer un nuevo Gobierno *de facto*.

Esto provocó un nuevo fuego cruzado de opiniones y una vez más se comprobó que mi personal estaba dividido en partes bastante iguales entre Adams y Yaffa. En todo caso, se inclinaba un poco en favor de Yaffa como el hombre que disponía de más información y, por lo tanto, debía ser más realista y más práctico. En el mejor de los casos, era una proposición dudosa y me preocupó el hecho de que la mayoría de mis hombres estuvieran dispuestos a aceptarlo como un hecho indiscutible. Entonces, George Groton entró en la discusión como un verdadero dilema para Harry Yaffa.

—Hay algo que me gustaría tener claro. Estamos de acuerdo en que cualquier nuevo Gobierno descansaría casi en su totalidad en el apoyo budista y probablemente quedaría compuesto por una mayoría de generales budistas. ¿Correcto, señor Yaffa?

—Sí, eso es más o menos.

—Pero me parece que la opinión budista en las pagodas está fuertemente a favor del neutralismo. De manera que ¿no está apoyando usted lo que había condenado en primer lugar, es decir, un régimen neutralista o potencialmente neutralista?

Yaffa enrojeció y respondió:

—Un régimen militar neutralista sería una contradicción de términos.

—Pero el budismo está naturalmente inclinado a la reconciliación de las oposiciones.

—Eso es teoría. En la práctica es otra cosa.

—¿Hasta qué punto? Si el régimen de Cung no es estable se debe a que los budistas están meciendo el buque. ¿No podrían ellos menear su propio buque en la misma forma…, con o sin generales?

Era un punto bien cogido. Deseaba que gozara de su victoria. Así, pues, interrumpí nuevamente la discusión y pasé de mano en mano el recorte de periódico enviado desde París. No hice comentarios al respecto, simplemente les invité a emitir sus opiniones. La mayoría se inclinó a desecharlo como una banalidad provocativa, pero Harry Yaffa frunció el ceño mientras leía el artículo y luego dijo:

—Señor, me gustaría cavilar un poco más sobre esto y revisar mis ficheros. Como simple procedimiento, mantenemos un fichero de los periodistas en visita y quizá tenga algo sobre este Claude Gemelle… He notado algo muy curioso últimamente. Desde que comenzaron los desórdenes budistas, los corresponsales locales han sido muy hostiles a Cung. De manera que ha comenzado a entregar sus declaraciones a visitantes que llegan por la escalera de incendios: representantes de la Prensa católica extranjera, escrita res de revistas y articulistas de extraños periódicos que entran y salen de Saigón en busca de temas. Cung es un hombre que habla libremente, pero siempre mide *sus* palabras. Entonces, si dijo esto, o algo parecido, quiero conocer el verdadero texto.

—Creo que tenemos cierta información al respecto —repliqué.

Le pedí a George Groton que informara de sus visitas a las pagodas y que se refiriera especialmente a la conversación sostenida con el francés, Armand Leroux. Esto provocó un nuevo fruncimiento del ceño en Harry Yaffa y un enarcamiento de cejas por parte de Mel Adams, pero ambos escucharon en silencio hasta que Groton terminó su narración. Entonces, Mel Adams meneó la cabeza en un gesto de desaprobación.

—Es interesante, señor, pero incompleto. No creo que podamos basar ninguna estrategia en ello.

—Sé que la información es incompleta —dijo Groton ansiosamente—. Pero me parece que necesitamos saber mucho más de los budistas que lo conocido hasta el momento. Especialmente si se nos pide que cambiemos el Gobierno en favor de sus intereses. He leído todos los informes disponibles. Hay demasiados vacíos y algunas faltas graves de exactitud.

—Creo que el señor Groton ha efectuado un buen trabajo. —El tono de Yaffa fue estudiadamente sin inflexiones—. Creo que debiera continuar en la búsqueda de valiosas informaciones debido a sus antecedentes especializados. Sin embargo, señor embajador, si desea que continúe, debiera ponérsele al tanto de los riesgos.

—¿Cuáles riesgos en particular, señor Yaffa? —Armand Leroux, para comenzar. Habla como un francés, pero de hecho es de Georgia… Un agente que hace tiempo que ronda por estos lados.

—Entonces, ¿por qué el Gobierno le permite que trabaje sin estar controlado?

—Porque trabaja para mí, señor embajador. Pero también recibe dinero de los franceses y de los rusos. Comparte la información que obtiene y recoge ganancias de todos nosotros. Pero cuando un aficionado como el señor Groton comienza a meterse en el negocio, Armand Leroux estaría dichoso de poder recoger un beneficio a su costa, también.

—¿Y eso significa qué?

—Secuestrar al señor Groton. Es el deporte favorito de estos parajes y una gran victoria moral para el Vietcong. Pasean a la víctima en una jaula o atada a una vara, como un cerdo, para impresionar a los campesinos… No exagero. Tampoco quiero que abandonen el proyecto. Pero, señor embajador, sugeriría que sería mucho mejor que lo aleccionáramos un poco…, y también que le protegiéramos. Después de esta mañana, no podemos eliminar la posibilidad de un asesinato.

Sus palabras eran muy razonables y no estaba dispuesto a entrar en discusión con él. Estuve de acuerdo… sin que por esto dejara de tener una segunda intención: que el arreglo me permitiera disponer de una pequeña infiltración en las actividades secretas de Harry Yaffa. Aún quedaba una pregunta por responder:

—Señor Yaffa, ¿existe alguna conexión entre el informe del periódico de París y las opiniones expresadas por Armand Leroux?

—No lo sé —dijo Yaffa dubitativo—. Pero intentaré descubrirlo. Déjelo por mi cuenta algunos días. Le informaré en cuanto tenga algo definido.

Y en ese punto, luego de unas breves palabras de agradecimiento, cerré la sesión. Mis conocimientos solo habían aumentado en la seguridad de que Harry Yaffa y Mel Adams eran los mejores profesionales que tenía y que George Groton probablemente llegaría a igualarles, y que yo mismo jamás podría abdicar a la dura soledad de la decisión ejecutiva.

Los cócteles de las Embajadas son un mal necesario en mi oficio. Agudizan la memoria, la cortesía y la digestión. Conducen al escándalo, a caídas y a los celos entre las mujeres. Aún no he conocido a ningún diplomático que le gusten realmente… y, sin embargo, nadie ha inventado aún un vehículo mejor para ese especial comercio de insinuaciones, secretos, advertencias verbales y tratos no oficiales que es el dialecto de la diplomacia. Porque es normal que uno se aburra, se puede ignorar lo que no se desea escuchar. Se exige que uno circule, de manera que uno puede escaparse de una transacción o de una discusión. Debido a que la fiesta siempre se efectúa al final de un día de trabajo, uno tiene el derecho de estar cansado y retirarse a algún rincón privado para terminar un negocio o liquidar una disputa.

Pero incluso dentro de este marco de costumbres y convenciones, existen ciertas variaciones interesantes. Por ejemplo, los franceses cultivan la agilidad de palabra y las prendas de vestir a la moda, pero pueden indigestarse con canapés y bebidas. Los indios sirven cosas incomibles y son o demasiado *snobs* o demasiado obvios en la conversación. Los suecos, cuando están sobrios, son estudiadamente formales, y los japoneses, que beben noblemente en una fiesta de *geishas*, pueden transformar un cóctel en un. Drama Kabuki en un abrir y cerrar de ojos. Los thais son flexibles, de buen humor y endiabladamente difíciles de arrinconar, mientras que los americanos son fluidos, volubles y ocasionalmente del todo sordos. Los sudamericanos son tan increíblemente elegantes que uno piensa si todo el fondo de ayuda se lo gastan en vestir a sus mujeres o a sus amantes. Pero solo los ingleses han logrado un arte maravilloso del aburrimiento y toda una literatura de la frase no pronunciada y de la reserva educada. Generalmente su comida es mediocre, sus bebidas no se pueden probar y su recepción es tibia. Uno no llega; uno cae en *la* fiesta. No se habla; se charla. Uno jamás es mimado, pero tampoco se siente incómodo, de manera que al finalizar la velada es facilísimo rendirse a la ilusión de domesticidad y revelar los secretos de Estado al hombre de gran encanto, noble pecho y sonrisa de Mona Lisa.

En los trópicos, los ingleses tienen un encanto especial y seductor. Por alguna extraña reacción genética, causada por el cambio del medio ambiente, florecen mientras otros se marchitan. Su corrección va muy de acuerdo con la

sutileza asiática, y el inglesismo con que se rodean tiene un tono muy propio: como los Alabarderos del Cambio de la Guardia. Así, pues, después de un día bastante dramático, no me disgustó rodearme de la hospitalidad de mi colega británico. Obviamente no era un peso pesado, ya que de otra forma jamás habría sido relegado a un cargo donde la influencia británica era mínima; pero era un gran conocedor y muy penetrante. Me presentó a sus invitados rápidamente, me puso un trago en la mano, me susurró algo sobre una conversación en privado más tarde y me dejó solo con un chino de Taiwán con rostro de jugador de póquer y un italiano que se parecía a Dante Alighieri.

Descubrí que se me consideraba una especie de celebridad. Podrían haber, y de hecho habían, muchas reservas en cuanto a mi misión diplomática: pero el haber sido bombardeado en público…, *ecco!* ¡Esto en sí ya era tener una reputación! También era un pasaporte para el favor de las damas, algunas de las cuales eran hermosas y, al parecer, ninguna disponible. Entonces, de pronto, con demasiada rapidez, la cortina se corrió y las hormigas se abalanzaron sobre el queso.

El hombre de Malasia preguntó insistentemente sobre las actitudes americanas respecto de Indonesia y su política de confrontación. El thai hizo un silencioso comentario sobre la situación budista y expresó su franco temor de las tendencias neutralistas en Vietnam del Sur. El alemán deseaba saber cómo podría interpretar el retiro del personal militar y si debía aconsejar a los inversionistas alemanes que se mantuvieran alejados de Saigón. El japonés estaba preocupado por las finanzas porque su pueblo estaba construyendo buques para la Armada del presidente Cung. El laosiano tenía algunas quejas que hacer de Harry Yaffa y la CIA mientras que el danés, que solo disponía de una legación, hablaba de las plumas de pato (para rellenar las almohadas de Europa) y las minas en el canal de Saigón (¡que podría darse el caso que no pudiera exportarlas!).

El francés, que obviamente imitaba a *le grand Charles*, se mantuvo aparte e irónico mientras las clases menores presentaban todas sus interrogantes; luego me condujo a un rincón y me ofreció una conferencia bien preparada sobre los errores cometidos en Dien Bien Fu y la ilusión de una solución militar para Vietnam del Sur. Si hubiera sido menos sutil y se hubiera mostrado menos superior, como lo hizo en forma tan patente, quizá podría haberle escuchado. En cambio le devolví la mano con otro discurso acerca de los métodos de negociaciones seguidos por los franceses, las actividades de los agentes franceses y el peligro de ayudar a una nueva revolución después del lamentable error que habían cometido con la primera. Para sorpresa mía,

lo tomó con mucha calma y a continuación me ofreció mi horóscopo en palabras breves y precisas:

—… Querido colega, permítame decirle lo que va a suceder. Iré más lejos aún. ¡Le haré una apuesta… cien dólares! ¿Usted cree que el presidente Cung cederá ante sus presiones? ¡No lo hará! ¡No puede! Es un santo jansenista que ha jurado defender, el último bastión del cristianismo en Asia. Desconfía de los budistas…, y no sin razón. Por lo tanto, jamás podrá llegar a un entendimiento con ellos, porque ellos no se lo permitirán. ¿Y entonces? Usted se verá obligado a unirse a aquellos que desean derrocarle. Oh, sí, le harán grandes promesas de unidad, disciplina y todo el resto. Pero no podrán cumplir con sus promesas. ¿Por qué? Porque estarán demasiado ocupados repartiéndose la tarta entre ellos. La guerra continuará arrastrándose durante seis meses, o un año, y su Congreso le obligará a intervenir para terminarla. Aún estará obligado a la neutralización, pero tendrá que hacer un peor negocio del que puede hacer ahora… el que Cung ya está meditando. ¡Puede creerme!

—Es extraño. Esta misma historia ya la he escuchado tres veces en otros tantos días…, pero siempre de labios franceses.

—Entonces la fuente de información está teñida… ¿no es eso? ¡*Eh, bien*! La apuesta sigue en pie si quiere aceptarla.

—La aceptaré… Y también revisaré el informe.

—Perderá, amigo mío. Porque tiene que perder. ¡Oh, ya sé que nosotros también cometimos nuestros errores aquí! Y los hemos pagado muy caro. Pero ustedes aprenden con mayor lentitud que nosotros. Nadie puede detener una revolución en Asia. Crece desde la misma tierra como los árboles en las ruinas de Angkor: esos árboles que engulleron la ciudad y crecieron entre sus escombros. Quizá se pueda desviar un poco, pero a fin de cuentas se llega a negociar con ella…

¡Recuerde! ¡Los ejércitos murieron y los elefantes murieron y las armas se oxidaron, y al final los árboles terminaron con la ciudad!

Con estas palabras se alejó y me dejó observando el jardín y las formas hostiles de los mangos.

Luego la voz suave de mi anfitrión me sacó de mis sueños.

—Un tipo inteligente, ¿verdad? Bastante agradable cuando quiere. Pero quizás un tanto intenso, ¿no diría usted?

Los días siguientes los viví en otro mundo: el mundo de los combatientes, del soldado de infantería, del piloto de bombarderos, de las tripulaciones de helicópteros y los veteranos solitarios y conocedores de la selva a cargo de las misiones especiales. Viajé en transportes, helicópteros armados y «*jeeps*». Caminé por lodazales rojizos, por rastrojos y tierras arenosas de los ríos de montaña. Una escolta de cazas me acompañó hasta las proximidades del paralelo diecisiete y sobre las cumbres de las montañas observé los dominios de Ho Chi Minh. Sobrevolé las fronteras de Laos y Camboya, donde los ríos corrían hacia el Oeste hasta que el poderoso Mekong les obligaba a desviarse hacia el Este para entregar sus aguas al Mar del Sur de la China. Los nombres de las localidades daban forma a una melodía oriental cansina que apagaba el ruido de los motores: Huong Hoa, Bau Don, Budop, Quan Loi, Tanchau, Chaudoc y Mui Ca Mau.

Dondequiera que fuese me rodeaban las armas: en el aire los cazas, en la tierra la Infantería y las tropas armadas y los helicópteros revoloteadores. El general Tolliver no deseaba arriesgarse. Yo era el representante de los Estados Unidos, el hombre señalado por el presidente: una presa de incalculable valor para cualquier jefe de guerrillas con la audacia suficiente como para intentar mi captura. En los helicópteros me vistieron con un chaleco a prueba de balas y me pusieron una placa de acero bajo las asentaderas para protegerme la espina dorsal y los órganos genitales contra los disparos hechos desde tierra y que podrían traspasar la delgada cubierta del helicóptero.

Estuve en un campo de prisioneros e inspeccioné la colección de armas: de China, Praga y Rusia, y aún más siniestro, de nuestra propia fabricación. Vi cuerpos de guerrilleros del Vietcong tendidos al sol mientras las moscas se alimentaban de sus heridas. Eran pequeños, morenos y estaban muy maltratados, pero eran musculosos y bien alimentados. Las instrucciones que llevaban en sus uniformes eran exactas y profesionales. Eran soldados duros, entrenados y hábiles en las tácticas de esta guerra sombría.

En una aldea de montaña rodeada de tribus primitivas, con sus mujeres semidesnudas, hablé con un subteniente que les estaba entrenando en operaciones de búsqueda y limpieza contra los atacantes del Norte. Siempre con Tolliver a mi lado, pasé por villorrios fortificados rodeados de muros de barro con pinchos de bambú. En sus humildes dispensarios se vacunaba a los niños contra la viruela y el cólera, mientras unos muchachos americanos, casi recién salidos de la Universidad, les enseñaban a enterrar los desperdicios, a

drenar los pantanos, a cultivar el camote (patata dulce) y la escila roja; esta última para combatir las ratas que infestaban sus cultivos.

Comprendí en forma directa los problemas del mando militar dividido, los celos de los jefes locales y de los gobernadores provinciales y las frustraciones de los oficiales en campaña cuyo frente en combate era el siguiente arrozal y que quizá tendrían que esperar diez horas por refuerzos porque las comunicaciones radiotelefónicas de las aldeas no funcionaban, o porque los milicianos de la zona no se atrevían a salir de noche por temor a los espíritus que rondaban la selva.

En Cai Nuoc, presencié los horribles restos de un ataque del Vietcong: un montón de cuerpos calcinados (hombres, mujeres y niños) y veinticinco sobrevivientes, en estado lastimoso, de una guarnición de cien hombres. Fue una lección brutal de la naturaleza de esta guerra y una acusación directa a las intrigas y a la incapacidad de la política. ¡No era raro entonces que los aldeanos y campesinos quisieran arreglar la situación a su modo…, y al infierno con los generales y los mandarines!

Sin embargo, esta era solo una parte de la historia. A pesar de todas sus inhibiciones personales, Phung Van Cung, en menos de diez años, había logrado montar una base para la reconstrucción de su país. E incluso ahora, en medio de las desgracias de una guerra, estas bases no caían. La agricultura mejoraba y se extendía el comercio y la industria. Se enseñaba medicina social en cada villorrio, y la comunicación pública por medio de la Radio, periódicos y las máquinas multicopistas llevaba a los campesinos a ponerse en contacto más estrecho con el siglo XX. Sus métodos eran enérgicos, pero no más enérgicos que los de Ho Chi Minh, quien anteriormente había sido su colaborador. Si existía corrupción y especulación en las altas esferas, la Administración pública, al nivel de los pueblos, estaba basada sólidamente en el sistema familiar y, para Asia, era de una notable eficacia. El viet era un buen combatiente si se le entrenaba en forma apropiada, se le equipaba adecuadamente y era conducido por oficiales disciplinados. No carecía de valor, solo de confianza en sus comandantes y en la buena fe del Estado Mayor. Era, por otra parte, un buen improvisador. Vi carabinas y pistolas e incluso una copia de un Lee-Enfield forjadas en las herrerías de las aldeas. También encontré que era para enorgullecerse la calidad de nuestros propios combatientes y la dedicación de los miembros de nuestra Misión de Ayuda y las unidades esparcidas de nuestras Misiones de Operaciones que compartían la vida del pueblo y que les llevaban el conocimiento de una técnica más evolucionada con grandes riesgos y en durísimas condiciones.

Después de la cena, cada noche, me sentaba con el general Tolliver y sus comandantes y revisaba con ellos los acontecimientos e impresiones del día. Fue una experiencia maravillosa escuchar las palabras de estos hombres (todos veteranos) y sentir su simpatía y comprensión hacia las personas que debían servir. No eran cínicos…, aun cuando Dios sabe que tenían razón para serlo. Tenían sus quejas: que las operaciones militares eran impedidas por las presiones políticas; que las operaciones nocturnas eran frustradas y que los gobernadores provinciales se negaban a colaborar con el comandante militar, que el presidente Cung no soportaba las listas de bajas y no deseaba montar operaciones de ataque constantes y fuertes. Pero entre el pueblo eran bien recibidos y se les trataba con afecto y ellos sobrepasaban en mucho los esfuerzos que les imponían sus contratos militares.

Al comienzo, el propio Tolliver se mostró reservado, ya que desconfiaba por naturaleza de todos los políticos. Pero en el curso de nuestro viaje se fue abriendo paulatinamente a mí y yo a él. Tenía su propio resentimiento: que con demasiada frecuencia se le había obligado a pronunciar profecías militares para satisfacer al Pentágono y a los senadores de visita. Desde su punto de vista, todas esas profecías carecían de significado. En tanto estuviéramos dispuestos a traer hombres y equipo y en tanto mantuviéramos el poder aéreo y la Séptima Flota, podríamos soportar por mucho tiempo la operación militar en Vietnam del Sur. Pero al final no se vislumbraba y no se montaría una acción en escala mayor; y, ciertamente, no había esperanza de una victoria. Expresó una opinión muy interesante que registré en detalle en mis notas:

—… Lo que todo el mundo olvida es que encaramos a uno de los mejores estrategas militares de los tiempos modernos: el general No Nguyen Giap. Este es el hombre que montó el escenario (sí, literalmente, montó el escenario) del colapso de Dien Bien Fu. Conocía la debilidad tradicional de los franceses de organizar una batalla definitiva y dar el golpe mortal. Así, entonces, dejó que De Castries reuniera doce mil hombres a lo largo del valle del río, con dos aeropuertos en el centro. Tenían todo lo necesario; comunicaciones aéreas, artillería pesada, tanques… ¡Todos los elementos! Sabían también que Giap no disponía de artillería y que le escaseaban los suministros. Todo lo hacía aparecer como una retirada obligada. La acción clásica, decisiva, única…, y luego el golpe final. Pero los franceses no contaron con los chinos. Le entregaron doscientos cañones de campaña al general Giap. Este los hizo desmontar y los hombres los llevaron a hombros pieza por pieza a través de senderos abiertos en la selva. ¡Alcanzaron a

avanzar cincuenta millas al día! Para alimentar a sus tropas, Giap organizó un relevo de coolíes que transportaban cada uno seiscientas libras de arroz en sus bicicletas… Instalaron los cañones en las pendientes que rodeaban Dien Bien Fu, se infiltraron entre los puestos de avanzada francesa y formaron un anillo de sesenta mil hombres cercando el valle. ¡Entonces llegaron las lluvias y los franceses no pudieron moverse…! Todo terminó al cabo de sesenta y seis días… Ahora, el mismo Giap conduce la guerra contra Vietnam del. Sur. ¡Para él es la misma guerra porque Phung Van Cung es un títere del imperialismo americano! Pero Giap es demasiado hábil como para recurrir a la misma estrategia anterior. Sabe que tampoco nos engañaría con ella. Incluso su audacia llega hasta tal punto que anuncia su nueva, estrategia. Ya la escuchó anoche por la Radio de Hanoi… «El enemigo cambiará lentamente de la defensiva a la ofensiva y quedará atrapado en un dilema: tiene que prolongar la guerra para ganarla, pero no posee los recursos psicológicos o políticos para prolongar esta guerra durante mucho tiempo…». Observe lo que dice en esas pocas palabras. Sabe que nuestros recursos físicos son casi limitados. Pero políticamente el país está ya muerto…

—Y esta es la razón por la cual Phung Van Cung se esté refiriendo siempre a la psicología del pueblo.

—Exactamente…, y la verdadera tragedia es que podemos hacer muy poco en este campo psicológico y en el político. Porque aún no los comprendemos a la perfección.

—Pero ¿Cung los comprende?

—La psicología, sí. Pero la política le derrotará.

—Entonces, ¿quién podrá hacerse cargo de la política a tiempo?

—Los políticos, no —dijo Tolliver con una sonrisa—. ¡Mírenos! Aún se está librando la última batalla de nuestra Guerra Civil sobre el asunto de la disgregación. ¿Y quiénes son los que prolongan la lucha? Los mismos que hemos encontrado aquí. ¡Políticos, traficantes de cargos públicos y señores con portadocumentos…! ¡Vamos a dormir, señor embajador! Al amanecer volveremos a Saigón.

Esa noche no pude conciliar el sueño, escuchando el croar de las ranas en los arrozales vecinos y el paso medido y tranquilizador de los centinelas. Había tenido la esperanza de que esta gira por los campos de batalla me diera un nuevo punto de vista sobre la crisis. En cambio, encontraba que todos los puntos de vista convergían en la misma persona y en el mismo problema: Phung Van Cung, y si podría mantenerse en el poder el tiempo suficiente para dar término a la obra que había comenzado tan bien.

Ahora había presenciado su problema personalmente. Y también había visto el tamaño monumental de su plan de desarrollo para este país. Era un hombre organizador y en el campo mismo era más fácil admirar su trabajo que en los confines de una ciudad sofisticada y desilusionada. También, en el campo, el conflicto entre cristianos y budistas era menos aparente. En algunos lugares no existía conflicto alguno debido a la simplicidad, ignorancia y, ocasionalmente, la caridad tanto de monjes como misioneros. Sin embargo, una cosa me había quedado muy en claro. A no ser que el propio Cung estuviera dispuesto a mostrarse ante su propio pueblo, atraer lealtad a su persona, entonces, toda su maquinaria de control y desarrollo no le valdría de nada. Podría inmovilizar momentáneamente los hombres fuertes que se le oponían, pero nada podría construir en base a hombres secundarios que no atraerían a las comunidades del país ni a las diferentes razas que constituían el total de la población.

¿Y entonces? Yo era quien mantenía en equilibrio la balanza. Estaba dispuesto a lanzar mi peso en favor de Cung. Pero desconfiaba de mí y rechazaba mis consejos. Y sobre todos nosotros se cernía la sombra del general Giap, el ajedrecista maestro que desde el Norte dominaba todo el tablero, sabía quiénes eran los peones y cuáles eran los alfiles estúpidos y cuándo caerían las torres ante su paciente estrategia. Legalmente, mi posición era muy clara. No tenía ningún derecho a juzgar a Phung Van Cung ni a pronunciarme sobre su futuro político. De hecho, la presión de los acontecimientos y de las circunstancias me estaba obligando a tomar una posición de árbitro de su destino. Era a la vez juez, jurado, fiscal y defensor. Y también era su banquero. Pero ¿qué más podía pedir un banquero que una justa garantía por su dinero? Era su consejero, pero si no tenía libertad para rechazar mis consejos, entonces yo era el usurpador… Y, sin embargo, sin embargo…, no era ninguna de estas cosas. Era un servidor pagado de mi país; el agente de su política; fuera esta buena o mala. Pero mi presidente me había dicho: «Usted es más que un servidor y más que un agente. Usted es mis ojos, mis oídos y mi lengua. Confío en usted para que actúe en mi nombre y acepte tanto los honores del éxito como el castigo de los errores». Y así, entonces, me encontraba nuevamente en la Corte, y de mi veredicto dependía el destino de un hombre y de un país.

A gran distancia, del otro lado de los pantanos, escuché el repiqueteo de las armas de fuego. Luego vino el silencio, roto solamente por el croar de las ranas y el paso tranquilizador de los centinelas dentro de la alambrada.

Capítulo VIII

Volví a Saigón con un saco de anotaciones y un fondo de renovada confianza. Ahora, al menos, podría sopesar las informaciones que se me entregaban y también los hombres que las transmitían. Durante mi ausencia no habían sucedido movimientos mayores, pero el toque de queda se había retirado y numerosos monjes y estudiantes habían sido puestos en libertad. Radio Saigón y la Prensa controlada por el Gobierno habían lanzado una serie de ataques a nuestras sanciones, pero estos eran simples ecos del discurso de Cung ante la Asamblea Nacional y yo no estaba dispuesto a responderlos. Ya había comenzado la evacuación del personal administrativo y se esperaba tenerla terminada al cabo de dos semanas.

El presidente Cung había cumplido su promesa y me había enviado un extenso documento sobre la subversión comunista en las pagodas. Lo leí cuidadosamente y encontré que se trataba de un resumen muy competente si no completamente satisfactorio. Los hechos enumerados eran suficientes como para exigir cautela y justificar la vigilancia, pero las conjeturas eran demasiadas como para justificar una represión en gran escala de todo el *Sangha*. Se daba demasiado énfasis a los desórdenes y a las reuniones públicas, que eran instigadas tanto por la brutalidad policial como por la actividad subversiva. Los cargos contra Harry Yaffa y la CIA estaban expuestos en todo su alcance, pero las evidencias que los afirmaban eran muy vagas, para decir lo menos; mientras que algunos estaban basados claramente en confesiones obtenidas por la fuerza.

Le entregué el informe a Mel Adams, quien llegó a la misma conclusión. Harry Yaffa también lo leyó; pero él tuvo una opinión diferente.

—Señor embajador, Cung y sus muchachos saben bastante más de lo que admiten. Deliberadamente se han expresado en forma vaga sobre nuestras actividades y los agentes que mencionan son los de menor importancia.

—Entonces, ¿por qué se ha molestado en enviarme el informe?

—Creo que eso está bastante claro. Cung prometió enviarlo y tenía que cumplir su promesa o perder dignidad. Supongo que su servicio de seguridad armó un revuelo porque un informe real, en mis manos o en las suyas, podría comprometer a algunos de sus propios agentes. Su sistema de seguridad es un asunto que funciona en múltiples niveles y perderían más de lo que podrían ganar al ofrecer toda la información disponible.

—Como usted sabe, prometí enviar una copia de ese documento a Washington. ¿Tiene alguna objeción?

—Ninguna, señor embajador. Pero me gustaría agregar algunos comentarios.

No tuve objeciones a esto. Me interesaba descubrir las nuevas informaciones que me tendría Yaffa. Resultó bastante más de lo que me esperaba en tan poco tiempo.

—… En primer lugar, George Groton se marchó en avión a Hué al día siguiente de su partida. Le conseguí una presentación para el abad más importante de allí…, en forma bastante extraña, ya que fue el rector de la Universidad de Hué quien me la proporcionó, un clérigo católico que renunció a su cargo después de los primeros disparos y ahora está bajo custodia en la residencia del arzobispo de Saigón. Groton estuvo dos días en la pagoda y allí escuchó ciertos rumores sobre una organización llamada el Frente Nacional de Liberación de Vietnam del Sur. Esto coincidía con algunas informaciones recientes recibidas de Camboya. Durante un tiempo hemos sabido que Sihanuk se había puesto en contacto con los exiliados vietnamitas en París, y que, ayudado por los franceses, trataba de dar forma a un partido neutralista. Ahora ya tiene nombre.

—¡Los franceses otra vez!

—Así es. Pero en tanto permanezcan a cubierto y dejen que los camboyanos hagan la negociación, la organización neutralista podría acumular cierta fuerza local.

—¿Y la influencia comunista en Hué?

—No hay muchas evidencias. Groton informó acerca de un sentimiento neutralista potente, lo que es muy natural, porque Hué es la antigua capital cultural del país. Sin embargo, existe una oposición muy bien organizada al régimen de Cung y una propaganda muy activa en favor de un golpe de Estado.

—¿Conducida por quién?

—Por el general Khiet, el comandante del Cuerpo del Delta. Nació en Hué y procede de una antigua familia budista muy respetada.

—Entonces Groton se está desempeñando bien.

—Muy bien.

—¿Dónde se encuentra ahora?

—En Camboya, señor. Le dimos un pasaporte civil y un visado turístico y le sugerimos que podría echar un vistazo a las ruinas de Angkor y luego charlar con los budistas en Pnompenh. Podría tropezar con uno de los hilos que llegan hasta este país.

Esto sobrepasaba mis intenciones anteriores, pero no podía objetar sin demostrar un interés especial por Groton. De manera que dejé pasar el asunto. Yaffa continuó:

—También he comprobado esas noticias recibidas de París. Claude Gemelle es un periodista libre que llegó aquí hace un mes y estuvo una semana entrevistando a diferentes personas. No es un agente conocido. Algunos de los entrevistados son amigos nuestros y sus informes sobre ellos son sustancialmente exactos. Por lo tanto, existe la posibilidad de que las declaraciones de Cung también sean exactas.

—Exactas pero aún vagas.

—Así es, señor.

—Desde su punto de vista, ¿podría significar que Cung está dispuesto a entrar en negociaciones con el Norte si le presionamos demasiado?

—Podría ser.

—Fuera de un ataque de frente, ¿existe alguna forma para obligarle a repetir las declaraciones?

—He estado pensando en lo mismo. Pero, ciertamente, no las va a repetir ante la Prensa local… Y puede estar seguro de que no lo hará ante un diplomático.

—No estoy tan seguro de eso.

—¿Cómo es eso, señor?

Le referí mis conversaciones durante el cóctel con el francés y frunció el ceño con intranquilidad.

—No tiene ninguna relación, señor. Al menos, con los camboyanos o los exiliados o el Frente Nacional de Liberación.

—Podría tenerla, ¿sabe? ¡Observe la posición de Cung! Está amenazado por una revuelta de sus generales. Existe más que una simple conversación sobre una tercera fuerza que divida al Ejército. Y luego está el movimiento neutralista comenzado en Camboya y en París. Es una amenaza trilateral, de manera que Cung muy bien puede decidir entrar en negociaciones con el

Norte, como una solución desesperada, mientras aún tiene posibilidades de negociar.

—Pero si los franceses lo saben, y lo aprueban, ¿por qué están apoyando a los exiliados y a los camboyanos?

—¡Una maniobra…, una treta, si quiere! Otras presiones para que Cung llegue a un compromiso decisivo. Cualquier alianza entre el Norte y el Sur ofrece a los franceses una ventaja económica y diplomática… No creo que debiéramos eliminar esa posibilidad.

—Si es real —preguntó Yaffa, meditativamente—, si Cung está pensando en un tratado, ¿cuál sería nuestra posición? ¿Le permitimos continuar o dejamos correr el santo y seña y precipitamos el golpe de Estado?

—Eso es asunto de alta política. Tendría que referirlo a Washington. Mi opinión es que optarían por un golpe de Estado. Han gastado demasiado dinero y se han comprometido demasiado como para aceptar un tratado amistoso con el tío Ho.

—Entonces, sería mejor que este proyecto pasara a ser el número uno de nuestra gente.

—Hágalo así, señor Yaffa. Pero déjeles bien en claro que necesito hechos. No puedo actuar ni recomendar en base a conjeturas.

—Lo sé, señor. Haremos lo posible.

Y allí, por fuerza, quedó detenido este asunto. Sobre mi escritorio descansaban los papeles de cinco días y debía redactar un extenso informe sobre mi gira. Anne Beldon y yo trabajamos toda la tarde y parte de la noche y la montaña de papeles solo disminuyó a la mitad.

Después de todo lo que ha sucedido, me es difícil describir la relación que nació entre nosotros durante las largas horas de nuestro trabajo. Aún continúa en el Servicio y no me gustaría que fuera expuesta al escándalo. Y, sin embargo, ella forma parte de esta crónica. Existen ciertas mujeres que uno, incluso en momentos de pasión, no se atreve a entregárseles porque de inmediato exigen una posesión y un título de propiedad del alma tanto como del cuerpo. Cuando se les niega, se amargan y se transforman en seres agresivos porque dentro de sí no hay dulzura. Existen otras para quienes dar es la verdadera naturaleza del amor, y estas son las únicas con quienes es posible gozar de una intimidad mientras se mantiene una relación profesional. Los cínicos pueden sonreír si así lo desean y los charlatanes pueden susurrar tras sus manos; pero cuando uno ha conocido un amor profundo y lleno de satisfacciones (y tanto Anne Beldon como yo lo habíamos conocido), uno no desea verse acometido por las concesiones de una pasión efímera.

Manteníamos una gran corrección en público. En privado nos sentíamos a gusto y agradecidos del agrado que nos deparaba esta amistad. No reñíamos con palabras ni coqueteábamos con los sutiles gestos de la afectación. En ello había demasiado riesgo para ambos, aun cuando jamás mencionáramos estos riesgos.

Desde la muerte de Gabrielle me había transformado en un ser mezquino con mi confianza pero me abrí totalmente a Anne y ella me respondió con franqueza. Le relaté mis propios dilemas y mis temores y ella tuvo el tacto suficiente como para admitir que también temía por mí. Le hablé de mi afecto por George Groton y ella supo comprender el anhelo de un padre sin hijos que le continuaran. Ella también tenía este anhelo, a pesar de que había aprendido a dominarlo, sabiéndose mucho más vulnerable. Fue esta madurez afectuosa de corazón y mente lo que me atrajo hacia ella con mayor energía. Ella tenía aquello que los moralistas llaman una conciencia formada: una aceptación tolerante, fácil de las extravagancias del mundo, pero una visión clara de las que ella había cometido y que no deseaba volver a cometer. Tenía un humor ligero y un temperamento igualmente ligero, que lograba dominar casi en su totalidad. No era mojigata pero no cedía jamás a la vulgaridad de palabras que muchas mujeres de mundo adoptan por afectación.

¿Había tenido amantes después de la muerte de su esposo? Nunca se lo pregunté. ¿Estaba enamorada de mí? Sí…, a pesar de que cuando lo descubrí ya era demasiado tarde. ¿Estaba yo enamorado de ella? Ahora sé que sí y me maldigo por la pérdida de todas esas horas y las palabras que no se pronunciaron y este recuerdo decoroso y desvanecido que es lo único que ahora me queda. ¡Y continúo siendo un viudo de cincuenta y ocho años, un embajador demasiado enredado en la intrincada y peligrosa política como para jugar al conquistador y tener ligeras escenas de amor en el despacho de la Embajada! Pero tipos más nobles que yo y enviados y presidentes mucho más brillantes habían elegido otros caminos; ¿y eran mis laureles más verdes o mis triunfos menos vacíos porque me había negado a recoger las rosas en mi camino? Un hombre de mi edad no debiera nunca jugar con el amor. ¡Tomarlo o dejarlo! ¡Porque mañana es siempre un día demasiado tarde!

Inmediatamente después de mi llegada a Saigón ocurrió una serie de incidentes inconexos, cada uno de los cuales produjo una cadena de consecuencias fatales.

En la mañana del domingo, el día antes de la llegada de la Comisión de las Naciones Unidas, un monje budista de avanzada edad bajó de un coche frente a la catedral y se quemó a la vista y presencia de la congregación que

salía de la misa de diez. Resultado: más disturbios, más arrestos y el fin de la precaria tregua de Cung con los budistas.

En la noche del lunes, en Cholón, tiraron una granada dentro de un bar frecuentado por empleados vietnamitas y americanos. Murieron tres muchachas del bar, un paracaidista vietnamita y tres *marines* de los Estados Unidos. Además hubo más de una docena de heridos. Un *marine* salió tambaleándose a la calle herido en el estómago y le introdujeron rápidamente en una residencia de unos chinos, donde se le aplicaron los primeros auxilios en forma tan oportuna y eficaz que lograron salvarle la vida. Resultado: la oficina de relaciones públicas de Tolliver me llamó por teléfono y me sugirieron que la Embajada tendría que hacer un gesto de agradecimiento. La morada era la casa del chino Número Uno, ese personaje anónimo y elusivo de quien Mel Adams me había hablado apenas llegué a Saigón.

En vista de la importancia de la familia y con la esperanza, al menos, de entrar parcialmente en la hermética comunidad de los chinos, decidí hacer el gesto personalmente. Escribí una carta, que fue entregada por mano, en la cual expresaba mis agradecimientos y los del Gobierno por su acto de bondad. Pedía permiso para visitar al cabeza de familia y ofrecerle una muestra de mi gratitud. El mismo mensajero me trajo de vuelta una maravillosa misiva trabajada en madera cepillada que, en un vocabulario de perfecto mandarín, me invitaba a beber té a las cuatro del día siguiente.

Elegí el obsequio con mucho cuidado. Debía ser simple, precioso y, sin embargo, no demasiado costoso por temor a que provocara disgusto, confusión y una retribución demasiado cara. Finalmente me decidí por una pieza de mi propia colección: una hermosa jarra de loza fina enjoyada hecha por Nomura Ninsei de Awata en el siglo XVII. Armado de mi regalo y dos horas de estudio de los documentos sobre las minorías chinas en Vietnam, partí, con un nuevo chófer y Bill Slavich de compañía en el asíento delantero. No quería arriesgarse a otro atentado contra mi vida en los populosos barrios de Cholón. El chino Número Uno me recibió con anticuada ceremoniosidad. Era un hombre de edad y vestía túnica. Era una persona grave, compuesta y dotada de la dignidad natural del patriarca. Pronunció el discurso de costumbre sobre el honor hecho a su indigna morada y recibió mi obsequio con serena aprobación. Me presentó a sus hijos y a sus nietos y luego les despidió. Trajeron té que se sirvió en un estilo ceremonioso. Luego, después de una serie de cumplidos y de intrincadas aproximaciones, nos pusimos a conversar.

Mi buen anfitrión deploraba la violencia y los desórdenes de estos tiempos. Lamentaba el atentado contra mi vida y los daños infligidos a personas inocentes por los ataques de los terroristas. De este tema pasamos a los problemas de su propia gente y me los expuso en su contenido histórico.

—… Excelencia, este país fue una provincia de China durante mil años. Aun cuando la cultura de este país fue formada por China, todavía se nos considera enemigos tradicionales. La primera historia del Vietnam fue escrita por chinos. Nosotros introdujimos el uso del arado y el búfalo. Compartimos nuestro idioma y nuestras enseñanzas; nuestros oficiales se unieron a mujeres vietnamitas. Incluso cuando Le Loi fundó la dinastía vietnamita que se mantuvo durante tres siglos y medio, fundó un mandarinato basado en los modelos chinos; y este sistema permaneció hasta que los franceses se apoderaron del país…

»Durante la guerra japonesa vinieron aquí casi medio millón de compatriotas como refugiados e inmigrantes y siempre se han efectuado matrimonios entre nuestras mujeres y los hombres de la localidad. Como generalmente hacemos, nos transformamos en comerciantes y banqueros y, bajo el gobierno de los franceses, retuvimos la ciudadanía china y los derechos de apelar a China la protección de nuestros derechos especiales.

»En 1956, el Gobierno nos garantizó a todos la ciudadanía vietnamita. Pero esto fue más una obligación que una garantía. Si no aceptábamos la nacionalidad no podíamos dedicarnos al comercio, a la industria o a la agricultura. Aún disponíamos de cierta autodeterminación bajo las Asociaciones Administrativas Regionales… pero estas fueron abolidas en 1960. Nuestras escuelas quedaron bajo el control del Gobierno y se obligó la enseñanza del idioma vietnamita…

»Yo mismo veo todo esto como el crecimiento natural del nacionalismo en Asia. Algo similar ha sucedido en Tailandia, Indonesia y Birmania. No veo ningún provecho en combatir estas ideas, pero me ha costado muchísimo enseñar a mi pueblo el arte de la acomodación. Hay muchas críticas y abunda el descontento. También se violan las leyes… Y como ahora China es un Estado comunista, la lealtad de mi pueblo está siempre en duda…

Era una declaración franca, aunque incompleta, del problema de las minorías que plagaba todo el sudeste de Asia. No se refirió a las actitudes políticas de los estudiantes chinos jóvenes y frustrados y a la enorme atracción de una China unida y resurgente. No hizo mención de la emigración ilegítima y de la infiltración de agitadores comunistas. Nada dijo de las presiones, sobornos y pagos políticos a lo largo de todas las fronteras. Pero yo

estaba al tanto de estas cosas y el chino Número Uno sabía que yo no las desconocía; así entonces, la dignidad quedaba salvada y yo pude hacer una pregunta menos tendenciosa pero no menos importante:

—Usted es el líder de esta comunidad. Por todo lo que se me ha dicho, usted ha rendido un gran servicio al mantenerla unida, controlada y libre de compromisos políticos peligrosos. Me gustaría conocer su opinión personal acerca del presidente Cung y sus medidas políticas.

Consideró la pregunta unos instantes y luego dijo:

—Estamos bebiendo té en mi casa. Por lo tanto, esta es una conversación privada y confidencial, ¿verdad?

—Por cierto.

—Entonces, Excelencia, permítame decirle que si nuestro presidente fuera menos francés y más chino en sus puntos de vista lo haría mucho mejor. Como los franceses, es muy versado en todo el aparato autoritario. También lo somos nosotros. Pero comprendemos que el aparato solo es bueno en la medida de los hombres que lo conducen. Y que, a fin de cuentas, es el pueblo quien es aplacado. Yo también dispongo de mi propio aparato autoritario…, los grupos familiares, las sociedades secretas, las asociaciones de bien común; pero si yo, que soy un hombre viejo, aún estoy capacitado para gobernar, se debe a que siempre estoy disponible para mi gente… Como comprenderá, esta es la debilidad del presidente. No es conocido. Cualquier empleado de sus oficinas afirma hablar por él. ¿Cómo puede el pueblo comprender la diferencia?

—¿Es honrado?

—Sé que lo es. He hecho negociaciones con él y ha mantenido su promesa. Se ha sentado donde usted está ahora y hemos planeado buenas cosas para mi gente: hospitales, escuelas, protección de la Policía, oportunidades en la Administración civil. Yo le he ayudado a formar la Asociación Cultural Chino-Vietnamita y a arreglar la cooperación económica con Formosa. Jamás le he pedido más de lo que podía prometerme. Nunca he prometido más de lo que podía cumplir. Así nos respetamos mutuamente. No somos amigos. Pero es bien recibido en mi casa en cualquier momento.

—¿Cómo considera usted la acción tomada contra los budistas?

Se encogió de hombros e introdujo sus largas manos en las mangas de su túnica.

—Soy un confuciano a la antigua. Desconfío de las religiones porque encuentro que todas, sin excepción, llevan dentro de sí la semilla de la discordia y de la violencia. En algunas ocasiones producen santos, pero estos

siempre han sido los que se dedicaron al servicio, a las buenas obras y no a la discusión. Creo que el presidente ha cometido muchos errores, pero estos han sido cometidos por aquellos que veían un provecho político en ellos. Creo que podría cometer más, porque el aislamiento da nacimiento a la sospecha y la sospecha acaba en la acción violenta.

—¿Y qué piensa de nuestra política en Asia? Sonrió por primera vez y respondió a mi pregunta con otra pregunta.

—Excelencia, ¿desea que me conduzca educadamente o que le diga la verdad?

—La verdad.

—Entonces, la verdad, como yo la veo, es esta: No se puede ignorar a setecientos millones de personas. Tampoco se les puede encerrar en una jaula y negarles un comercio normal con el resto del mundo. Son demasiado antiguos para esto…, demasiado experimentados y demasiado orgullosos. Mis antepasados llegaron a este país en el tiempo de los Mings. Sirvieron como mandarines bajo el gobierno de Le Loi. Y yo aún sigo aquí (el chino Número Uno) en la segunda mitad del siglo XX. Esta es una continuidad monumental que no puede ser rota por la revolución interior ni por la presión desde fuera… Esta no es una cuestión política, una discusión temporal entre el confucianismo, el marxismo y la democracia americana. Esta es toda la historia de Asia que se escribe y se vuelve a escribir a sí misma cada día como el mar escribe en la arena…

Continuamos charlando, pero ya estaba dicho todo lo necesario. Cuando me puse de pie para marcharme, me ofreció su propio obsequio: un pequeño disco de jade transparente en una caja de sándalo recubierta interiormente de seda. Había unos caracteres en el disco, intrincados y hermosamente tallados y el chino Número Uno me los tradujo en el florilegio de Confucio.

«Aquel que ostenta un deber moral ni siquiera ante su maestro debiera ceder».

Dos noches después fui a cenar con mi colega australiano. Se deleitó en llamarla «una ocasión de tipo doméstico». Esperaba una velada aburrida, pero le debía una visita y estaba dispuesto a sufrirla. Para sorpresa mía, me encontré rodeado de una pequeña concurrencia de personas ingeniosas e irreverentes que, con perfecto buen humor, lavaron todo el almidón que llevaba en mi cuello y me hicieron sentirme como ser humano nuevamente. Estaba mi amigo danés (el de las plumas de pato y el problema del

embarque); el jefe de la Misión Militar australiana, que había pasado más de una década en guerra de guerrillas en Birmania y Malaca, pero cuya conversación no se apartaba del tema de las joyas y de los manuscritos pali y los colonizadores exóticos que aún florecían en lugares distantes. Había una morena atractiva, de poco más de treinta años, que debía sus entradas a unas pinturas al estilo de Picasso que vendía a los notables de Tailandia; y la esposa de mi colega suizo, quien, a juzgar por la cena, era graduada en el Cordon Bleu. Me sentaron entre la esposa del danés y la esposa del experto inglés en guerrillas; mientras frente a mí había un tipo de extremado buen humor que resultó ser un novelista peripatético de considerable reputación y cuyos libros yo jamás había leído.

Por primera vez se habló muy poco del tema diplomático; y me descubrí arrancado de mi soledad para contribuir a la conversación que iba de la cocina francesa a la porcelana verdeceledón, de Karl Barth a las extravagancias de un par de famosas estrellas de cine. Mi anfitrión estaba feliz de que la velada siguiera su propio curso y el autor era un hombre que sabía escuchar y quien soltaba las liebres y luego dejaba que la charla las persiguiera desde una docena de direcciones a la vez. Le pregunte qué estaba haciendo en este incómodo rincón del mundo y me respondió que hacía un estudio del movimiento ecuménico y las relaciones entre las religiones cristianas y no cristianas. Era católico, y los últimos acontecimientos en Vietnam del Sur le habían inquietado profundamente. Venía para hacer sus propias investigaciones. Era australiano de nacimiento y la Embajada le ayudaba en sus presentaciones. También era muy leído en Francia, y el presidente Cung le había concedido una entrevista y ofrecido otras fuentes oficiales de información. Estaba agradecido de esta cortesía, pero era lo suficientemente hábil como para darse cuenta de que Cung podría querer usarle para influir en el informe de la Comisión de las Naciones Unidas. Le pregunté si pensaba publicar algo de sus investigaciones. Me respondió que él era un novelista y no un periodista, y que quizá la novela tardaría dos años en tomar forma. Además, temía a los reportajes y no quería que su nombre se prestara a afirmaciones ligeras sobre un tema tan complejo. Después de las oleadas de reporteros internacionales y de sus oráculos semanales, su punto de vista fue tan refrescante como un atardecer. Logré arrinconarle durante el café y le pregunté directamente si podría hacerme un favor.

—Si puedo, con todo gusto.

—¿Cuándo será su entrevista con el presidente Cung?

—Mañana a las diez y media de la mañana. ¿Por qué?

—¿Estaría dispuesto a hacerle una pregunta que yo le indicaré?

—Sí.

—¿Y estaría dispuesto a transmitirme su respuesta?

—No. Me temo que no. —Su negativa fue, muy educada y sonrió al darla. Luego agregó—: Usted me comprenderá, soy muy celoso de mi profesión. No soy un agente. Soy amigo de los Estados Unidos. He vivido allí. Me gusta su gente y el país. Pero lo que usted me pide me pone en una situación falsa… Ahora, si pudiera hacer que mi Embajada interviniera en el asunto…

—¿Por qué no? Me imagino que a Manson le preocupa esto tanto como a mí.

Hice señas a Manson quien se acercó hasta nosotros. Le expliqué cuál había sido mi petición y la negativa que había recibido por parte del autor. Manson dijo agradablemente:

—El asunto es de interés para ambos. La respuesta es de importancia para todos nosotros.

—De acuerdo entonces —dijo el autor—. Ahora, ¿cuál es la pregunta?

—¿Se propone Cung entrar en relaciones con Vietnam del Norte ahora, o en cualquier otro momento y bajo qué circunstancias?

Hubo unos instantes de pausa. Luego Manson asintió, pero agregó unas palabras.

—Quizá sería mejor que le explicara el significado de la respuesta, señor Amberley.

—Y también lo que arrastra la respuesta —dijo nuestro amigo literato, con suavidad—. Estoy dispuesto a aceptar la responsabilidad de un informe exacto. Pero las consecuencias que puede traer es algo totalmente diferente. Me gustaría que hablaran claramente.

Era demasiado hábil y estaba muy bien informado como para aceptar media verdad, de manera que, arriesgándome a aceptar el juicio de Manson sobre su invitado, le relaté toda la historia hasta el momento de mi conversación en el cóctel de la Embajada británica. Manson comprobó ser un buen aliado. Dijo que él también había escuchado idénticas murmuraciones y que le gustaría confirmarlas. El novelista escuchó en silencio y luego consideró la proposición algunos instantes. Finalmente nos dio una respuesta velada:

—Comprendo lo que necesitan y por qué lo necesitan. Tengo un deber para mi propio Gobierno y una actitud amistosa hacia América. Pero me parece que si obtengo cierta respuesta podría precipitar una acción determinada. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí.

—¿Y si alterara deliberadamente el informe de mi conversación?

—No creo que llegara a hacerlo.

—¿O si la intepretara mal?

—Creo que es demasiado inteligente para eso. Pero, en todo caso, no puede ni podría tomarse una decisión en base a un testimonio único de una fuente no americana. La CIA comprobaría su declaración por medio de sus propios informantes.

—Entonces le haré la pregunta a Cung y trataré de transmitir claramente su respuesta. Mañana a las cinco tendrá una transcripción escrita de mi entrevista.

—Gracias.

Se encogió de hombros, bebió un trago de coñac y nos ofreció una sonrisa torcida.

—Cuando era más joven, yo creía en la libertad total del artista. Ahora, cuando tengo los conocimientos necesarios y el dinero suficiente para mantenerme apartado, todos los días me veo envuelto en una decisión moral. Esta es una bastante intrincada. Si me equivoco no me perdonaré fácilmente.

—Pero lo ha decidido con prontitud.

—Tengo algunas ventajas, señor embajador. Sé lo que significan las palabras y las respeto. Mi negocio es solitario. Observo el mundo con mis propios ojos. Corro mis propios riesgos y pago mis propios errores. Comprendo lo que significa la condenación…, y he aprendido hace mucho tiempo que jamás se puede pedir prestada la absolución de otro hombre.

A la mañana siguiente los camboyanos estaban junto a mi puerta con una furiosa protesta y una petición de reparo. Un destacamento del Vietcong había sido perseguido más allá de la frontera Sur por la infantería y helicópteros. Una aldea camboyana quedó destruida por el fuego de proyectiles dirigidos muriendo algunos aldeanos y resultando otros heridos. Les prometí investigar el incidente y, después de cuarenta minutos de tenso diálogo, se marcharon.

Era otra de las amargas paradojas de esta guerra cancerosa. En realidad se había violado el neutralismo de Camboya; pero también, de hecho, los camboyanos violaban su propio neutralismo cada día al permitir el paso de armas y de hombres por el río Mekong y al ofrecer asilo a los guerrilleros que cruzaban la frontera de un lado a otro a voluntad. Las verdaderas víctimas eran los aldeanos, abuelas, niños y campesinos, que ahora estaban enterrados y cuyo único epitafio sería un montón de recortes de periódicos y rimeros de correspondencia diplomática. Sin embargo, en una pequeña aldea,

nuevamente se habían sembrado dientes de dragón y la cosecha produciría inevitablemente hombres armados…

Al mediodía, Harry Yaffa llegó con dos informes. Uno era de la CIA en Hong Kong. Allí, un vietnamita, antiguo empleado del Palacio y propugnador conocido de la «tercera fuerza», había estado bajo vigilancia durante algún tiempo. Finalmente estableció contacto con los empleados del Banco de China e inmediatamente después obtuvo un crédito de medio millón de libras esterlinas en el Banco de Comercio francés. Dos días más tarde había ofrecido a un corresponsal americano un relato a todo color de las intrigas en el Palacio y de las divergencias en el Estado Mayor, y le ofreció también mil dólares americanos para que sacara a su esposa y familia de Saigón en un plazo de seis semanas.

El segundo informe venía de Vientián, en Laos, donde un empleado del Ministerio de Relaciones Exteriores de Vietnam del Sur se había entrevistado con un conocido agente de Vietnam del Norte. No se sabía nada del tema de la conversación; pero dos horas después, el agente abandonó la capital en un avión alquilado por un traficante en opio francés.

En esta intrincada maraña de complots y contracomplots, los dos incidentes podrían tener una docena de interpretaciones, pero Yaffa estaba convencido de que se relacionaban con nuestras antiguas conclusiones: que existía un movimiento para dividir el Ejército y formar y financiar una tercera fuerza que más tarde se vería obligada a pasarse al Vietcong; y que Cung estaba envuelto en una tentativa de discusiones, al menos, con el Gobierno de Hanoi.

Cuando le referí mi conversación durante la cena en la Embajada australiana, se mostró bastante excitado y me pidió que le llamara en cuanto tuviera el informe. Nuestro novelista viajero se comprobó tan puntual como yo esperaba. A las cinco de la tarde, exactamente, se presentó en mi despacho con una copia de la transcripción de su entrevista con el presidente Cung. El original, me dijo con una sonrisa, estaba en manos del embajador australiano. Cuando le pedí que esperara y que me ofreciera algunos comentarios después que yo leyera el informe, se negó cortésmente. Se había comprometido a registrar un diálogo. Su informe contenía un comentario y un resumen. No estaba dispuesto a llegar más lejos. Como este era un punto de vista muy razonable, le agradecí su servicio y le dejé marchar. Le envidiaba su independencia y su derecho a limitar sus propias responsabilidades con tanta precisión. Mi propio cargo era casi ilimitado, pero no tenía ningún derecho a eximirme de él.

La transcripción resultó un documento admirable. Era simple, concisa y se limitaba estrictamente a los términos convenidos. La reproduzco en esta crónica, aunque solo sea para mostrar la claridad con que me fue presentada la conclusión final:

P. Es evidente que la cuestión budista aún no está resuelta. ¿Espera más demostraciones y actos de martirio?

R. Si ocurren sabremos lidiar con ellos. Pero la actitud americana conduce a esta clase de fanatismo… Los americanos están destruyendo la psicología de nuestro país. No nos comprenden. Nosotros comprendemos a nuestro pueblo, cómo piensa y cómo reacciona. Los americanos hablan de democracia, pero la democracia a la cual se refieren no es de utilidad para este país.

P. ¿Cuál considera usted que es la mejor forma de Gobierno para Vietnam del Sur?

R. La que ahora tenemos. Una autoridad fuerte, central, que pueda conducir la guerra y desarrollar el país… Si esta es una dictadura, entonces necesitamos una dictadura, pero en el campo estamos fundando las bases de una democracia… La ciudad (Saigón) no significa nada para nosotros. La abandonaremos totalmente si así se requiere y nos organizaremos en villorrios estratégicos, como hemos hecho en la zona rural. Los habitantes de las ciudades están descontentos, perdidos, intoxicados por el individualismo occidental. Nuestro pueblo debe desarrollarse dentro del marco de la familia y de la comunidad y dentro de las limitaciones de su historia, de su economía y de su orden social. Esto es lo que significamos por personalismo.

P. Incluso si se aceptan las limitaciones *naturales* impuestas por la Historia y el orden social, ¿no están imponiendo limitaciones poco naturales y artificiales? Por ejemplo, ¿por medio de las medidas de represión contra los budistas y los estudiantes?

R. Por cierto que imponemos limitaciones. Los monjes budistas no desean luchar, entonces, ¿por qué interfieren el curso de la guerra? El *Sangha* es solo una pequeña parte de la nación. ¿Por qué va a tener el derecho de determinar todo el curso de nuestra historia? Los estudiantes, muchachos y muchachas, debieran compartir nuestros esfuerzos para luchar contra el Vietcóng. ¿Por qué exigen el derecho de desbaratarla con demostraciones desleales? Si deseamos obtener una victoria, el pueblo debe ser desintoxicado.

P. Es obvio para todos que, a pesar de que mueren soldados americanos en su guerra, a pesar de que usted está luchando con dinero y armas americanas,

existe una hostilidad abierta entre el régimen y los Estados Unidos. ¿Qué pasos podrían, o deberían darse para reparar esta escisión?

R. Los pasos son muy claros. Dejar que los americanos nos den armas, dinero, helicópteros y transportes militares, y nosotros conduciremos la guerra. Esta es nuestra guerra, no la de ellos. Yo soy quien planea la estrategia. Yo soy el responsable de la construcción de ocho mil villorrios fortificados. Sin embargo, cada vez que deseo utilizar un helicóptero, debo pedir permiso a los americanos.

P. ¿Quiere que los americanos abandonen el país?

R. Exactamente.

P. Si tuviera todo lo que desea… armas, dinero, transporte y a los americanos fuera desea…, país, ¿cuánto tardaría en ganar la guerra?

R. Dos o tres años como máximo.

P. Y si los americanos se quedan, ¿cuánto tardará?

R. Solo Dios lo sabe.

P. Una vez que haya ganado la guerra, ¿qué tipo de relaciones ve con Vietnam del Norte?

R. (*En tono iracundo*). En esta misma habitación los oficiales americanos me han acusado de mantener relaciones con Ho Chi Minh. Les dije que los americanos han hecho todo lo posible para lanzarme en sus brazos, pero me he mantenido leal a mis fines y al país.

(Estas palabras fueron seguidas de una larga perorata contra los, métodos y medidas de los Estados Unidos).

P. Mirémoslo desde otro punto de vista. Como estratega de la campaña, usted debe estar interesado en lo que sucede en el Norte, aunque solo sea desde un aspecto de investigación.

R. Por cierto.

P. ¿Cómo ve la situación de Ho Chi Minh y Vietnam del Norte?

R. Existen tres grupos principales en su Partido comunista. El Ejército, que depende de China para su armamento, aprovisionamiento y adiestramiento. Están los que siguen la línea blanda de Moscú, pero carecen de importancia. Y existe otro grupo formado por aquellos que se hicieron comunistas, por razones de nacionalismo, antes y después de Dien Bien Fu.

P. Obviamente, este debe ser el grupo que más le interesa.

R. Naturalmente.

P. ¿Ha logrado penetrar en sus filas? ¿Mantiene algunas relaciones con ellos desde un punto de vista de investigación u otra posición?

R. Sí. Pero no fui yo quien tomó la iniciativa.

P. Pongámonos en el caso de que los americanos no le dan lo que desea, que continúan con sus sanciones y la oposición abierta a sus medidas. ¿Qué sucedería entonces?

R. Entonces tendría que tomar las medidas necesarias para poner fin a esta lenta agonía de mi país.

P. ¿Y esas medidas comprenderían un tratado con Ho Chi Minh?

R. La política es el arte de los posibles. Debo examinar todas las posibilidades… y eso es lo que estoy haciendo ahora.

COMENTARIO. El presidente Cung abandonó el tema bruscamente en este punto y se lanzó en otra extensa disertación sobre el personalismo y sobre los errores y maquinaciones de los americanos. Logré hacer otra pregunta antes de marcharme.

P. ¿Qué piensa usted del señor Maxwell Amberley?

R. No existe moralidad en lo que está haciendo. Al menos, en sus predecesores existía un punto de vista moral. En este hombre no hay moralidad ni rasgos de un pensamiento religioso.

RESUMIENDO. Mi impresión final de la entrevista fue que Cung deseaba utilizarme como un diseminador de su propio y profundo sentimiento antiamericano. También fue evidente que la respuesta acerca de sus posibles relaciones con el Norte no fue una amenaza muy velada de lo que podría suceder si el régimen no obtenía lo que deseaba: la neutralización de Vietnam del Sur por medio de un tratado *qui-pro-quo* con el Norte: «Sacaremos a los americanos si se detiene la guerra». No tengo base para juzgar si Cung cree realmente en la posibilidad de tal tratado, o que pueda sobrevivir a él una vez logrado…

Llamé a Harry Yaffa para que acudiera a mi despacho y le entregué la transcripción. La leyó en silencio y luego la depositó sobre mi escritorio con un gesto de fatalidad.

—¡Creo que esto es suficiente, señor! Resulta con toda claridad y está de acuerdo con el resto de nuestras informaciones. Tenemos a los generales en revuelta, un posible motín en el Ejército y una amenaza clara de Cung de desempeñar su propio papel por la izquierda… Creo que debemos movernos…, y rápidamente.

—Estoy de acuerdo en que quizá debamos hacerlo, pero Washington debe decidir este paso.

—¿Les enviará un informe?

—Lo tendré en cuarenta y ocho horas. Pero antes debo hacer un par de cosas.

—¿Qué cosas, señor?

—Primero, deseo que esta transcripción circule por todas las secciones de la Embajada y también entre Tolliver y su gente. Luego quiero citar a una conferencia general aquí, mañana por la noche. Entretanto, llamaré a Cung y le presentaré esta información.

—¿Será una buena medida?

—Es necesaria.

Se encogió de hombros dubitativamente y me recordó:

—En ese caso, señor, es mejor que protejamos al hombre que la escribió. Debemos sacarle del país cuanto antes.

—Eso queda en sus manos, señor Yaffa.

—Advertiré a los generales también, en caso que Cung decida tomar medidas drásticas. También están metidos sus cuellos en esto.

—Lo sé. Haga todo lo que estime necesario.

Cuando se marchó me quedé pensando en las palabras del talismán de jade y observando cómo la luz se transformaba lentamente en oscuridad.

Trabajé hasta tarde esa noche y dormí muy mal después. Soñé que estaba sentado, desnudo y solo, en un espacio tan liso como una mesa de billar. Había luz, pero no podía ver cuál era su procedencia. Contra la luz, oscuras y distantes, se recortaban unas formas altas y rectangulares, como telones de teatro. Mientras observaba, escuché una música débil y aguda. Entonces las formas comenzaron a danzar, inclinadas, girando en un rincón y otro. La música se escuchó más fuerte. Las formas danzantes se acercaron hasta que en un momento de insoportable clímax, las formas me rodearon y luego se unieron, encerrándome como en una habitación; en una habitación sin techo, de manera que podía ver la luz que por allí entraba. Ahora todo estaba en silencio: el silencio, la luz, y yo sentado en el suelo, con las piernas cruzadas, mirando la luz. Entonces, muy lentamente, los muros comenzaron a aproximarse. Al comienzo creí que se trataba de una ilusión creada por la inmovilidad y la tensión de la contemplación. Miré el muro frente a mí. Estaba inmóvil. Miré por encima del hombro y el muro a mi espalda estaba más próximo. Mientras lo, observaba, los muros que me enfrentaban y los de ambos costados se acercaron. Alcé la vista. La luz había disminuido. Me invadió el terror y me senté muy rígido, paralizado, con los ojos fijos en la luz que disminuía. Los muros continuaron acercándose y la luz disminuía pulgada a pulgada, hasta que sentí la presión en la espalda, en los codos y en las

rodillas. La presión aumentó y pude sentir el desgarramiento de la carne y los músculos. La luz se empequeñeció cada vez más y entonces, súbitamente, lancé un grito de terror y desperté, sudoroso y abrasado, en una habitación inundada por la luz de la luna. Miré el reloj. Eran las cuatro. El terror de la pesadilla aún se cernía sobre mí. Me vestí y trabajé en el estudio hasta la hora del desayuno. No necesitaba de José para interpretar mi sueño. Sabía exactamente su significado Yo, juez, jurado, fiscal y defensor, estaba a punto de someterme a juicio a mí mismo. Pronto, muy pronto, se presentarían las evidencias, se efectuarían las peticiones de la defensa y se pronunciaría el veredicto sobre Maxwell Amberley, enviado extraordinario. Se enfrentaría a su juicio imparcial, desprovisto de su cargo, ante el tribunal. Y después del juicio vendría la sentencia: condena a la cadena perpetua de la soledad… Por cierto, era una estupidez; era una estupidez que desaparecería con el primer rayo de sol y la primera taza de café. Maxwell Amberley no estaba en juicio. Él era el hombre que ocupaba el sitio del poder; el sátrapa, el tetrarca, el virrey con poder de vida o muerte y dominio. Cierto, sería justo e incluso misericordioso; pero era un hombre encargado de decidir, sin inclinarse ante el miedo ni cediendo ante favores. Sería magnánimo, pero prudente. Castigaría, pero sin rencor. Se le habían confiado importantes misiones y su comportamiento sería grandioso, un árbitro de todos los ayeres y un arquitecto de los gloriosos mañanas. ¡Amén!… «Y otra taza de café, por favor, Anne. ¡Me espera un día muy duro!».

Mi entrevista con. Cung fue ordenada para las once de la mañana. A las nueve y media llegó el masajista y estuve durante una hora bajo sus manos suaves y fuertes, mientras la tensión abandonaba mis músculos y ordenaba mis ideas para esta conferencia final. Era la última; lo sabía. El tiempo corría para ambos. La rueda ya estaba girando y el *croupier* lanzaba su último y monótono grito: «¡No va más!». La pequeña bolita saltaba del rojo al negro y del negro al rojo: y ambos jugábamos contra la banca y en contra de cada uno.

Había decidido una cosa. Sería absolutamente honesto. No recurriría al lenguaje velado de la profesión. Diría toda la verdad que sabía. Admitiría mis errores. Confesaría ignorancia e incapacidad, en donde se justificaran las confesiones. Y cuando llegara la hora de actuar, tampoco lo evitaría… ¡Bien por mi rectitud puritana! Solo había una cosa que no podía admitir. Mis apuestas estaban sobre el tapete, pero yo también era la banca; y la banca debía ganar, al menos en el porcentaje si no en la limpieza total. Pero ¿qué harán ustedes, señores jugadores? Despidieron a los franceses. Los japoneses entraron en bancarrota. No les gusta el fatán chino. ¡Entonces yo era su última

diversión…! Mi piel estaba perfumada y los músculos se flexionaban con facilidad. Tenía la mente despejada y me había olvidado de las pesadillas; en esta valerosa vacuidad me dirigí al Palacio.

Cung me recibió con té verde y fría cortesía. Esta vez no hubo preámbulo y me desafió abiertamente.

—¿Tiene algo que decirme, señor embajador? Estoy dispuesto a escucharle.

Mi prólogo estaba bien preparado y lo recité con la mayor calma y simplicidad posibles.

—Señor presidente, nuestra última conversación terminó en tablas. Ahora, ambos hemos llegado a un punto crítico. Deseo poner fin a la crisis, si puedo; y llegaré hasta donde pueda para lograrlo. La semana pasada hice una gira por las zonas de combate. Pude apreciar personalmente todo cuanto ha hecho por este país. Reconozco libremente sus resultados y los admiro. También le admiro a usted, aun cuando nuestras relaciones no hayan sido las mejores. Respeto su integridad de ideas y su sinceridad personal. Admitiré los errores de nuestra política; y confieso mi propia estrechez de criterio en muchos aspectos. Por otra parte, espero que admitirá las dificultades y los problemas de nuestra equívoca posición en este país, donde quizá podamos aconsejar, pero no luchar; donde debemos pagar, pero no controlar; donde no tenemos voz en su Gobierno y, sin embargo, debemos compartir las culpas de sus errores. Espero que me explique con la suficiente claridad, señor presidente.

—Admirablemente claro, señor embajador. Por favor continúe.

—Pero admitir todo esto no cambia en nada mi presente situación o la suya. Permítame mostrarle la verdadera forma de las cosas, señor presidente. Sus generales están en revuelta y conspiran para derrocarle. Su Ejército (al menos, una sección) está al borde del amotinamiento. Sus administradores están dispuestos a dimitir. Los budistas le son hostiles y los católicos están divididos entre su alianza con Roma y sus esperanzas en usted como el libertador de la nación. No ha logrado atraer a las masas ni con sus fines ni con su persona. Nos ha insultado y enajenado a nosotros, sus amigos…, y, sin embargo, no hace ningún gesto, ninguna concesión que lleve a un acuerdo. Más aún, al saberse aislado, ha lanzado una amenaza (una amenaza repetida, señor presidente) de embarcarse en otra peligrosa aventura: un pacto con Ho Chi Minh, con el cual espera obtener la seguridad que no ha sido capaz de ganar por las armas, por la diplomacia o por la simple lealtad. Hoy estoy aquí para decirle que casi hemos llegado al final de este camino que no hemos recorrido juntos. Todavía está a tiempo de volver atrás y coger otra senda.

Pero si se niega, entonces tendrá que caminar solo… ¡Y las posibilidades de que logre sobrevivir son muy escasas!

Debo decir, para su crédito, que lo tomó con mucha calma. Estuvo largo rato en silencio, con los ojos velados, estudiando el dorso de sus manos. Cuando habló, lo hizo en la forma seca del conferenciante, dedicado a la persecución de la lógica pura.

—Señor embajador, agradezco la franqueza de sus palabras iniciales y creo en la sinceridad de sus cumplidos e intenciones. Trataré de ser franco. Me habla de revueltas, complots y dimisiones. Conozco su existencia. Conozco mejor que usted a quienes toman parte en ellos. ¡Pero mire alrededor suyo! ¿Quién está al frente de la situación? ¡Yo! ¡No es fácil, lo admito! Y no carente de intranquilidad. Pero yo controlo la situación. Y en las zonas de combate, ¿de quién son las órdenes que dirigen el curso de la campaña? ¡Mías! Admitirá eso, me parece.

—Lo admito. Pero existen… Alzó una mano para detenerme.

—¡No, espere, por favor! Me dice que está convencido de mi honestidad y de mi integridad de ideales. ¿Puede decir lo mismo del general Dao, o del general Khiet, o de mi amigo Tho en el Norte? ¿Qué sabe usted de esos hombres fuera de lo que ellos mismos le han dicho o de lo que ha escuchado por labios de otros? ¡Sí, son buenos soldados! Pero ¿economistas? ¿Administradores públicos? ¿Financieros? ¿Educadores? Yo he vivido con estos hombres y también he conspirado con ellos contra los franceses y japoneses. ¡Les conozco! Y le digo que Giap en el Norte es igual a cincuenta de ellos. ¡Y usted cree que puede formar un Gobierno basado en estos hombres!

¿Permitiría usted que el general Tolliver desempeñara su cargo, o le elegiría como presidente de los Estados Unidos? ¡Mire sus cuentas bancarias y mire las mías! ¡Soy más pobre que ellos, créame! No encontrará un solo dólar entre mis dedos. ¡Pero en los de ellos…, demasiados! ¿Qué desea usted, señor embajador? ¿Qué desea?

—Llegar a un acuerdo. ¡Entre usted y los budistas, entre usted y los generales! Si desea, estoy dispuesto a ofrecer mis servicios como mediador.

—Trato de decirle, señor embajador, que esta es la forma occidental. No es la nuestra. Les encantaría tenerle como mediador. Serían dóciles y razonables y se estarían diciendo todo el tiempo: «Cung ya está derrotado. Ha tenido que recurrir a los americanos. ¡Entonces hoy pediremos su mano y mañana le cogeremos el brazo!».

—¡Incluso eso podría ser mejor que el motín y la rebelión!

—¡No!

—¿Por qué no?

—Porque una concesión lleva a otra amenaza y a otra después de esa. Es mejor una confrontación de fuerzas que una pérdida lenta.

—Quizá no alcance a sobrevivida.

—Señor embajador, si caigo, América tendrá que salir de Vietnam del Sur. Quizá no inmediatamente, pero sí tarde o temprano. Los americanos son un pueblo extraño. Se comen a los amigos como granos de uva y luego escupen la piel porque les parece demasiado fuerte.

—Entonces dígame una cosa, señor presidente, ¿qué quiere hacer?

—Es muy simple. Quiero luchar. Quiero terminar la guerra y construir la paz para mi pueblo.

—Estamos aquí para ayudarle.

—Eso es lo que ustedes creen. De hecho, nos entregan armas y luego destruyen nuestra voluntad de pelear. Intoxican al pueblo con sus ideas occidentales de individualismo y de una libertad para la cual no estamos preparados.

—Entonces, repito la pregunta: ¿Qué desea?

—Deme las armas, el dinero, los medios de transporte, los aviones y terminaré esta guerra rápidamente. ¡Pero usted y los suyos deben marcharse!

—No podemos. Usted lo sabe. Estamos demasiado envueltos en todo esto.

—Así, pues, en el fondo, son iguales a los franceses, quienes deben mantener un pie en el salón para comprobar que son amigos. ¿Qué es esto sino un colonialismo anticuado?

—Es diferente, señor presidente. He visto que las armas que le hemos entregado, ahora apuntan a su pueblo. ¿Podemos cerrar los ojos a esto?

—Pero los cerrarán cuando los generales lleguen a matarme con esas mismas armas americanas, ¿no es verdad? ¿O estará el señor Harry Yaffa presente para apretar el disparador?

—Ese es un argumento inútil, señor presidente. Ignora los hechos. No puede sobrevivir sin hacer concesiones. Sin embargo, no concede, no negocia y no quiere meditar. Quiere nuestras armas y nuestro dinero y no nos quiere a nosotros. Eso cierra todas las puertas…, excepto una.

—¿Y cuál es esa?

—Podría abdicar…, o aceptar un Comité de Gobierno en el cual usted fuera el Presidente.

—¡Abdicar! —Estaba genuinamente asombrado—. ¿Usted le pide la abdicación a su presidente porque los republicanos no están de acuerdo con su

política?

—¡De hecho, lo hacemos…, cada cuatro años!

—¡Yo no lo haré! ¡Jamás! ¡No me retiraré como Bao Dai para presenciar la destrucción de este país!

—Entonces, todas las puertas están cerradas, excepto una, que usted está tratando de abrir secretamente… ¡Una puerta al Norte!

—¿Le extraña, señor embajador?

—Me extraña profundamente. ¡Encuentro que es una locura monstruosa!

—¿Por qué una locura? —Su sonrisa era bastante gentil y reflejaba lástima—. He sobrevivido a los americanos. Sobreviviré a esos generales sin importancia. ¿Por qué no habría de sobrevivir a una alianza con Ho Chi Minh? Al menos, hablamos el mismo idioma.

—¿Es eso lo que desea, por el amor de Dios?

—No. Pero quizás es lo que ustedes me obliguen a aceptar.

Luché con él durante otra hora, pero me fue imposible moverle de su lugar. No daba nada, no cambiaba nada ni negociaba nada. Finalmente me preguntó:

—¿Y ahora qué hará, señor embajador?

—Redactaré un informe a Washington y esperaré instrucciones.

Se encogió de hombros, se acercó al estante con libros y recorrió los títulos con un dedo hasta encontrar el ejemplar que buscaba. Recorrió sus páginas y luego volvió hacia mí, sonriendo.

—Usted es gran admirador de las cosas japonesas, señor embajador. Aquí hay algo que puede interesarle: Tres grandes hombres de Japón se enfrentaban a un cuclillo que se negaba a cantar. Nobunaga dijo: «Mataré el cuclillo si se niega a cantar». Hideyoshi dijo: «Le invitaré a cantar». Iyeyasu dijo: «Esperaré a que cante…». Y este es el acertijo, señor embajador. ¿Quién tenía razón…? ¿Y cuál de ellos es usted?

Capítulo IX

A las siete de la tarde sostuve una conferencia crítica en la sala a prueba de sonidos de la Embajada. Se trataba de una ordenada orquestación en la cual cada hombre debía saber su parte a la perfección y tocarla, nota por nota, hasta la última barra. Yo era el director, quien debía conocer la partitura de memoria… hasta la última cadencia, el último bemol. Debía dirigir, disciplinar e interpretar. Debía dar un significado y armonizar lo que de otra forma sería una horrible cacofonía y algo sin valor. Había dirigido esta orquesta en otra ocasión, el día de mi llegada. Entonces habían sido cautelosos y reservados. Ahora eran muy diferentes. Me habían visto sufrir la intrincada partitura de la sinfonía de Saigón. Sabían que la partitura era mala y la interpretación desastrosa, pero al menos yo había cogido el ritmo y lo había mantenido contra los silbidos, voces y lluvias de nabos de la galería; y esta noche dependían de mí más que nunca.

Mientras esperaba a que se sentaran y ordenaran sus papeles, me divertí con la fantasía concebida de esta orquesta y su director. Pero como toda metáfora, estaba construida sobre una concordancia y una contradicción. Y la contradicción era esta: que aun cuando ofreciera una partitura perfecta, no podría garantizar su integridad porque mi versión debía ser personal y particular. Un énfasis en los vientos, un silencio en las trompetas, una vibración de los platillos, un golpe extra de los timbales, un cambio de ritmo y un tañido especial en los bronces… ¡Y el compositor se movería inquieto en su tumba! Pero ¿quién puede decir que el maestro miente porque todo está escrito en la partitura? Y, además, el auditorio escucha, pero no sabe diferenciar una semínima de un glisando. ¡Entonces, a dar unos golpecitos en el atril, acallar los murmullos y a lanzarnos hacia el primer acorde!

—… Señores, ya saben por qué nos hemos reunido. Estamos enfrentando una crisis política y quizá muy pronto encaremos una militar. Debo despachar un informe a Washington, recomendar un curso de acción y luego ejecutar sus órdenes, estén o no de acuerdo con mis recomendaciones… Todo lo que se

diga esta noche aquí va en el informe a Washington. Tienen la obligación de emitir sus opiniones, tanto como Washington se reserva el derecho de aceptarlas o rechazarlas… Bien, ahora permítanme mostrarles cuál es nuestra posición…

En primer lugar, les di mi propio informe hasta el momento, incluida mi última entrevista con el presidente Cung. Los expertos de Tolliver presentaron, a petición mía, un resumen de la situación militar, y Boettiger, de la Sección Política, resumió la situación en Tailandia, Laos, Camboya y Vietnam del Sur. Yaffa habló por la CIA. Hennebury, de la Misión de Operaciones, informó desde el punto de vista de aquellos dedicados a las empresas de ayuda civil. Finalmente, resumí las alternativas.

—… Así, pues, me parece que debemos efectuar una elección clara. ¿Nos quedamos tranquilos y permitimos que sucedan los acontecimientos por su propio impulso, o intervenimos con una indicación evidente de que recibiríamos con alegría un cambio de Gobierno y que estaríamos dispuestos a cubrir de billetes al ganador de la contienda? En términos más simples, se trata de una elección entre Cung y una junta militar. ¡Por lo tanto, señores, sus opiniones para el informe, por favor!… ¿General Tolliver?

—Embajador, si la elección es entre esperar o actuar, digo que debemos actuar. Tengo veinte mil hombres y una montaña de material estratégico repartido por todo el país. Un motín en el Ejército o una revuelta de los generales los dejaría expuestos y vulnerables al Vietcong… o incluso a las luchas divisorias entre los sudvietnamitas. No creo que ninguno de nosotros pueda aceptar ese riesgo. Si quiere obligarme a elegir entre el presidente Cung y los generales, debo elegir los generales, porque creo que Cung pierde influencia cada día. Tarde o temprano será derribado. Mejor ahora, mientras el Ejército está intacto, que después, cuando quizá esté dividido por un motín.

—Gracias, general. ¿Podríamos escuchar ahora la opinión de la Misión de Operaciones? ¿Señor Hennebury?

—Me temo que debo expresar el mismo punto de vista del general Tolliver, aun cuando sea por razones ligeramente diferentes. Hemos pasado diez años construyendo una economía para este país y ayudando a su pueblo a organizar la industria, la agricultura, el comercio, las obras públicas, la educación y todo el resto. También tenemos a muchos en el campo y deben ser protegidos. Pero más importante aún, no creo que podamos arriesgarnos a que todo este verdadero progreso, todas estas evidencias de la cooperación americana y su buena voluntad, toda esta capacidad productiva, sea entregada a una alianza vacilante entre el presidente Cung y Ho Chi Minh. Si un nuevo

régimen nos ofrece menos riesgos y más tiempo para consolidar y reeducar, creo que debemos optar en su favor.

—¿Señor Boettiger?

—Desde mi punto de vista, la elección me parece demasiado apresurada y rígida. En un sentido puramente político, el régimen de Cung aún puede dar mucho de sí…, si Cung entrara en negociaciones. Desgraciadamente, no podemos estar seguros del sentido político que escogerá la junta de generales. Entonces, nuevamente, en un nivel solamente político, es mejor tener el demonio conocido… Por cierto, el otro lado de la moneda es que Cung no entre en negociaciones y esa rebelión ya está siendo proyectada. Así, pues, de mala gana, tendríamos que favorecer un cambio de régimen…

—¿Señor Yaffa?

—La labor de la CIA es calcular los riesgos de cualquier acción política. Es nuestra opinión que los riesgos en el régimen de Cung son peligrosos y que empeoran cada día. Una junta militar presidida por el general Khiet tendría el apoyo inicial de los budistas, de los sindicatos y del Ejército, que es bastante más de lo que puede dirigir actualmente Cung. Así, pues, aconsejamos apoyar al general Khiet.

—¿Señor Adams?

Normalmente, Adams era un orador fluido y concreto que siempre tenía los hechos al alcance de la mano y le gustaba desplegarlos ante su audiencia como un ilusionista con una baraja de naipes. Pero esta noche tardó en comenzar. Noté que tenía un aspecto amarillento y cansado, y me pregunté si no estaría atacado de malaria o de hepatitis. Por lo común, su voz era clara y vibrante, pero esta noche se notaba en ella una cierta ronquera y un indicio de ira contenida.

—Embajador, nos ha dicho que es nuestro deber exponer nuestras opiniones. Me temo que la mía será poco popular. Pero me propongo cumplir con mi deber como se me ha indicado. Por lo tanto, estos son mis puntos de vista, en orden. Quiero leerlos para que no se dude en absoluto de su significado.

»Punto primero: Creo que el embajador comete un grave error al presentar una elección tan decisiva entre el régimen de Cung y un golpe de Estado que se precipitaría al dar un santo y seña. No debemos hacer tal elección. Washington no debe hacerla, porque no tiene derecho moral ni legal para hacerlo…

En cincuenta palabras había reducido a toda la habitación a un silencio de muerte y casi a una tensión animal Todas las miradas estaban fijas en él.

Siguió leyendo en la misma forma deliberadamente rigurosa:

—Punto segundo: Nuestra posición es clara. Fuimos invitados a prestar ayuda militar y civil, adiestramiento y consejos. Lo hemos dado. No pedimos, ni se nos dio, ningún derecho a intervenir en la política interna de un Estado soberano. Si intervenimos, por garantía tácita o abierta a un grupo de militares conspiradores, nos transformamos en conspiradores. Incluso si nos parece ventajoso un cambio de régimen, a fin de cuentas, no nos favorece.

Destruimos nuestro estado y ponemos en peligro la integridad de nuestro propósito nacional.

»Punto tercero: Sí, estamos en crisis. La crisis está cargada de riesgos y peligros. Pero si nos enredamos como aliados secretos en la deposición del Gobierno, arriesgamos algo mucho más importante. Si el propio Cung o cualquiera de los miembros de su gabinete fuera asesinado durante el golpe de Estado, por ese mismo hecho nos transformaríamos en accesorios y coparticipantes de un asesinato político. Y la historia jamás permitiría que lo olvidáramos.

»Punto cuarto: Si se efectúa un golpe de Estado sin nuestra intervención y si después se organiza un Gobierno estable, entonces quedaremos en libertad de reconocerlo como una institución *de facto*, sin deshonra para nosotros mismos o para el país que representamos.

»Punto final: He estado en el Servicio muchos años. Sin embargo, estoy personalmente resuelto a pedir mi traslado a otro lugar si el embajador recomienda la intervención. Si Washington la aprueba, entonces deberé abandonar el Servicio, porque no puedo dedicarme a administrar una política que, desde mi punto de vista, está moralmente equivocada, históricamente sin base y totalmente deshonrosa.

Quizá no fue el discurso más inteligente, pero sí el más valeroso que he escuchado en mi vida. Sabía cuánto le habría costado pronunciarlo. Sabía lo que le costaría al llegar la hora de retirar las apuestas: toda una carrera, todo el hábito de una vida. Sin embargo, de pronto, sentí una furia amarga…, contra él, contra mí, contra el silencio frío en esa habitación, contra la confusión pintada en los rostros de mis colegas. Sin embargo, esto era lo que yo había pedido como un deber: libertad de palabra y opinión honesta; y al obtenerla me quedaba atascado como si se tratara de una medicina amarga. Pero el disimulo es la marca de mi profesión y no estaba dispuesto a perder mi dignidad ofreciendo un comentario o una refutación. Cedí la palabra al siguiente.

—Ahora nos queda la cuestión de la seguridad del personal americano y de sus familias en el caso de una acción militar en la ciudad. ¿Señor Lanker…? La conversación continuó durante otra hora y media, pero el resto fue posdata. Ya estaban todos los votos emitidos. Se hizo el recuento y la mayoría favorecía la acción y un nuevo comienzo. A las nueve y treinta di por terminada la conferencia y volví directamente a mi despacho, para dictarle a Anne Beldon el informe que debería ser despachado a Washington. No fue un documento muy extenso, pero batallé con él durante casi tres horas antes de enviarlo al centro de comunicaciones. Mientras escribo estas líneas, tengo una copia de él ante mis ojos. La primera parte es solo una enumeración de los hechos, e incluso ahora, con la madurez de los años, la encuentro justa y amplia. La segunda parte es un resumen de las opiniones de mis consejeros; y esta también concuerda precisamente con los prolongados minutos de la conferencia. Sin embargo, hay una frase que, al leerla más tarde, delata mi afirmación de inocencia:

> … El señor Mel Adams declaró, en los términos más enérgicos, que una intervención de nuestra parte constituiría un acto ilegal e impugnaría la integridad de nuestro propósito nacional; también podría transformarnos en accesorios y coparticipantes culpables de un asesinato político. En teoría, yo mismo podría defender este caso con energías considerables. Sin embargo, en la dura realidad del juego del poder, siento que no podemos darnos el lujo de idealizar o de correr los riesgos de una inacción calculada…

La sección final del informe es un resumen de mis conclusiones y recomendaciones.

> … Por lo tanto, es evidente que cualquier decisión que tomemos implica riesgos, dudas y peligros, ya que todos nuestros cálculos están basados en un conocimiento incompleto y en un equilibrio inestable de fuerzas. Sin embargo, si retardamos la decisión, los acontecimientos podrían superar nuestra capacidad de tratar con ellos… Por lo tanto, lamentándolo profundamente, pero sin contar con otros cursos de acción claros, estoy obligado a presentarles estas alternativas. Continuar el apoyo al régimen de Cung y arriesgar un motín, desórdenes y aislamiento táctico, o apoyar a los

generales y dar al país un lapso de respiro para solventar sus divisiones internas y restaurar una unidad aparente.

Mi punto de vista personal es que, actualmente, el presidente Cung no puede ser aconsejado y que se nos hace imposible colaborar con él y, ciertamente, no podemos compartir sus medidas actuales o futuras. El general Khiet y sus colegas han asegurado a Harry Yaffa que se encargarán de la protección de la persona de Cung y de sus oficiales en el caso de un golpe de Estado; pero no prometen nada, y yo tampoco creo que puedan hacerlo, porque el propio Cung puede decidir presentar un último frente con las fuerzas que le sigan siendo leales. Por lo tanto, en una situación llena de peligros, creo que nosotros también debemos correr nuestros riesgos.

Finalmente, debo repetir lo enunciado en anteriores comunicados. Yo también constituyo uno de los riesgos que ustedes deben correr. Mis afirmaciones pueden estar equivocadas, pero están basadas en la información disponible. Espero sus instrucciones, que cumpliré con mis mejores esfuerzos.

MAXWELL GORDON AMBERLEY,
Embajador

Al fin ya estaba hecho. Leí cuidadosamente la redacción final y lo firmé. Miré la hora en mi reloj para anotarla en la hoja del mensaje. Era poco más de la una de la madrugada: la decimotercera hora, que no es una hora, sino una suspensión siniestra del tiempo, un síncope entre la ilusión y la realidad. Entregué el mensaje a Anne Beldon y bromeé estúpidamente:

—Lo que he escrito, escrito está. ¡Envíelo, Anne, y salgamos de este maldito lugar!

Ella me observó unos instantes, ansiosa y confundida; luego salió de la habitación. Encendí un cigarrillo, pero tuvo un sabor desagradable y amargo, y lo aplasté en el cenicero. Luego entré en la sala de baño y me lavé las manos.

Esa noche soñé nuevamente. El escenario era el mismo: un plano vacío lleno de luz. Sin embargo, esta vez no hubo formas que bailasen ni muros. Se veía un cielo brillante, la tierra plana y yo. Estaba vestido con *yukata* y *tabi* y

sentado con las piernas cruzadas, las manos apoyadas en los muslos, en la actitud del que aprende. Sabía que esperaba a Musó Soseki y que al llegar compartiría conmigo un gran secreto. No importaba que estuviera solo; no importaba que tardara mucho tiempo. Paciencia y disciplina era un precio muy bajo a pagar por un importante secreto.

Cerré los ojos y dispuse mi mente como un recipiente vacío, en espera de ser llenado. Sabía que mi maestro aprobaría esto y me alabaría por ello. Al cabo de largo rato, abrí los ojos esperando ver a Musó sentado frente a mí. La tierra estaba tan vacía como antes…, excepto por un pajarillo pequeño y pardo que estaba muy cerca, observándome con unos ojos apagados, como dos cuentas polvorientas. Estuvimos observándonos en silencio durante un minuto, y el pajarillo inclinaba la cabeza, de un, lado a otro, como si tratara de extraer algún significado de este personaje en traje de gala y calcetines de algodón blanco.

Me sentía solo y trataba de hablarle, pero no me respondía. Esto, yo lo sabía, era muy razonable, porque, o no comprendía mi idioma o nada útil tenía que decirme. Y entonces le pedí que cantara. Se mantuvo en silencio, estudiándome. Silbé una melodía y llevé el ritmo con las manos. No quería cantar y tampoco bailar. Al cabo de poco tiempo, sentí la boca reseca y ya no pude silbar. Le rogué que cantara, lo que es algo muy grande para un embajador, que es una persona muy importante. Pero el pajarillo pardo no quería cantar. Entonces decidí volver a mi estado de contemplación e ignorarle. Pero cuando nuevamente abrí los ojos aún estaba allí, silencioso y con esa mirada interrogante. Le supliqué otra vez. No quería cantar. Le silbé una melodía y me acompañé con las manos para animarle. Pero no emitió el menor sonido. Entonces alcé la mano y la bajé sobre su cabeza de un golpe. Sentí que los huesos se rompían y que su cuerpo se estremecía entre mi mano y la tierra plana. Pero cuando levanté la mano, allí no había nada, ni siquiera una pluma. Y entonces comencé a llorar, suave y plañideramente, porque estaba solo y ni siquiera había un pajarillo para que me cantara…

Bajé a tomar el desayuno con los ojos enrojecidos y los huesos doloridos. Anne Beldon ya se había marchado a la Embajada, pero el ama de llaves me dijo que Mel Adams me esperaba en el escritorio. Estaba demasiado fatigado como para enfurecerme con él nuevamente, y le pedí que me acompañara en la mesa. También presentaba el aspecto de no haber dormido muy bien, pero se mostraba calmado y compuesto. Compartió mi café y fumó un cigarrillo mientras yo tomaba mi desayuno desganadamente; luego me dijo por qué había venido.

—Señor, quiero que sepa que no había nada personal en lo que dije anoche. Usted ha sido siempre muy amable conmigo. Le respeto y le estoy agradecido. Pero anoche era una ocasión oficial. Se nos pedía que nos pusiéramos de pie para el recuento. No me quedó otra cosa que ofrecer más que mi verdadero testimonio.

—Lo comprendo, Mel. No me agradó mucho la forma en que lo expresó. Aún no me agrada.

Creo que podría haberlo dejado caer con mayor suavidad.

—Por eso estoy aquí esta mañana, señor: para pedir excusas por mi brusquedad. Podría haber escrito frases más suaves. Podría haber elegido una ocasión privada y prepararle para lo que iba a decir. Pero creo que tuve miedo.

—¿Miedo de mí, Mel?

—No, señor. Más bien de mí. De las sutilezas y las cortesías de esta profesión que hacen tan fácil el hecho de marginarse y permanecer a una distancia segura del centro. Pero en esto no me atreví a continuar en un lugar seguro. Tenía que incendiar mis naves y los puentes y quedarme con mis creencias.

—¿Y lo cree, Mel? ¿Sinceramente?

—Sí.

—¿Quiere discutirlo conmigo?

—No, señor. En estos momentos soy como Martín Lutero: «Aquí estoy…, no puedo hacer otra cosa…». Pero me gustaría que aceptara mis disculpas.

—Las acepto. Espero que crea que yo también soy sincero en mis creencias.

—Sí.

—¿Y ahora, Mel?

—¿Le importaría decirme cuál fue su recomendación a Washington?

—Apoyar a los generales.

—Entonces no se opondrá a que pida mi transferencia.

—Creo que debe hacerlo, por su propio bien. Yo firmaré la petición.

—Gracias señor. Aquí habrá mucho trabajo durante algún tiempo. No quiero eludir responsabilidades. Estoy dispuesto a seguir trabajando.

—En todo caso, Mel, creo que no estada de más que se declarara enfermo. Estoy seguro de que podría contagiarse con un dolor de barriga diplomático que le obligara a quedarse en casa durante un tiempo.

—Si cree que es apropiado, señor.

—¡Creo que es oportuno…, como diría Harry Yaffal!

Rio y se aligeró la tensión entre ambos. Le serví otra taza de café y acepté uno de sus cigarrillos y nos quedamos sentados unos instantes, fumando en silencio y observando a los pájaros que escarbaban gusanos en el prado húmedo. Luego Adams dijo con cierta vacilación:

—Si aún continúo en funciones, me gustaría hacerle una proposición.

—Adelante.

—Si Washington decide apoyar a los generales, creo que debería llegar a un acuerdo con ellos: Cung debe ser traído sano y salvo a nuestra Embajada para que se le saque del país con un salvoconducto.

Consideré la proposición unos instantes y luego la rechacé.

—No podemos hacerlo, Mel. Entonces, el alzamiento se transformaría en un asunto apoyado por América.

—¡Pero si lo es!

—¡Pero nadie puede probarlo, a no ser que cuente con todas nuestras informaciones! Si aceptamos a Cung y le llevamos al exilio, nos pareceríamos a los ingleses embarcando a Napoleón a Santa Elena. ¡Imperialismo anticuado y venganza! ¿Cómo podríamos soportar eso?

—¿Es más difícil de soportar que un asesinato?

—El asesinato es un riesgo pero no una certeza. No creo que los generales deseen matar a Cung, lo mismo que nosotros no lo deseamos.

—Pero con toda seguridad que le prefieren muerto.

—Eso sigue siendo un quizá.

—¡Por favor, señor! ¡Lo que trato de hacer es protegerle a usted y a la Embajada…, y también al país, precisamente de esos «quizá»!

—No puede hacerlo en la forma que sugiere.

—Entonces permítame ponerlo en otra forma. Si Cung llegara ante nosotros y pidiera asilo en la Embajada, ¿se lo daríamos?

—Sí.

—¿Nos cuidaríamos de darle un salvoconducto fuera del país?

—Sí, pero no podemos garantizarlo.

—¡Bien! Creo que eso es suficiente, señor. —Aparté la silla y se puso de pie—. Gracias por el café. Y me alegro de que no seamos enemigos. Iré a la Embajada y arreglaré mis papeles. Luego llamaré al médico por este dolor de barriga.

Cuando se marchó me quedé largo rato junto a los restos de la taza de café midiéndome y comparándome con Mel Adams. En un sentido, las críticas habían sido acertadas cuando le clasificaron como un hombre demasiado árido para un cargo de Embajador. Le faltaba el impulso ejecutivo, la

amoralidad y el oportunismo que dan forma a un negociador de primera fila. Pensaba con demasiada claridad como para sentirse seducido por los triunfos transitorios de la profesión. Tenía principios demasiado firmes como para practicar alegremente el arte de lo posible. Carecía de objetividad, o quizá de cinismo, para calcular los costos contra los beneficios, incluso cuando ambos se relacionaban con la sangre humana. En el mundo flotante de la diplomacia internacional podría ser aún más peligroso: como un santo recluso, ignorante de la malicia, predicando una cruzada infantil contra los poderes del mal, mientras los astutos y maliciosos se arremolinaban como buitres para lanzarse sobre los inocentes.

En otro sentido, era un hombre con demasiado valor para perderlo. Los patriotas eran despreciados en estos tiempos de suciedad. Eran amantes locos, celosos de aquellos que traicionan el honor de la dama. Eran caballeros orgullosos que seguirían defendiendo el recuerdo de su virtud original, incluso siendo ligera y venal. Sin estos seres orgullosos, en realidad, los mundanos y los hábiles seríamos pobres. No incendiábamos ningún puente, pero (Dios lo sabe) los vendíamos con bastante frecuencia. No éramos mártires, porque el martirio era siempre un asunto complicado y jamás oportuno, excepto para los revendedores de reliquias y leyendas. No gritábamos ninguna verdad desde los tejados, porque, como Pilatos burlones, dábamos la espalda a la verdad para enfrentar a los profetas baratos y a los que leen en los sedimentos de las tazas de té… Solo nos lamentábamos de tener una sola vida para ofrecerla por nuestro país. Entonces, ¿para qué arriesgarla en un juego de tontos?

En el prado, los pájaros continuaban escarbando en busca de gusanos, porque más tarde, cuando saliera el sol, la tierra se endurecería y entonces escasearía el alimento. Y por esta razón los pájaros tempraneros eran los que atrapaban los gusanos y la razón por la cual los patriotas eran un problema en el semimundo de la diplomacia. Jamás me sentí tan ciudadano del semimundo como al llegar a mi despacho esa mañana y encontrar una invitación del ministro de Relaciones Exteriores para una cena presidencial en honor del Día de la Liberación de Vietnam del Sur. La comedia era amarga ya que, como diplomático de importancia, se esperaba que hiciera el brindis por el presidente Cung, mientras el ministro de Relaciones propondría un brindis por el presidente de los Estados Unidos. Todo esto era puro Toulousse-Lautrec y me habría gustado que estuviera vivo para que lo pintara.

¡No importaba si el cirujano acababa de marcharse y las alcahuetas se despedazaran en los rincones apartados, el negocio debía continuar en la Casa

de Todas las Naciones! ¡Escuchen! Reñimos un poco y traicionamos otro poco y algunas veces alguien cae de una ventana; pero seguimos siendo amigos, ¿verdad? Se escucha la música; las mujeres van vestidas como princesas y habrá champaña para la cena y discursos y quizá se baile un poco antes de dormir. ¡Al menos tendríamos baile, excepto por la guerra, las normas y la amenaza a nuestra moral! Pero los discursos serían excelentes: «… A pesar de nuestras diferencias ocasionales aún somos amigos y aliados en esta lucha contra la tiranía comunista… Vuestro noble presidente… Mi noble presidente… ¡Mi noble trasero!». Y mientras pronunciara el discurso sabría que todo era una mentira. Cung lo sabría y el general Dao, resplandeciente de condecoraciones, sonreiría por sobre su copa de champaña y me reconocería como uno de su propia ralea.

Aún tenía la invitación entre mis manos cuando entró Harry Yaffa para preguntar si tenía noticias de Washington. Le dije que todavía era demasiado temprano y que, en todo caso, lo mejor que podríamos esperar sería una orden de espera mientras el informe era estudiado por el Departamento de Estado, por el Pentágono y en la Casa Blanca. Sin embargo, quería que se determinara algo de inmediato. Si Washington estaba dispuesto a apoyar a los generales, ¿cómo y cuándo se transmitiría la orden? Le alcancé la invitación y sonrió al leerla. Tenía un gusto refinado para tales ironías y pensé que si debía soportarlas, tendría que descubrir un agrado en ellas. Le dije:

—¡En esos momentos se dará la orden, señor Yaffa…, si se llega a dar alguna vez! Y las palabras serán: «¡Brindo por el gallardo pueblo de Vietnam del Sur!».

Echó la cabeza hacia atrás y rio de buena gana.

—¡Maravilloso, señor embajador! ¡Maravilloso! Una ocasión perfecta. Por lo menos dos generales estarán presentes. Quizá los cuatro, dependiendo si Cung desea seducirles o amedrentarles esta semana. ¡No podría ser mejor ocasión!

Emitió una nueva serie de carcajadas. Aún reía cuando entró Anne Beldon, con el ceño fruncido y obviamente de pésimo humor. Depositó un rimero de cartas bajo mis narices, cogió otro montón de mi cesta y salió, cerrando la puerta con el doble de la violencia acostumbrada.

Harry Yaffa se encogió de hombros y me miró de soslayo.

—¡La luna en perigeo, eh, señor embajador! No está muy alegre esta mañana.

—Ha estado trabajando hasta tarde. Me imagino que está fatigada, como todos nosotros.

Pero yo sabía que estaba enfadada conmigo y esperaba poder disponer del tiempo y de las palabras necesarias para decirle cuánto necesitaba de su comprensión. Pero Yaffa tenía otras cosas que discutir conmigo y por primera vez agradecí su compañía y me dispuse a ser cordial con él. No deseaba más instigadores ni confesores ni acusadores. Estaba de vuelta entre profesionales que no transformaban a un hombre en un conejillo de Indias porque hizo la mejor oferta en un mercado malo.

Yaffa se echó hacia atrás en su silla y dijo:

—Creo, señor, que tenemos un arreglo para evitar que le suceda algo al presidente Cung después del golpe de Estado… No lo comuniqué en la conferencia de ayer porque, francamente, dada la forma en que me tiene encerrado, señor embajador, aún no estoy dispuesto a garantizar nada. Pero esto es en líneas generales. He hablado con el general Khiet, con Dao, Tho y el cuarto hombre, Thuyén. Todos están de acuerdo que no quieren cargar con un asesinato. Pero, más aún, han llegado a un acuerdo entre ellos. El cuarto general Thuyén, que es experto en artillería, es primo de Cung por parte de madre. Cuando se le invitó a unirse a la conspiración, puso como condición que el resto de la junta debía garantizar la seguridad de Cung.

—¡Harry, esas son las mejores noticias que he recibido en estas malditas tres semanas! Su rostro se iluminó ante el cumplido, pero extendió su mano a modo de advertencia.

—Así creí que se alegraría, señor. Pero usted comprende, no hay certeza ninguna, ya que Cung no forma parte del acuerdo. Si decide luchar, entonces nadie podrá garantizar que no será herido por una bala.

—Eso está bastante claro. Pero ¿se dará la orden para que en lo posible se le capture vivo?

—Los generales han acordado eso. No lo sé, ni me lo han dicho, cuáles serán las órdenes ni cómo serán emitidas. Creo que es mejor que no lo sepamos.

—De acuerdo. Pero ¿está dispuesto a transmitir esto oficialmente a Washington?

—Por cierto.

Llamé a Anne Beldon y le dicté un párrafo suplementario a Festhammer:

> DESPUÉS DE MI INFORME LA CIA COMUNICA QUE LA JUNTA DE GENERALES HA ACORDADO TOMAR MEDIDAS PARA RESGUARDAR VIDA DEL PRESIDENTE CUNG EN CASO DE GOLPE DE ESTADO. ESTE ACUERDO FUE TOMADO COMO RESULTADO DE PRESIÓN DEL GENERAL

THUYÉN QUIEN ES PARIENTE DE LA CUNG. ESTO ES MEJOR DE LO QUE ESPERÁBAMOS. AUN CUANDO TODAVÍA NO HAY GARANTÍA CONTRA UN ACCIDENTE DE GUERRA. DESEO TAMBIÉN RECOMENDAR LABOR DE YAFFA QUIEN SE HA ESFORZADO EN ESTE ASUNTO Y DEMOSTRADO GRAN EFICACIA.

AMBERLEY.

Cuando estuvimos solos nuevamente, Yaffa dijo sobriamente:

—¿Sabe, señor embajador? Le había subestimado. Espero que me permita decirle que es usted mucho más hombre de lo que imaginaba.

—Gracias por el cumplido, Harry.

—No, lo digo en serio. Este es un negocio duro. Separa rápidamente a los hombres de los niños.

—¿Qué le trajo a usted a él, Harry?

Me lanzó una mirada inquisitiva, luego se encogió de hombros y volvió a sumirse en su actitud de irónico desapego.

—Creo que soy un intrigante por naturaleza. Me gusta lo que hago. No respeto demasiado la naturaleza humana, o a mí mismo. En el mejor de los casos, el hombre es una bestia medio civilizada, y entonces necesita de un policía para mantenerle decente en las calles y a tipos como yo para sacarles los ases de la manga cuando se juega póquer internacional… ¿Yo? Soy un buen perro guardián porque no me ilusiono por nada. Si su mejor amigo no se interesa por el dinero de la familia, es porque le tiene un ojo puesto a su esposa. La gente es tan honrada como puede; y en cuanto se presenta el sexo, el poder del hombre o algo que necesitan verdaderamente, no son nunca honrados. Yo soy un bicho raro también, de manera que nada me sorprende, nada me asombra y siempre estoy dispuesto a calcular mis apuestas. Eso me transforma en un buen agente. ¡Pero no en el hombre con el cual usted desearía que se casara su hija!

—¿Y confía en sí mismo, Harry?

—Más que en cualquier otro, porque me conozco mejor que al resto…, aun cuando no esté contento de mí mismo.

—Es una filosofía muy árida.

—Es un mundo árido, señor embajador. Pero, a mi modo, me las arreglo, aunque sea a patadas. Y cuando ya no pueda dar patadas, me largo. —Rio entrecortadamente—. Es una de las ventajas de mi negocio. ¡Conozco muchas formas de morir fácilmente!

Cuando se marchó, entró Anne Beldon para tomar un dictado. Se veía pálida y cansada y sus gestos eran estudiadamente formales. Trabajamos durante casi una hora; luego, cuando nos interrumpimos para beber una taza de café, le pregunté qué le preocupaba. Era demasiado directa como para evadir el tema y respondió simplemente:

—No me debiera hacer esa pregunta, señor embajador. Me pone en una situación falsa. Soy una secretaria. Se me paga para que haga mi trabajo sin comentarios y me guarde mis opiniones para mí misma.

—¿Le preocupa lo que está sucediendo? ¿Mi recomendación a Washington?

—Eso y otras cosas.

—Entonces me gustaría conocer sus pensamientos.

—No tiene derecho a conocerlos.

—Es verdad. Pero permítame decirle algo, Anne. Le tengo mucho afecto. Confío en su ayuda y, bien, en sus cuidados. Me gustaría pensar que usted confía en mí lo suficiente como para regalarme con su confianza.

Durante unos instantes creí que se pondría a llorar, pero se controló y luego de unos momentos de vacilación, me dijo:

—Estoy avergonzada, eso es todo. Estoy avergonzada de la forma cruda y vil con que disponemos de las vidas humanas y de sus destinos, como si…, bien…, como si se tratara de un ganado que se le lleva de un lugar a otro. ¡Oh, ya sé que se trata de la política, de la diplomacia, de la necesidad militar y todas esas cosas! Pero en todo eso, ¿quién piensa y quién habla por el pueblo…? Mi amiga que dio a luz una criatura anoche, cuando su esposo combatía en el delta; el muchacho a quien le enseñaba inglés para que leyera nuestros textos y ganara una beca para estudiar medicina en América; la pequeña monja francesa que se lleva mi ropa usada y la arregla para las muchachas del hospital…, ¿dónde estaban ellos anoche mientras usted hablaba de llegar a un acuerdo con los generales?

—¡Estaban allí, Anne, créame!

—Pero ¿quién hablaba por ellos? Solo Mel Adams…, y nadie le escuchó, a nadie le importó.

—Eso es injusto y usted lo sabe.

—No estoy segura de que sea injusto. Volvimos aquí y usted me dictó su mensaje para Washington, y aún no escuché una palabra sobre lo que necesitaba el pueblo, sus temores, sus deseos…, solo un poco de paz y ver cómo crecen sus hijos sin escuchar un disparo o ver un hombre armado en cada esquina.

—¿Está desilusionada de mí, Anne?

—Sí, lo estoy. ¡Oh, Dios mío! ¡No sé lo que esperaba! Pero era usted tan equilibrado y parecía tan paciente e inteligente que creí que jamás podría ceder ante estas presiones. Cuando me hablaba en las noches sobre Asia y las formas que persistían a pesar de todos los cambios, y la continuidad que se reía del tiempo, esperaba tanto… ¡Quizá demasiado! Cuando me mostró el talismán de jade que le había obsequiado el chino Número Uno y me leyó sus palabras, pensé, «aquí hay un hombre que realmente comprende y desea servir a la gente en vez de una política…». ¡Pero no lo hizo! Y ahora Mel se ha marchado y ya no queda ni una sola voz que hable por un crío de un día… ¡Solo por esos malditos generales!

Ahora estaba llorando y me acerqué para tranquilizarla; pero se apartó de mí rápidamente.

—¡No! ¡No me toque, por favor! No lloraré más. Me lavaré la cara y seré una buena secretaria.

¡Y por el resto de mi vida odiaré estos malditos días!

Estaba bastante desarmado para enfrentarme a un argumento de esta naturaleza, de manera que salí muy mal del paso. Además, ya se había pasado el momento de la discusión y no deseaba ni tenía las energías suficientes como para volver nuevamente sobre el tema. Sin embargo, el estallido de Anne me había inquietado profundamente y había removido todas las secretas dudas y culpabilidades que yacían en el fondo de la laguna. ¿Qué esperaba de mí? ¿Un ataque enloquecido contra los molinos de viento para que pudiera luego recogerme y curar mi cuerpo ensangrentado y cantar las hazañas del héroe arrastrado por las aspas? ¿Era yo un monstruo porque comprendía la verdadera naturaleza de la sociedad: que el que sabe debe decidir y el fuerte debe actuar, porque, a no ser que ellos lo hagan llegarán otros menos sabios y menos fuertes que obligarán a la acción y taparán las bocas de los ignorantes con paja en vez de pan? ¿Y era yo más culpable aún porque aceptaba los riesgos de una decisión en vez de rendirme a las débiles lágrimas de los escrupulosos? Mel Adams me había desafiado duramente, pero no me había castigado ni con la mitad de esta amargura. Pero Mel Adams no era mujer y me juzgaba por otras medidas.

Lo admita o no, toda mujer juzga a un hombre como compañero potencial en el amor. Si pone su cabeza en la almohada junto a la suya, ¿se despertará ella amándole u odiándole? Unidles a ambos, cuerpo con cuerpo, ¿existirá tanto una unión de los corazones como de las mentes? Si ella llora, ¿encontrará alivio? Si ella ríe, ¿reirá él con ella? Cuando se entregue a sus

brazos, ¿la guardará él con confianza y ternura y también con fortaleza contra los terrores de la noche y la pequeña muerte de cada día? Si me había medido Anne Beldon de esa manera, ¿qué carencia había encontrado en mí?

La pregunta me persiguió durante todo el día mientras trabajaba. Yo había sido feliz con Gabrielle. Si algo sabía, era que la había hecho feliz. Era un espíritu demasiado libre y fuerte como para haber soportado un instante una unión desgraciada.

Entonces recordé algo que me dijo pocos días antes de su muerte. Sabía que iba a morir y lo tomó con mucha calma; pero una noche, mientras yo estaba sentado en su habitación, leyendo para ella, estiró una mano enflaquecida, la apoyó sobre la mía y me dijo:

—¿Sabes, Max? Todo ha sido tan maravilloso entre nosotros; espero que no tengas que pagar demasiado caro por ello.

Cuando le pregunté qué me quería decir, me respondió con gran ternura:

—Max, fui tan necesaria para ti… ¡Y eso es algo grande y glorioso para una mujer! Tú me diste tanto. Confiaste en mí tanto. Jamás buscaste nada fuera de mí. Me pregunté a menudo si creerías en algo que no fuera yo…, un Dios, una fe, incluso otro amor. ¿Qué tendrás cuando yo no esté, querido? ¿En qué vas a creer…?

¿En qué, en realidad? Y como no encontrara ningún objeto merecedor de fe, ¿qué era mi vida sino un hábito, una servidumbre cómoda a una serie de ideas que jamás había examinado y a un mundo físico cuyos misterios nunca había explorado? Y allí, devolviéndome la mirada desde la laguna, estaba el rostro de mi verdadero ser: el hombre indeciso que Cung despreciaba, el oportunista que Yaffa había llegado a admirar, el buscador semiconsciente que el joven Groton había intentado conducir por un camino luminoso, el sátrapa que implantaba su sello con garantías de vida o muerte y que, de noche, soñaba con pájaros sordos en un desierto brillante…

La imagen se borró con el papel que Anne Beldon puso sobre mi escritorio. Era el primer mensaje de Festhammer.

> RECIBIDO RESUMEN DE SITUACIÓN QUE AHORA ESTÁ BAJO DISCUSIÓN URGENTE. PRESIDENTE ME ENCARGA AGRADECERLE PERSONALMENTE LA EXPOSICIÓN LÚCIDA Y DESAPASIONADA. FELICITACIONES DE TODOS. AVISARÉ EN CUANTO LLEGUE DECISIÓN. FESTHAMMER.

Cuando alcé la vista luego de leer el cable, Anne Beldon se había marchado y aún estaba solo. Lo que era realmente una lástima, porque ahora había una

pregunta que hacer a la defensa. Si tuviera yo la fe de san Juan de la Cruz o la serena iluminación de Musó Soseki, ¿lo habría hecho mejor? No había nadie para responderme.

Esa noche, bastante tarde, George Groton volvió de Camboya. Había adelgazado y tenía un color grisáceo debido a un envenenamiento sufrido con unos alimentos, pero su ira contra Harry Yaffa era muy saludable. Afirmaba que Yaffa le había enviado a la caza de gansos salvajes. Pnompenh era un paraje frecuentado por la mitad de los agentes profesionales y aficionados del sudeste de Asia, y para un recién llegado como él era una Imposibilidad manifiesta lograr un trabajo de valor en pocos días. Sabiamente, había preferido divertirse y pasar un par de días en las ruinas de Angkor. Luego se enfermó y durante el resto de su estancia tuvo que encerrarse en un hotel. No pude evitar sentirme divertido por su juvenil desengaño y por la astucia demostrada por Harry Yaffa, quien le había apartado tan limpiamente durante la nueva crisis budista. Cenamos juntos; o más bien, yo cené mientras Groton sorbía una taza de té y mascaba desganadamente unas tostadas. Du rente la cena le resumí los acontecimientos de la semana, las últimas conferencias y mi recomendación a Washington. Cuando me referí a Mel Adams y a mi conversación con Atine Beldon, dijo:

—Comprendo sus sentimientos, señor, porque así es como yo mismo me siento. No tengo la experiencia ni dispongo de la información para juzgar fundadamente; pero, por instinto, me siento atraído por el punto de vista de Adams. El pueblo tiene derecho a determinar su propio futuro, aun cuando la determinación sea tomada a través de la simple inacción. Conozco el otro punto de vista: que de todas maneras están cogidos en las redes políticas de las grandes naciones, que cada día están sometidos a campañas de subversión y a la indoctrinación política y que el siglo XX se les ha venido encima, les guste o no les guste… Pero, en todo caso, esta acción de dos vaqueros en duelo con las pistolas sobre una mesa me parece peligrosa, aunque solo sea porque no podemos conocer sus consecuencias.

—Entonces, ¿tampoco aprueba mi conducta, George? Se ruborizó y respondió intranquilo:

—Dije, señor, que carecía de experiencia y de información. Solo estoy exponiendo una opinión personal.

—Póngase en mis zapatos, George. ¿Qué haría?

—No creo que esta sea una pregunta justa.

—¿La teme?

—No. Pero no me encuentro capacitado para responderla.

—Entonces, digamos que presiente que me he equivocado. ¿Qué presiente que yo debía haber hecho? Era un acto brutal violentar a un muchacho en esta forma, pero buscaba con desesperación algún síntoma de apoyo, o al menos algún tipo de absolución a cambio del afecto que le había ofrecido. Estaba resentido por su obstinada negativa de entrar a discutir en mis propios términos. Hubo una larga pausa durante la cual Groton permaneció sentado con la vista fija en los residuos de su taza de café. Luego, alzó la cabeza y me encaró:

—Señor, si quiere una respuesta, se la daré. Está dividida en dos partes: Creo que lo que debemos aprender es el arte de la inacción cautelosa. No creo que la hayamos aprendido aún porque somos demasiados vulnerables a la Prensa y a la opinión pública. El hombre que salvó a Roma de los cartagineses recibió el nombre de Dilatador. Yo esperaba, y Muchos otros esperaban, también, que usted tendría la fortaleza suficiente como para ser un hombre como él… Decidió seguir otro camino. Quizás el tiempo compruebe que usted tenía razón. Y esto me lleva a la segunda parte. Soy un empleado joven. Mis opiniones no tienen peso, sean estas correctas o erradas. Por lo tanto, no estoy obligado a tomar la dura determinación de Mel Adams. Quizá deba tomarla algún día. ¿Quién sabe? Por ahora…

Se detuvo, confundido, y desmenuzó un trozo de tostada entre sus dedos nerviosos. Yo lo presioné.

—¿Por ahora, George?

—Estoy bajo sus órdenes. No, esas no son las palabras adecuadas. Usted me ha dado confianza, bondad y una especie de ternura, creo. Quiero devolverlo. No puedo hacerlo en base a una aprobación de lo que hace…, o de lo que usted es. ¡Debo decir que pienso que está equivocado…, gravemente equivocado! Creo que se ha hecho algo a usted mismo que aún no logra definir. Pero con lo que yo pueda valer (y no creo que sea mucho), sigo a su servicio. No sé si me expliqué bien, pero es como un asunto familiar, como acostar al padre cuando llega borracho y cuidar de él a la mañana siguiente cuando sufre de la terrible resaca.

Este era un testimonio de amistad extraño y tergiversado y tuve la falta de tacto suficiente como para decírselo.

—George, para ser un diplomático en proyecto, recurre a un lenguaje endemoniadamente antidiplomático.

—¡Porque usted me obliga a ello, señor! —Me sorprendió su tono de amargura—. Pide demasiado…, la aprobación total de todo cuanto hace, una lealtad a toda prueba. Usted actúa como el juez acusador y luego espera que sus amigos le alaben. ¡Si desea ser perdonado, magnífico! Pero para eso necesita de un confesor, no de un colega o de un asistente menor.

—¡Ha dicho bastante, George!

—¡No sé si bastante o demasiado poco, señor! Sencillamente, no se me ocurren las palabras.

—Entonces le sugiero que se vaya a la cama y se tranquilice.

—No estoy de servicio, señor. Creo que iré al «Caravelle» a tomar un trago.

—Hágalo. Y por la mañana descubrirá que me debe una explicación.

Se puso de pie y jugueteó intranquilo y vacilante con la servilleta. Se veía tan joven y angustiado que sentí compasión, pero no pude controlar lo suficiente mi ira como para ofrecerle un gesto de amistad. Finalmente dijo:

—Le daré mis explicaciones ahora, señor. He faltado al respeto a un superior en el Servicio. Lo siento.

—Aceptaré sus excusas. Y jamás volveremos a referirnos a esta noche.

—Gracias, señor. Buenas noches.

Terminé de cenar solo; luego, desesperado por buscar compañía, llamé al general Tolliver y crucé la ciudad para ir a su casa a beber una taza de café y jugar al billar. Estaba acompañado por dos oficiales de su personal, y jugamos hasta la medianoche. Me alegraba de estar nuevamente entre profesionales y prometí que jamás les abandonaría otra vez para meterme en el territorio incierto de los soñadores e idealistas.

Capítulo X

A las tres de la madrugada, en el Hospital Policlínico de Le Loi, George Groton murió en mis brazos.

Su forma de morir fue simple, brutal y tan horriblemente fútil que incluso ahora no puedo pensar en ella sin experimentar una oleada de furor y amargura. Después de salir de mi casa, se dirigió al «Hotel Caravelle» y subió al bar «Jéróme y Juliette», en el octavo piso, que era (y que aún es, según tengo entendido) el lugar acostumbrado de reunión de los corresponsales de Saigón. Allí entabló conversación con un fotógrafo llamado Charles Kubrick, un corresponsal de la UN llamado Leonard Garbutt y Gerry Avallone, de la ABC. Bebieron y charlaron hasta las once o poco después. Kubrick sugirió que se trasladaran a un club nocturno llamado «Bacará», en Tran Quy Cap.

Detuvieron un taxi fuera del «Caravelle» y cruzaron la ciudad, pasando ante la catedral católica romana hasta la avenida Tan Quy Cap. No había evidencia alguna de que les hubieran seguido y el lugar al cual se dirigían no tenía nada de siniestro. Era un bar-restaurante conocido, con un jefe de cocina francés, una orquesta de vietnamitas y un grupo de muchachas, ni más hermosas ni más virtuosas que sus contrapartidas de una docena de otros lugares similares en la ciudad. Como me lo había explicado Gerry Avallone: «¡Los manteles son limpios, la comida digerible, los tragos no son falsificados y, en todo caso, dónde demonios se puede ir en esta ciudad!». Además, como cualquier otro club nocturno en la ciudad, tenía su propio contingente de policías de seguridad: un trío de muchachos curtidos, duros, que siempre estaban sentados en el mismo lugar, frente a la puerta, y que vigilaban a los clientes con cínico desdén.

Los cuatro hombres pidieron bebidas y se sentaron durante una hora, charlando con las muchachas y escuchando la orquesta; entonces, Garbutt decidió marcharse y trabajar un rato en su despacho antes de acostarse. George Groton, que aún se sentía débil después de su enfermedad, decidió marcharse con él. Groton pagó la cuenta de ambos. Salieron y se detuvieron

en la puerta para pedirle al portero que les buscara un taxi. El portero les dejó en la acera y trotó unos veinte metros para llamar un taxi. Su historia era muy simple y no se apartó un ápice de ella durante ocho horas de interrogatorio policial. Antes de llegar a la esquina, escuchó a su espalda un coche que avanzaba a gran velocidad por la avenida. Se volvió para mirar hacia el restaurante y vio un «Citroën» negro casi junto a los dos hombres sobre la acera. Hubo una ráfaga de disparos y los dos hombres cayeron. El portero se tiró al suelo y el coche pasó rugieron por su lado y continuó por la avenida Tran Quy Cap. Se levantó y corrió de vuelta para encontrar a Garbutt muerto y a George Groton que sangraba del pecho y vomitaba sangre sobre el pavimento. Se trataba solo de otro de aquellos actos al parecer sin sentido, pero fríamente calculados, por los cuales el Vietcong mantenía a la ciudad en un estado de tensión y de terror. Cualquier víctima serviría para sus propósitos: una muchacha de un bar, un paracaidista, un vendedor de cacahuetes tostados. Esta noche habían sido dos extranjeros junto a la puerta de un bar popular.

Y así, George Groton yacía en el Policlínico, blanco como la cera y tosiendo y escupiendo una espuma sanguinolenta, mientras una monja de edad rezaba el rosario y Anne Beldon, Mel Adams y yo esperábamos impotentes a que muriera. Fue una agonía lenta y dolorosa y me encontré rezando desesperadamente a un Dios de mi niñez para que esto se terminara pronto y me diera una señal ínfima de reconciliación con este hijo adoptivo.

Poco antes de las tres abrió los ojos y creí ver, bajo esa mirada velada por el dolor, una señal de reconocimiento. Le cogí la mano en la mía y me incliné para hablarle suave y tiernamente, como a un niño. Sus dedos se clavaron en mi mano y tomé este hecho como un signo de haber comprendido. Luego comenzó a toser nuevamente: una lucha agonizante para respirar entre la sangre que le ahogaba. Le pasé un brazo por los hombros para alzarle ligeramente, pero dio un grito sofocado, su cabeza se inclinó hacia un costado y murió.

La monja anciana le cerró los ojos, le limpió la espuma de la boca y se arrodilló para rezar. Instintivamente, nos arrodillamos junto a ella; entonces, algo se rompió en mi interior y sollocé como un niño, con el rostro apretado contra su mano sin vida.

Fueron las últimas lágrimas que he derramado. Incluso cuando le sepultamos, como a un soldado, con toque de diana y disparos, y yo lancé la primera palada de tierra sobre su ataúd, no pude llorar. Mi corazón se había transformado en una piedra. Odiaba esta tierra húmeda donde se le había

enterrado; odiaba esta ciudad traicionera y peligrosa; odiaba los rostros ocultos de sus habitantes; pero, más que nada, me odiaba a mí mismo.

La diplomacia es lo que más se acerca al movimiento perpetuo; y a pesar de la muerte, del desastre, del soborno y la traición, las ruedas dentadas seguían girando junto a sus engranajes; los muelles se estiraban y encogían y se mantenía la ilusión de propósito y dirección para alivio del ignorante. Hacía solo una hora que había vuelto del funeral cuando me llegó un mensaje de Festhammer:

> ENCONTRÉMONOS CUARTEL GENERAL FUERZA AÉREA HONOLULÚ A LAS DIEZ HORAS MIÉRCOLES 27 PARA CONFERENCIA. LOCAL Y FINALIDAD DE REUNIÓN SECRETO DE ESTADO.

El significado de la cita era muy claro: la brasa encendida había pasado de mano en mano y ahora se me devolvía. Nadie me daría una autorización escrita que apoyara un golpe de Estado que podría fallar o transformarse en una revolución sangrienta. Entonces, Festhammer había sido nombrado para que me diera una autorización verbal que podría ser retractada, reinterpretada o dejada totalmente de lado del canon de la Historia. No podía negarme. Este era el título del juego. Lo que Festhammer no sabía era que ahora no me importaba cómo lo jugaran. Mi corazón estaba endurecido por una animosidad fría hacia mí mismo y mi triste profesión, pero mi mente poseía la claridad del cristal y me encontraba más allá de la posibilidad de ser seducido con el éxito o de temer al fracaso. Esta objetividad me transformaba en un instrumento político casi perfecto, porque cumplirla con las reglas del juego con la misma dureza que aquellos que habían asesinado a George Groton y de esos otros cuyas intrigas e ineptitudes habían permitido su muerte.

Treinta y seis horas más tarde estaba en Honolulú con Raoul Festhammer. Creo que recibió una sorpresa con mi aspecto. Sus primeras palabras fueron:

—¡Dios mío, Max, lo has pasado mal! Espero que te cuides. Ese asunto del joven Groton fue horrible.

—Lo fue.

—Sé que le estimabas.

—Sí.

Me lanzó una mirada rápida y penetrante, abandonó el tema y luego siguió, alegremente:

—Nos alojaremos donde Maggie Benton, en «Diamond Head». Tiene un personal completo, una playa privada y una casa para invitados que ha puesto a nuestra disposición. Es mejor que estemos cómodos mientras trabajamos.

—Eso me gustará.

Partimos en el coche en un día claro, brillante, a través de una ciudad plagada de hoteles nuevos y centros comerciales e invadida de turistas en *shorts* y camisas floreadas. Esta era América, tierra de los libres y valientes; y esos eran los contribuyentes americanos, gente noble, que pagaba sus dólares, leía las tiras cómicas del domingo y practicaba el *surf* en Waikiki porque habían comprado el derecho de olvidar a George Groton y a todos los otros que yacían enterrados en el distante suelo de Asia. Yo era su servidor. Lo que yo hiciera, era hecho en su nombre y con su autoridad. Si sangraba un poco por ellos, no podía quejarme, porque me pagaban bien y me enviaban a convivir con los poderosos del mundo. Sentí una fría animosidad contra ellos y todos sus efímeros trabajos, como si yo fuera un veterano que cuidara de mis heridas y despreciara a aquellos que jamás habían presenciado un disparo hecho con furia. Mis pensamientos deben haberse reflejado en mi rostro, porque Raoul Festhammer me reprendió sobriamente:

—¡Vamos, tranquilízate, Max! ¡No tienes para qué ocultar tus sentimientos ante mí! Abre la válvula de escape. ¡Deja salir algo de vapor! ¡Nos queda mucho camino por recorrer y no queremos que nos falles!

—¡No les fallaré!

—No, no creo que lo hagas. Pero si ya tienes un infierno en tu tarea, no debieras fabricarte otro por añadidura.

—¡Eso es muy cierto! Dame un poco de tiempo y me tranquilizaré. Raoul, quería a ese muchacho como a un hijo. Y la noche antes de morir nos reñirnos. Me gustaría creer que me ha perdonado…, pero nunca tendré la certeza.

—¿Y cuál fue el motivo de la riña, Max?

—Este asunto del golpe de Estado.

Festhammer se encogió de hombros y dijo con cierto enfado:

—Lo comprendo. En Washington también hemos tenido nuestras disputas. Pero ¿qué se puede hacer? ¡Este es un póquer para profesionales y se necesita tener ojos en la espalda…!

Le referí lo de Mel Adams y me respondió airado y cortante:

—¡Ese Adams es como una vieja! Y para mi gusto siempre ha estado demasiado inclinado a la izquierda. Me alegrará tener su renuncia. Pero aún no, Max. Debes mantenerle de cualquier forma hasta que se terminen los fuegos artificiales. Ahora no podríamos cargar con esa molestia.

Le dije que haría todo lo posible y se le iluminó el rostro nuevamente.

—¡Vamos, Max! Ambos somos un par de viejos profesionales. ¡Al infierno con estos malditos teóricos…! Vamos a darnos un baño en el mar y a beber unos tragos. ¡Quizá Maggie te acompañe a tu cama esta noche! ¡Sigue siendo una belleza y siempre se sintió atraída por ti!

Era un buen consejo y traté de acatarlo. Me rendí a la efusiva bienvenida de Maggie. Me puse el bañador y bebí un trago en el jardín que daba a la playa. Nadé en las aguas tibias y claras, tan diferentes al río grisáceo y a los pantanos malolientes de Vietnam. Y después de comer, Festhammer y yo nos retiramos a la cabaña de invitados para comenzar nuestra conversación. No tuve quejas sobre lo que me dijo.

—… Has hecho un buen trabajo, Max. El informe era preciso y honrado. El presidente lo alabó… Ahora, antes de comenzar con nuestra charla, ¿hay algo que quieras agregar o quitar de ese informe?

—Nada.

—¿Dudas?

—Muchas. Pero siguen siendo las mismas que expresé en el cable.

—¡Magnífico! Ahora déjame que te explique el punto de vista de Washington. Existe una posibilidad de que Cung logre sobrevivir a este golpe de Estado e incluso a la amenaza de amotinamiento en el Ejército. Lo ha hecho antes. Podría repetirlo.

—Podría. Es una posibilidad muy escasa.

—Pero debemos estar preparados. Si surge nuevamente como el hombre sentado en el trono, debemos continuar conviviendo con él.

—Es verdad.

—Si ganan los generales, debemos convivir con ellos.

—Es verdad, nuevamente. Pero los generales no se moverán sin tener antes una señal nuestra. Y esa señal debe significar que continuaremos apoyando su Gobierno en Vietnam del Sur con ayuda, dinero y armas.

—Entonces es así como distribuiremos nuestras apuestas: dinero para los generales y un dólar a favor de Cung. ¿De acuerdo?

Me lanzó una sonrisa torcida y agregó irónicamente:

—¡Estarás de acuerdo, Max, muchacho! ¡Estarás de acuerdo! ¡Recuerda que esto es Washington! Asta es la democracia en acción…, el gobierno del pueblo por el pueblo y para el pueblo. ¡Y el pueblo siempre desea comerse la tarta y dejar un trozo en la nevera para el día siguiente! La palabra es «Adelante», Max. Esto es oficial. Viene del gran jefe. Pero no hay nada escrito. No hay ninguna directiva oficial. Debes actuar bajo tus propios poderes discrecionales. Si ganan los generales, no tendremos parte en ello. Si

pierden, te sacamos fuera y enviamos a otro hombre para que haga un nuevo intento con el régimen de Cung. Es duro, Max. Sé que es duro. Pero esa es la forma de actuar. ¿Tienes alguna objeción?

—No.

Me lanzó una mirada prolongada y pensativa, como si estuviera a punto de agregar algo más y luego se contuviera. Finalmente, continuó de prisa:

—Bien, esa es la teoría. Ahora la práctica. Washington considera muy importante que en lo posible conservemos una actitud de total independencia de los poderes en pugna entre Cung y los disidentes. Continuaremos nuestras negociaciones actuales con el régimen. Se mantendrán los intercambios de opiniones con el Ministerio de Relaciones Exteriores. Comienza con una serie de cortesías con los otros diplomáticos… que, según he notado en tus informes, no has podido cumplir hasta el momento.

—¡El día solo tiene veinticuatro horas, Raoul! Rio y apartó mi protesta con un movimiento de su mano.

—¡Lo sé! ¡Lo sé! Pero, Max, ahora se trata de seguir una táctica. Si pudieras inaugurar un hospital, anunciar una beca o entregar premios en los exámenes de grado…, cualquier cosa con tal de crear una atmósfera de normalidad, incluso dentro de una situación difícil… Eso es lo que necesitamos.

—Por cierto, nadie lo creerá.

—No tienen que creerlo. Solo que nadie pueda escribir una historia sobre tus conexiones directas con los generales. Y esto me lleva al próximo punto: ¿Cómo vas a dar la contraseña?

Me referí a la cena presidencial y reaccionó con la misma diversión irónica de Harry Yaffa.

—¡Magnífico, Max! ¡Magnífico! ¿Y cuánto tardarán los generales en dar el primer paso?

—No lo sé, y dudo que nos lo digan. Eso corre por cuenta de Yaffa y sus muchachos.

—Mejor. Nos hace aparecer aún más inocentes.

—Una pregunta, Raoul: ¿Cuánto tardará Washington en reconocer el nuevo Gobierno, en el caso de que tengamos uno?

—En cuanto ostente el poder sin posibilidad de error. Pero, por cierto, tú podrás trabajar con ellos antes de eso. Si necesitan fondos nos arreglaremos para mantenerles en el negocio.

—Otra pregunta: ¿Qué dice Washington sobre la seguridad personal de Cung?

—Si pide asilo, se lo concedemos. Si no… —Acompañó toda la vasta gama de posibilidades con un amplio movimiento de su mano—. Si no… *C’est la guerre!* Pero eso es tan poco oficial como todo el resto, Max.

—Por cierto.

Fue la medida de mi indiferencia la que me hizo posible aceptar su proposición inconscientemente y sin ninguna queja. El propio Festhammer se sorprendió, porque esta era toda la razón de su misión: obligarme a un cometido que dejaría todas las manos limpias menos las mías. Pero al obtener lo que deseaba, era demasiado hábil como para preguntarme por qué estaba dispuesto a garantizarlo. O quizá lo sabía (como Cung y Harry Yaffa lo sabían, cada uno a su manera), que ya no existen otros terrores para un hombre que ha llegado a negociar con la muerte y su propia condena.

En menos de una hora habíamos terminado todos nuestros asuntos. Nos bañamos en el mar nuevamente y bebimos cócteles en el jardín y observamos los grandes catimarones[1] que llegaban al puerto al atardecer por un mar color sangre. Festhammer, que jamás le faltaba una mujer, llamó a uña amiga y los cuatro fuimos a cenar al «Royal Hawaiian».

Esa noche me acosté con Maggie Benton. La relación fue satisfactoria para ambos, ya que ella estaba ansiosa y yo experimentaba una inmensa necesidad de afirmar mi virilidad. Cuando llegó el momento de la despedida, ella me abrazó, lloró un poco y ambos nos hicimos maravillosas promesas. Pero antes de que fuéramos engullidos por el aire vacío del Pacífico, yo ya la había olvidado.

Esta vez mi llegada a Saigón fue un asunto furtivo. No hubo guardias ni ceremonias. En cuanto el avión tocó tierra, Bill Slavich acercó el coche, Harry Yaffa me saludó brevemente y partimos de inmediato a casa. Le referí mi conversación con Festhammer y sonrió con cínica aprobación.

—… Es la mejor forma de conducir la situación, señor embajador, incluso para nosotros. El secreto es algo esencial para los generales y para nosotros. Pero hay algo mucho más importante. Se le ha dicho que actúe bajo sus propios poderes discrecionales. Por lo tanto, quedo en posición de hablar con los generales y decirles que nuestra aprobación depende de la información total de sus planes. No obtendremos toda la información, pero al menos la necesaria como para observar sus movimientos militares y ver que nuestras propias unidades no queden expuestas y desprevenidas… Me pondré a trabajar de inmediato y usted contará al menos con un resumen básico antes

de la cena presidencial. En cuanto al otro asunto, la actividad inocente, las apariencias públicas y el resto, comenzaré a coordinar eso con nuestra Prensa y el personal de relaciones públicas. Podría empezar con un cóctel y algunas invitaciones a cenar. Luego arreglaríamos una visita a los proyectos de la Misión de Operaciones: centros agrícolas, escuelas de adiestramiento, instituciones médicas y militares y cosas por el estilo. ¡Pero sí cuenta con un problema…, Mel Adams! Ha amenazado con renunciar, ¿recuerda?

—Deje a Mel por mi cuenta. Yo le hablaré.

Pero lo que debía decirle era un asunto muy diferente. Sentí gran respeto por Mel Adams; y además, era él quien me había acompañado junto al lecho de muerte de Groton; fue su mano la que me ayudó a ponerme de pie y me condujo a casa. Fue él quien se sentó a mi lado durante las horas de casi locura que siguieron después. ¡Sí, yo era bastante despreciable, pero no podía traicionar a este hombre! Le llamé a casa y le pedí que viniera a verme. Le dije toda la verdad y luego le supliqué:

—Sé exactamente cómo se siente, Mel. Sé que no aprueba lo que hago. Si desea renunciar de inmediato, firmaré sus papeles de traslado. Pero le pido que se quede…, no para participar ni aprobar, solo para proteger al Gobierno de las consecuencias de una decisión que usted estima errada. ¡No puedo ser más honrado, Mel!

Pensó en la proposición largamente, paseándose por mi despacho, debatiendo en voz alta conmigo y consigo mismo. Luego dijo con voz carente de emoción:

—Muy bien. Me quedo…, pero con tres condiciones. La primera es que solo me dedicaré a asuntos de rutina y que no se me pida tomar parte en ninguna discusión o decisión sobre el golpe de Estado. La segunda es que, si el golpe se lleva a cabo, se me autorice para actuar independientemente y convencer a Cung de buscar asilo con nosotros. La tercera es que una vez que todo este asunto haya concluido (cualquiera que sea su fin), usted firme mi traslado y luego revise y firme mi testimonio de todos estos procedimientos. Enviaré luego ese documento acompañado de mi renuncia al secretario de Estado. ¿Trato hecho?

—Es un trato duro, Mel, especialmente la segunda condición. Le lleva ante un conflicto directo con la CIA y con la Policía del Departamento de Estado.

—Es el único trato que haré. Ya tengo escrita mi renuncia.

—No puede ser oficial, porque es una contradicción a mis órdenes.

—El asesinato tampoco es oficial. Pero nos podemos ver envueltos en él.

—¡Entonces, en forma no oficial, entre usted y yo es un trato!

—Quisiera Dios que ambos estuviéramos un poco más orgullosos de este trato.

Ahora debíamos esperar y mientras esperábamos, debíamos representar la comedia de no estar en espera de nada. Yo representé mi papel con experiencia pero con muy poca convicción. Ofrecí un cóctel, retardado durante tanto tiempo, y comencé con las invitaciones a cenar. Pronuncié una conferencia sobre los métodos americanos de negociación ante la Cámara de Comercio Menor. Visité el Instituto Pasteur y ofrecí un obsequio de sueros por parte de la Cruz Roja americana. Efectué una inspección solemne de un establo donde un australiano criaba vacas de leche para el clima tropical. Nadie sufrió una decepción porque todo el mundo observaba el juego de ajedrez que Cung conducía en la ciudad y en las provincias. Se cambiaban los mandos. Las unidades se transferían de una división a otra. Se le pidió la renuncia a tres gobernadores provinciales y en los departamentos gubernamentales los empleados menores fueron nombrados sobre sus superiores en rango. La Comisión de las Naciones Unidas se marchó furiosa y frustrada por la inadmisible ausencia de informantes en las pagodas. El arzobispo de Hué abandonó el país para integrarse al Concilio Ecuménico y el ministro de Educación sufrió una enfermedad repentina y tuvo que retirarse a su villa en el Cabo Saint-Jacques. Por orden del ejecutivo se congelaron las cuentas bancarias de los oficiales sospechosos y se puso vigilancia a sus hogares. Cung estaba jugando en la forma clásica: dividir para gobernar. Y algunos de mis colegas diplomáticos incluso apostaban dinero a que se saldría con la suya.

Sin embargo, Harry Yaffa presentó un panorama totalmente diferente. El traslado del general Khiet era una ventaja para la conspiración ya que le ponía en el centro mismo de los acontecimientos en Saigón, donde era muy respetado. En cuanto al resto, los generales se habían aprovechado de los movimientos de las tropas para efectuar sus propios cambios entre los comandantes más jóvenes y entre los oficiales de las divididas unidades de paracaidistas, artilleros e Infantería. Confiaban en que estarían prontos cuando llegara la hora. ¿Cuánto tiempo necesitarían después de la cena presidencial? Diez días. ¿Qué plazo nos darían como advertencia? Doce horas, como máximo; cuatro horas, como mínimo. Los momentos fueron de tensión y nerviosismo y el Vietcong se aprovechó de ellos. Se sucedieron fuertes ataques en el delta. En los muelles de Saigón volaron una nave de abastecimiento. Y solo para recordar que ningún hombre es una isla, en Laos,

el Pathet Lao comenzó a movilizarse enérgicamente a lo largo de la meseta de los Jarros.

La cena presidencial dio una nota antagónica respecto de estos antecedentes de violencia e intriga. Para llegar a la cena, los invitados, tanto viets como extranjeros, tuvieron que pasar a través de cordones y cordones de policías armados. Sus invitaciones grabadas eran inspeccionadas con el mismo cuidado que si se tratara de pases para un arsenal…, lo que eran en realidad. Al dejar sus coches, dejaban a los conductores y las llaves dentro; y hombre y vehículo eran registrados con educación pero con eficacia. Sin embargo, dentro del Palacio, las luces resplandecían y la fiesta se celebraba con formalidad, si no con festividad. Las mujeres vestían elegantes sedas de Tailandia y brocados de Hong Kong; los hombres presentaban un aspecto tan compuesto y limpio como el marfil viejo y los oficiales resplandecían con sus órdenes y condecoraciones de la República del Vietnam del Sur; la jarretera de la Gran Cruz del Orden Nacional, la medalla del Comandante, la medalla del Mérito Militar y la Cruz del Servicio Distinguido. Algunos llevaban incluso condecoraciones francesas, pero ya no tan en evidencia, sino como discretos rosetones en las solapas.

La cena fue austera, porque Cung era un hombre austero y no se movería de su idea que aquellos que gozan de la vacilante paz del capital debieran compartir, al menos en símbolo, las privaciones de los que luchan. La conversación fue medida, por lo tanto, aburrida. Por encima de toda la concurrencia flotaba una nube de desconfianza y mala voluntad; pero Cung estaba sentado a su cabecera, más mandarín que nunca, y sonreía un poco y se inclinaba para hacer sus cumplidos clericales a aquellos que estaban sentados cerca.

Y entonces comenzaron los brindis y Cung ofreció el primero:

—Por esta República, fundada en lágrimas y sangre y sostenida contra enemigos de dentro y fuera; por el valor de su pueblo.

Bebimos y la desconfianza disminuyó unos instantes para transformarse en orgullo transitorio. Incluso había orgullo por el hombre que había ofrecido el brindis, porque en ese momento, aun cuando no se volviera a repetir, tenían que recordar lo que había hecho por ellos. Yo también lo recordé; y por un instante me falló la resolución. Pero ya era demasiado tarde. Escuché mi nombre y en el silencio que se hizo a continuación pronuncié mi breve discurso.

—Esta República, como la nuestra en América, creció en base a una revolución contra el colonialismo (aplausos débiles). Las esperanzas del

pueblo de esta República son las mismas que el nuestro: libertad de la servidumbre, libertad del temor, libertad de palabra y el derecho de determinar su propio futuro, sin la amenaza de una invasión armada o de ataques extranjeros (más aplausos). Represento aquí a una gran nación que comparte vuestra lucha y que invierte su dinero, su habilidad y la sangre de sus jóvenes en defensa de lo que habéis ganado y que aún os queda por mantener y aumentar. En este, vuestro Día de la Independencia Nacional, ofrezco un doble brindis: Por vuestro presidente, Phung Van Cung…, y por el gallardo pueblo de Vietnam del Sur.

Ahora no hubo aplausos. Las palabras quedaron suspendidas unos instantes en el aire y luego toda la concurrencia se puso de pie y brindó en silencio. Ya estaba hecho. Y todos sabían que ya estaba hecho…, y cómo y por qué…

A la mañana siguiente recibí un obsequio del presidente Phung Van Cung. Se trataba de un ejemplar encuadernado en piel del Nuevo Testamento, en la antigua versión inglesa de Douai. En su interior había una inscripción:

> Al Embajador de los Estados Unidos.
>
> Del Presidente de la República de Vietnam del Sur. San Lucas XXII: 47-48.

Me había marcado el texto, cortésmente, con una cinta roja:

> “*Aún estaba Él hablando, y he aquí que llegó una turba y el llamado Judas, uno de los doce, los precedía, y acercándose a Jesús, le besó.*
>
> *Jesús le dijo: Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre?*”.

Guardé el libro en el cajón privado de mi escritorio para que Anne Beldon no lo leyera. Después, para mayor seguridad, se lo mostré a Harry Yaffa. Este se encogió de hombros con un gesto de disgusto.

—Ese ha sido el eterno problema de Cung, señor embajador. Es un buen hombre por el mal camino, porque siempre he creído que él es Cristo Todopoderoso.

Me pregunté cuál habría sido la opinión de George Groton al respecto; pero él, por cierto, estaba muerto y ya no le preocupaba nada. Por primera vez me sentí dichoso de no tenerle a mi lado.

Durante los días siguientes mantuve un ritmo de trabajo intenso. Exigía un informe diario de todos los departamentos de la Embajada. Atendía a las sesiones de instrucción en el cuartel general de Tolliver y conferenciaba regularmente con Harry Yaffa y su personal. Estuve siempre disponible para la Prensa y tuve a Anne Beldon y a sus muchachas encadenadas a sus escritorios con rimeros y rimeros de papeles. Necesitaba de toda esta actividad redundante para mantener mi mente ocupada. Necesitaba de la compañía de hombres prácticos que confirmaban mi vacilante fe en el curso que había elegido.

Me negué a cenar solo. Obligaba a mis huéspedes a conversar hasta tarde y cuando salía a cenar fuera, era el último en marcharme. Antes de acostarme bebía un *whisky* doble y tomaba píldoras para dormir, para así no tener que enfrentarme al interrogatorio nocturno de mí mismo. Pero, a pesar de todo, los días transcurrieron perezosamente y me impacientaba la espera del movimiento decisivo por parte de los generales. Tuve muy poco que ver con Mel Adams. Deseaba que al menos sintiera que respetaba nuestro trato; y esperaba, con muy poca confianza, que mantendría respeto por mí.

La actitud de Anne Beldon hacia mí era extraña. No había pedido disculpas ni se había retractado del ataque que me hiciera objeto después de la conferencia, y yo por mi parte, estaba decidido a no ser arrastrado jamás a una discusión con ella sobre el tema de mis propias acciones en la política de la Embajada. La noche de la muerte de George Groton había llorado junto a mí, pero al final se retiró y me dejó al cuidado de Mel Adams. Ahora, en el despacho, la estaba haciendo trabajar brutalmente; y en las noches, debido a mis compromisos sociales, apenas si teníamos tiempo de estar en privado. Sin embargo, de vez en cuando, durante una pausa en el dictado o mientras firmaba la correspondencia, la sorprendía observándome con preocupación y confusión, como si en alguna forma temiera por mí pero no lograra expresar ese temor con palabras.

Entonces, una noche, mientras bebía solo antes de marcharme a cenar con los oficiales de la Fuerza Aérea, se acercó a hablarme. Le preparé un trago y discutimos ligeramente antes de ir al grano del asunto. Sus muchachas estaban sobrecargadas de trabajo. Todos los días trabajaban horas extras y después les quedaba muy poco tiempo para divertirse. Yo estaba complicando el problema con mi brusquedad y mi aparente indiferencia ante sus esfuerzos. En medio de la guerra y de la muerte, la queja no tenía fundamentos, pero mi propio sentido de culpabilidad me sensibilizó a la justicia de esa acusación. Me disculpé por mi descuido.

—… Es un problema muy real, Anne, y me temo que no le he prestado la atención suficiente.

¿Qué quiere que haga para remediarlo?

—Solo que les hable ocasionalmente. Ofrézcales una o dos sonrisas y pregúnteles por su salud y sus familiares. A nadie le causaría daño que, de vez en cuando, se les enviara algo de comer cuando trabajan hasta tarde, o que se les obsequie con un pañuelo o una pieza de laca. Solo son seres humanos, ¿sabe? Algunas se sienten solitarias y todas viven en tensión en esta ciudad. Le admiran mucho; pero cuando se limita a pasar por el despacho como sí fuera la ira de Dios, se sienten confundidas. Además, realmente no comprenden por lo que usted está pasando…

—¿Y usted lo comprende, Anne?

—Al comienzo, no. Pero comencé a comprender la noche que murió George. Jamás había entendido lo solo que estaba ni la profundidad con que ocultaba sus sentimientos. Desde entonces me he sentido culpable.

—No debe sentirse culpable, Anne. No soy un tipo fácil de conocer ni de estimar. Además, nos encontramos en una situación crítica y he tenido muy poco tiempo disponible para adaptarme personalmente a ella.

—Ahora lo sé. Eso fue lo que hizo tan injusto mi ataque contra usted, a Mel Adams e incluso a George. Aún no puedo decir que esté de acuerdo con su modo de actuar. Pero al menos debiera haber confiado en que sus fines eran honestos.

—Me temo que todo sea más profundo, Anne. El problema es que yo mismo no estoy seguro de ser o no honrado.

—¿Y lo está alguien?

—Creo que la mayoría.

—Solo porque jamás se desafían ni se examinan a sí mismos. La mayoría somos unos cobardes.

—¿Es usted cobarde, Anne?

—Sí.

—Nunca lo he notado.

—No es algo que sea aparente, como una prenda de vestir colgada de una cuerda o una carrera en una media. Es algo que se mantiene oculto, como una marca de nacimiento o una cicatriz fea. Y el ocultarlo es parte de la cobardía.

—¿De qué tiene miedo, Anne?

—¿Realmente quiere saberlo?

—Solo si usted quiere decírmelo.

—¿Me puede servir otro trago, por favor?

Mientras le preparaba otro trago, se puso de pie y se acercó a la ventana para observar el jardín envuelto en sombras. Le llevé el vaso y juntos observamos las luces de la caseta de los guardias, las formas enmarañadas de los árboles tropicales y los velados piquetes de estrellas que asomaban entre los cúmulos de nubes. Sentí el aroma de su perfume y estudié su rostro, medio iluminado, como un camafeo tallado en perfil contra una concha oscura. Su voz fue casi un susurro.

—… Fue la noche en que murió George. Me impresionó terriblemente porque me hizo recordar con tanta viveza la muerte de mi esposo. Pero, más que nada, me asombró lo que hizo en usted. Se veía tan desnudo, tan aislado. Era un hombre sobre cuyos hombros caía todo el horror del mundo. Deseaba reconfortarle, pero no podía hacerlo. Le dejé en manos de Mel. Más tarde, cuando se marchó, le escuché paseándose por el piso de su habitación. Me acerqué a su puerta y con todo mi corazón deseé entrar y estar junto a usted, abrazarle y entregarme como mujer… Pero tenía miedo…

—¿De mí, Anne?

—No, de usted, no. Pero de poder rendir algo, entregar algo que no me podría ser devuelto. ¡Oh, no se trataba de la virtud, de la reputación y ni siquiera del amor! Era yo…, este pequeño ser cobarde que marginaba y que deseaba proteger y que no deseaba entregar ni exponer por temor a que se me hiriera nuevamente. Entonces me dije que usted no me necesitaba. Usted era un hombre grande e importante y tenía la fortaleza suficiente como para sobreponerse a lo que pudiera sucederle. Volví a mi cama y lloré hasta quedarme dormida. Luego, a la mañana siguiente, vi lo que le había sucedido. Usted era como un hombre de piedra. Su corazón estaba cerrado y había tirado la llave lejos de sí… Supe que le había fallado. Y que me había fallado a mí misma también. Ahora me pregunto si no le fallaré a cualquier hombre que se apresure en declararme su amor…

Puse mi brazo en torno a su hombro y la tranquilicé, pero no recibí respuesta. Me dijo con mucha gentileza:

—¡No, por favor! Deseo que se me bese y que se me quiera como cualquier otra mujer. Pero no tengo derecho a ello y me haría sentirme como una ramera. —Entonces se volvió hacia mí con una sonrisa débil y triste y me tocó la mejilla con sus dedos fríos—. Ambos estamos en el mismo barco, ¿verdad, señor embajador? Buscamos a alguien que nos perdone, pero no encontramos a nadie. Quizá nunca le encontremos, hasta que aprendamos a perdonarnos a nosotros mismos…

Fue un pensamiento que me persiguió y que se unió al eco de las palabras pronunciadas por el novelista viajero: que ningún hombre puede pedir prestada la absolución de otro. Y, sin embargo, sin la Ilusión del perdón, un hombre no podía sobrevivir como una criatura sana en un mundo enloquecido. Todo hombre, cualquiera que fuera su calidad y estado, trata de crear los medios de absolución de sus propias culpas. Los Harry Yaffa del mundo comenzaban con una media verdad: que la delincuencia era universal y por lo tanto inevitable. Sin embargo, terminaban con una mentira total: que el sentido de culpabilidad era una ilusión y un impedimento en la batalla salvaje por la sobrevivencia. Los egoístas se elevaban a sí mismos sobre el sentido de culpabilidad y convertían al resto del mundo en sus válvulas de escape. Los budistas, enfrentados a una universalidad de la imperfección, ataban al hombre a la rueda de la vida y le echaban a rodar por un purgatorio inexorable y repetido en una larga sucesión de existencias. Siendo esto tan terrible y desproporcionado como castigo de la existencia, era en sí un perdón y, a veces, un móvil para la fechoría. El incrédulo o el ignorante, que vacilan bajo el peso de su naturaleza culpable, recurren a menudo a los diálogos curativos de la psiquiatría o del análisis. Los verdaderos practicantes de este arte tratan de construir en el hombre la luz y la energía suficientes como para que se acepten a sí mismos tal cual son y acarreen sus traumas con respeto, si no con alegría. El resto, que busca dar la absolución negando toda responsabilidad, se encuentra a fin de cuentas incapacitado e indigno, porque el propio paciente comenzaba a clamar contra la mentira que ha destruido su dignidad y su sentido de culpabilidad.

Culpabilidad y dignidad…, era una yuxtaposición extraña. Pero en el fondo, ¿no era verdadera, o al menos deseable? Para ser culpable se debía ser libre y no totalmente sujeto a una compulsión cósmica. Para ser libre se debía tener la posibilidad de elegir otra cosa; al menos si no para lograrlo enteramente, para cambiar sus consecuencias. Siempre había reconocido una inmensa sabiduría en la práctica católica del sacramento de la confesión, con su garantía de perdón a los puros de corazón. Pero aceptar el sacramento era aceptar toda la fe en que se basaba: un Dios personal, un Redentor encarnado, una autoridad que se continuaba en el dogma y en la moral. Pero no estaba en mi poder aceptar o rechazar, como me había demostrado a duras penas un viejo y sabio dominico; y debía esperar pacientemente la luz que quizá vería, y que procedería de un Dios al cual quizá nunca llegaría a conocer.

A cualquier lado que mirase me rodeaba el misterio: el misterio de la identidad, la naturaleza y la responsabilidad del hombre. Y sabía que no

existía solución fuera de continuar el peregrinaje ciego y esperar, sin esperanza, a que al final encontrara la luz. Anne Beldon estaba en lo cierto al negarse a ceder al perdón ficticio del acto de amor casual. En un amor largamente compartido uno podría, y a veces sucedía, encontrar las raíces del cielo; pero en la carnalidad breve de la pequeña muerte no existía la absolución; ni tampoco en la gran muerte, a pesar de su alivio ilusorio… ¡Entonces, sigue tocando violinista y baila una jiga! ¡Mañana estaremos de vuelta en la guerra!

Dos días más tarde, a las cuatro, Harry Yaffa vino a verme. Venía excitado y tenso.

—¡Hoy es la noche, señor embajador! ¡El juego ha comenzado, se pierda, se gane o se retire! Estudiemos sus mapas y le mostraré cómo se llevará a efecto. Tomemos Saigón primero… —Extendimos los mapas sobre mi escritorio y me dio una conferencia breve y precisa sobre las tácticas de una revolución—. Aquí está el aeropuerto. Los generales han establecido su centro de operaciones aquí, muy cerca. A las dos de la madrugada sus hombres capturarán el aeropuerto y los centros de comunicación. Esta es la estación de Radio y la planta de teléfonos. Son los primeros objetivos dentro de la ciudad. A partir de entonces la acción converge hacia el Palacio. Ahora observe las cuatro arterias principales que conducen a la ciudad: tres del Norte y una del Sur. Una llega desde Bienhoa, otra de Bencat, otra de Taynín y la Carretera Sur de Tanan. Los blindados y la Infantería están preparados para la marcha y los cañones ya están enganchados a los transportes. Se encontrarán en las cercanías de la ciudad hacia la medianoche. Alrededor de las dos de la madrugada se apoderarán de la estación de Radio y la planta telefónica, y los tanques y artillería ya estarán en sus posiciones. Entonces telefonearán a Cung en el Palacio y le exigirán que se rinda. Si se niega, bombardearán, dispararán la artillería y luego atacarán los tanques y la Infantería en masa… Bien, estudiemos ahora el resto del país. La Academia Militar de Dalat está dispuesta a desertar y las tropas locales ya están organizadas. Hué está considerada como sitio seguro para los rebeldes. Da Nang está preparada y también Longxuyén en él Sur y Canthó… Es un buen plan, señor, y el general Khiet está seguro de su éxito, sin exponerse al Vietcong en las zonas vulnerables.

—¿Qué dice Tolliver de todo esto?

—Lo aprueba, señor. Sus propios agentes han sopesado todos los riesgos, y está bastante satisfecho de la seguridad de sus tropas. Se han cancelado todos los pases para esta noche y todo el personal que estaba libre ha sido llamado a sus puestos. La Policía Militar está encargada de llevarles de vuelta para que nadie sea cogido entre los disparos de esta noche.

—¿Y nuestras propias comunicaciones?

—Todos nuestros enlaces radiales estarán abiertos y trabajando en horario completo y el general Khiet ha ordenado que se mantengan abiertas todas las líneas de la Embajada, de las instalaciones militares y de su casa. Creo que estamos cubiertos del todo, excepto en lo referente al personal de la Embajada. ¿Qué piensa hacer al respecto, señor?

—Por cierto, yo me quedaré aquí. La señorita Beldon estará conmigo. Mantenga el centro de comunicaciones en plena labor, pero el personal casado envíelo a casa para que cuiden de sus familias. Los jefes de sección pueden permanecer en sus puestos o nombrar delegados si así lo desean. Adviértales a todos que no salgan a la calle y que cenen en casa. Yo me marcharé temprano y hablaré con Tolliver. Probablemente cene con él y estaré de vuelta a eso de las nueve. Si me necesita, llámeme al despacho de Tolliver.

—Dudo que le necesitemos, señor. —Sonrió y se encogió de hombros con resignación—. Ahora ya no está en nuestras manos. Incluso Mel Adams no debiera estar demasiado descontento.

¡Después de todo es la autodeterminación de los viets, por los viets y para los viets! ¡Y Dios se apiade de los generales si el plan les falla!

No podía comunicarle mi propia esperanza, perversa y secreta: que incluso en esta undécima hora, Phung Van Cung lograra un milagro y, desmintiéndonos a todos, surgiera una vez más como el libertador y el victorioso. A pesar de todos sus defectos, infundía respeto, y su gallardía obstinada merecía un mejor fin que esta trampa que le estaban tendiendo sus camaradas de otro tiempo.

Armado de mi propio conocimiento de la situación, encontraba muy extraño que la ciudad fuera tan imperturbable ante la violencia que se cernía sobre ella. Los empleados volvían a casa de sus oficinas con sus carteras bajo el brazo. Los vendedores de periódicos estaban lánguidamente sentados en sus quioscos. Los tenderos charlaban entre sí en las puertas de sus negocios y con los transeúntes. Por la puerta abierta de una barbería vi unos hombres tendidos como pachás bajo una nube de espuma jabonosa, mientras las hermosas muchachas les arreglaban las uñas y les masajeaban los dedos. Los

estudiantes pasaban en sus ruidosas motocicletas, a veces acompañados de una chica sentada de lado en el asiento posterior, con la blusa de seda tensa contra el cuerpo y sus pequeños pies arrastrando a una pulgada del suelo. Las criadas vestidas de negro fúnebre pasaban con los niños cogidos de la mano. Los vendedores de tarta de soja y dulces arrastraban sus carritos y los barrenderos chapoteaban pacientemente junto a la boca de las cloacas impulsando la basura con sus escobas. Algunos fieles subían y bajaban las gradas de la catedral y por la puerta entreabierta de una pagoda vi tremolar una túnica amarilla y el lento pasar de una monja de afeitada cabeza. Incluso los policías tenían un aspecto lánguido y los milicianos parecían más interesados en admirar a las muchachas que en la defensa de la bloqueada República.

No podía creer que un movimiento de rebelión tan masivo pasara inadvertido, sin escucharse ni siquiera un rumor; pero quizás este era el síntoma más notable de la prolongada y fatigante enfermedad de la guerra. El pueblo había visto pasar y desaparecer a tantos capitanes, escuchaba con tanta frecuencia el rugido de los tanques y los transportes de tropas que ya no hacía caso. En una ciudad llena de rumores, ¿qué importaba un murmullo más o menos? En la vida tan incierta que se llevaba día a día, ya no se pensaba más allá de la próxima comida y de la próxima noche para dormir. Esto era Asia, donde aún se recordaba al Kublai Kan y a los emperadores Ming y a las fabulosas hermanas Trung, que subían en elefantes para enfrentar al invasor…, pero donde el último principillo no tenía nombre y la maravilla del día era un nuevo señor feudal.

Volví nuevamente al siglo XX en el cuartel general de Tolliver. Allí se notaba en la atmósfera el bullicio de la actividad y la eficacia. Los teléfonos zumbaban constantemente y no cesaban de moverse los empleados y muchachos del servicio. El propio Tolliver estaba de buen humor y vivaz. Insistió en mostrarme sus mapas de la situación y ofrecerme su propia versión de la batalla.

—… Es una buena operación, embajador. Buena táctica y buena lógica. Creo que tendrán éxito.

—¿Cuánto tardará?

—De cuatro a veinticuatro horas, dependiendo del comportamiento de la Guardia del Palacio. Según nuestras informaciones, Cung debe contar con unos cuatrocientos hombres acuartelados cerca del Palacio. Tiene ametralladoras, morteros y, por cierto, las baterías antiaéreas. Pero no pueden sostenerse indefinidamente contra el bombardeo aéreo y la artillería. Si los

generales logran llegar con sus tropas hasta la ciudad sin que tengan que combatir durante el camino, creo que todo será una guinda.

Lo que no podía comprender era por qué Cung, a pesar del control que se vanagloriaba de tener sobre la situación, había permitido que los generales completaran sus preparativos con tanto cuidado. Sin embargo, Tolliver tenía una respuesta.

—Simplemente cambiaron todas sus comunicaciones dentro y fuera del Palacio. Le alimentaron de noticias falsas sobre los movimientos y disposición de las fuerzas. El Estado Mayor y todo el Gobierno es un hormiguero de traidores.

—¡Es mejor que controle su vocabulario, general! Mañana serán los héroes.

—Lo sé. —Me ofreció una sonrisa torcida—. Creo que los nombres no valen mucho cuando la lealtad está dividida. Esta tarde señalé a mi personal la facilidad con que se puede desorganizar un cuartel general una vez que los agentes de inteligencia se tiñen… En cierto modo, lo siento por Cung. Se merece algo mejor. ¿Qué le irá a suceder?

—Solo Dios lo sabe. Estoy autorizado a ofrecerle asilo si lo pide. Pero eso es todo.

—Pero ¿no intervenimos?

—No.

—Bien, esa es la forma como se desmorona una tarta. La regla principal de un dictador, embajador, es mantener el Ejército a su lado y que no se le mueva de allí. Si no se hace en esta forma, se está liquidado. Y mañana a estas horas, Cung estará muerto.

—¿A pesar de las garantías? ¿A pesar del general Thuyén?

—¡A pesar de todo, embajador! Incluso si los Guardias del Palacio luchan hasta el último cartucho, al final tendrán que rendirse. Y entonces comenzarán a negociar su propia seguridad.

¿Con qué? Con el grande y pérfido dictador… ¡El presidente Cung! Los generales no tienen que responsabilizarse de nada, ¿comprende? Es derrocado por sus propios hombres una vez que se den cuenta de que han sido engañados y mal conducidos.

—No pensé en eso.

—No se puede pensar en todo, embajador —dijo Tolliver de buen humor —. Si me permite decírselo, creo que ha hecho un magnífico trabajo. Se movió cautelosamente, mantuvo la cabeza en alto y no se negó a tomar una decisión llegado el momento. Estamos todos de su lado. Puede creerme.

Partiendo de Tolliver, esto era una noble alabanza. Le agradecí el cumplido y me alegré de que fuera un hombre tan simple como para no comprender la ironía de todo esto… Me pregunté qué estaría haciendo Cung en el Palacio mientras los morteros se movían a sus posiciones y los transportes blindados entregaban granadas y municiones y los cañoneros revisaban el campo de fuego. ¿Tendría miedo? ¿Estaría desesperado por la traición? ¿Estaría pasando revista a su guarnición o estaría fumando un cigarro después de la cena con el resto del personal? Tuve la débil e inquieta sospecha de que podría estar rezando frente al Cristo de Rouault.

La vigilia fue larga y yo era un personaje demasiado importante como para ser bien recibido en el juego de dados en el despacho del Segundo Secretario de Kaffeklatsch en el centro de comunicaciones. En mi despacho había la montaña acostumbrada de trabajo de rutina, pero en la víspera de un levantamiento armado parecía bastante inoportuno y no pude dedicarme a él. Envié a Anne Beldon a reunirse con las otras muchachas en espera de mi llamada y entonces extraje mi Diario y comencé a escribir, mecánicamente al comienzo y luego con verdadera urgencia, mis pensamientos íntimos en esta última noche antes de que se hundiera el tejado. Son unas páginas extrañas, desordenadas, pero al releerlas ahora, siento una oleada de piedad por el hombre que las escribió.

«… En tres horas más comenzarán los disparos y morirán hombres. En las crónicas de nuestros tiempos será una escaramuza sin importancia que muy pronto se olvidará. Pero cada batalla es un Armagedón para algunos pobres diablos… Muy pronto, todas las palabras que he dicho y escrito, se transformarán en balas y bayonetas y granadas de artillería. Es extraño, pero es verdad. Al final, los hombres mueren debido a las palabras. Quizás eso fue lo que quiso decir el novelista cuando afirmó que conocía el significado de las palabras y por lo tanto las respetaba. Nosotros, que recibimos el diluvio de palabras de la Prensa, de las pantallas de Televisión y de los transistores, hemos llegado a despreciarlas y distorsionarlas. Pero realmente son dientes de dragón… ¿Quién lee ahora el *Das Kapital*? Sin embargo, de Vladivostok al muro de Berlín, de Hankow a La Habana, hay bombas y bayonetas metamorfoseadas de ese ejemplar ilegible… Nosotros también somos fabricantes de palabras y acuñamos su base y nos preguntamos por qué a veces nos las devuelven a la cara. La semana pasada pronuncié siete palabras en un brindis y quizá, mañana por la mañana, haya una cuerda en torno al

cuello de un hombre o una bala en su cabeza… La palabra es la única facultad que distingue a los hombres. ¿Por qué la malgastamos en tal forma que en ciertas ocasiones sería mejor que fuésemos sordos y mudos…?

»Ahora deben estar acercándose los tanques y los camiones y los cañones de campaña. Nuestros tanques, nuestros cañones. Los compramos con el dinero de nuestro pueblo y se los entregamos a nuestros amigos para mantenerles a salvo y libres. Pero los que ayer eran nuestros amigos, mañana estarán muertos, asesinados con las armas que nosotros les dimos. Entonces, ¿quién está a salvo y quién está libre bajo la amenaza de la mutua malicia, en el cautiverio de la perenne desconfianza…?

»Y yo, que escribo esto con tanta claridad, ¿por qué contribuyo a la confusión? ¿O es que hablo dos idiomas: uno para la verdad privada y el otro para las relaciones sociales cuya complejidad y naturaleza no logro comprender? Y si no las comprendo, ¿por qué acepto la misión de árbitro de su destino…?

»¿Quién soy yo, el que escribe? Incluso esto no lo sé con certeza. Muéstrenme otro hombre, aun cuando igualmente no le conozca, y con toda seguridad, que leeré su diagnóstico y firmaré su sentencia de muerte. En esto, el hombre que está a punto de morir es más afortunado que yo; creo firmemente que su vigilia es más tranquila que la mía. Sabe quién es, o al menos, confía en saberlo. Sabe lo que es la muerte y la acepta como una consumación y una continuidad. También sabe lo que significan las palabras: al principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios… Sin embargo, ha cometido terribles errores en el bien común y, por lo tanto, el Mundo de la Luz no le ha valido de nada…

»En el aeropuerto estarán llenando los tanques de combustible y cargando los proyectiles y los cohetes y las bombas. Jóvenes como George Groton surcarán el aire como furias vengadoras, sembrando la destrucción sobre otros jóvenes a quienes no pueden ver… Un pensamiento banal. Un lugar común de nuestros tiempos esclarecidos. El espíritu de los árboles puede ser aplacado con incienso. El espíritu del hogar tiene hambre y uno puede acallarlo con una tarta de arroz. Pero los vengadores del aire en sus carros terribles, ¿quién puede aplacarlos…, y cómo…, excepto con la sangre y el humo del sacrificio humano?

»¿Qué haré mañana cuando todo haya terminado? ¿Volver al desierto y untarme el cabello con cenizas? Yo soy, el oráculo que debe proclamar un resultado afortunado: …un restablecimiento rápido de las relaciones normales, un esfuerzo renovado en el sector militar, un Gobierno estable e

iluminado, libertad, igualdad y bailes nuevamente en los clubs nocturnos, un poco de prostitución honrada y al infierno con los timoratos y también con los neutralistas franceses. ¡Dixie…! ¡He dicho! Y entonces volveré a casa silbando Dixie con una victoria para la democracia en el bolsillo…

¿Por qué demonios no comienzan? ¡Que se termine pronto la matanza y quizás entonces todos podamos dormir algo…!

»Y el Faraón dijo a José, he soñado y nadie puede interpretar mis sueños… ¿Quién me los interpretará a mí? ¿Quién distinguirá al soñador, de los propios sueños: el sueño del pájaro sordo y la tierra plana, y el soñador rodeado de luz, pero que nada ve fuera de un cuclillo sordo…? No puedo soportar esta soledad. Debo casarme y vivir un poco y tener un hijo que lleve mi nombre. Bastaría un poco de amor y estaría tan agradecido como si se tratara de un nuevo don de la vida. El don de la vida es un don de lágrimas y risas. Ya no me quedan lágrimas y no he reído durante mucho mucho tiempo…

»Gabrielle, ¿por qué no estás aquí? ¿Dónde estás ahora? ¿Te has encontrado con George? ¿Habla bien de mí? No puedo pensar que ambos estáis atados a la rueda de la vida, girando interminablemente a través de una serie de futilidades, hacia la inmensa calma de la nada. ¡En ello hay horror y una locura insoportable…! ¡Que yo, en una existencia futura cualquiera, pueda violarla habiéndola amado en esta: pisotearla, como un gusano bajo la pata de un elefante o como un microbio en su sangre, llevarla hasta una segunda muerte…, este es un pensamiento primitivo y estúpido que ultraja toda razón! Pero en tanto lo que deseamos una promesa de inmortalidad que estamos dispuestos a aceptarla a cualquier precio… Mel Adams y Harry Yaffa…, un estudio de contrastes. Sin embargo, ¿a quién respeto más? ¿Al hombre que expresa con eficiencia, y algunas veces con entusiasmo sexual, las tareas más sórdidas del Gobierno, o al hombre que siempre se reserva el derecho de pedirlas o rechazarlas? Debido a que yo soy el Gobierno (en este tiempo y lugar), me encuentro vacilante entre ambos. Sin Yaffa no puedo funcionar y pongo en peligro la vida de muchos hombres. Sin Adams… Pero ahora estoy sin él. Se mantuvo fiel a su promesa y se negó a pasar la vigilia conmigo. Lo que comprueba (¿lo comprueba?) que la conciencia es un artículo prescindible en el equipo social…

»Afuera, en las calles, escucho el ruido de los tanques y de los camiones pesados. Desde mi ventana no veo nada. Observo mi reloj. Falta media hora para las dos… Una larga vigilia… Quizá, para Cung, una agonía en su propio jardín del Palacio. Para su Judas (si de hecho soy un Judas) se está preparando

una agonía más larga. ¿Cuánto tiempo gobernó Pilatos en Jerusalén después de la Crucifixión? ¿Cuánto tiempo tendré que quedarme aquí para comprobar que mi país está libre de culpas y lleno de propósitos nobles y beneficiosos para con sus gallardos aliados asiáticos…? Una llamada telefónica de Harry Yaffa Todo está saliendo según lo planeado. Tratará de mantenerse en contacto…

»Anne Beldon acaba de traerme una taza de café. Me siento profundamente atraído por ella. Esa noche con Maggie Benton ha agudizado mi apetito sexual. Sé que podría sofocar las dudas de Maggie convencerla para que me aceptara en matrimonio Pero ¿después? Una unión entre el verdugo y la mujer que ha visto a través de su máscara. Inconcebible incalculable en sus ocultos terrores… Se ha detenido el paso de los vehículos. Se escucha el ruido de pie que corren: el trote regular, lento y entrenado de los soldados. Por encima de este ruido, el zumbido agudo de los aviones que se aproximan… ¡Vamos, por el amor de Dios! ¡Que se escuchen esos malditos cañones!».

Capítulo XI

A las dos y cuatro minutos escuché los primeros disparos: el sonido doble y sordo de las baterías antiaéreas. Inmediatamente después comenzaron a caer las bombas y las ondas de su explosión estremecieron las persianas. Cuando se terminó el primer ataque de los aviones, comenzó la artillería mezclada con el fuego de morteros y las ráfagas ocasionales de las ametralladoras. Me sentí como un hombre encerrado en su celda mientras afuera el mundo explotaba en el caos. No pude soportarlo más al cabo de diez minutos. Llamé a Anne Beldon y a Bill Slavich y nos alejamos una docena de calles por la orilla del río, hasta el «Hotel Caravelle». Subimos a la terraza y miramos la ciudad que se extendía bajo nosotros. El espectáculo era fantástico y siniestro. Toda la ciudad estaba iluminada. La gente se había subido a los tejados, a los balcones y se asomaba por las ventanas abiertas, como espectadores de un partido de fútbol. La zona del Palacio estaba envuelta en una densa columna de humo marginada por un anillo de fuego. Pudimos ver los tanques que se arrastraban como monstruos aplastados por la carretera, mientras la infantería se protegía en pos de ellos o se ocultaba tras los muros. Había tiendas y casas en llamas y las granadas de los morteros estallaban en las aceras. Los aviones pasaron una y otra vez, bombardeando el recinto del Palacio, y cuando se alejaban, los tanques avanzaban disparando sus cañones a lo largo de las avenidas desiertas.

Cuando pasó la última oleada de aviones, no se escuchó la respuesta de las baterías antiaéreas y los blindados cerraron el círculo en torno a la ciudadela. Los defensores lucharon obstinadamente con ametralladoras, «bazookas», morteros y armas pequeñas. En algunas ocasiones, en medio de una pausa en los disparos, escuchábamos los gritos de los hombres y a veces un alarido prolongado, agudo y distante como el graznido de un ave. Nos rodeaba una multitud: corresponsales, personal del hotel, fotógrafos, negociantes franceses o simples clientes que se habían acercado para observar el espectáculo. Era una torre de Babel y, de vez en cuando, se escuchaba una

exclamación cuando la artillería lanzaba otra andanada o cuando otro edificio quedaba envuelto en llamas.

Nos quedamos quizás una hora y media y, de pronto, me sentí horrorizado por el espectáculo de destrucción. Volvimos a la Embajada y entré directamente en el centro de comunicaciones para escuchar las noticias. La lucha había comenzado en Da Nang, pero Hué y Dalat estaban en tranquilidad y los pueblos del delta se habían aliado sin disparar un tiro. Harry Yaffa había llamado para informar que todos los puntos estratégicos de la ciudad estaban en manos de los rebeldes y que Radio Saigón ya se encontraba en el aire con la noticia de que se esperaba que las defensas del Palacio cayeran de un momento a otro. Llamé al cuartel general de Tolliver. Todos sus comandantes habían entregado sus informes y la zona rural permanecía en tranquilidad. Incluso el Vietcong parecía haber sido tragado por la tierra por primera vez en muchos meses. Faltando veinte minutos para las cuatro cesó el fuego. Media hora después llegó Harry Yaffa con la noticia de que la Guardia del Palacio se había rendido y que Cung había escapado. Nadie sabía cómo, cuándo ni dónde se había dirigido. La mayoría de su gente se había quedado junto a las ametralladoras, luchando con fusiles y granadas desde las últimas barricadas. Según Yaffa, las tropas del Palacio estaban resentidas por la deserción de Cung y la costosa locura de su batalla sin esperanzas.

Y cosa bastante extraña, yo también me sentí amargado por ello. Había esperado algo mejor de este hombre: un último gesto heroico, una carga ciega quizá contra un número imposible de vencer. ¡Pero no! Intrigante hasta el fin, había huido y obligado a morir a su guarnición para proteger una retirada innoble. Luego, después de la amargura, me invadió una oleada de alivio. Después de todo, mi decisión había sido acertada. Había actuado bien en nombre de mi Gobierno y por este país. Había arriesgado mucho, pero, finalmente, el resultado me había absuelto. Envié un mensaje a Festhammer y luego me senté junto a Harry Yaffa para desayunar con café y unos bocadillos.

Yaffa estaba entusiasmado.

—¡Todo marchó como un reloj, señor embajador! ¡Un verdadero golpe maestro! Si Khiet puede gobernar este país como ha conducido el golpe, esta vez sí que haremos buenos negocios. Incluso las bajas no fueron muy elevadas: cincuenta muertos en el Palacio, más o menos, y unos cien heridos. El costo es bajo si se piensa que todo el país podría haber entrado en la revuelta. Debiera sentirse orgulloso de sí mismo. Cuando haya terminado con

su café, daremos una vuelta por la ciudad para ver qué está sucediendo. Por lo que ya he podido presenciar, será como París en el Día de la Bastilla…

La descripción era adecuada. Aun cuando solo hacía una hora que había salido el sol, las vías públicas estaban invadidas de gente que reía, gritaba, se abrazaban unos a otros, se pasaban botellas de licor fuera de los bares y se las ofrecían al primer soldado que veían cerca. Se cerraron en torno a mi coche y aplaudieron al mismo tiempo que gritaban: «¡Viva los americanos! ¡Viva los amigos de la República!». Alguien alzó en sus brazos a una pequeña que llevaba un ramo de flores en sus manos, y como no pudo alcanzarme, la sentaron en la cubierta del motor como una mascota y la llevamos unos cien metros por la gran avenida. Grandes grupos de estudiantes marchaban por las aceras cogidos del brazo con pancartas atadas al pecho o izadas en alto sobre sus cabezas. Frente a la Asamblea Nacional, un hombre tocaba el acordeón y los muchachos y chicas bailaban alrededor de él al compás de una de las canciones de amor prohibidas. A lo largo del Catinat se había reunido otra multitud que apedreaba los escaparates de una tienda y luego lanzaba papeles encendidos a su interior. Esta era la librería de un miembro de la familia Cung. Al cabo de poco tiempo el lugar ardió en llamas y la muchedumbre y los soldados gritaron de júbilo mientras se quemaba.

La zona que circundaba al Palacio estaba acordonada con tropas, pero al ver la banderola nos permitieron acercarnos lo suficiente como para observar los destrozos, los cráteres de las bombas y los incendios que aún no se habían apagado. El saqueo continuaba entre las ruinas y se sacaban los muebles, los ornamentos y botellas de vino. En otra calle, tuvimos que desviarnos y subirnos a la acera para dar paso a una procesión de monjes budistas que llevaban el corazón del primer mártir en un cofrecito dorado bajo un palio de seda roja. La multitud les recibió con vítores y algunos cayeron de rodillas en actitud de adoración. Todas las pagodas estaban embanderadas y dondequiera que apareciera una túnica amarilla entre el gentío, todos se arremolinaban en torno a él y le colmaban de obsequios su escudilla. Cuando alguien se daba cuenta de nuestra banderola, había un tumulto de aclamaciones y se nos rodeaba nuevamente. En una ocasión, una multitud delirante alzó en vilo nuestro coche y lo llevó en esta forma durante unos cincuenta metros.

Aun cuando nuestra gira fue muy corta, tardamos más de dos horas en volver a la Embajada, y allí encontré a Arnold Manson, el australiano, que me esperaba junto al embajador italiano.

El tono de Manson fue tenso y formal.

—Señor Amberley, le hemos estado esperando casi durante una hora y el asunto es muy urgente. Tenemos entendido que el presidente Cung aún está oculto. ¿Ha tenido noticias posteriores?

—Me temo que ninguna.

—Entonces disponemos de algún tiempo. He telefoneado a nuestros colegas diplomáticos y todos han estado de acuerdo en que, por simple humanidad y en vista de la opinión mundial, se debe garantizar la seguridad del presidente Cung. Mi colega y yo deseamos ir de inmediato al cuartel general del comandante Khiet y exponerle este asunto en los términos más enérgicos posibles.

—Tienen toda la libertad de hacerlo, señor Manson. Personalmente aprobaré su acción.

—Nos gustaría que nos acompañara, señor Amberley.

—Creo que eso no es necesario. Ya hemos expresado nuestros deseos al general Khiet y sus colegas y hemos recibido la seguridad de que se tomarán todas las medidas requeridas para salvaguardar al presidente Cung. Por lo tanto, mi visita sería una redundancia. Además, ahora tengo mucho trabajo que hacer.

Me lanzó una mirada dura y luego dijo calladamente:

—Entonces, ¿podría darnos una tarjeta con su firma en la cual expresara su aprobación por nuestra petición?

—Repito, señor Manson, que nosotros ya hemos planteado nuestra petición. No veo ninguna razón para repetirla.

—Debemos marcharnos, Manson —dijo el italiano abruptamente—. Nada podernos hacer aquí y ya hemos perdido un tiempo muy valioso. Buenos días, señor.

—Buenos días, señores.

Cuando la puerta se hubo cerrado tras ellos, Anne Beldon estalló en un apasionado reproche:

—¿Por qué? ¿Por qué, Dios mío, no hizo lo que se le pedía?

—¡Porque yo soy el embajador, señorita Beldon, y solo yo decido lo que debe hacerse! ¿Alguna otra pregunta?

—¡Ninguna, señor! —Su rostro era una máscara fría y enfurecida—. ¡No haré otra Pregunta nunca más! Media hora más tarde llegó Mel Manis a la Embajada. Me traía su informe, su renuncia y la noticia de que Phung Van Cung había muerto.

Adams estaba muy calmado y relató su historia con la objetividad de un hombre que ha calculado y aceptado todas las consecuencias que podría

acarrearle su actitud. Su calma se impuso sobre mí y le escuché sin interrupción ni objeción.

—… Yo fui, señor, quien sacó a Cung del Palacio y estuve con él hasta pocos instantes antes de su muerte. El cómo de ella fue bastante fácil. Pero el porqué es un poco más difícil de explicar, pero trataré de hacerlo. Yo ya estaba libre de mis deberes para con el Servicio y esta Embajada. Había expresado mi desacuerdo en un asunto de alta política y ya había anunciado mi renuncia. Usted me pidió que me quedara para evitarle molestias al Gobierno de Cung. Estuve de acuerdo, pero expuse ciertas condiciones que usted aceptó. Pero yo tenía otros deberes: para conmigo como hombre, para con mi país como ciudadano. No podía hacerme partícipe, o a mi país, de un posible asesinato. Por lo tanto, decidí actuar. Anoche, cuando salí de la Embajada, fui a casa y telefoneé al Palacio. Tardé mucho en lograr hablar con Cung y más aún en convencerle de que me diera una entrevista. Finalmente la concedió. Fui al Palacio en mi propio coche. Ya se estaban haciendo los preparativos para el sitio. Sabían lo que iba a suceder, de manera que no había posibilidad de violación de un secreto.

Cung me recibió en presencia de seis de sus consejeros mayores. Le dije que actuaba independientemente y por qué lo hacía. Le ofrecí llevarle en mi coche hasta la Embajada y que pidiera asilo. Le expliqué que si el Palacio se rendía se evitaría así un derramamiento de sangre inútil. Me respondió que no se presentaría ante los americanos que le habían traicionado, y sus consejeros aprobaron la decisión. Le ofrecí llevarle a mi casa. También se negó a esto diciendo que no deseaba poner en peligro a mi familia. Como último recurso le sugerí la casa del chino Número Uno. Porque él era intocable bajo cualquier régimen existente. Todo Cholón se declararía en revuelta si su patriarca sufría el menor daño.

Algunos de los consejeros comenzaron a apoyar esta posibilidad. Obviamente ya habían discutido la continuidad de la lucha en caso que el Palacio cayera en manos de los generales. En la zona rural se les estimaba y los generales de menor importancia les apoyaban… Entonces, Cung cortó la discusión bruscamente y me pidió que esperara fuera. Esperé más de una hora y Cung salió al fin con su gente. Me dijo que había decidido aceptar el consejo de sus ayudantes y que se ocultaría. Había ya telefoneado al chino Número Uno, quien le había ofrecido protección en su propia casa. Le conduje en mi coche a las once de la noche, sin ocultarme para nada. A estas horas, el Palacio y todo su vecindario estaba sitiado y pasamos a través de los piquetes sin dificultad alguna… Mientras conducía, Cung se mantuvo en

silencio, pero de pronto se volvió hacia mí y me dijo: «Espero que comprenda, señor Adams, que igualmente podría haber hecho que uno de mis coches hiciera este viaje. La batalla aún tardará horas en comenzar. Y estoy en libertad de ir y venir donde me plazca».

Le dije que comprendía su punto de vista; luego preguntó: «¿Sabe por qué vine con usted? Porque cuando una persona sencilla hace una buena acción en base a su simplicidad, uno jamás debiera despreciarla. Usted es un hombre muy simple, señor Adams, y lo que está haciendo es bueno, aun cuando no tenga ninguna importancia, fuera de una razón moral. Su embajador actual no es un hombre simple y, por lo, tanto, es mejor político que usted. Pero lo que está haciendo no es bueno para él ni para su país».

Cuando le dije que no deseaba discutir sobre usted o sobre la política de la Embajada, simplemente se encogió de hombros y dijo que el bien nunca llegaba demasiado lejos y que el mal llegaba siempre demasiado lejos, de manera que, a fin de cuentas, ambos fallaban en sus finalidades.

Cuando llegamos a la casa del chino Número Uno, nos salió a recibir un sirviente que nos condujo de inmediato a la habitación del anciano. Estaba toda la familia reunida y vestida con sus mejores ropas, hombres, mujeres y niños. Cung se emocionó profundamente. El chino Número Uno le pronunció un breve discurso de bienvenida. En parte, dijo:

> “*Este hombre es un huésped de honor en mi casa. Viene como presidente de este país y no importa cómo salga de aquí. Todos recordarán que este invitado es un enviado sagrado y que los honores a él rendidos son como el honor rendido a los antepasados…*”.

»Comprendo el mandarín y también me sentí emocionado por la cuidadosa cortesía ofrecida a un hombre que, de hecho, era un fugitivo. La familia se retiró después que cada uno le hubo rendido sus respetos y nos sentamos a cenar con el chino Número Uno. Mientras comíamos, entró un muchacho con un libro y esperó a una señal del dueño de la casa. El chino Número Uno explicó la presencia de este joven con una sonrisa y un aforismo:

> “*Cuando se espera la visita del recaudador de impuestos, es aconsejable beber una cierta cantidad de vino de arroz. También se recomienda escuchar música o la lectura de versos que a uno le puedan distraer. Así, pues, esta noche, que puede ser una noche de muchos*

problemas, escucharemos los versos de Li Po, el dios en Exilio, que también fue llamado Tai Peng, el Gran Fénix… Lee, muchacho”.

Con voz alta de actor, el joven leyó poema tras poema… «Duelo por la Escala de Jade», «Una Chica de Yüeh», «La Canción del Agua Azul», «El Monje de Ssechuan que Toca en su Laúd»…, y finalmente leyó «El Sueño del Caminante en la Montaña Tienmu»:

Os dejo y me marcho. ¿Cuándo volveré?
Deja el césped blanco del corzo entre las rocas verdes. Dejadme marchar y visitar la deliciosa montaña.
¿Cómo puedo humillarme y servir a los poderosos? Hacerlo empequeñecería mi corazón.

Cuando se terminó la lectura, el muchacho hizo una reverencia al anciano y luego otra a Cung y otra a mí. Cung le agradeció y entonces se volvió al chino Número Uno con un grave cumplido:

“ *Nadie más habría podido pensar en algo así en una noche como esta. Todavía me da lecciones y se lo agradezco. Me ha iluminado y ahora sé qué debo hacer”.*

Luego me pidió que fuera al orfanato católico, al otro extremo de Cholón, y trajera al padre Wilhelmson. Este es un hombre extraño que debiera conocer si se queda aquí, señor embajador. Durante los días de la Larga Marcha prestó un servicio a Mao Tsé-tung: no estoy seguro si le cuidó mientras estaba enfermo o le ofreció alimentos y medicinas. Después de la Revolución fue encarcelado con otros misioneros europeos y sufrió muchas penalidades. Entonces Mao Tsé-tun supo de su encarcelamiento y le hizo deportar. Desde entonces no se ha movido de Saigón, a cargo de un orfanato, imprimiendo un periódico chino y manteniendo contactos clandestinos con China a través de Hanoi y Hainán. Es un hombre extraño, pero, al parecer, Cung le tenía como confesor. Eso es lo que deseaba ahora: confesarse.

Traje de vuelta al reverendo y Cung estaba en otra habitación confesándose cuando comenzó el tiroteo. Yo estaba solo con el chino Número Uno, quien me rogó que ignorara la violencia que se escuchaba afuera y luego me dio una lección para mí mismo:

> “ *Señor Adams, nunca desprecie a este hombre. Tiene muchos defectos. Ha cometido errores muy costosos. Sin embargo, en él hay un elemento de grandeza. ¿Sabe por qué vino con usted esta noche…? Sé lo que le dijo, pero esa no es la verdadera razón. Quizá para comprenderla, debiera ser oriental, no estoy seguro. Con frecuencia me sucede que no comprendo la forma de pensar de los americanos. Pero la razón de Cung es la siguiente: no desea morir en secreto, aplastado por un pilar que se derrumba o por el estallido de una granada extraviada. Desea que sus enemigos le cojan públicamente y obligarles a una elección clara: asesinarle o enjuiciarle abiertamente, aun cuando al final le maten de todas maneras. Pero deben hacerlo y que se sepa que lo han hecho. Y su embajador se avergonzará del pacto contraído con Khiet y sus colegas. Esta es su forma de pensar. Por cierto, quizás el resultado sea muy diferente”.*

Entonces le pregunté por qué Cung no había ordenado simplemente a su Guardia del Palacio que se rindiera y evitara así un derramamiento inútil de sangre. El chino Número Uno sacudió la cabeza negativamente y terminó su explicación:

> “ *Eso también es muy oriental. Al no haber lucha significaría que no existía nadie en el país que creyera en el régimen…, y nadie dispuesto a pelear por esta creencia. Así, la afirmación ha quedado hecha, sea cual fuere la versión que dé la Historia”.*

Le pregunté si él creía que Cung había actuado bien. Simplemente se encogió de hombros y dijo que lo importante era que Cung creyera que había actuado bien. Se hiciera lo que se hiciera siempre estaría mitad mal hecho, porque los hombres nunca habían aprendido a encauzar los cursos de la Historia. Pero un hombre podía actuar siempre bien ante sí mismo y su familia, y esto era todo cuanto uno podía esperar. En esos momentos Cung salió de su confesión y el chino Número Uno hizo que uno de sus hijos llevara al confesor hasta el orfanato. Luego el anciano, que estaba muy fatigado, se excusó y se marchó, y Cung y yo nos sentamos a beber té y a escuchar el estampido de los

cañones. Se veía muy sometido; creo que triste, pero muy calmado. Gran parte de la arrogancia había desaparecido de él y también esas maneras didácticas irritantes que le hacían parecer como un maestro de escuela en el *Lycée*. Habló en voz baja, deteniéndose a veces para escuchar el estruendo de la batalla, pero volviendo siempre al mismo tema:

> “ *Señor Adams, siempre existe un dilema terrible para un hombre como yo: la elección entre la rectitud moral y un error político… Es el defecto de mi personalidad y de mi educación que me impide llegar a una definición clara de ambos. Es un defecto curiosamente occidental, señor Adams…, y por esta razón caigo en él con mayor facilidad. Es también una de esas trampas propias del tipo de catolicismo que heredé debido a una educación francesa. Produce una teología árida y una actitud moral tan rígida que en sí misma está equivocada por su falta de tolerancia, de comprensión y de simple caridad… Solo últimamente he comenzado a comprender lo muy teñidos que han sido mis juicios por mi propio temperamento. Lo sé, carezco de ciertas capacidades. Pienso demasiado y siento muy poco. Me muevo principalmente por grandes ideas, pero no me conmueve su efecto sobre el pueblo… ¿Oye los cañones? Creía y aún creo que esta batalla debía librarse, por inútil que ahora parezca. Ahora, cuando ya es demasiado tarde, veo lo que significa en sangre y en muertes inútiles… Fue lo mismo con los budistas. Su embajador jamás habría creído que, en el fondo, yo no era un fanático con esta gente, ni un inquisidor católico. Pero la verdadera razón es que traté de meter a todo un pueblo asiático en un solo molde y no pude hacerlo. Mao Tsé-tung pudo hacerlo; Ho Chi Minh pudo hacerlo, porque disponían de un evangelio muy simple que todo hombre puede comprender y porque son lo suficientemente despiadados como para hacérselo tragar a todo hombre, de manera que, o se ahoga o lo digiere… Estaba obligado a convivir en una sociedad pluralista, pero fui demasiado rígido para aceptar todas sus consecuencias y no tuve la*

> *inteligencia suficiente para transformarlas en nuestro provecho… Es extraño que ahora lo vea con tanta claridad, cuando estoy impotente para efectuar un cambio. Pero, señor Adams, existió el bien en lo que hice. Existió también en mí y en estas últimas horas de mi vida, a la sombra de la eternidad, puedo afirmarlo… Ahora, si me permite, desearía rezar un poco”.*

Debo haberme adormecido poco después, porque al despertar, ya había luz. Cung estaba de pie a mi lado. Me dijo que había telefoneado al cuartel general de Khiet y le había dicho que se rendiría a las siete fuera de la iglesia católica, a una media milla de distancia de la casa del chino Número Uno. Le conduje a la iglesia y me senté en un banquillo al fondo, mientras se oficiaba la misa de seis y media. Cung escuchó la misa, comulgó, rezó un poco y luego se acercó donde yo estaba. Dijo:

> “ *Gracias por todo lo que ha hecho, señor Adams. Lo acepté porque deseaba que usted supiera que reconocía su buena voluntad. Ahora, cumplirá exactamente lo que yo le pida. Saldremos juntos de la iglesia. Los soldados estarán esperándome. Usted se detendrá al comienzo de los escalones y esperará a que me lleven. No importa lo que pueda suceder, usted no hará nada…, absolutamente nada. ¿Comprende?”.*

Hice un último esfuerzo para ver si aceptaba acogerse a nuestro asilo. Se negó. Salimos juntos de la iglesia. Un camión militar estaba detenido junto a la acera y había un destacamento de hombres armados de fusiles automáticos. Cung caminó hacia ellos. Le cogieron bruscamente, le empujaron contra la parte posterior del camión y treparon tras él. Se marcharon. Antes de que hubieran avanzado cien metros escuché dos disparos. Creo que fue cuando le mataron… Y eso es todo, señor embajador.

Su historia me confundió y me inquietó al mismo tiempo. Debido a que estaba cansado y confundido, y porque nuevamente se me desafiaba en mi recién descubierta rectitud, me sentí enfurecido. Me mantuve en silencio unos momentos, deliberadamente. Luego le pregunté:

—¿Qué quiere que diga, Mel?

—Nada, señor. ¡Todo está terminado, hecho! Cung ha muerto.

—¡Así, nada más! Y usted es el noble amigo que le acompañó en sus últimos pasos; el único americano bueno en un mundo asqueroso. ¿No es eso?

—No.

—Permítame darle mi interpretación de la historia, Mel. Creo que le muestra a usted como un tonto sentimental que pronuncia una gran arenga contra una acción y que luego se lanza de lleno en ella. Le hace partícipe de un asesinato que quizá nunca hubiera ocurrido si Cung no se hubiera movido del Palacio. A través de usted, nuestro país se ha unido a la acción, lo que no habría sucedido de otra manera. Se prestó a un martirio político como los monjes budistas que se queman en público. Si somos desacreditados por esto, usted será el autor de este descrédito.

—Esa es su versión, señor —dijo Adams tranquilamente—. No es la mía.

—¿Y cuál es la suya, Mel?

—Que en alguna parte, alguna vez, en toda esta sangrienta intriga política y diplomática, debía tomar parte un poco de simple decencia humana. Alguien debe confirmar, que un chino tiene tanto derecho a comer como un californiano, que un marxista no es necesariamente un monstruo, al menos, no más que un capitalista anticuado, y que el mundo no puede ser gobernado por policías y agentes de inteligencia. ¡Ni tampoco por embajadores! Quizás he cometido un error diplomático, pero al menos he acompañado en sus últimas horas a otro hombre equivocado y quizá le ayudé a morir con cierta dignidad.

—¿Y cree que eso es suficiente?

—Nunca nada es suficiente, señor embajador. Un hombre solo puede cultivar su propio jardín y compartir las manzanas con el vecino. Ahora, si me permite, señor…

—Puede marcharse, Mel. Sus papeles estarán listos esta tarde. Pero hay una última pregunta. ¿Ha incluido todo en este informe?

—No, señor. Lo haré, si usted quiere, pero creí que preferiría que quedara en privado, entre usted y yo. Ahora ya todo ha terminado. Deje que los muertos entierren a sus muertos.

—Creo que es un buen consejo.

Pero ¿para quién era un buen consejo? ¿Para Mel Adams, que si fuera un hombre hábil podría sacar gran provecho de su último acto de quijotismo? ¿O para mí, que solo podía avergonzarme de ello ante los ojos del público sentimental? En esta forma, podría informar personalmente al Departamento de Estado e interpretar la historia a mi manera.

De hecho, tuve que interpretarla antes de lo que esperaba. Poco antes del mediodía, Arnold Manson y su colega italiano volvieron de los cuarteles

generales de Khiet. Su tono era frío y de reproche. Me dijeron que en los mismos momentos que hablaban con Khiet y cuando recibían su promesa de proteger a Cung, se recibieron por teléfono las noticias de su muerte. El general Thuyén había protestado violentamente, clamando traición. Había partido de inmediato a su casa. Así, pues, antes de que llegara a instalarse en el poder, la junta se había dividido y Thuyén podría comprobarse un enemigo potente, unido a la venganza por un código familiar.

Era evidente que mis colegas me hacían responsable, al menos en parte, de la muerte de Cung y, a través de mí, al Gobierno de los Estados Unidos. La conclusión era peligrosa y podría tener resultados muy comprometedores. De manera que les referí mi propia versión de la historia de Mel Adams, que sin apartarse de la verdad en su totalidad, no me obligaba a caer en una mentira diplomática.

—Señores, me temo que esta mañana al venir a verme, me comporté en forma brutal e indiferente. Pero aún no podía decirles que un hombre de mi servicio estaba personalmente envuelto en un intento de salvar la vida del presidente Cung. Anoche, antes de comenzar la batalla, sacó al presidente del Palacio en su coche y le ocultó durante toda la noche. En repetidas ocasiones trató de persuadir a Cung de que viniera a esta Embajada, donde yo estaba dispuesto a ofrecerle asilo, mientras negociábamos su salvoconducto fuera de Saigón. Cung rechazó nuestro ofrecimiento e insistió en rendirse. Fue cogido prisionero en Cholón a las siete de esta mañana y, probablemente, se le asesinó a unos cien metros del lugar de rendición… Entonces, señores, como verán, no soy el ogro que aparento ser.

Por cierto, sus disculpas fueron abundantes y consintieron en beber una copa de amistad antes de marcharse. Si me habían creído o no, este era otro asunto; pero la diplomacia, como otras clases de teatros, depende de una suspensión de la desconfianza y de su compromiso con una ilusión de la realidad. Y si esa definición nos transforma a todos en charlatanes y muñecos, ¿qué podéis alegar vosotros, damas y caballeros, que nos pagáis por nuestras luminosas ilusiones para después abandonarnos tras polvorientos bastidores perdidas todas las ilusiones?

El día fue largo y excitado, lleno de rumores e informaciones en conflicto que debían ser aceptados y analizados y finalmente resumidos en forma legible para ser enviados a Washington. No disponía del tiempo ni quería someterme

a un examen interior, y después de una noche insomne, lo más que podía hacer era sostenerme de pie.

Harry Yaffa era un ejemplo de energías. En cada taza tenía una cuchara y, al parecer, podía estarlas removiendo todas a la vez. Durante todo el día salió y entró en la Embajada y comprobó cada rumor y cada fuente de noticias. Cuando le pedía una información, me la daba; cuando deseaba una opinión, me la ofrecía y la sostenía con un despliegue increíble de hechos. Parecía revelarse en la excitación, pero, sin embargo, jamás dramatizaba y estaba siempre dispuesto a perder el tiempo si la pregunta exigía reflexión y discusión. Después de mi última controversia con Mel Aclaras, encontré un cierto alivio en su amable amoralidad. En las últimas horas del día, cuando el resto parecía haber pasado a través de una secadora, él presentaba un aspecto de nítida limpieza con su camisa blanca impecable y el traje como recién planchado. Le hice subir a mi despacho a beber un trago y me resumió la situación con cínica exactitud.

—¡Hemos llegado sanos y salvos a casa, señor embajador! Las bajas son reducidas. Un Gobierno nuevo. Un público agradecido. Las provincias están en silencio y la acción militar no ha sufrido mayores interrupciones. ¡Creo que nos merecemos este trago!

Bebimos y nos servimos un segundo para mantener la tibieza y aflojar las fibras tensas de los músculos y nervios. Yaffa continuó:

—Por cierto, tenemos otro problema en pañales, pero ya sabremos solucionarlo cuando llegue la hora. —¿Cuál es el problema, Harry?

—El general Thuyén, el tipo que abandonó la junta esta mañana al saber la muerte de Cung. Uno de mis agentes habló con él esta tarde. Está loco de remate. Afirma que Khiet rompió su promesa y planeó deliberadamente la muerte de Cung. Lo que quizá sea verdad, o puede que no. Pero Thuyén ha jurado no afeitarse la barba hasta que Khiet sea derrocado. No doy demasiada importancia a este hecho, Thuyén es un pajarraco y su influencia es limitada. Pero aun así, le mantendremos bajo vigilancia…

Lo dijo tan casualmente y yo estaba tan cansado, que casi no capté la intención. Cung estaba muerto. Los generales estaban en el poder. Pero no había nada arreglado, nada seguro. Un nuevo usurpador ya se estaba destacando de entre las sombras y algún día, tarde o temprano, se correría la misma prueba. Y yo, el jugador profesional, tendría que atravesar por el mismo juego: darle a uno en las narices y subir al otro al escenario… Y luego matar al perdedor. No podía soportarlo. No lo soportaría. Terminé mi bebida de un trago y bajé el vaso.

—¡Basta, basta! ¡Al infierno con todos ellos, Harry! ¡Vámonos a casa!

Pero ¿qué era la casa? Una casa de fantasmas con un jardín siniestro y guardias que se paseaban toda la noche para mantenerme a salvo de todo, excepto de mí mismo.

Las apariciones no comenzarán de inmediato. Más bien penetraron en mí lentamente, como la neblina sobre un pantano, en cúmulos y jirones que apenas lograron verse antes de desaparecer. Cuando llegué a casa me sentía como si me hubieran apaleado. Me dolían todos los huesos y músculos del cuerpo y caminaba como si soportara un gran peso sobre mis hombros. Hice que Bill Slavich llamara al masajista y mientras le esperaba me di un baño muy caliente y puse al alcance de la mano un vaso de *whisky*. Lentamente mi cuerpo comenzó a relajarse, pero entonces me invadió una gran lasitud y me pareció incluso un gran esfuerzo estirar la mano para alcanzar el vaso. Al mismo tiempo, comenzó a girar mi mente, alegre y libremente, como un calesín. Si hubiera tenido un lápiz y las fuerzas necesarias para empuñarlo, en un momento habría escrito la historia completa de mi empresa en Saigón. Podría dejarla en claro a los más lentos y a los más sabios, porque sus contornos eran como los contornos del calesín: bandas de colores brillantes y distintos, sin embargo, en armonía. Sentía una imperiosa necesidad de explicarme ante alguien; pero como no había nadie con quien hablar, me relaté la historia a mí mismo. Entonces me cansé de todo ello y cerré los ojos y me adormecí. Cuando desperté, el baño se enfriaba y salí de la bañera lánguidamente, me sequé y me tendí en la cama en espera del masajista.

Normalmente, era un tipo silencioso, cuyo silencio trabajaba en conjunto con el alivio que daban sus manos. Pero hoy estaba excitado con el drama del golpe y charló incansablemente mientras hundía sus manos en mi carne. Me descubrí respondiéndole a su charla e imitando su francés nasal de anamita y haciéndole grandes promesas y ofreciéndole sabios consejos sobre el futuro de la República bajo su nuevo Gobierno. Mi elocuencia le redujo rápidamente al silencio. Las palabras salían en chorros vacilantes, pero siempre había una frase tras mis pensamientos, de manera que me puse tenso nuevamente y tuvo que rogarme:

—*Monsieur*, por favor, no hable más. Los músculos se contraen y no puedo tranquilizarle…

Su cautela me inquietó. Me obligó a callar y al cabo de poco tiempo me dormí bajo el ritmo suave del masaje. Cuando desperté ya no estaba y me

encontré desnudo bajo una toalla. Por breves instantes sentí miedo, sin razón alguna. La habitación me pareció fuera de foco, desconocida. Había allí una amenaza débil e incierta, como el aura que perdura después de una pesadilla. Entonces, abruptamente, todo volvió a tomar sus dimensiones. Sentí la cabeza despejada y el cuerpo descansado. Sentí apetito. Me vestí rápidamente y bajé a prepararme un cóctel antes de cenar. Justo en la entrada del escritorio había un gran espejo de marco dorado, y al mirarme en él descubrí que había olvidado anudarme la corbata que aún colgaba suelta del cuello. Nuevamente sentí esa intranquilidad que surgía de la niebla del pantano. Debía estar más fatigado de lo que creía. Me anudé la corbata rápidamente y entré en el escritorio. Estaba vacío y no me importó estar solo. Llamé a Humphrey y le pedí que me preparara un «martini», doble y seco.

Me miró inquieto.

—Ha tenido un día muy atareado, señor. Y anoche no durmió. Esta noche debiera acostarse temprano.

Le dije que justamente esas eran mis intenciones, y luego, sin advertencia alguna, me vi lanzado en otro elocuente relato de los acontecimientos de la semana. Al comienzo, como buen sirviente que era, escuchó en silencio, pero finalmente, fuera porque yo había perdido la ilación de mi historia o porque ya llevaba demasiado tiempo hablando, se excusó y me dejó bebiendo solo. El «martini» era de buen tamaño y potente, y sentí que entibiaba ese lugar frío donde antes solía tener el corazón. Esto era extraño: ¿cuánto tiempo podría vivir un hombre sin corazón? Los rusos mantenían vivo a un perro con un corazón mecánico, ¿o era un perro mecánico con un corazón humano? ¡Qué importa! Los rusos, eran un pueblo muy inteligente porque lograban convencerse de que todo lo que hacían estaba bien hecho. Y eso era muy difícil de lograr. Yo lo había intentado y había fracasado; y yo, según mi informe y según las opiniones de Raoul Festhammer y el general Tolliver, era de hecho un embajador muy inteligente…

Pero no lo suficiente como para salvar la vida de George Groton. ¡No era ni la mitad de inteligente! «Lo siento, George, realmente lo siento. Solo deseo que hayas comprendido mi problema. Si hubieras vivido mis años, quizás habrías tenido el mismo problema. Y es este, George…, que yo no soy yo. Soy el símbolo de un país. Y un símbolo no tiene responsabilidad. Lo usas a voluntad para una serie de propósitos; en la moneda que le das a las prostitutas, en la gorra de general, sobre el pórtico del Palacio de Justicia, como sello de una sentencia de ejecución. Siempre está allí. No actúa. No le alabas ni le culpas. Pero debes respetarle… Y yo quiero que me respetes,

George. Necesito respeto porque encuentro muy difícil respetarme a mí mismo. Lo comprendes, ¿verdad?».

Esperé su respuesta; pero ya no estaba allí y quizá yo no había pronunciado una sola palabra. «Eran los nervios, ¿sabes? Un día atareado en el despacho. Para los matrimonios es bueno beber una copa juntos al final del día. Comparten sus intereses; se entregan el uno al otro. Luego duermen juntos y nacen niños hermosos y los espíritus del aire se aproximan y les dejan caer preciosas bombas sobre sus cabezas y les fríen con bombas incendiarias. ¡A tu salud, George! ¡Y a la tuya, Gabrielle, amor mío! Siempre tardaste tanto en vestirte para una cena…». ¡Cena! Ahora tienes una cena diplomática. Ya lo sabes, ¿verdad, Humphrey? Hay una gran variedad de platos…, la variedad es muy importante: la sociedad pluralista, los puntos de vista pluralistas, cada uno con su gusto. Eso lo establece la comida. Existe el ocio…, muy importante. Es imposible apurar una buena comida e inconcebible beber un buen vino de un trago. Entonces uno se abandona a la dimensión sin tiempo. ¡Muy necesario, Humphrey! Un buen diplomático jamás debiera mirar su reloj. A la gente le gusta dormir junto a una nueva idea; tratan de probarlo en una esposa o en una amante; quieren usarla, como un par de zapatos nuevos, para ver si les acomodan. Esa es toda la finalidad de una cena diplomática, Humphrey lo que los griegos solían llamar *ágape*: una fiesta de amor. Has presenciado muchas fiestas de amor en tu vida, ¿verdad, Humphrey? ¡Y has visto muchas manos bajo las mesas y escuchado muchas conversaciones indiscretas! Me pregunto si el general Khiet ofrecerá mejores cenas que Cung. Esa última fue muy aburrida. La presidió como si se tratase de la «última Cena…», dándome el papel de Judas. Me envió un obsequio para conmemorar el estreno de la obra. Pero nosotros montarnos una obra mucho mejor, ¿verdad, Humphrey? ¡Un verdadero drama isabelino!… ¡Y marchamos en triunfo a través de Persépolis!…

¡Escucha, lo dije! ¡Persépolis…, Persépolis! ¡Estoy cansado, muy cansado! Quizás estoy un poco borracho, pero aún puedo entrar triunfante en Persépolis. ¡Y lo hice también…, entre multitudes!

¡Salves y todo eso! Esta fue una revolución popular… Cung no pudo verlo, pero yo sí. Y ahora está muerto, y yo estoy aquí sentado solo, pero vivo. No, gracias, Humphrey. Solo café y coñac. ¡No me molestes, hombre! Ya me iré a la cama cuando quiera».

Sabía que estaba sobrio porque pensaba con extraordinaria claridad. Quizás estaba hablando demasiado, pero los griegos también tenían una palabra para eso: *catharsis*. Lo menos que se podía esperar de un sirviente era

un poco de paciencia. El café que me trajo estaba amargo y después de probarlo lo aparté y, en cambio, bebí otra copa de coñac. Una vez más, y esta vez su duración fue mayor, sentí esa sensación de extrañeza y amenaza en un escenario que antes me era familiar. Me acerqué a la ventana y miré hacia fuera. Los guardias aún estaban allí, pero el jardín era diferente. Parecía más lujoso, como si se hubiera acercado más a la casa, como (¿cuál era la frase que utilizaban los franceses?) si los árboles se hubieran tragado la ciudad. Sentí una súbita oleada de temor. Cerré rápidamente las cortinas y me senté nuevamente bajo el confortante círculo de luz. Entonces me comenzaron a temblar las manos y no pude sostener la copa de coñac. Cuando traté de depositarla sobre la mesa, se cayó y se hizo pedazos contra el suelo limpio. Sin razón alguna me encontré sollozando sin lágrimas por el licor derramado y la sangre derramada y las destruidas naves de cristal y de carne y todos esos pobres espíritus atados a la rueda de la vida, que ahora era la rueda de un coche militar, que les aplastaba contra el polvo…

«¿Dónde estás, Anne? Debieras estar conmigo esta noche. No para trabajar (no soy un amo tan duro), sino para sentarte junto a mí y charlar un poco. ¿Es mucho pedir? Algo me está sucediendo que no logro comprender. Los muros se están cerrando. Los árboles vienen a comerme. Y Judas está colgando de mi armario y le salen monedas de la boca. Anne… ¡Ven, por favor!».

No vino y al cabo de poco tiempo logré controlarme, porque un embajador es un personaje importante que jamás debe demostrar que tiene miedo. Cogí la botella de coñac con una mano, una copa limpia en la otra y subí a mi habitación. A medio camino en la escalera, recordé el extraño cuento del hombre que había perdido su sombra. Entonces me di cuenta de lo que me inquietaba. Yo también había perdido la mía; pero no me atrevía a mirar hacia atrás en caso de que estuviera allí, bailando una jiga burlona a los pies de la escalera.

Cuando llegué a mi dormitorio supe que estaba a salvo. Deposité la botella y la copa sobre la mesilla de noche; luego me desvestí furtivamente y me puse el pijama. Cogí la caja de cápsulas rojas y vertí dos de ellas en la palma de la mano. Estuve tentado de tomar más, solo para asegurarme, pero sabía que si hacía esto mi sombra me abandonaría para siempre, y eso no podía soportarlo… Me llevé rápidamente las cápsulas a la boca, llené la copa de coñac casi hasta la mitad y brindé a mi imagen que se reflejaba en el espejo.

Fue un momento de puro horror. Desde el espejo me observaba la figura más odiosa que jamás había visto: de un color gris pastoso, con ojos fijos enrojecidos, las ventanillas de la nariz dilatadas, una boca como trampa que dibujaba una sonrisa burlona, una mata de cabellos negros manchados de un gris sucio. La observé durante largos y temerosos instantes. Luego le tiré el coñac en pleno rostro. El líquido corrió por el cristal distorsionando la imagen y haciéndola aún más horrenda. No pude soportar más. Cogí la botella de coñac y comencé a golpearla fría y salvajemente para terminar con ella.

Desperté en las primeras horas de la madrugada, empapado en sudor, y paseé la vista temerosamente por la habitación. Anne Beldon, en bata y zapatillas, estaba sentaba bajo el resplandor velado de la lámpara de la mesilla de noche, y me observaba. Debo haber gritado, porque se acercó a mí de inmediato y me llevó un vaso de agua a los labios y luego me humedeció el rostro con una toalla. Me di cuenta que mi mano derecha estaba vendada. Le pregunté a Arme qué había sucedido y ella me respondió simplemente:

—Estaba muy fatigado, embajador. Y bebió un poco más de la cuenta. Eso es todo.

Sabía que había algo más porque el temor aún se cernía sobre la habitación; pero como la droga me tenía cogido en su nebulosa, no pude recordar cuál había sido este temor. Cogí las manos de Anne y las retuve de forma que no pudiera marcharse y tuviera que sentarse en el borde de la cama junto a mí. Le rogué que me dijera la verdad.

—¡Sucedió algo terrible, Anne! Hice algo, dije algo; no sé qué. Estoy muy asustado, pero no sé por qué.

—No hay necesidad de estar asustado. Rompió un espejo y una botella de coñac. Se hizo una herida en una mano. Eso es todo.

—¿Está segura?

—Estoy segura.

—¿Qué dije, Anne?

—No tenían mucho sentido sus palabras. Cuando escuché el ruido, vine y le encontré con la vista clavada en el espejo roto y gritándole: «¡Canta, maldito! ¡Canta! ¡Canta!»… Al verme, se calló y me miró como si no me conociera. Mientras le ayudaba a acostarse, me dijo: «Tampoco quiere llorar. Incluso mientras le mataba no quiso llorar. Si no puede cantar, por lo menos debías ser capaz de llorar»… Luego murmuró algo ininteligible unos segundos y se durmió. Como puede ver, no hay nada malo.

—¡No hay nada malo! ¡Oh, Dios mío, Anne, si lo supiera!

Sin advertencia alguna, salió todo de mí, en un torrente de palabras deshilachadas, mientras me aferraba a ella y le suplicaba que comprendiera, por mi bien y salvación. Finalmente, cuando ya no me quedaron más palabras ni secretos, ella me apretó contra su pecho y lloró silenciosamente.

—¡Pobre hombre! ¡Pobre hombre, perdido y obstinado!

Se tendió junto a mí y pasó un brazo por debajo de mi cabeza para que me sirviera de apoyo, y me hizo conciliar el sueño como a un niño. Al despertar nuevamente ya era pleno día. La locura había desaparecido y Anne Beldon también se había marchado. No había señales del espejo roto. Tenía ropa limpia junto a la cama y una bandeja con café y tostadas.

Una hora más tarde, Bill Slavich me conducía al Ministerio de Relaciones Exteriores para encontrarme con los generales victoriosos.

Capítulo XII

Muy poco tengo que decir sobre mis últimos meses de servicio en Saigón, porque después de esa última y horrible noche, supe que mi sobrevivencia dependía de un compromiso. Lo que estaba hecho, hecho estaba; debía enfrentarme a las consecuencias y sacar la mayor ventaja política de ellas. No podía abandonar el país precipitadamente sin una condena implícita de nuestras medidas y de mi propia labor. Por otra parte, nunca más podría arriesgar un asalto tan ruinoso a las bases de mi personalidad. Así, pues, habiendo renunciado al lujo de un punto de vista moral, me dediqué a mi trabajo con calculada objetividad. Negocié despiadadamente sobre el asunto de la renovación de nuestros fondos de ayuda. Me negué a entrar en intimidad con los miembros de la junta. No podía llegar a respetarles como había respetado a Cung. Solo podía despreciarles como me despreciaba a mí mismo. Cuando el general Thuyén, ahora con barba y dado a su venganza, salió de las sombras para tomar el control del Gobierno, me aparté del todo y no hice intento alguno de intervenir.

Mantuve una objetividad clínica frente a la lenta y total agonía del país. Habíamos fracasado políticamente, pero sin nosotros la situación militar, habría sufrido un colapso mucho tiempo atrás. El combatiente seguía siendo la figura noble de un escenario innoble. Cuando surgieron las sangrientas refriegas entre budistas y católicos, amenacé a los generales con nuevas sanciones y un retiro total de nuestra ayuda; pero me negué a verme envuelto en un comentario público sobre los resultados religiosos. Al rechazar toda fe podía despreciar los excesos de aquellos que afirmaban poseer una. Cuando mi conciencia se revelaba ante el espectáculo de los niños asesinados a hachazos, recordaba a George Groton, y mi corazón se endurecía nuevamente. Este pueblo exigía el derecho de determinar su propio destino. Que lo tuvieran y que luego limpiaran su propia sangre. Mel Adams ya no estaba, de manera que me ahorraba la vergüenza de su aparición entre los controles represivos de Phung Van Cung y el sangriento *laissez-faire* de los militares.

En un sentido, la disciplina de la objetividad me era necesaria. Sin ella habría caído en un desorden psicótico. Pero políticamente era una pérdida de dignidad para mí y para mi Gobierno. Habíamos aceptado un asesinato para prevenir el desorden público. Luego, cuando sucedieron peores desórdenes bajo el nuevo régimen, nos declaramos incapaces de detenerlos. También había una condenación personal, aun cuando logré mantener la sentencia sin ser pronunciada mientras recuperaba las energías mentales y físicas necesarias para enfrentarla. A pesar de haber abdicado a toda posición espiritual, mi debilidad me impidió alcanzar la amoralidad total y aparentemente satisfactoria de Harry Yaffa. Yo sabía y reconocía la exactitud con que Cung había juzgado mi carácter. También sabía que al final tendría que seguir el mismo camino de Mel Adams y renunciar al Servicio. Pero mi salida no me traería ni honor ni satisfacción, ya que no abandonaría el Servicio por un principio, sino solo por incapacidad: no menos real por ser yo el único en saberlo.

Para el Servicio yo era aún un servidor hábil y digno de confianza: «¡Déjenlo en manos de Max! A él no le conmoverán. No le engañarán». Una metáfora confusa que se utilizaba como cumplido en las conferencias sostenidas en Washington. Pero Max poseía una metáfora propia, mucho más próxima a la verdad del asunto. Max era un corredor de obstáculos veterano que saltaba todas las vallas con estilo medido, pero ya su respiración no le acompañaba y no volvería a ganar otra carrera.

Así, pues, era una sensación amarga encontrarme en mitad de carrera, en bancarrota de ambiciones, de honradez y de respeto por sí mismo. Yo no era solo un hombre indeciso. Era un hombre vacío, estéril; no creía en lo que debía hacer y no estaba convencido de lo que podría ser; no veía posibilidad de restaurar mi capital desaparecido. Ahora me encontraba aislado de todo intercambio íntimo con mis colegas. No podía arriesgarme a que uno de ellos viera tras la máscara el muñeco vacío que la llevaba. Anne Beldon había pedido permiso para visitar a su madre enferma, y mientras estuvo en Washington pidió que se la transfiriera a Roma para llenar una vacante. Ninguno de los dos tuvo el valor suficiente para enfrentarse a la posible solución de esa noche de revelación y de malgastada ternura.

Así, pues, por necesidad de mantener otra amistad, comencé a escribirme con Musó Soseki y, gradualmente, llegué a exponerle mis problemas. Finalmente, cuando pude finalizar mi salida, le rogué que me recibiera una vez más como su huésped en Tenryu-ji. Su respuesta, escrita con la exquisita caligrafía en la cual era maestro, fue breve y simple: «¡Venga cuando esté

dispuesto a ello! Sé lo que necesita…». Para expresar mi necesidad escribió el hermoso símbolo del «hombre bajo el árbol», que significa descanso.

Cuando por fin me recibió cordialmente en su casa y hablamos por primera vez, me estudió con grave preocupación y luego escribió un nuevo signo para describir mi condición. Esta vez fue el ideograma del «corazón en la ventana», que indica ansiedad. A continuación dibujó el símbolo de «mujer bajo el techo», para demostrar el estado al cual debía tender: paz y tranquilidad. Después expuso todo esto en una parábola:

—El corazón mira por la ventana y ve lo que no comprende y desea lo que no puede obtener. El corazón se inquieta y teme… El árbol mira pero no ve, está de pie pero no se mueve, crece pero no desea. El hombre descansa bajo el árbol y es apoyado por el tronco y protegido por las hojas y comparte la vida del árbol sin gastar la propia. La casa alberga a la mujer, la mujer encierra al hombre y la vida nace de la tranquilidad de ambos… Por lo tanto, usted, amigo mío, cerrará la ventana que da al exterior y comenzará a buscar en su interior, en su verdadero ser. Se sentará en mi jardín y se transformará en un árbol…

—¿Y la tranquilidad?

—Llegará con la luz, que solo la encuentra quien no la busca.

Después de la dialéctica cruda y destructiva que hasta entonces había llevado, me fue extraordinariamente difícil acomodarme una vez más a los métodos del silencio. Durante varios días me paseé intranquilo, insatisfecho y también irritado, a veces, porque Musó Soseki se negaba a entrar en cualquier discusión del problema que me torturaba. Cuando yo le insistía con demasiada vehemencia, me sonreía y dibujaba la palabra «desorden», que es una combinación de «hablar» y «trabajar»; y luego dibujaba «agua en un bosque», que describe la naturaleza de la soledad y de la contemplación. Me costó largo tiempo poder digerir este gentil reproche; pero, lentamente, el silencio volvió a acogerme y en ese sutil jardín, en el tiempo en que los arces florecían, empecé a experimentar el comienzo de la libertad y del engrandecimiento. Dormí mejor; cada mañana me despertaba ante una nueva y mayor maravilla: la simplicidad de la roca, del estanque con nenúfares y las hojas caídas.

Refrescado en esta forma, comencé a ansiar los ejercicios de iluminación que ya había comenzado a practicar mucho antes, pero Musó Soseki tenía otros proyectos.

—Yo también he aprendido algo de usted, amigo mío, como el agua que se deja para sí el rostro del hombre que se mira en ella. Procedemos de

diferentes países; somos el producto de historias diferentes y nos comunicamos en idiomas distintos. Por lo tanto, no debemos aceptar con tanta prontitud ni rechazar con demasiada rapidez el equipo con que contamos. Ambos miramos el mismo árbol; sin embargo, si se lo describimos a un tercero, por unos instantes pensará que hay dos árboles. Así pues, para comenzar, cada uno hablará a su manera y veremos lo que podemos enseñarnos mutuamente. En primer lugar, me dirá qué le ha sucedido…

Supongo que se trataba de una especie de confesión; pero en ella había muchos vacíos, algunos, dictados por la necesaria reserva de mi profesión; otros, por la vergüenza de mi debilidad en una edad tan madura. La actitud del anciano fue de objetividad y de un analista que buscaba secretos en el amargo subsuelo de una mente perturbada. No era un confesor haciendo una suma total y poniendo en tela de juicio las culpas y el arrepentimiento antes de pronunciar el perdón. Aceptó el relato tal como se lo dije, sin discusión, como si fuera un espectador en una obra para quien el dramaturgo establece los términos de referencia y el modo de la interpretación. Le mencioné este pensamiento y me respondió en la forma simbólica que caracterizaba todas sus palabras:

—Cuando un hombre decide revelarse ante un amigo, el amigo se transforma en testigo de un espectáculo de crecimiento, como el nacimiento de un niño o el desdoblamiento de una flor. Existe un desdoblamiento que va de la oscuridad a la luz; la revelación de una vida oculta que, si desea desarrollarse, necesita aire y sol y una nutrición cuidadosa. Si la flor no se desdobla, se marchita y muere en capullo y cae de su tallo. Si un hombre no se revela, su crecimiento se detiene y, finalmente, la vida secreta de su espíritu muere como un capullo carcomido por los gusanos. Sin embargo, se debe tener paciencia y no exigir que el crecimiento se efectúe todo de una sola vez. Primero asoma el brote tímidamente al sol, luego aparece otro y el botón crece con energías para transformarse en capullo y florecer y después dar fruto… Usted no me lo ha revelado todo. Lo sé. Ser tímido no es tener miedo, solo es ser cuidadoso de la fragilidad del ser interior.

Le dije con cierto resentimiento que otros, a quienes yo había amado y respetado, no habían tenido tanto cuidado. Sus juicios habían sido sumarios y su alejamiento brutal.

Sacudió la cabeza negativamente y me reprendió con dulzura:

—Sumario, sí. Pero no brutal. Ellos también eran tímidos, ¿comprende? Dependían de usted en lo que ellos carecían interiormente. Cuando no pudo

suplirles su carencia, se enfurecieron, se desilusionaron y, posiblemente, se atemorizaron.

—Pero ellos no me concedían el derecho de tener miedo.

—Eran más jóvenes y de grado inferior —dijo Musó Soseki tolerantemente—. Yo soy mayor y le concedo ese derecho. Bien, comencemos ahora donde habíamos quedado. ¿Descubrió la respuesta a la pregunta del cuclillo?

—La encontré. Maté al cuclillo.

—Entonces, para usted, ¿ahora no hay canto ni en invierno ni en verano?

—Ni canto ni pájaro. Solo un reproche con el que vivo todos los días.

—¿Le reprochó el cuclillo cuando le mató?

—En mis sueños, no.

—Pero ¿qué otra cosa podría ser el cuclillo fuera de un sueño?

—Cuando terminó el sueño, el cuclillo se transformó en un hombre.

—¿Y mató a ese hombre?

—Pronuncié las palabras que despertaron al cazador que le mató.

—Así, pues, el cuclillo ha muerto y el hombre ha muerto. Hablemos del río.

—¿Qué río?

—¿Qué es un río?

—Un río es agua que fluye desde las tierras altas a las bajas para unirse a otras aguas.

—El agua jamás es la misma; sin embargo, el río es siempre el mismo. Entonces, ¿cómo el agua puede ser el río?

—El río es el lugar por donde fluye el agua.

—Pero sin el agua ese lugar es un valle vacío.

—Entonces, el río es el lugar y el agua la corriente.

—¡Escuche! Tiro a un río una rama, una piedra y a un hombre. ¿Qué les sucede?

—La rama flota. La piedra se hunde. El hombre nada o se ahoga.

—¿Y el río?

—Cambia, pero es siempre el mismo.

—¿Aunque el hombre nade o se ahogue?

—Aun cuando el hombre nade o se ahogue.

—¿Y al río le importa lo que hace el hombre?

—No, solo al hombre le importa.

—¿Y por qué le importa?

—Porque sabe que no es un río. Y sabe que lo sabe. Y el conocimiento de esto es maravilloso y terriblemente solitario.

—Ahora hablemos del conocimiento. ¿Usted sabía que al pronunciar esa palabra despertaría al cazador?

—Sí.

—¿Por qué la pronunció?

—Porque si no la pronunciaba podrían llegar las bestias salvajes y comernos a todos. Pero el cazador también era una bestia.

—Pero el cazador era también un hombre.

—Sí.

—Entonces, con la misma palabra, usted despertó al hombre y a la bestia.

—Sí.

—Y en su interior también se despertó una bestia.

—También.

—¿Podría haber evitado el despertar de las bestias?

—Sí…, al no hablar.

—Pero a usted se le envió para hablar. Era su deber hablar.

—No debiera haber aceptado el cargo.

—Entonces, debiera culparse por esto…, pero no por la muerte del hombre.

—Pero una cosa llevó a la otra.

—¿Cómo lo sabe?

—Me parece.

—Lo que parece no es siempre lo que realmente es.

—Me gustaría saber lo que es, verdaderamente.

—Observe los arces. Ahora estamos en otoño, la estación de la caída de las hojas. ¿Es el viento el que desnuda al árbol que lanza sus hojas al viento vagabundo?

—¡A mí esto no me importa porque no soy ni hoja no viento!

—¡Pero lo es! Usted es árbol y hoja y bestia y viento. Al ser hombre está incluido en todo y es un compendio de todo.

—¡No! ¡No! ¡No!… —Me sorprendió la vehemencia de mi propia protesta—. ¿No comprende? Este es el error mismo: el error personal, el político. No soy un árbol y si trato de determinar cómo debe crecer un árbol, entonces le impido su desarrollo y lo deformo como ese bonsai en su jardín. No somos viets o japoneses o malayos. ¿Cómo entonces podemos determinar su forma de vivir y lo que deben creer para vivir contentos? ¡Eso es un crimen! ¡Es la destrucción y la siembra del odio! Yo lo sé. Fui su instrumento.

El anciano monje era muy paciente conmigo. No puso obstáculos a negativa. Juntos meditamos mientras nos paseábamos por los senderos de gravilla, deteniéndonos ocasionalmente para contemplar alguna belleza pequeña y oculta en la antigua intimidad del jardín.

—… No debe ser tan riguroso consigo mismo, amigo mío, ni esperar demasiado del procedimiento imperfecto por el cual la Humanidad gobierna un planeta complejo. Esta es la paradoja, ¿comprende? La contradicción visible más allá de la cual tratamos de penetrar en la armonía visible. Esta, en términos occidentales, es la finalidad del *satori*: iluminar la armonía y la unidad y hacer que el hombre forme parte de ella nuevamente. Pero incluso el *satori* no es un estado permanente; solo el *Nirvana* es la iluminación permanente y eterna. Usted me dice que no se debe determinar el crecimiento del árbol, pero si el árbol amenaza su casa, ¿no le corta usted las ramas y lo desmocha?

—¿Y también se le mata?

—Si el árbol cae sobre su casa, el árbol muere y la casa queda destruida y usted también muere.

—¿Y tres muertes son peores que una?

—Solo hay una muerte, y, sin embargo, no hay muerte. La bestia que usted mata se transforma en bestia dentro suyo[2]. El bien que mata, vuelve a brotar como el musgo sobre la grava.

De pronto me invadió la fatiga y ya no pude soportar este diálogo simbólico que ahora me parecía como un avanzar lento entre telas de araña. Ya no era el mismo hombre que había venido a Tenryu-ji con George Groton. Había cambiado. Ya no pertenecía a este jardín. Estaba cansado del lenguaje sutil del *mondó*; ahora, realmente, yo era un *gaijin*, un forastero. Necesitaba de otro tipo de iluminación de la que podría ofrecerme Musó Soseki. Era difícil explicar todo esto sin parecer poco gentil ante mi maestro, pero él lo comprendió intuitivamente y me absolvió de toda falta de tacto.

—Esto es justamente lo que creí que podría suceder. Por eso le dije que yo también había aprendido algo de usted. Ha cambiado. Ha gastado una parte de su vida que ya no puede recuperar. Ahora, el lenguaje y los símbolos que hemos utilizado juntos, son un obstáculo y no una ayuda para su encuentro con la luz. No debe desilusionarse. Sucede a muchos. La senda de la iluminación y de la contemplación pura es para muy pocos, y creo que actualmente puede tener serios peligros para usted.

—¿Puede decirme qué me ha sucedido?

—Creo que sí. Usted es como ese antiguo caminante que partía en viaje de Kioto a Edo y que, según todo el mundo le había dicho, estaba lleno de interés y diversiones. Se pone en marcha pleno de confianza; lleva dinero, buena ropa, miembros fuertes y compañeros para que le animen durante el recorrido. Pero antes de terminar el viaje, se da cuenta que ha hecho mal sus cálculos. Las posadas son caras, las muchachas codiciosas; le estafan los remeros y los pillos. Así, pues, mucho antes de llegar a Edo, ya no tiene dinero, sus ropas son demasiado ligeras para el invierno que se avecina, sus compañeros le han abandonado durante el camino y se encuentra en una provincia cuyo dialecto no comprende. También ha envejecido. El tiempo se ha acortado. Mientras le habla a las muchachas de las casas de té, su corazón sigue en su propio hogar. Cuando observa regatear a los mercaderes, sabe que el oro se gasta rápidamente y que la seda también se gasta. ¿Qué hace? Desea matarse, pero le falta valor. Desea ser uno de esos pillos hábiles que ha conocido en su viaje. Pero para esto le falta talento y le desagrada el oficio. Se sienta junto al camino y llora lamentándose de sí mismo. Pero al cabo de poco tiempo, ya no le quedan lágrimas. Escucha los gongs de un monasterio, ve los arces en flor y se dice: «Aquí está la luz y la compasión del Compasivo». Pero no encuentra la luz, porque se aferra a su propia culpa y no será perdonado. ¿Dice la verdad mi parábola, Amberley-san?

—Es verdad. Pero ¿termina allí…, con el caminante inmóvil, sin lágrimas, sin luz y rechazando la compasión? Existe una palabra para ello en Occidente: *accidie*; que significa el falso y terrible *Nirvana* que no se encuentra en la unión sino en la separación; que no se encuentra en la extinción del deseo sino en su desprecio. Y aquí es donde yo me encuentro ahora. Y por esto creo que no puedo continuar el *mondó* con usted.

—Existe otro fin para la parábola, amigo mío. Si es paciente, trataré de mostrárselo. Quedamos en que nuestro caminante estaba solo junto al camino, desamparado. No puede volver; nada le incita a seguir adelante. Pero, desganadamente, continúa caminando. Junto al camino ve la imagen de Buda, de la diosa Kuan Yin, de Rai-jin el Dios Trueno, un *fumiejesu* quizás, o incluso el Gran Oso de los ainu. Es una cosa muerta de madera, piedra o arcilla cocida, que para nuestro caminante no tiene ningún significado. Pero, como es un hombre, sabe que la imagen tiene un significado para otros hombres: una expresión de su necesidad y de su deseo de luz, armonía y elevación sobre el propio yo. Se detiene ante la imagen que para él no tiene ningún significado. Recita una oración en cuya eficacia no cree: «Si existe la luz, mostrádmela. Si existe el poder, otorgádmelo. Si existe el perdón,

perdonadme. Si existe el mañana, dadme la esperanza en él; y si existen todas estas cosas, pero no para mí, entonces colmadme de paciencia para soportar su ausencia».

—¿Y cómo sabré si la plegaria recibe respuesta?

—Cuando tenga el valor para vivir sin una respuesta.

—¿Y si no tengo valor?

—Entonces seguirá caminando un poco más adelante por el camino y encontrará la habitación de los hombres.

—¿Y cómo puedo estar seguro de ello?

—¡Porque donde hay imágenes siempre está el hombre!

—¿Y entonces?

—Entonces verá lo que Buda vio: a un anciano, a un enfermo, a un hombre muerto y a un hombre de cabeza afeitada que no tiene hogar. Y entonces se dirá: «Ninguno de estos es más afortunado que yo, por lo tanto, ¿por qué debo quejarme?». Y luego aceptará volver a la habitación de los hombres o se unirá al que no tiene hogar y seguirá el camino. Y así, en cualquier forma, su plegaria quedará contestada y verá el comienzo de la luz y deseará más iluminación.

—¿Y perdón? ¿Quién me perdona por lo que he hecho?

—El hombre muerto a quien dio sepultura; el enfermo a quien socorrió; el anciano a quien ayudó; el hombre sin hogar cuya soledad compartió.

—¿Y la imagen?

—Sigue siendo una imagen de lo Desconocido y de lo Desconocible, que algún día pueden elegirle para iluminarle…, porque el Gran Iluminado se apiada de la Humanidad.

Era una filosofía espartana y fría, y mientras me la exponía sentí que el corazón se me oprimía ante su dureza. La plegaria al Dios desconocido es un acto terrible y desesperado que puede lanzar a un hombre a una revelación no soñada. Es el salto a través de la oscuridad que puede llevarle al silencio eterno, o al sublime abrazo divino. Y, sin embargo, ¿qué me quedaba? Mi pequeña herencia de buenas costumbres, de educación y de moral tradicional había sido gastada durante la marcha procesional de la Historia. Mi acción, era un gesto inútil ante el poderoso paso de los elefantes. Que yo lo hubiera sobrevivido y que Phung Van Cung hubiera sucumbido, solo era un accidente sin importancia en la evolución prolongada y violenta desde la primera forma biótica a esta criatura caótica, el hombre, que, sin embargo, se las había ingeniado para imponer un cierto orden en este planeta en órbita. ¿Un accidente o un propósito? ¿Una luz o la ilusión de la oscuridad total?

Si todo era accidente e ilusión, no deseaba tomar parte en ello. El tiempo era muy largo, la vida demasiado solitaria en el paisaje llano, y vacío de mi sueño. Pero si, como me lo prometiera Musó, existía incluso una esperanza de luz, una necesidad de perdón, un significado en el servicio, una tranquilidad en el amor, entonces podría aceptar continuar siendo un hombre. Pero ¿cómo podría saberlo nuevamente con certeza, yo, el que había asesinado al pájaro del sueño que no existe y que también había asesinado a un hombre sin tocarle y que después de destruir su imagen ahora miraba en un espejo oscuro?

Como si hubiera adivinado mis pensamientos, Musó Soseki se inclinó, cogió un pequeño guijarro del sendero, redondo, pulido y veteado de verde. Me lo mostró en la palma de su mano.

—¿No es hermoso, amigo mío?

—Es hermoso.

Arrojó el guijarro dentro del estanque de agua y observó mientras las ondulaciones se extendían y se rompían contra los bordes cubiertos de hierba. Entonces, se volvió hacia mí y me dijo en su tono grave:

—Aún es hermoso, a pesar de que ya no pueda verlo. Y seguirá siendo hermoso incluso cuando los peces se hayan olvidado de él y lo cubra el musgo y solo usted y yo sepamos de su existencia.

—¿Es la belleza suficiente…, contra la fealdad?

—No. Pero mucho más importante es que exista alguien que vea esta belleza y que pueda gozar de ella.

—Pero aún no es suficiente.

—Aún no, pero saber que uno la ha visto y que la ha gozado es saber que puede repetirlo.

—¿Incluso cuando uno ha destruido la belleza y ha creado la fealdad?

—A veces, debido a ello… Amigo mío, usted nunca me ha preguntado cómo llegué a este lugar.

Era verdad. Desde la primera vez que nos conociéramos yo le había aceptado como una permanencia, como los pinos y las rocas y los senderos de arena y musgo. Era tal su forma de participar en ellos, que me habría parecido una impertinencia preguntarle cómo había llegado allí. Le dije esto y reconoció el cumplido con sobrio humor. Luego me dijo:

—Tengo setenta y cinco años. He estado aquí durante cuarenta y cinco años, más de la mitad de mi vida. En 1931 tomé parte en la invasión de Manchuria. Entonces era un capitán, orgulloso de mi antiguo linaje como miembro de una familia de Samurai. Maté a muchos hombres y fui

condecorado por el Emperador debido a mi valor en el campo de batalla. Luego enfermé y estuve a punto de morir. Por primera vez comprendí la naturaleza de la muerte que había infligido a otros hombres; cuántas promesas se destruían, cuánta dignidad se violaba. Yo también deseé el perdón, pero en cambio solo tuve halagos. Deseaba pagar, pero ¿de qué sirve una moneda en la boca de un muerto? Como usted, me encontré en la oscuridad y vagué durante mucho tiempo en ella. Luego llegué a este lugar, en busca de la luz…

—¿Y la encontró?

—Aprendí a no exigirla.

—¿Y sufrió algún cambio?

—Soy el mismo. Pero he cambiado porque ahora sé que no puedo cambiar lo que fui ni lo que hice.

—¿Y la luz?

—Esta es la luz.

—Pero no ha pagado nada.

—He pagado todo al aceptar que no puedo pagar nada.

—Los cristianos exigen penitencia por un pecado.

—Buda enseñó que la vida en sí es una penitencia por los deseos descarriados.

—Los cristianos dicen que uno espera en la misericordia de Dios.

—Para nosotros existe la Compasión del Compasivo. ¿Cuál es la diferencia?

El sol ya había desaparecido. El jardín estaba lleno de sombras. Los arces ya no mostraban las llamas de sus flores, sino que se recortaban contra el cielo del atardecer. La gorda carpa estaba suspendida en las aguas oscuras del estanque y los nenúfares habían cerrado sus pétalos para el sueño nocturno. Musó Soseki me cogió de la manga y me hizo entrar en su casa.

Saigón, octubre de 1963. Sidney, octubre de 1964.

FIN



MORRIS LANGLO WEST (Melbourne, 1916 - Sídney, 1999) fue un escritor australiano. Se educó en una comunidad religiosa (cristiana) en la que iba a ingresar, pero que finalmente abandonó antes de jurar los votos solemnes. La educación eclesiástica y teológica de Morris West y el conocimiento profundo de esta comunidad en la que se crio le proporcionaron un enfoque amplio y verídico para la ambientación de varias de sus novelas.

Estudió Idiomas Modernos y Matemáticas en la Universidad de Melbourne. En 1943 tras concluir el servicio militar se convirtió en secretario de William Morris Hughes, en ese momento ex Primer Ministro. Dejó Australia en 1955 y vivió en Austria, Italia, Inglaterra y los Estados Unidos. Volvió a Australia en 1980. Trabajó para la radio y durante diez años fue uno de los propietarios y directivos de The Australasian Radio Productions. Cuando el negocio hizo bancarrota, se trasladó a Sídney y se dedicó a escribir novelas.

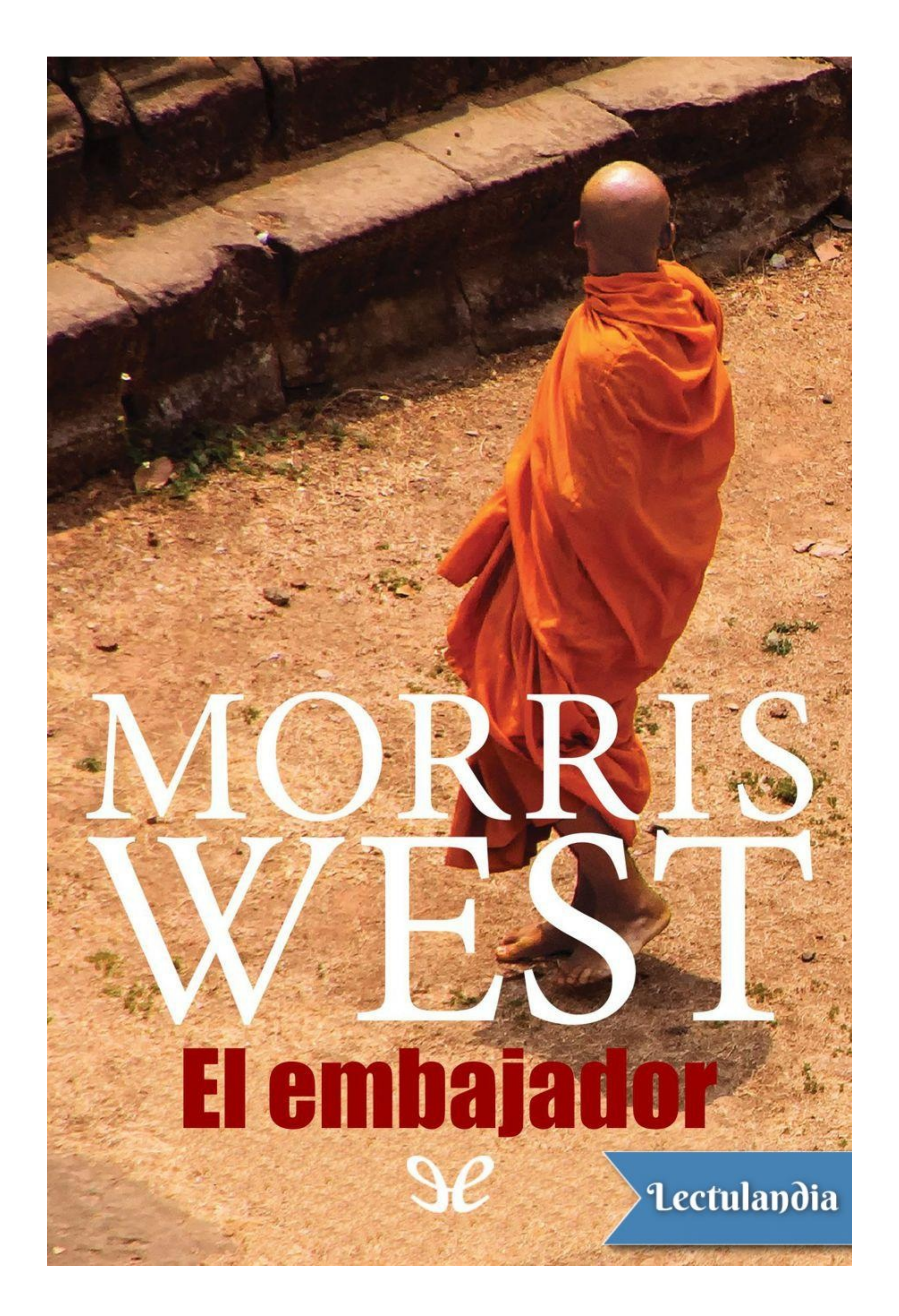
Se hizo famoso con la tetralogía que tiene como escenario el Vaticano, y en sus páginas se encuentra un perspicaz análisis de la Iglesia Católica y de su posible acercamiento al hombre común, prescindiendo de su aparato institucional, realizado a través de interesantes estudios psicológicos y con un estilo exento de retórica. Muchas de sus historias han sido llevadas al cine. Es considerado el escritor más leído de la historia literaria de Australia, con 60 millones de ejemplares vendidos y más de treinta libros publicados.

Él mismo realizó adaptaciones al teatro de algunas de sus obras.

Notas

[1] Así en original, errata por catamarán: (Del ingl. *catamaran*, y este del tamil *kattumaran*). 1. m. Embarcación, por lo común de vela, de dos cascos unidos. <<

[2] Obviamente se trata de un uso incorrecto del pronombre posesivo. La expresión correcta es «de usted», «de sí», etc… <<


MORRIS
WEST
El embajador
Lectulandia